
B á r b a r o s:
Poesía escocesa
contemporánea

BABEL

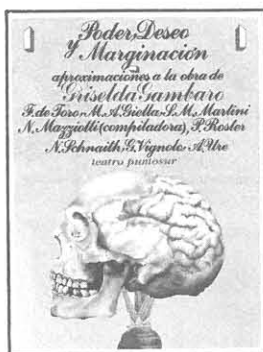
REVISTA DE LIBROS

La esfinge:
Entrevista al
colombiano
R.H. Moreno Durán
Revista mensual, Año II, Nº 14, ene-
ro 1990, A 3.000

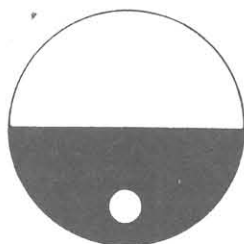


Dossier: El interminable fin de la historia
Por primera vez, una versión en español del
texto de Francis Fukuyama sobre el libera-
lismo triunfante/ Las respuestas en Estados
Unidos y Francia/ Un análisis de Claudio
Uriarte/ Fukuyama en la Argentina

Lecturas: Un relato de James Purdy/ Polé-
micas: Nuevos ecos de El péndulo de Fou-
cault/ Además: reseñas, investigaciones, an-
ticipos, novedades y todo sobre los libros
que nadie puede comprar.



Alberto Ure y otros,
Poder, deseo y
marginación.
Aproximaciones a
la obra de
Griselda Gambaro



puntosur editores

NOVEDADES DE PROXIMA APARICION



Pedro Lipcovich, El
nombre verdadero



Varios Autores,
Teatro Abierto
1982

Martín Caparrós, El tercer
cuerpo
Carlos Alberto Morán, Noticias
de Sergio Oberti

CIRCE / ULTIMO REINO

presentan su colección de casetes de poesía

ANTOLOGIA DE AIRE
GONZALO ROJAS

CADAVERES
NESTOR PERLONGHER

LA CLARIDAD
EDGAR BAYLEY

DE PUÑO Y LETRA
MARIO TREJO

FUEGO LIBRE
PABLO COLL canta a ENRIQUE MOLINA

En preparación:

JAVIER COFRECES: **HISTORIAS DE LA GRAN BOA**
EMETERIO CERRO: **VOZ DE UN SUEÑO A SUR**

EDUARDO MILEO: **MUJERES**
GRUPO ULTIMO REINO

En venta en ZIVAL'S (Corrientes y Callao), LIBERVARTE (Corrientes 1555), etc. [Distr.: 866-3472]

EDITORIAL PAIDOS

Peter Gay

FREUD. UNA VIDA DE
NUESTRO TIEMPO

H. Charles Fishman

TRATAMIENTO DE ADOLESCENTES
CON PROBLEMAS

Thelma Goodrich y otros

TERAPIA FAMILIAR
FEMINISTA

John Bowlby

UNA BASE SEGURA

Aplicaciones clínicas de una teoría del apego

Maud Mannoni

DE LA PASION DEL SER A
LA "LOCURA" DE SABER

Ricardo Rodulfo

EL NIÑO Y EL
SIGNIFICANTE

Ludwig Wittgenstein

CONFERENCIA SOBRE ETICA

Con dos comentarios sobre la teoría del valor

Jacques Derrida

LA DESCONSTRUCCION EN LAS
FRONTERAS DE LA FILOSOFIA

Gianni Vattimo

MAS ALLA DEL SUJETO

Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica

Clifford Geertz

EL ANTROPOLOGO
COMO AUTOR

Robert Dantzer

LAS EMOCIONES

Pierre Grimal

LA MITOLOGIA
GRIEGA

BABEL

REVISTA DE LIBROS

Babel, revista de libros, Año II, Nº 14

Dirección: Martín Caparrós y Jorge Dorio.

Dirección periodística: Guillermo Saavedra.

Secretario de redacción: Salvador Pazos.

Coordinación y corrección: Eduardo Mileo.

Jefe de arte: Elías Rosado.

Colaboradora de arte: Andrea Salmini.

Circulación: Fabián Chejfec.

Secciones y columnas: Nicolás González Varela y Andrés Rosler (Impresiones del mundo); C.E. Feiling (El consúl honorario); Marcos Mayer (Ripios nacionales); Luis Chitarroni (Siluetas); Elena Massat (Infantiles); Nicolás González Varela (Actualidad); Sergio Chejfec (Historias de vidas); Pablo Avelluto (Imagen y sonido); Norberto Gabriel López (Instrucciones); Marcelo Cohen (Batidore libero); Américo Cristóbal (Poesía y teatro); Alicia Paz (Psi); Germán L. García (Informe para el psicoanálisis).

Colaboran en este número: Adriana Amante, Mágara Averbach, Jorge Bandín, Norberto Cambiasso, Miguel Dalmaroni, Alvaro Fernández Bravo, José Luis Fliguer, Luisa Franco, Pablo Fuentes, Federico Galende, Horacio González, María Teresa Gramuglio, Alfredo Grieco y Bavio, Ricardo Ibarlucea, Marité Iribarren, Christian Kupchik, Daniel Link, Federico Loomis, Mabel Levato, Telma Luzzani, Alicia Majul, Graciela Montaldo, Omar Mosquera, Roxana Pérez, Alejandro Ricagno, Eduardo Rinesi, Marcelo Sauri Ortiz, Luis Scafati, Vivian Scheinsohn, Oscar Scopa, Ricardo Sidicaro, Elba Tessin, Helena Torres, Marcelo Torres y Claudio Uriarte.

Diseño de tapa: Eduardo Rey.

Foto de tapa: "The puppy", André Kertész (1928)

Composición: Letter Laser, Perú 457, 2º cuerpo, 4º F.

Películas e Impresión: Impresora Balbi SA, Belgrano 5945, Wilde.

Distribuidor en Capital: Juan C. Gómez, Víctor Martínez 1606.

Distribuidor en interior: SADYE, Belgrano 355, 9º.

Babel es una publicación de Puntosur SRL, Julio A. Roca 751, 3º B, tel. 331-3725, 30-7595 y 34-0627, (1067) Buenos Aires, Argentina. Registro de la Propiedad Intelectual: 164.824. Editor responsable: Gabriel A. Fontenla. Prohibida su reproducción parcial o total. Derechos reservados. Los artículos firmados sólo reflejan la opinión de sus autores y no necesariamente la de la revista.

S U M A R I O

El libro del mes. *El hombre y la democracia*, de Georg Lukács. Pág. 4

Tráfico/ Lo que no debe decirse/ Ranking del mes. Pág. 6

Impresiones del mundo/ Sucesos argentinos. Pág. 7

El consúl honorario. Pág. 8

Narrativas. Pág. 9

Ripios nacionales. Pág. 11

Siluetas. Pág. 12

Infantiles. Pág. 13

Bárbaros. *La boca del celta*: poesía escocesa contemporánea. Pág. 14

Actualidad. Pág. 17

Dossier. El interminable fin de la historia. Pág. 20

Historias de vidas. Pág. 30

Imagen y sonido. Pág. 31

La mesa de luz. María Teresa Gramuglio/ El buscón. Pág. 32

Instrucciones. Pág. 33

La esfinge. Entrevista al colombiano Rafael Humberto Moreno Durán. Pág. 34

Humanidades. Pág. 36

Batidore libero. Pág. 39

Lecturas. Un relato de James Purdy. Pág. 40

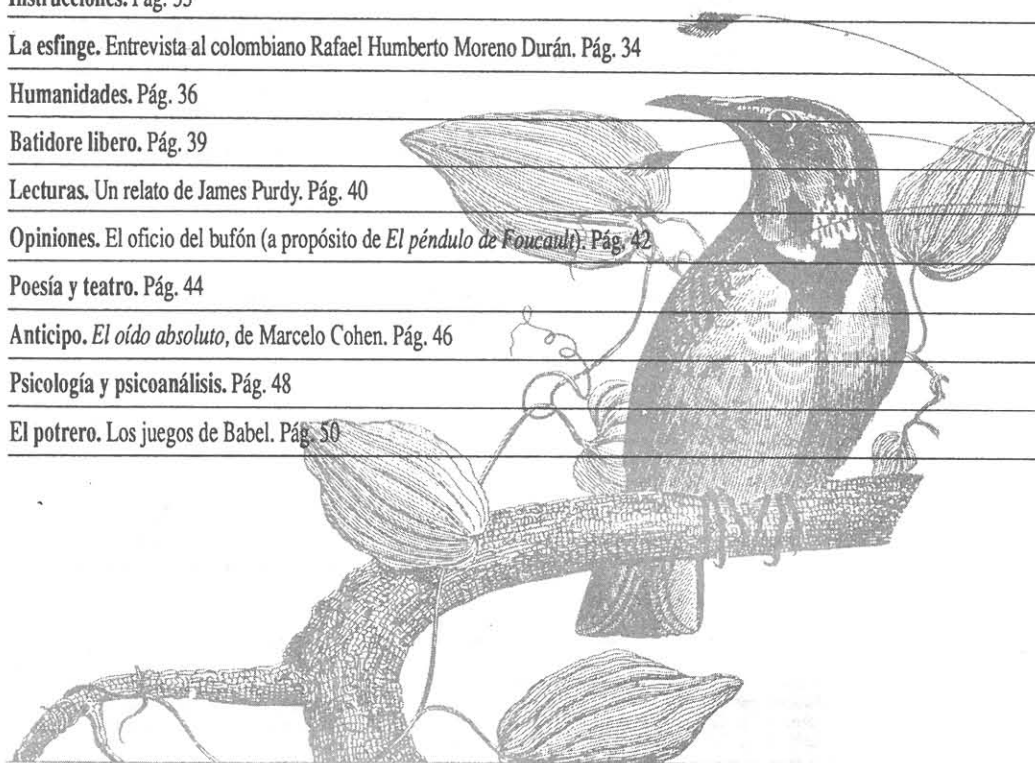
Opiniones. El oficio del bufón (a propósito de *El péndulo de Foucault*). Pág. 42

Poesía y teatro. Pág. 44

Anticipo. *El oído absoluto*, de Marcelo Cohen. Pág. 46

Psicología y psicoanálisis. Pág. 48

El potrero. Los juegos de Babel. Pág. 50





Georg Lukács: El ho

Lukács, pensador trágico

Si exceptuamos algún artículo recogido por Aníbal Ponce para *Dialéctica* en los treinta, puede decirse que los argentinos pudimos conocer el pensamiento de György Lukács (1885-1971) casi simultáneamente con la Europa latina, sólo a través de la recuperación que Maurice Merleau-Ponty hacía de *Historia y conciencia de clase* en *Las aventuras de la dialéctica* (el original francés se editó en 1954 y León Rozitchner lo tradujo para Leviatán en 1957). Un acceso de primera mano a su obra sólo fue posible hacia fines de los sesenta y primeros setenta, cuando ingresaron al país las pulcras traducciones de Manuel Sacristán (para la inconclusa edición de obras completas de Grijalbo) o Pancho Aricó (recogía los artículos del joven Lukács o los debates en torno de su obra en los memorables Cuadernos de Pasado y Presente. Desde entonces, ni los duros años de la dictadura militar, ni los años frágiles de la transición democrática permitieron que esa breve tradición —pero tradición al fin— fructificara en un “debate Lukács” en la Argentina. El centenario de su nacimiento, motivo de celebraciones, reediciones, exhumaciones y polémicas en todo el mundo, pasó inadvertido en nuestros medios (tan sólo *Clarín*, casi un año después, recogió el retrato que N. Tertulian preparó para *Le Monde*). Hasta el presente, Lukács brilla por su ausencia en los medios universitarios y académicos, donde se lo considera un prototipo de la escolástica stalinista y se lo trata, al decir de Marx, como “un perro muerto”. Acaso la aparición de su manuscrito póstumo, *El hombre y la democracia*, propicie en nuestro medio el postergado debate que la obra del marxista húngaro merece y está suscitando en el mundo.

Aunque se trata de una obra menor si se la compara con sus grandes producciones teóricas, *El hombre y la democracia* posee una especial *significación política*. Exhumada en Hungría en 1985, con motivo de las celebraciones del centenario del autor, consiste en un manuscrito redactado en 1968. Coyuntura de aguda crisis en el seno del socialismo real, que anunciaba la crisis actual: el XX Congreso del PCUS, la crisis húngara (de la que fue actor), la ruptura China-URSS, la crisis checa. Ante este deterioro del sistema, afirma Lukács, se presenta una “falsa alternativa”: “su retoque muy parcial, conservando la sustancia de los métodos stalinistas, o la introducción de aquellos vigentes en Occidente” (p.173). La *actualidad política* de este planteo es evidente por sí misma.

Además, desde las fallidas Tesis de Blum de 1928 (duramente criticadas en el PC húngaro y la Komintern), Lukács no había vuelto a escribir sobre teoría política. Exponente típico de lo que dio en llamarse “marxismo occidental” —término acuñado por Merleau-Ponty y retomado por Perry Anderson—, optó por la táctica de resistir “desde adentro” del sistema burocrático del “socialismo real”, sublimando toda crítica política a través de la producción estética y filosófica. El terror stalinista y poststalinista le habían enseñado a Lukács el arte de la cautela, que se revela en: *El hombre y la democracia* mediante un estilo contenido, donde cada término y cada nombre propio están equilibradamente escogidos (no es difícil descubrir en las generosas apelaciones a Togliatti la búsqueda de padrino político del PCI, o en las mezquinas referencias a Trotsky un distanciamiento táctico con quien coincidía en sus planteos más de lo conveniente). No obstante, entendemos que ni la sublimación de la política en la teoría ni los arides de la autocensura terminan de explicar los límites más evidentes del libro, sino que la clave debe buscarse en los límites de la propia matriz del pensamiento lukácsiano: un “izquierdismo teórico” —como se decía en la época— sometido a las duras pruebas de la sucesión de derrotas que sufre el movimiento revolucionario desde los años '20 y '30. Su más grande obra teórica —*Historia y conciencia de clase*, 1923— coincide con el punto de inflexión del auge revolucionario de masas, y tras el movimiento de reflujo la teoría política lukácsiana se recoge en las esferas más “puras”, menos “contaminadas”, de la filosofía y el arte. “El método como impotencia, el arte como consuelo y el pesimismo como quietud” fueron las notas que, al decir de Perry Anderson, caracterizaron al “marxismo occidental”. El texto está articulado como una doble crítica: a la democracia burguesa y al sistema político “soviético”. La primera, “La democracia burguesa como falsa alternativa para una reforma del socialismo”, no pasa de ser una exégesis erudita de los escritos del joven Marx sobre la escisión del hombre real en la democracia capitalista entre el *ciudadano abstracto* y el *hombre (bourgeois)* egoísta, fundamento de la igualdad política formal que esconde, legitima y reproduce la desigualdad social. Pero la parte más original, así como la más controvertible, es la segunda: “La verdadera alternativa: stalinismo o democracia socialista”. Se trata de un intento de explicación de la génesis del totalitarismo soviético, así como de una propuesta de democratización socialista. Lukács ensaya distintas explicaciones del fracaso de la democracia socialista, no siempre articuladas entre sí: el caso “atípico” de una revolución socialista en un país atrasado; el “inevitable” reflujo del movimiento de consejos tras el período heroico de la revolución; la muerte de Lenin, el último dirigente que habría sabido aunar teoría y práctica, táctica y estrategia... El carácter inorgánico y precario de esta suma de observaciones —con recaídas en la explicación objetivista del escaso desarrollo de las fuerzas productivas, o en la

El XX Congreso y

En verdad, es aún hoy predominante en general la falsa alternativa que discutimos al principio: su retoque muy parcial, conservando la sustancia de los métodos estalinistas, o la introducción de aquellos vigentes en Occidente. Esto se comprende con facilidad. Por una parte, la burocracia que planifica centralmente no desea renunciar a su rol de dirigencia absoluta, aunque ante cada examen mínimamente detallado resulte con claridad que los criterios, las tareas, los medios de control, etc., que ella elabora tienen poco que hacer en una producción destinada a satisfacer las necesidades auténticas, reales, de los individuos. No debemos tampoco asombrarnos ante modernizaciones formales que dejan intacta la vieja esencia. Por ejemplo, se propone dotar al aparato existente, hasta ahora cautelosamente ajustado, de máquinas cibemáticas con el propósito de que los cálculos resulten más exactos; como si un mecanismo falso pudiera mejorarse a través de ello. Por otra parte, en la reforma aparecen con frecuencia los modelos de organización industrial de Occidente, partiendo de vuelta de la falsa premisa según la cual la competencia de mercado que allí se practica (con sus ventajas y límites) podría producir una verdadera adecuación al mercado, su efectiva satisfacción, sin una real competencia entre capitales, pero pre-

cisamente mediante los continuos compromisos irrevocables con el aparato central de la planificación, siempre con sus plenos poderes.

No es éste el lugar indicado para entrar en los detalles de tales disusiones económicas. Más bien nos interesa observar cómo las reformas económicas, devenidas necesarias, suscitan para la sociedad socialista el problema de la propia democracia como perspectiva de desarrollo real. Hemos reiteradamente aludido a que el movimiento soviético es su forma históricamente específica. Y, sin embargo, precisamente al afrontar tal cuestión en términos no abstractos sino histórico-sociales concretos, nos encontramos ante una situación radicalmente nueva. Lenin también tuvo que luchar teóricamente con este conjunto de problemas al momento de impulsar la NEP. Consideremos ambos aspectos. Por un lado, parece haber desaparecido completamente el motor social de los movimientos de los soviets, el impulso de las amplias masas que aportan sus asuntos sociales desde abajo para que se relacionen directamente con la existencia cotidiana de cada persona, donde los grandes problemas de la sociedad se dirigen a las iniciativas y reacciones de las masas.

Ya hemos también aludido que donde aparentan permanecer todavía jurídica-

subjetivista de la desaparición del Gran Hombre— se hace evidente para cualquier lector familiarizado con la obra de Trotsky, Deutscher, Serga o Carr, por mencionar sólo algunos contemporáneos de Lukács. Para el autor, una salida socialista a la crisis del “socialismo real” consiste en una democratización de la vida social y política, en una revitalización del movimiento de consejos, en una vuelta al libre debate de ideas, lo que propiciaría un renacimiento del marxismo. Sólo estas condiciones permitirían a las masas volver a constituirse en sujeto de la historia y retomar el ideario bolchevique de transición al comunismo, esto es, la reapropiación de la esencia humana por el hombre. No obstante la generosidad de sus intenciones, tanto las ambigüedades del diagnóstico apuntadas arriba, como el esencialismo humanista de su aparato conceptual, le imponen serios límites a su propuesta de democratización socialista. Así, Lukács es vacilante con el sujeto de la democratización: ¿será una autorreforma del sistema, impulsada por el Partido, o provendrá como impugnación de las grandes masas? Y también es vacilante en cuanto al programa de la democratización: ¿es practicable la democracia socialista que propicia con su enfático rechazo del sistema pluralista de partidos? Finalmente, ¿es posible un renacimiento del pensamiento marxista partiendo del esencialismo humanista de la ontología lukácsiana?

Desde la Escuela de Budapest (Agnes Heller, F. Feher, I. Mészáros) a L. Goldman, M. Lowy o F. Jameson, las siguientes generaciones de marxistas que se han nutrido en la obra de Lukács han debido salvar estos obstáculos teóricos, deconstruyendo la obra del maestro, pero hallando al mismo tiempo verdaderos canchales para el ulterior desarrollo del pensamiento marxista. Su crítica de la razón productivista, su revalorización de la vida cotidiana, su redefinición del comunismo como campo de creación de nuevas relaciones —cualitativas— entre los hombres, de nuevas necesidades, de nuevos valores, lo colocan como punto de partida de la crítica del “objetivismo” socialista y de la recuperación por el marxismo actual de la esfera de la subjetividad y del deseo. El derumbe actual del “socialismo real” se ha encargado del resto. La justificación lukácsiana del “carácter socialista objetivo” del socialismo existente, al que habría que “perfeccionar” añadiéndole el “carácter subjetivo” (p. 181), se ha tornado ahora insostenible. Acaso la *escisión trágica* del marxista húngaro, así como la de tantos honestos militantes comunistas, haya sido el precio a pagar para terminar de comprender que la transición socialista al comunismo no consistía simplemente en superar los índices de productividad del capitalismo, sino, antes que nada, en el proceso de subversión de la subjetividad humana.

Horacio Tarcus

El hombre y la democracia

SUS consecuencias

mente en vigencia las formas vacías de una solución social, frente a ellas, las masas muestran una profunda indiferencia —por cierto veladamente oculta—, la cual con frecuencia llega hasta la apatía. Las personas toman parte en sesiones, discusiones, votaciones, etc., sólo cuando se corresponden con sus intereses inmediatos, pero permanecen en general pasivos o su participación se limita a la aceptación formal de las propuestas oficiales. Estas personas están profundamente convencidas de que una participación personal en tales discusiones, etc., no incide de hecho en la práctica sobre los problemas, pero puede en determinadas circunstancias provocar perjuicios personales. Esta situación es bien conocida, aunque en los informes oficiales se proclame y documente formalmente lo contrario.

Por otro lado, existe sin duda una "opinión pública", la cual puede expresarse simplemente en discusiones privadas, tomando posición sobre todos los problemas de la vida social. De manera no ordenada, espontánea y sólo casualmente toma posición de un modo confrontado y clarificado. Naturalmente la incidencia real de esta opinión pública es extraordinariamente diversa. Sería falso considerarla inexistente o subestimarla. Recordemos, al margen, que en el campo cultural, en el cual desde hace décadas mi experiencia personal me señala, que el éxito de un libro, de un film, etc., la influencia más profunda o superficial de sus acciones, y también la ineficacia, dependen mucho más de esta opinión pública que de la crítica (sobre todo de la oficial). Es menos fácil de probar su incidencia en el terreno económico. Sin embargo, no debemos olvidar que, ante procesos complicados que están regulados desde arriba, el sistema de regulación es cada vez más abstracto para ser capaz de funcionar en su forma original. En el capitalismo por regla esto es menos burocrático de lo que fue bajo Stalin. No obstante se desarrollaron, por ejemplo, huelgas de ferroviarios que sólo consistían en cumplir puntualmente con todas las reglas, bloqueando así de hecho el tráfico, etc., surgiendo el acuerdo tácito entre dirigentes y ejecutores. Y, puesto que en el socialismo la regulación es hasta hoy mucho más abstracta, mecánica, burocrática y alejada de

la realidad que lo que en promedio acaece en el capitalismo, este fenómeno de los acuerdos tácitos es allí, por lo menos, de menor frecuencia.

La movilización de esta opinión pública es hoy —en la óptica de la dinámica social— predominantemente "muda", "clandestina". En una práctica pública sistemática me parece el primer paso hacia una democracia socialista. Esta hoy no puede adquirir ni la vehemencia espontáneamente explosiva ni la extensión a todos los ámbitos de la vida social que caracterizó al movimiento soviético en el período revolucionario. Faltan todas las condiciones objetivas y subjetivas para que ello ocurra. Quien —subjetivamente entusiasmado y profundamente convencido— sueña con un movimiento soviético que entre inmediatamente en acción y que sea análogo por su dimensión e intensidad al de los años 1871 o 1905, está realmente soñando. El período estalinista interrumpió con su violencia burocrática la continuidad de este movimiento y, además, el mismo movimiento ya también internamente estaba dominado por tendencias regresivas. La simple renovación de las tradiciones del gran pasado, su simple continuación, es imposible; del mismo modo que es imposible en el campo teórico un renacimiento inmediato del marxismo en todos sus puntos, tanto en el plano metodológico como en el de los contenidos. Quedaríamos prisioneros desde el punto de vista teórico y práctico en el peligroso círculo mágico de la prioridad burocrática de la práctica, si pensamos que una deformación de este tipo del desarrollo social, surgida por razones históricas y por mucho tiempo eficaz, es posible sea eliminada con simples decisiones y resoluciones. Estas pueden por cierto transcurrir, detener, retardar, dirigir hacia falsos caminos el transcurso de la historia, pero, en su forma inmediata, son incapaces de movilizar a las masas para un proceso de reformas que sea radical y de largo aliento.

(Fragmento del capítulo 4 de la II parte de *El hombre y la democracia*. Georg Lukács. Trad. de Mario Prilick y Myriam Kohlen. Contrapunto. Buenos Aires, 1989, 237 págs.)

En favor de un marxismo que no deje citas para coleccionadores, se pronunció siempre Georg Lukács, tanto el Lukács jovenzuelo, poco tiempo después de sacarse el nobiliario von que antecedería a su apellido, ese Lukács que aparece con un elegante chaleco y camisa de cuello alto, reclinado sobre un diván húngaro, en pose fotográfica de los años '20 que reproduce la portada de la edición castellana de *El hombre y la democracia*, así como también el Lukács maduro que es el Lukács exiliado, un exilio sobre el que nunca quiso dramatizar pues no veía la historia a la manera espasmódica, urgente, de un Trotsky, sino a la manera, debemos admitirlo, de esa *larga duración* que dijo tomar del marxismo originario, y que sin embargo lo hizo siempre tan parecido a la historiografía francesa, la Francia cuya filosofía vituperó como pocos.

Podemos comprender mejor a este hombre, que marca con su itinerario uno de los casos más patéticos de la relación de un intelectual diestro, que había sido discípulo de Simmel, hasta cierto punto de Weber y tardíamente de Lenin, con los partidos comunistas moldeados en la "acumulación socialista forzada", podemos comprenderlo mejor, si escuchamos las palabras con las que se dirige a Arnold Hauser, otro húngaro exiliado, a través de una conversación Londres-Budapest, preparada por la BBC, corriendo el año 1969 y con la inhabilitación política de Lukács levantada hacía no tanto tiempo. *Quisiera saludarlo desde tierra húngara, en idioma húngaro...*

Lukács es esa Hungría a la que le hablaron Marx y Kierkegaard, la Hungría de las nacionalidades y la Hungría del alma trágica, revolucionaria. Thomas Mann imaginó y puso a Lukács como personaje de *La montaña mágica* en la forma del apocalíptico jesuita-bolchevique llamado *Naphta*. Después, tanto él como Lukács, hicieron lo mejor que se podía hacer, negar que *Naphta* fuera Lukács. Ni Mann sabía hasta qué punto era un bromista terrible, enfundado en un aspecto senatorial, ni Lukács estaba dispuesto a aceptar el papel de un extremista banal, al que no lo salvaba su aspecto dostoiévskiano.

Por eso, no es "*Naphta*" el que escribe este *El hombre y la democracia*, que data de 1969, y que sus discípulos guardaron con celo, al punto de tratarlo como un perdido manuscrito de un marxismo de 1844, estudiando con borgiano optimismo las tachaduras y enmiendas, no necesariamente relevantes, que tiene el original de puño y letra. No es "*Naphta*", entonces, pues Lukács, prudente, no publica su escrito en vida, cuando ya una editora italiana estaba en condiciones de hacerlo, pues seguramente percibe que el stalinismo aún no se ha disipado lo suficiente. Pero de algún modo es "*Naphta*" el que escribe, es decir, un Lukács en serena venganza por el hecho de que sus libros fundamentales, *Historia y conciencia de clase* y *Teoría de la novela*, hayan sido oficialmente condenados por ser hegelianos, ultraizquierdistas, existencialistas, idealistas, románticos y esteticistas. Y peor, dudosamente Lukács haya perdonado el hecho de que, luego de la constatación de 1956 y de su deportación a Rumania, le hayan permitido la reedición de sus célebres trabajos con prólogos autocríticos, prólogos que hizo con maña y hasta con convicción, pero, imaginemos, con la viril amargura de un Settembrini, el otro personaje de Thomas Mann contra el cual muere el duelista *Naphta*.

Volvamos, para que ésta sea una reseña un poco más del saavedriano gusto, a *El hombre y la democracia*. Lukács recuerda a ese marxismo de su juventud. Se trata de un marxismo que no tiene "citas heredadas" pues lo único que hereda es un *método* (revolucionario consigna de 1923, año probable de la mencionada foto de la tapa de la edición argentina y que ahora adquiere otro sentido) que vuelve a lucir a propósito de sus investigaciones sobre el concepto de democracia. Sus argumentaciones de 1968 de ningún modo son desdeñables, tampoco llegan "20 años después", pues, como señala el prologuista Alberto Kohlen, es ahora, en los años de los recientes debates en la URSS y vecindades, que los lectores de este libro, pueden multiplicarse.

Sería interesante cotejar la cuestión y la teoría de la democracia y de los procesos democratizadores, tal como los ve Lukács, con la contemporánea reflexión de la teoría política occidental, sobre todo italiana.

Difícilmente este Lukács sería aceptable al paladar de los neogramscianos, de los discípulos de Bobbio e inclusive de un Perry Anderson. Es que Lukács define una antropología socialista capaz de contrastar rituales burocráticos (de ahí el antiestalinismo) con el estallido sensitivo de una cotidianeidad basada en relaciones libres (de ahí la defensa del pasaje de los procesos espontáneos a los procesos conscientes). A todo esto, que implica una vuelta al *hombre genérico no alienado* utopizado por el *jünger* Marx, Lukács lo denomina *ontología social*, pues las relaciones sociales objetivas llevan necesariamente a definir un concepto de hombre, de libertad, de arte, de cotidianeidad y —agrega ahora— de democracia.

Desde luego que no se trata de "reglas", de "movimientos sociales" ni de "ciudadanías", pues Lukács está pensando en el ideal primigenio de un *hombre soviético* capaz de reunir en sí tanto el trato racional con el reino de la necesidad como la invención consciente del reino de la libertad. Sin duda, un énfasis que amplía la decisiva discusión en el seno de la perestroika: o pluralismo partidario y variedad de mundos de vida, o el ser social autoconsciente rechazando al *homo burocraticus*. Entonces, como en 1919, el viejo Georg, a casi dos décadas de su muerte, volvería a ocupar una posición "a la izquierda". A no ser que se imponga, si aquella disyunción fuera pertinente, el también lukacsiano espíritu del *tertium datur*.

Horacio González

Entre la necesidad y la libertad

Uno debería tratar de morir sin dejar citas aprovechables. Es cierto que esta frase puede revelarse odiosa, pues condena sin motivos a un Shakespeare y con la misma sinrazón salvaría a los carpinteros del Teatro de la Rosa. Se vuelve más atractiva si recordamos que la escribió Lenin en el pórtico de los considerandos sobre la Nueva Política Económica. Para esta transición, quería decir Lenin, no hay citas de Engels, no hay citas de Marx. Tenemos que arreglarnos nosotros, porque si no —aunque lo que sigue no lo dijo— esto no lo arregla nadie.

T R A F I C O

Una tribuna para los mercaderes



Con la aparición de la primera edición argentina de *Adlós al Proletariado* de André Gorz ponemos la piedra fundacional de una nueva editorial de ciencias sociales en el país. Un proyecto que se remonta a varios años atrás, cuando alguno de nosotros, allá por el '83, viajaba por Europa tratando de negociar los derechos de edición de muchos libros y artículos de revistas que no podían leerse aquí, al menos, desde 1975. A pesar de haber vuelto con las valijas repletas de Perry Anderson, Agnes Heller, André Gorz, Ernest Mandel, Michael Lowy, E. P. Thompson, de *El Viejo Topo*, de *En Teoría*, *Zona Abierta*, *Críticas de l'economie politique* y *New Left Review*, el proyecto —por diversos motivos, políticos y económicos sobre todo— no pudo ser entonces. El espacio que se abría con la crisis de la dictadura y la transición democrática fue cubierto parcialmente por otras editoriales de ciencias sociales, aunque más a través de la importación desde España o México que de la edición local. Un miniboom del libro político, menor que el esperado, se produjo entre 1983 y 1987, aunque centrado menos en la teoría social que en la problemática nacional de los años setenta y de la transi-

ción posdictatorial. Más que la investigación histórica —como la de Gillespie sobre Montoneros— predominó la reconstrucción periodística de hechos históricos, a veces rigurosa (Verbitsky) y otras no tanto, teñida de subjetivismo en su afán denunciador. Una literatura de nivel académico pero que encontraba un mercado de lectores más restringido fue la que editaron centros privados de investigación, fundamentalmente centrada en los problemas de la transición a la democracia. Pero las reediciones y las novedades de teoría social de la Europa latina y del mundo anglosajón fueron nuevamente postergadas, o ingresadas al país en pequeñas cantidades dados los altos costos de importación.

Ni una pequeña editorial de ciencias sociales, ni el esfuerzo sumado de muchas de ellas, podría revertir esta situación estructural. Estas no pueden competir con las grandes editoriales transnacionales en la adquisición de derechos, en la calidad gráfica o en el acceso a los mercados. Pero pueden cubrir ciertos vacíos que dejan los grandes monstruos editoriales, porque para ellos "no es negocio", y editar en el mercado local, si bien más modestamente, a

precios más accesibles al consternado lector de ciencias sociales.

Así, la colección "El cielo por asalto" que tengo a mi cargo, y que como su nombre sugiere se abocará a la problemática actual del poder, el Estado y las transformaciones sociales del capitalismo tardío, se abre con un texto que ya es un clásico en Europa, pero al que difícilmente hubiera acceso el lector argentino: *Adlós al proletariado* (Más allá del socialismo), de André Gorz. Algunos de los nombres que le seguirán son: Michel Foucault, Massimo Cacciari, Ralph Miliband, Nicos Poulantzas, Ernesto Laclau, Ernest Mandel, Alec Nove, Frederic Jameson, Norman Geras, Michael Lowy, Clauss Offe, Elmar Altvater, Göran Therborn, Eric Hobsbawm...

En algunos casos, como en el citado de Gorz, la edición argentina consistirá en preparar o solicitar los derechos de la traducción al español e incluirá en todos los casos una bibliografía del autor y un prefacio que lo presente al lector argentino. Pero la novedad de la colección consiste en que la mayor parte de los títulos recoge series de artículos aparecidos en revistas de Europa o Estados Unidos en torno de un núcleo temático: desde el ya clásico debate

Miliband-Poulantzas sobre la naturaleza del Estado capitalista que se desarrolló en las páginas de *New Left Review* en los setenta —hasta ahora nunca recogido en libro— hasta los debates más recientes en torno de la obra de Foucault, a la problemática planificación/mercado en la transición al socialismo (Alec Nove, Ernest Mandel y otros), a la relación entre sistema capitalista y sistema democrático (Göran Therborn, Clauss Offe, Perry Anderson), al prolongado debate entre E. P. Thompson y Perry Anderson, desplegado durante casi veinte años y del que el lector de lengua castellana sólo conoce la última contribución, al debate marxismo/posmarxismo en que intervienen Chantal Mouffe, Ernesto Laclau, Norman Geras, Nicos Mouzelis, etc. El objetivo de estas recopilaciones consiste en prestar un servicio al lector que no tiene acceso directo a las revistas especializadas en ciencias sociales, especialmente en lenguas extranjeras, recogiendo los principales artículos y debates de acuerdo con un criterio de selección temática. Nuestro archivo editorial cuenta con colecciones de *New Left Review*, *Against the Current*, *Past and Present*, *Monthly Review*, *Praxis*, *Capital & Class*, *New German Critique*, *Rethinking Marxism*, *Dialectics*, *Crítica Comunista*, *Crítica de l'Economie Politique*, *El Viejo Topo*, etc., a partir de las cuales estamos trabajando en la preparación de la colección.

Simultáneamente, aunque para ser lanzadas más adelante, trabajamos en la preparación de otras colecciones: una dedicada a la criminología crítica ("Colección *attenti ai ladri*"), otra al pensamiento utópico del pasado y del presente y otra de clásicos de la literatura erótica ("Colección *El Divino Marqués*").

Horacio Tarcus

LO QUE NO DEBE DECIRSE

Una columna de José D. Forgione

BANAL - BANALIDAD

1. Mantuvimos una conversación *banal*.

2. Lo que usted dice es una *banalidad*. *Banal*, *banale* y *banalité* son voces de la lengua francesa. En nuestro idioma equivalen a común, trivial; vulgaridad, trivialidad.

Conversación "banal" es, en castellano, cháchara, conversación simple, vulgar, tonta, trivial, insustancial, etc.

Banalidad tiene, entre otros, los sinónimos siguientes: perogrullada, vulgaridad, tontería, simpleza, trivialidad... que pueden servirnos para evitar el empleo de una voz extraña y muy censurada por los mejores hablantes.

DICERES

"Según *diceres* de por ahí"...

Diceres es un barbarismo muy usado en América "para designar: rumores, voces, murmuraciones..." Según rumores, decires, murmuraciones, o voces de por ahí.

MACETA - TIESTO

El vaso de barro cocido que suele tener

un agujero en la parte inferior, y que, lleno de tierra, sirve para criar plantas, se llama *tiesto* o *maceta*. El verdadero significado de la voz *tiesto* es "pedazo de cualquier vasija de barro".

DINTEL - UMBRAL - JAMBAS

Numerosas palabras castellanas han sufrido, en labios del vulgo, modificaciones en su estructura o en su significación. Ciertas voces, por ejemplo, son empleadas en los escritos o en el discurso con sentidos que corresponden a otras, lo cual produce lamentables confusiones en unos casos y revela ignorancia del propio idioma, en otros.

Dediquémonos hoy a estudiar una de las muchas palabras que suelen usarse con significados que no les corresponden. Ella es *dintel*.

DINTEL, de *lintel*, es término de arquitectura. Se aplica a denominar "la parte superior" de las puertas, ventanas y otros huecos que carga sobre las *jambas*. *Dintel* de hierro es la barra de este metal que se embebe en la moqueta de un arco para apelar las dovelas. (Dóvela es la piedra labrada en figura de cuña, para formar arcos o bóvedas, etc.).

JAMBAS son las dos piezas labradas que, puestas verticalmente en los dos lados

de las puertas y ventanas, sostienen el dintel de ellas, es decir, la parte superior.

UMBRALES es "la parte inferior" o escalón, por lo común de piedra y contrapuesto al dintel, en la puerta o entrada de una casa. Significa también paso primero y principal o entrada de cualquier cosa. Atravesar o pisar los umbrales de una casa es entrar en ella.

En suma: dintel es la parte superior de una puerta o ventana; jambas son las piezas verticales que sostienen el dintel; umbral es la parte inferior o escalón de una puerta.

Veamos, ahora, cómo el uso de la voz *dintel*, con el significado que es propio de la palabra umbral, afea un escrito literario y pone en tela de juicio la cultura idiomática de quien lo firma. Dice un autor:

"Sentada (ella) en el *dintel* de la ventana de su cuarto, contempla el paisaje moribundo; su mirada yerra por la cima de los

montes; su pensamiento vaga por países remotos y el alma, que se ha escapado ya, vuela como un pájaro fugitivo de su jaula. ¿Por qué —se pregunta— otros gozan de esa paz profunda aunque sea un instante, y yo no?"

Un crítico suspicaz formularía, sin esfuerzo, esta otra pregunta:

—¿Cómo ha de gozar ella de una paz profunda si usted, joven literato, la ha hecho sentarse en el *dintel* de la ventana, o lo que es lo mismo, en su parte superior?...

Cierto abogado escribió en la defensa de una delincuente: "...al ver al letrado le dijo: 'Retírese', y éste, sin acatar la orden, 'desde el dintel de la puerta' habló con la detenida diciéndole: no declare de noche... esté tranquila..."

Es evidente que el abogado escribió *dintel* en vez de *umbral*, cosa por cierto muy distinta.

RANKING DEL MES

Ficción

El péndulo de Foucault. *Umberto Eco* (De La Flor).
La desaparición de la santa. *Jorge Amado* (Emecé).
Roberto y Eva. *Guillermo Saccomanno* (Legasa).
La paciente Impaciencia. *Tomás Borge* (Diana).

No ficción

Soy Roca. *Félix Luna* (Sudamericana).
Adlós al proletariado. *André Gorz* (Imago Mundi).
Querido Bernardo. *Claudia Selser* (Ediciones del 90).
Los Alsogaray (Secretos de una dinastía y su corte). *Fabián Domán y Martín Olivera* (Aguilar).

Librerías consultadas: Clásica y Moderna, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Premier, Prometeo, Del Virrey (Belgrano), El Monje (Quilmes) y Capítulo (La Plata).

IMPRESIONES DEL MUNDO

Por Andrés Roszler y Nicolás González Varela

La editorial londinense Peter Halban Publishers ha lanzado una serie mayor de biografías, "Pensadores judíos", sobre filósofos, teólogos, teóricos políticos, líderes políticos y hombres de letras que han hecho contribuciones significativas a la cultura judía. La publicación de la serie comenzó en la primavera europea de 1988 y se estima que para fines de 1990 habrá catorce obras publicadas. Cada volumen tendrá cerca de ciento cincuenta páginas. Algunos títulos: Buber, Heine, Mendelssohn, Ben-Gurion. El editor general de la serie es Arthur Hertzberg, miembro del Congreso Judío Mundial y profesor de religión en el Dartmouth College, New Hampshire.

El prominente crítico social Michael Walzer —profesor de Ciencia Social en el Institute for Advanced Study, Princeton, New Jersey— se expresa sobre el rol de la crítica social en el siglo XX en su libro *The Company of Critics: Social Criticism and Political Commitment in the Twentieth Century* (La compañía de la crítica: crítica social y compromiso político en el siglo veinte), a través de once ensayos que abarcan un amplio espectro que va de Simone de Beauvoir a Martin Buber, pasando por Albert Camus, George Orwell, Antonio Gramsci y Herbert Marcuse. Una bicoca: 15.95 libras esterlinas (aprox. 26 U\$S). Siempre en Peter Halban Publishers.

Routledge acaba de publicar *Deleuze and Guattari*, de Ronald Bogue, uno de

los primeros estudios en inglés de importancia sobre el pensamiento de los autores del Anti-Edipo. El autor aborda la obra de Deleuze y Guattari desde distintos aspectos: psicoanálisis, marxismo, semiótica, estética y lingüística. Las páginas son 192 y las libras 8.95 para la edición rústica.

History and Totality. Radical Historicism from Hegel to Foucault (Historia y totalidad. Historicismo radical de Hegel a Foucault) es el título del libro del profesor australiano John Grumley en el que se examina el tema de la modernidad a través del moderno concepto historicista de totalidad. En este ensayo Grumley establece una tradición de historicismo radical de Hegel a la Escuela de Budapest. Para muestra basta un botón: desfilan por sus páginas Marx, Dilthey, Simmel, Weber, Lukács, Horkheimer, Adorno y Habermas. Seguimos con Routledge, 288 páginas, pero sin edición rústica: 30 libras para las tapas duras.

En lo que hace al gran país del norte, el director del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional de San Diego, Jim Merod, ha escrito *The Political Responsibility of the Critic* (La responsabilidad política del crítico). Merod examina el rol de la crítica literaria en la hoy altamente integrada pero al mismo tiempo altamente especializada sociedad de consumo. Por el camino aparecen Frederick Jameson, Foucault, Richard Rorty, entre otros. Merod ve a Noam Chomsky y a Edward Said como intelectuales que van



más allá del análisis textual y del academicismo para tomar una genuina acción política. También en 288 páginas y la edición rústica, ya en U\$S, es de 8.95. La editorial, la Cornell University Press.

Mark Poster, de quien se conoce en español su ensayo *Foucault, el marxismo y la historia*, de editorial Paidós, editó una antología de textos de Jean Baudrillard. El libro lleva el nombre homónimo del sociólogo francés. Por primera vez los más importantes escritos de Baudrillard —desde sus primeros trabajos sobre la cultura de la comodidad hasta su obra más reciente sobre la simulación y el deseo— se traducen al inglés. La editorial es Polity Press; la fecha, octubre de 1988, las páginas 240, y el precio de la edición *paperback* 8.95 libras esterlinas. La edición de tapas duras tiene el mismo precio, pero multiplicado por tres.

La editorial inglesa Verso publicó en noviembre *Journeys Through the Labyrinth* (Viajes a través del laberinto), un estudio de Gerald Martin sobre la ficción latinoamericana en el siglo veinte. El autor analiza la transformación operada entre la

primera gran ola de la ficción latinoamericana luego de la Primera Guerra y la emergencia del "realismo mágico" luego de la Segunda Guerra, movimiento que culminará en el "boom" de la nueva novela latinoamericana de los '60 y '70. Martin es profesor de la escuela de lenguas del Portsmouth Polytechnic. Las páginas son 432 y las libras, para el *paperback*, 11.95.

Siguiendo con el Verso, apareció una edición póstuma de artículos, *The Politics of Modernism* (La política del modernismo) del insigne crítico literario inglés Raymond Williams (1921-1988), autor de célebres obras de crítica cultural como *Marxismo y literatura*, *Cultura y sociedad* y varias novelas. En estos ensayos Williams insiste en desplazar los términos del debate sobre el modernismo del análisis formal hacia el análisis de la formación social, clarificando, entre otros puntos, la confusa historia del término "modernismo", la distinción crucial entre modernismo y *avant-garde*, la persuasiva "ideología del modernismo", etc. El libro apareció en junio de este año, tiene 200 páginas y cuesta —*paperback*— 8.95 libras.

La Manchester University Press ha lanzado a la calle un libro sobre la obra de Mikhail Bakhtin (1895-1975), paradigma del análisis responsable y sociohistórico de la cultura. Esta colección de ensayos, *Bakhtin and Cultural Theory* (Bakhtin y la teoría cultural), editada por Ken Hirschkop y David Shepherd, contiene contribuciones de Terry Eagleton, Ann Jefferson y Graham Pechey, entre otros, y explora la relevancia de la obra del intelectual ruso para ciertas áreas claves como la estética, la teoría de la recepción, la lingüística, el discurso del colonialismo, etc. Las páginas son 192, y el precio del *paperback* 6.95 libras esterlinas.

Sucesos Argentinos

Un premio otorgado

El pasado 21 de diciembre, en *Liber/Arte*, se hizo efectivo el acto de premiación a Hugo Padeletti por su libro *Poemas 1960-1980*. El premio en cuestión fue nada menos que la versión 1989 del Boris Vian, galardón honorífico, exento de gratificaciones materiales pero nimbado de una merced aureola de prestigio en un medio donde los concursos suelen adolecer de conivencias mafiosas y especulaciones fénicias. El jurado estuvo integrado en esta ocasión por los escritores Juan-Jacobo Barjaría, Liliana Heer, Héctor Libertella, Tomás Eloy Martínez, Juan Carlos Martini Real, Tununa Mercado y Nicolás Rosa. Hugo Padeletti nació en Alcorta, provincia de Santa Fe, en 1928. Su obra edita incluye, además del texto premiado, *Poemas 1944-1959* (1959) y *Doce poemas* (1979) y es de una calidad absolutamente inusual.

Un premio a otorgar

La Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires, con los auspicios de Manliba S.A., invita a participar en el "Premio Manliba a Revistas Literarias", de edición argentina, con publicación regular o no. "El premio —dicen sus auspician-

tes— tiene como finalidad reconocer los aportes que realizan a la cultura de nuestro país aquellas publicaciones vinculadas a la literatura, en una tarea alejada de los circuitos editoriales tradicionales". El concurso está abierto a todos los editores del país que publiquen de manera regular revistas literarias y/o de poesía, sin importar el tiraje, estableciéndose las siguientes categorías: A) Revistas literarias (con más de 16 páginas); B) Revistas literarias de hojas de literatura y/o poesía (con menos de 16 páginas); C) Artículos de crítica en secciones literarias de diarios argentinos. Cada participante deberá presentar 3 ejemplares de los 2 últimos números de su publicación. En hoja aparte se deberá indicar: editor o editorial responsable, director de la publicación, dirección legal, antigüedad en el medio y categoría correspondiente. Las entregas deben efectuarse en la Secretaría de Cultura de este municipio, Avenida de Mayo 525, 2º piso, antes del 15 del corriente. El jurado se reunirá entre el 16 y el 20 y el anuncio de los premios (que consistirán en 1.200.000 australes para el ganador de cada categoría) se hará el día 23.



Durante el primer semestre de este año, las revistas y artículos premiados se exhibirán en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de Buenos Aires, junto con una selección del resto de las publicaciones participantes.

Talleres y otros menesteres

—Ricardo Ibarlucía, íncito colaborador de esta publicación y paladín antirromántico de los últimos estrotores de la pensée moderne, declara abierta la inscripción a un Seminario a su cargo que versará sobre "Las poéticas de la modernidad. del romanticismo a las vanguardias". A iniciarse el 9 de marzo, la inscripción se llevará a cabo hasta el 1º de febrero en Uriburu 145, PB "Estudio", de 17 a 20. Se puede recabar informes al teléfono 802-7678.

—Celoso rastreador de las simas más profundas y nefandas de la literatura vernácula, Marcos Mayer —sobreviviente impoluto de la carrera de Letras en sus le-

tales variantes de alumno y docente— convoca a todos los argentinos nativos o por opción, como así también a todo gringo ávido de pulir sus tosquedades, a formar parte de sus nuevos "Grupos de Crítica Literaria". Mayer asegura que en ellos se dará a cada uno lo que necesita; verbi gratia: teoría, lectura y escritura de textos. Interesados, llamar al 772-7210

—María Chemes, quien otrora a rodar puso a la niña, proclama vivamente la iniciación de un "Seminario de Entrenamiento Vocal", dirigido a "los que utilizan o quieren utilizar su voz", sean éstos actores, locutores, maestros y otras especies parlantes. Entre las bondades de este curso —a desarrollarse en principio durante el mes de enero—, se destacan: el cuidado vocal; la dicción, el aire y la proyección de la voz; y el reconocimiento de los elementos musicales de ésta (ritmo, alturas e intensidades), haciéndolos jugar desde la voz hablada. El seminario tendrá lugar los martes y los jueves a partir de las 20 y los vociferantes vocacionales deben dirigirse a Junín 873, 4º I o llamar al 551-4703 para dejar mensajes.

—Eva Tabakian, con otras voces y en otros ámbitos, pero con similar entusiasmo, convoca a lenguanceros de toda laya a participar de sus estívalas "Grupos de Estudio y Supervisión de Lectura" en las procelosas aguas de la Semántica, la Pragmática y el insoslayable Análisis del Discurso. Quienes estén deseosos de capear la torridez de la crisis y los acosos del clima con estas golosinas de estación sólo deben llamar al 72-6333 y se les abrirá la puerta a cierta forma de la felicidad.

EL CONSUL HONORARIO

Por C. E. Feiling, desde Nottingham



El pintor Stephen Prina se ha impuesto una tarea aparentemente ciclópea: la recreación, cuadro por cuadro, de toda la carrera artística de Manet. Siguiendo un riguroso orden cronológico, ha llegado hasta el año 1862.

Dos son las razones por las cuales la empresa de Prina no concita mi elogio. La primera es aritmética; le faltan pintar 490 "cuadros". Como habrá quienes digan que creer a pies juntillas en nuestro sistema de numeración constituye un impedimento para la crítica (el libro primero de Las Gérgicas tiene 514 versos, 'Brise marine' 16, ¿y qué?), voy a intentar explicarme mejor. Los "cuadros" de Prina se parecen a sus originales sólo en el tamaño y la forma; por lo demás, consisten invariable-

mente en una hoja de papel en blanco, colocada en un marco negro sencillo. Un "cuadro" así vaya y pase, 556 quiebra el record de pleonismo.

La segunda razón por la que me abstengo del elogio es profundamente reaccionaria. Ante el "cualquiera puede hacer eso" con que el público no especializado recibe ciertas manifestaciones del arte, siempre queda el educativo gesto de llevar a dicho público de la mano hasta un Stella. Y repartir pinceles. Con Prina, sin embargo, eso no resulta, y las respuestas posibles de la crítica se ven bastante reducidas. Quizá el pintor haya querido llevar la *imitatio*, recurso clave del arte occidental, hasta sus últimas consecuencias —prefiero esta respuesta, pese a sus connotaciones de "matar al padre" y demás lugares comunes. O quizá, Escila que asoma su cabeza en un artículo reciente de Berger sobre J. Pollock, estemos ante el suicidio del arte. La imposibilidad de representar. El gran vacío.

Por irónica fortuna, arrebatos como los de Prinas no son frecuentes en la narrativa actual. Aunque no faltan producciones que dan lugar al mismo tipo de desazón. Cuando apareció El loro de Flaubert, de Julian Barnes, se la podía considerar una "novela" interesante, que se apoyaba en el Nabokov de Pale Fire menos con gesto parricida que para dramatizar ciertas imposibilidades de la crítica. Pero la repetición, dice Oscar Wilde, mata a aquello que uno ama. A History of the World in 10 y

1/2 Chapters (Londres, Jonathan Cape, 314 páginas) es una colección de relatos apresurados a los que la solapa se empeña en conferir una ficticia unidad. Alguien en Jonathan Cape debe estar afectado por la psitacosis de la que Barnes es portador, puesto que los relatos están conectados entre sí sólo por un tópico que el autor introduce en los momentos más inapropiados: el mito del diluvio, según la versión de un jermes del Arca de Noé. Como si esto fuera poco, cuando Barnes no está aprovechando los descuidos del lector para zamparle una referencia al monte Ararat, se entretiene con los deportes que ya había practicado en El loro... Vale decir: el "análisis" de una famosa obra de arte (esta vez le tocó en suerte al cuadro de Géricault La balsa de Medusa, reproducido entre las páginas 124 y 125), o la acumulación de pomposas frases cursis sobre el amor y la vida (cfr. en El loro... aquel asunto de la esposa del protagonista).

Una regla empírica. Si hay tres concursos literarios, habrá por lo menos dos escándalos. Michel Tournier, excelente escritor y firme candidato al Nobel (además de amigo personal de Mitterrand), debió retirarse del jurado del Prix Goncourt. El autor de Los meteoros cometió el error de declarar públicamente que los patidarios del aborto eran herederos de Auschwitz, y que en lugar de permitir dicho "crimen" habría que matar 200.000 ancianos por año... lo cual no les debe haber caído bien a sus compañeros del jurado, todos en edad de jubilarse.

Aquí en Inglaterra, el Whitbread Prize fue otorgado a Alexander Stuart por su novela The War Zone. Lástima que antes del anuncio oficial haya prevalecido el criterio de reemplazar ese libro por otro... una novela cuyo tema es el incesto no podía ganar el Whitbread.

Sin embargo, para consuelo de quienes confían en las prácticas culturales del viejo continente, el Booker Prize ha sido absolutamente justo. Lo ganó Kazuo Ishiguro por su libro The Remains of the Day (Londres, Faber & Faber, 252 páginas). Ishiguro, que nació en Nagasaki en 1954 y llegó a Inglaterra en 1960, es uno de los mejores novelistas británicos "jóvenes". Uno de los mejores, porque es capaz de examinar cierto mito profundamente inglés adoptando para con éste una distancia intermedia. No lo ve desde Venus con un telescopio ni, lo que para el caso queda mucho más lejos, desde el Japón. Pero tampoco está hundido en el mito, luchando contra su influjo. The Remains of the Day es la historia de una voz que recuerda; la voz del mayordomo de Darlington Hall, antigua mansión inglesa que ha sido adquirida —ésta es la única nota discordante del libro, el único trazo excesivamente grueso— por un millonario norteamericano. En el fluir del recuerdo, la voz descubre y olvida otra vez que ha entregado sus años a una clase social que ha fracasado en todo. Es aquella clase que tuvo que inventar dos engañosas épicas —las guerras mundiales— para justificar el hecho de haber terminado "selling the family silver": vendiendo la platería de la familia. Para estimar qué clase de escritor es Ishiguro, basta con atender a la leve y alevé ironía de que está imbuido su título. Estamos comiendo Las sobras del día.

Addenda: Poco antes de enviar esta columna, leo un pequeño recuadro en el diario. Una de las mujeres de Samoa que fue informante de Margaret Mead en 1928 ha confesado que todo lo que le contaron a la antropóloga acerca de la vida sexual de los nativos era una tomadura de pelo. Apparently, entonces, ni siquiera las buenas salvajes son felices.

Ediciones del Sol



1492-1992

A los 500 años del choque de dos mundos

Balance y prospectiva

Coordinación y prólogo de Adolfo Colombres

El 12 de octubre de 1992 se cumplirán los 500 años de la llegada de Colón a lo que luego habría de denominarse América.

¿Fue descubrimiento, cubrimiento, doble descubrimiento? ¿Un encuentro o desencuentro de culturas?

Este libro se propone dar una respuesta americana a la inicial propuesta hispanista de celebrar el genocidio, para lo cual se ha convocado a dirigentes de organizaciones indígenas, antropólogos comprometidos con estos pueblos y a intelectuales de reconocido prestigio de la región.



Novedades del Fondo

Daniel Chudnovsky - Juan Carlos del Bello
Las economías de Argentina e Italia
Situación actual y perspectiva de asociación

César Paternosto
La escultura inca
Una visión contemporánea

Robert L. Heilbroner
La formación de la sociedad económica

Diana Tussie
Los países menos desarrollados
y el sistema de comercio mundial.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel.: 322-7262/0825/9063

El nombre verdadero.

Pedro Lipcovich. Puntosur.
Buenos Aires, 1989, 135
págs. Alrededor de A 3.900



"Una vez más, como siempre, mi relato fracasa", declara (más de una vez, con sucesivas y numerosas variaciones) el narrador de *El nombre verdadero*, primer libro de Pedro Lipcovich. Esa obsesión autorreferencial (¿cómo narrar?) que recorre los ocho cuentos, entra en tensión con otra no menos recurrente: una nostalgia, manejada no sin habilidad, por recuperar las modulaciones del relato tradicional, contar historias que, apelando a diversos registros, buscan siempre el tono de la narración oral. Esa duplicidad, claro, introduce un tejido de relaciones peligrosas que a Lipcovich, por momentos, le quema las manos: la desconfianza en la propia escritura hace que, por ejemplo, "El castigo", "Embargos" y especialmente "Última lidia" detengan o mutilen la potencialidad narrativa de la anécdota que los genera y de su efecto, en redundantes juegos de lenguaje y autoschalamientos. ¿Estragos de las estéticas posmodernas? Quizá mucho menos que eso, sobre todo si se tiene en cuenta que por el mismo camino de oscilaciones Lipcovich alcanza a inscribir el verdadero nombre de sus desvelos: la reescritura. No tanto en el primer cuento, que da título al libro, y que soporta el peso demasiado grave de un Borges algo obvio ("Digamos que desconozco las circunstancias, pero es mejor imaginar un día interminable", "Cómo habrá sido el instante de horror ante el desconocido de barro y cuchillo"). Sí, en cambio, en "Lirio azul" (reescrito a partir de "El pájaro azul" de Maeterlinck) y especialmente en "El deseo de la marquesa": "Encerrado en una habitación del palacio, yo escribo relatos para la marquesa. El palacio está dotado de un sistema periscopio que, convergiendo en este cuarto, me permite visualizar todas las actividades de la marquesa, a fin de inferir sus deseos, a fin de escribir mis relatos". Ya no la crítica por sobre lo narrado o en su contra, sino la narración de la crítica del relato, el relato de la crítica y de la lectura (y de eso se trata toda reescritura, que aquí opera sobre el folletín cortés y decadente del siglo XIX francés). Benevolente pero insatisfecha, la marquesa del cuento lee los textos de sus escritos a sueldo (¿lee los cuentos de Lipcovich?) y los destruye en su presencia, invariablemente: "No es todavía lo que yo deseo". Relato del deseo, Lipcovich encuentra su escritura en el deseo del relato interminable, utópico, que persigue al infinito "el nombre verdadero".

El texto viene seguido de un comentario posliminar de Alberto Laísca, mucho más benévolo que la marquesa y casi satisfecho en su deseo ("obra maestra", "cuento ... que... bastaría para considerarlo un Grande"), y que se concentra en la imaginación prodigiosa o penetrante del autor, olvidando algunos tropiezos de su lenguaje.

Miguel Dalmazoni



RECIENVENIDOS



La torre oscura/1: La hiena del diablo. Stephen King. Trad. de Jorge Luis Mustieles. Ediciones B. Bilbao, 1989, 226 págs. Se trata del primer volumen de una ambiciosa saga narrativa que el exitoso narrador de Maine comenzó a concebir en sus tiempos de universitario. En esta primera entrega, un pistolero cruza el desierto, en pos de un

hombre de negro. Esa búsqueda, que lo conduce a una torre oscura, estará signada por "el horror de la perdición y la muerte", según anuncian los editores.

El libro de los abrazos. Eduardo Galeano. Siglo Veintiuno de España. Buenos Aires, 1989, 265 págs. Conjunto de textos misceláneos a través de los cuales el escritor uruguayo sigue delineando un mapa personal de la América al sur del Río Bravo. He aquí una muestra: "Nombres/1: A la casa de los nombres acudían, queriendo llamarse, las personas y los bichos y las cosas. Los nombres tintine-

aban ofreciéndose: prometían buenos sonos y ecos largos. La casa estaba siempre llena de personas y bichos y cosas probándose nombres. Helena soñó con la casa de los nombres y allí descubrió a la perrita Pepa Lumpen, que andaba en busca de un nombre más presentable".

Pelliroja. Bárbara Larriva. Trad. de Carmen Bordeu de Smith Estrada. Emecé. Buenos Aires, 1989, 156 págs. La señora Alexander es una anciana mujer que, luego de un pasado de actriz famosa, pasa sus horas postrada en una cama de hospital, sabiendo que le quedan sólo seis

meses de vida. La llegada de Poppy, una joven pelirroja rebotante de vida, transforma los últimos momentos de la señora Alexander a través de "una relación emotiva y milagrosa", según se advierte en contrapunta.

En el telar del tiempo. Enrique Anderson Imbert. Corregidor. Buenos Aires, 1989, 457 págs. Dice María Rosa Lojo de Beuter en la contraportada: "El impulso fantástico de Anderson Imbert fluctúa entre dos polos: la libertad y el horror. Una intuición fundamental rige toda su obra y se expresa con fuerza inigualada en el nihilismo místico

de 'El hijo pródigo' (Las pruebas del caos). Visto desde esa Nada o ese Todo, el hombre pierde su presunta situación de privilegio y se disuelve en el caos originario, indistinguible ya del animal, del vegetal y del mineral". El volumen reúne todos los relatos del escritor argentino.

Porque nos queremos tanto. Olga Nolla. De la Flor. Buenos Aires, 1989, 130 págs. Breves y sin estridencias, los relatos de esta puertorriqueña autora además de tres libros de poesía intentan crear un mundo propio, sutilmente autónomo y no exento de cierta delicada belleza.

El confinamiento. Marta

Oliveri. Legasa. Buenos
Aires, 1989, 226 págs.
Alrededor de A 6.600



Cartas primero, papeles indiferenciados después mantienen un solo destinatario y un único remitente haciendo de esta novela un extenso monólogo sin interferencias. Fragmentos de una historia personal, de un yo monolítico que va queriendo reconocer su propia erosión son enviados a una celebridad de las letras siempre asequible a las idolatrías juveniles.

Dicho destinatario de escasas dioptrías (pero más cerca de la no violencia de Santos Lugares que de aquella de la esquina rosada), casi sin voz en la novela, impone en toda ella, sin embargo y por así decir, su estilo y muy característicamente su pathos. Dios, terapeuta, fiscal además de modelo escriturario, yergue su sombra amenazante desde su feudo perfectamente fijo; "mi señor", lo llama frecuentemente en las cartas su juvenil admirador, C.T. Por otra parte, la línea de acción, los avatares anímicos están más ligados a El mito de Sísifo de Albert Camus, de donde se toman citas recurrentes. El absurdo, la rebelión, la compasión y el suicidio como salida lógica de la confinada condición humana cifran el devenir del protagonista.

Entre Roquentin y Mersault, entre la latitud y la preocupación estética pero bien al sur del planeta y en el filo de los '90, transcurre este personaje, aterrado entre la soledad y el vacío, nada posmoderno, nada integrado sino cargado, serio, metafísico como la misma escritura que lo erige.

Vuelta de tuerca para el héroe existencial: la disolución esquizofrénica, el desdoblamiento en un otro que es el sí mismo exterminado, el primitivo que se es en la infancia cuando se es uno y todo con el universo.

Quizás un desfase técnico, quizás un prurito de claridad hace que hasta el fin el narrador, aun percibiendo su erosión, mantenga absolutamente lineal y ordenado el hilo del relato. Porque entre las muchas cosas que hay en esta novela está el expedir contra otra escritura, confesándose, catalogándose a sí misma simultáneamente. Contra el "ingenio" de los "inquisidores de vanguardia", contra "las estructuras vacías, los párrafos aislados", contra los que "citan", contra "los recursos de la metáfora, el humor, la ironía y todas esas cosas", contra los "seres pequeños que pretenden dar una imagen de nuestra época expresando tres o cuatro escenas de mal gusto", contra todo ello el "aura", un estilo "algo grandilocuente", "palabras grandes poco frecuentes en el lenguaje de hoy", "imágenes básicas", esencias de una época, "un solo hombre", "un solo tema", porque "lo demás no sirve". Habría como un *soy lo que soy* que se percibe como extemporáneo y, a pesar de todo, interesante; al contrario —y dejando de lado algunos de los simplificados denuosos—, es mucho más modesto y liviano que sus ascendientes.

Hijos maleducados de Borges, lo otro sin embargo puede resultar bien —más allá de los presupuestos ideológico-literarios— cuando pesa más lo que resulta que lo que se ostenta. Sobre todo "El último reencuentro con R.", la compulsiva relación entre C.T. y el hombre gusano, el —como todos aquí— confinado y sediento.

Roxana Pérez

Amatista.

Alicia Steimberg.
Tusquets. Barcelona,
1989, 147 págs.
Alrededor de A 15.500



Cuando un texto comienza con un abecedario, algún dactilismo está perfilando. Es ése el caso de la última novela de Alicia Steimberg, finalista del XI Premio La Sonrisa Vertical. Pero Amatista quedará fuera de las aulas escolares para entregar una *paideia* erótica que va de una ignota señora a un anónimo doctor. Conocedora de la eficacia de los relatos, la señora ilustrará las prácticas con las historias de Amatista y Pierre porque "escuche, doctor, que hasta un hombre de mundo como usted necesita que le cuenten historias". Cuentos y consignas claras, tal es la metodología que implementa para guiar los ejercicios.

Así como ahorrar esperma le garantizaba a Flaubert la continuidad de su escritura, en esta novela "retener el juego y esperar hasta más tarde fortalece el órgano y mejora la función". Interrumpir a tiempo permite la continuidad del relato tanto como la sucesión de cuentos disciplina la retención.

De lo que se trata, en Amatista, es de cómo hacer cosas con palabras a partir de ellas. Si el deleite tanto puede estar en un vocablo que se profiere o en una mano que sabe estimular, no debe descuidarse ninguno de los aspectos. Será por eso que la novela desplegará —con eficacia— una cierta gramática *ad hoc*. Esto es: la preceptiva del "español universal" para referirse al sexo; lengua desafiada de localismos que posee, no obstante, distintos modos de formulación. Así, las prácticas amoratorias son posibles de ser expresadas en lenguajes "técnicos" ("guiar el pene erecto hacia la entrada de la vagina"), por medio de algún "exabrupto" ("me encantaré chuparla, señora, y perdone el lenguaje directo"), o pueden derivar —asimismo— en una forma inadecuada de narración ("lamento, doctor, que el final me haya salido como el relato de un partido de fútbol. A veces salen así los relatos de la culminación de los coitos"); maneras que se coronan con un cierto humorismo al formular la señora: "—Y yo estoy lubricada, doctor; disculpe el vocabulario de taller mecánico".

La explotación de esta diversidad expresiva es lo más acertado de la novela de Steimberg, que sabe dosificarla de manera adecuada. Sin embargo, bajo esa lengua universal hay una proliferación de "calzones" y "pasteles de corteza crujiente" que puede desconcertar a cualquier argentino distraído que acostumbra decir "bombacha" y sólo sabe de pasteles por películas dobladas.

Las historias de Pierre y Amatista, héroes con cierto don de la ubicuidad, se instalan en una atmósfera más —a no exenta de cierta poesía. La diferencia, como suele suceder en prácticas tan viejas, no consiste más que en variaciones sobre un mismo tema que no excluye —por cierto— al infaltable *voyeur*.

Sabido es que Alicia Steimberg está instalada en el terreno de lo erótico —literario— desde su primera novela, Músicos y relojeros (1971), pasando por La loca 101 o El árbol del placer. Ahora, Amatista (que rescuista aquella vieja canción que rezaba "enseñarle a los instintos lo distinto") resulta muy adecuada para pasar el invierno, permitiéndole al lector poner manos a la obra.

Adriana Amante

Escándalo. Shusaku Endo
Trad. del inglés de Hernán Sabaté. Sudamericana.
Buenos Aires, 1989, 265
págs. Alrededor de A 7.200



Suguro es un exitoso escritor japonés y cristiano en el otoño de su vida. Una sólida reputación construida con esmero sobre premios literarios, su pertenencia a respetables instituciones culturales y la sostenida confianza de los lectores forman su crédito más preciado y las razones para confiar en una ancianidad venerable y pacífica. Su convocatoria a distintos eventos artísticos, su frecuente presencia en la tele y la consideración de la crítica y los editores así lo demuestran. Pero el Tokio contemporáneo no parece el lugar más indicado para el sosiego y la predica ecuménica de una moral extranjera. Las sospechas sobre la hipocresía de sus alegatos y la coherencia entre vida y obra abrirán las primeras grietas.

Shusaku es un exitoso escritor japonés y occidental en el otoño de su vida. Nacido en 1923 pertenece a la generación de Yukio Mishima y de la posguerra, que estableció un diálogo fluido con Occidente. El mismo, después de graduarse en literatura francesa, prosiguió sus estudios en Lyon, becado por el gobierno francés. Una firme trayectoria apoyada en importantes premios (el Akutagawa y el Tanizaki entre otros), su participación en respetables instituciones culturales (en 1981 fue elegido miembro de la Academia de Artes del Japón) y la sostenida confianza de sus lectores constituyen probablemente, su más valioso capital. Un capital volátil, sin embargo, quizás por el respaldo que lo soporta: el favor de los lectores que —se sabe— es incierto y olvidadizo, la extrema sensibilidad de las instituciones al buen nombre de sus integrantes y el vertiginoso desgaste que supone la exposición en el ámbito público. Como tratando de responder a la pregunta por la vulnerabilidad de su propio lugar social, Shusaku Endo arma un ejercicio de masoquismo y revelación: hacer confesar a una máscara, desvestir a la escritura de sus lienzo sacros para encontrar el rostro perverso del pecado.

La conspiración de dos o tres elementos convergentes será suficiente para poner en funcionamiento la pesquisa. El simple asomo de un acontecimiento difícil de explicar en un cocktail literario, la infaltable presencia de un periodista (amarillo) carroñero y la señora Naruse, una viuda que desconfia de la piadosa imagen que Suguro refleja en sus libros bastarán para arrastrarlo ante el espejo. Aunque la trama enhebrada alrededor de una intriga previsible y lineal culmina sin grandes sorpresas, consigue mantener un débil interés sobre esta historia simple y con visos de novela comercial. *Escándalo* difícilmente logre escandalizar a nadie. Probablemente sólo obtenga la decepción de lectores en busca de rasgos exóticos o por lo menos orientales ante la profusión de perversiones del más puro abolengo sádico, *doppelgangers* de explícitas reminiscencias vienesas y emporios porno de codificados escaparatés occidentales.

La traducción de Hernán Sabaté de la versión inglesa no parece haber atentado gravemente contra el escaso valor de la novela.

Alvaro Fernández Bravo



El quinto hijo. Doris Lessing. Trad. Rolando Costa Picazo. Emecé.
Buenos Aires,
1989, 155 págs.
Alrededor de A 4.900



Doris Lessing, "la más grande novelista viviente de habla inglesa" (según enseñan los editores desde la solapa de su última novela), lleva escritos más de una veintena de libros entre cuentos, novelas, piezas de teatro y poemas.

El quinto hijo es, sobre todo, el goce de una escritura (económica y contundente) que se deleita en tejer sus ficciones entre las palabras, con la conciencia del que ya no se toma las cosas muy en serio. Se trata del matrimonio Lovatt. Predestinados el uno para el otro, el amor de David y Harriet no es lo que se dice un amor loco. Conservadores, tímidos, anticuados, los dos jóvenes parecen pasados de moda en medio de la revoltosa década del '60. No obstante, la pareja parece tener en claro sus planes y, entre tanto amor libre sin futuro, ellos proyectan una familia, una casa grande y muchos hijos.

El relato se toma su tiempo y dosifica las pistas; demora la aparición del conflicto, entreteniéndose en detalles apacibles de la vida familiar que la lectura sabe endeble. Es que el nacimiento del quinto retoño, anunciado desde el título, encierra algo terrible que impregna por anticipado la narración y hasta el dato más inocente se vuelve inquietante y perturbador.

Objetivamente, Ben debería ser descripto como un bebé normal; un poco violento, tal vez, pero nada fuera de lo común. Todo está bien pero después resulta que no tanto; hay algo en él que lo hace de "una sustancia diferente", algo en su fría mirada que mete miedo. Nada concreto, pero lo que empieza como una mera intuición maternal pronto será tácitamente percibido por todos.

Lo fantástico no surge como una puesta en duda de los límites de lo real. Nada monstruoso ni demoníaco; ningún elemento sobrenatural que irrumpa en la normalidad. Lo siniestro que acecha en el niño parece emerger desde el fondo mismo de su naturaleza humana. Un error biológico, una regresión de la especie, la emersión de un estadio primitivo del desarrollo humano en el seno de la civilización.

Por momentos el relato parecería esbozar, a través de Ben, una metáfora sobre esta "bárbara década de 1980" que, cargada de crímenes y revoluciones, viene a invadir ese orden deliciosamente anticuado que los Lovatt representan.

Tal vez sea mejor olvidar esta veta apocalíptica y reaccionaria y apostar la lectura a un plan no alegórico. Porque, abasteciéndose de su ficción, *El quinto hijo* lleva adelante un relato mucho más interesante sobre la incapacidad de los Lovatt para hacerse cargo de lo incomprensible. Así, bastará la amenazadora presencia de Ben para que afloren sus miedos, sus debilidades y su indefinible poder de autodestrucción.

Doris Lessing maneja los resortes de la intriga y del ritmo con un talento y un oficio envidiables. Posee un estilo muy *british* para sugerir el horror sin estridencias y una capacidad de viejo tahúr para tramar la densidad como quien no quiere la cosa.

David Oubiña

Match Ball. Antonio Skármeta. Sudamericana.
Buenos Aires, 1989, 203
págs.



Match Ball es, en cierta forma, una novela peculiar y esto no se debe exclusivamente —como podría pensarse luego de una rápida hojeadura— a que sea una novela "europea" (esto es, de ambiente y personajes europeos) escrita por un autor latinoamericano sino, más bien, a otro tipo de cuestiones más esenciales. Lo primero que se destaca en esta novela es, aunque parezca obvio, su prólogo, donde se nos asegura que la historia que se nos va a contar, la de los arrebatos amorosos del atribulado médico norteamericano —residente en Berlín— Raymond Papst con la ascendente estrella del tenis germánico, la pospüber Sophie Mass, es una historia verídica. Lo que inmediatamente se podría preguntar al lector es: ¿es necesario este prólogo?, o ¿qué pretende Skármeta con esta ambigua aclaración? Lo notable es que esta pregunta se puede mantener abierta durante la lectura de toda la novela. Aquí el término "gratuito" se impone, no quiero decir con esto que toda novela deba tener una motivación que exceda el mero ejercicio gozoso de la escritura sino, precisamente, que en libros como *Match Ball* se confunde inevitablemente ligereza narrativa con banalidad novelada. Se podría pensar: ¿qué otra cosa es este prólogo que un mecanismo táctico para justificar, superlitterariamente, una novela que difícilmente se sostenga por sí sola?

Es que con la historia que se cuenta en *Match Ball* lo que pasa es que, justamente, no pasa nada. Amén del simpático truco de tratar de poner en clave humorística el ya manido tema del hombre maduro reducido por la demoníaca adolescente reiterado en la literatura occidental desde los clásicos hasta Heinrich Mann y Nabokov (genealogía que el autor reconoce prolijamente dentro mismo de la novela), lo que sucede con esta recreación *soft* de Lolita es que Skármeta sostiene, al parecer conscientemente, una escritura que roza peligrosamente lo kitsch, recurriendo a una estrategia narrativa más que convencional (lo que lo aleja de intentos similares más ricos como los de Puig) y hay que reconocer que a ese trazado fronterizo le falla el pulso más de una vez.

Match Ball también patina en esa primera persona que narra la historia dado que, pasado por el tono narrativo del Dr. Papst (para decirlo así), todo lo que se cuenta se convierte en una broma de salón. Se sabe que el humor sin corrosión ni ambivalencia trágica pasa a ser chiste contra lo que se sostiene grandilocuentemente en la contratapa. La pasión de Papst contada por él mismo semeja a un largo chascarrillo de *cocktail-party*, lo que está muy de acuerdo con los ambientes donde transcurre la acción y con los parámetros que aman cierta novelística latinoamericana actual.

De cualquier forma, hay que admitir que esta novela se lee rápida y despreocupadamente y, en esto, se nota el oficio de Skármeta. Por otro lado, *Match Ball* está llena de gentilezas hacia el lector, al que trata de seducir constantemente con guiños varios pero sin amenazar con construir con él más compromiso que el que puede involucrar un encuentro furtivo y casual. En este sentido, la novela se lee con la misma avidez con la que se escucha un chisme más o menos jugoso y esto último, quizás, sea una virtud.

Pablo Fuentes

RECIENVENIDOS

El espejo en el espejo. Michael Ende. Trad. de Anton y Genoveva Dieterich. Alfaguara. Buenos Aires, 1989, 261 págs. Reedición local de un texto ya clásico dentro de la producción de este autor alemán. El presente volumen es una de las muestras más depuradas del talento de Ende para convertir en poesía los hechos, situaciones u objetos más banales y disolver las fron-

teras entre lo real y lo irreal. El texto cuenta con ilustraciones de Edgar Ende, padre del escritor, célebre pintor surrealista.

Espejismo de neón. Max Allan Collins. Trad. de Daniel Zadunaisky. Emecé. Buenos Aires, 1989, 333 págs. Corre el año 1946. En el bajo mundo de Chicago, las bandas mafiosas se disputan el control del juego clandestino. El detective Nate Heller se ve envuelto en la lucha cuando el hombre que lo ha contratado como guardaespaldas es bale-

ado en una emboscada callejera. La investigación del asesinato de su cliente lleva a Heller a ser testigo de cómo nace un lujoso oasis de juego en un pueblo perdido en el desierto llamado Las Vegas.

Un pez en la inmensa noche. Marcelo Caruso. Galerna. Buenos Aires, 1989, 158 págs. Dice Héctor Lastra en la contratapa: "Nítidos, tensos, siempre cargados de tensión, de climas y de situaciones límite, estos primeros once cuentos de Marcelo

David Caruso logran forjar, a través de la contrapartida, una luminosa e incisiva mostración de mundos antagónicos, donde a veces lo insólito y lo brutal, lo piadoso y lo desgarrado, se fusionan para sumergirnos en una muy curiosa metáfora de la dignidad y de la angustia humana".

El sueño de una estrella. Danielle Steel. Trad. de María Antonia Menini. Grijalbo. Buenos Aires, 1989, 419 págs. Enésima entrega de la novelista más vendida de los últimos tiempos.

Ella es Crystal Wyatt, nacida en un rancho de California, de belleza incomparable (los editores no aclaran si la belleza es atributo de la joven o del rancho), que sueña con Hollywood y con alcanzar la cima del estrellato; él es Spencer Hill, un apuesto oficial que, luego de intervenir en la Segunda Guerra Mundial, se convierte en abogado y alcanza puestos de gran responsabilidad en la Casa Blanca. Naturalmente, todo se interpone entre ellos, destinados a amarse por encima de todo pero tal vez no tanto.

Escalofríos. Selección y prólogo de Douglas Winter. Trad. de Eduardo Murillo. Grijalbo. Buenos Aires, 1989, 246 págs. Alrededor de A 11.000



Las verdaderas aventuras de Douglas Vinci, relatadas por él mismo. Shirley Pfaffen y Douglas Vinci. Editora Argentina y el Mundo. Buenos Aires, 1989, 82 págs.



El terror es una etiqueta tan amplia (y por lo tanto tan vacía) como "novela policial" o "novela de aventuras". Douglas Winter, responsable de esta selección de cuentos, pensó Escalofríos en función de una definición amplia del género. Poco tiene que ver el horror metafísico y casi anti-científico (a la Frankenstein) de "El gran Dios Pan" de John Harrison con el humor negro de "Ponga una mujer en su plato" de Paul Hazel, por ejemplo, o la lucha desenfrenada por el éxito de "El beso sangriento" de Denis Etchison.

Pero las dos obras más interesantes de la colección son, sin duda, "El aviator nocturno" de Stephen King y el relato de John Harrison. Ese último escribe con algo de esa atmósfera al mismo tiempo extraña y cotidiana de los primeros cuentos fantásticos de Julio Cortázar y con un narrador en primera persona que recuerda mucho a ciertos relatos del argentino y que narra, desde un presente innominado, un pasado difícil de explicar y de aceptar.

El cuento de King, en cambio, está tan lleno de espíritu lúdico que es casi un cuento humorístico (tal vez el "casi" está de más y estamos ante un híbrido de esos que desafían las etiquetas). King juega en varios planos: parodia el género de terror barato, parodia las publicaciones de la prensa amarilla con crímenes sangrientos, parodia el canibalismo agresivo de la era Reagan con un salvajismo absolutamente desopilante, se parodia a sí mismo haciéndose nombrar por un personaje despreciable que lo relaciona con algo que define como "toda la basura repugnante y sanguinolenta". Y, en medio de esa parodia feroz, se da el lujo de llenar las páginas de sangre (como la prensa sensacionalista a la que acaba de criticar) y aterrorizar al lector con una escena que también podría usarse en una comedia.

"El aviator nocturno" es un *tour de force*: es difícil seguir produciendo terror con un tema tan remanido y absurdo como el de los vampiros y es todavía más difícil producir el clímax de un cuento muy tenso con un espejo de baño público y un urinal como escenografía. Pero King es un virtuoso: le gustan los desafíos y sabe cómo salir airoso de éste: el cuento es espeluznante. Y después de la primera impresión, después del escalofrío, hasta hace pensar. Porque este vampiro tiene mucho que ver con las ambiciones, el egoísmo y la moral del protagonista. Y una interpretación menos literal de lo que sucede no haría a "El aviator nocturno" menos terrorífico. Al contrario, supongo.

La colección tiene una joya más: el prólogo. Difícil encontrar un prólogo tan interesante y jugoso en colecciones como ésta. No hay duda de que Douglas Winter ama el "terror" y sabe cómo defenderlo. Su pequeño estudio preliminar describe con minuciosidad e inteligencia las relaciones entre los monstruos del género, el miedo y el momento histórico en que se quiere hacer "terror". Los monstruos de la era Reagan no pueden ser los mismos que aterrorizaban las noches de la década del '60. El ser humano no está exactamente en el mismo sitio y, como bien dice Winter, "la buena literatura de terror nunca ha girado alrededor de los monstruos, sino de los hombres". Stephen King es un maestro en esto y tal vez su cuento no sea en realidad "uno de vampiros" sino "uno de protesta". ¿Quién sabe? Las etiquetas se confunden

Márgara Averbach.

Douglas Vinci es un sujeto acosado por un mandato de eternidad. Aspiración de trascendencia que el deseo reclama y que será satisfecha por las vías del arte.

Tener una historia para contar, de eso se trata. Una historia que, como quiere Wim Wenders, sea una cuadrícula que ordene el caos y conjure la finitud. Porque, al igual que en la estrategia de Scherezade, todo relato suspende el tiempo y posterga la muerte. Pero sucede que las historias escasean. Raro aquel que posee una historia. Y envidiable. Confiesa Pfaffen en el prólogo: "La historia me resultó fascinante".

A mí me aburrí un poco. Veamos.

Las verdaderas aventuras etc., etc. se estructura en la forma de cuatro cuadernos; división más o menos arbitraria en la que el relato se divide con las biografías: historia del Abuelo Vinci "con los últimos iroqueses de la costa oeste norteamericana" y, luego, como inmigrante italiano en el Río de la Plata; historia épica del Clan de la Serpiente y el Clan de las Sacerdotisas de la Luna Creciente; historia del encuentro del Vinci nieto con Bobby y con Lalo y de la odisea conjunta que emprende hacia la ciudad de Bangkok en busca de la filiación Vinci; "cronología de supuestos enfrentamientos" en los que se traban, en encarnizada lucha, el ejército, los líderes sindicales, los trabajadores de las radios, las hordas de hambrientos que saquean supermercados y que culmina con la caída de una misteriosa joven que se arroja desde un 9º piso envuelta en la bandera del Ejército de los Andes.

Autobiografía apócrifa de Douglas Vinci (escrita por las interpósitas personas de Carlos Masoch y Shirley Pfaffen), el relato elige el tono legendario para narrarse. Porque, puesto que la Historia arruina toda eternidad posible (en tanto se inscribe en el tiempo), entonces la biografía deberá declinar el documento en favor de la ficción si quiere escapar de la corrupción a la que condena el devenir. La leyenda de Douglas Vinci es una epopeya de lo cotidiano, la postulación de una estética de lo grandioso para lo superficial. Sin embargo, el mito, la leyenda, lo exótico no invaden la biografía; permanecen como una exterioridad grandilocuente que no logra teñir el relato.

Mezcla de géneros y estilos; imágenes encadenadas por una causalidad psicodélica, febrilmente redactadas en un trip de escritura automática. El resultado es un texto que dice inventar el mito de sí mismo, que se niega a ser penetrado por la lectura, un ritual onanista que sólo convoca mirones.

Toda autobiografía es narcisista, pero no todo narcisismo es literatura; problema que el texto de Masoch-Pfaffen no se plantea, sino que más bien elude, desilusionando una posible mirada productiva sobre él. Así, leer es, en este caso, como dar a publicidad un diario íntimo: un acto que está obligado a ejercerse con el pudor de haber violado el cajón de un escritorio ajeno.

D. O.



RECIENVENIDOS

Doctores. Erich Segal. Trad. de Blanca Ribera. Planeta. Buenos Aires, 1989, 757 págs. Aseguran los editores que el autor de la exitosa Love story ofrece aquí "una interesante y conmovedora historia basada en la vida de los médicos, en sus móviles, sus proyectos, sus debilidades, sus amores". Se agrega en la contrapata que "desde el crisol de la enseñanza despiadada en

las facultades de medicina, pasando por las agotadoras horas como internos y residentes, hasta sus amores, sus triunfos, las pruebas por las que han de pasar, las tragedias que les ocurren, Doctores describe la vida de estos hombres y mujeres que tratan de curar pero que a menudo han de andar sobre el fuego".

El hambre de mi corazón. Martha Mercader. Sudamericana.

Buenos Aires, 1989, 205 págs. Trece relatos que intentan rodear sin alcanzar ese "sistema de sorpresas y trampas que se articula entre la realidad y el deseo". La autora de Juanamuela mucha mujer despliega aquí todos sus recursos narrativos al servicio del más que difícil arte del relato, procurando evitar, como se dice en uno de sus cuentos, "la prosa vulgar, el énfasis grosero, los detalles escabrosos, el regodeo de la violencia y la perversión".

RIPIOS NACIONALES

Una columna de Marcos Mayer

Luego de haberse detenido en el "sintagma denotativo" y de haber tratado de establecer las "jurisdicciones categoriales del cuento", el muy académico profesor Raúl H. Castagnino infiere que "la concepción marxista, en el terreno estético, es densa". Hecha la salvedad, concluye en que no hay nada mejor para aclarar un concepto que un gráfico adecuado: "Según cambie la relación de cuatro líneas en el interior de un óvalo puedo comunicar la referencialidad de la alegría, el dolor o la calma:

Menos devoto de los esquemas y menos experimente, otro académico, el profesor Delfín Leocadio Garasa, prefiere una preceptiva adornada de ciertas galanuras: "El crítico debe distinguir en una obra los elementos peculiares que constituyen sus meollos palpitantes, sin perder por eso de vista los cañamazos ideales en que se inscriben las realizaciones de toda inspiración".

Con más modestia crítica, Carlos Loprete admite: "Las montañas del oro causaron en Buenos Aires una ruidosa sorpresa. Lo primero, no se entendieron del todo — como tampoco se pueden entender hoy en día — (...)"

Pero en el abordaje del ripio crítico no todo es cuestión de acechar a académicos y viejos profesores. En el otro extremo del espigón generacional, un escribiente (Barthes *dirixit*), homónimo exacto del compilador que firma esta sección, se atrevía al patetismo sin rigores: "(...) no dará como resultado que no se respondan muchas otras preguntas, que no se pueda dar sino una lectura deliberadamente parcial, patológicamente incompleta, obligatoriamente entubada."

S, Z y otras letras argentinas

Acechante, el virus del ripio anida en el riñón mismo de la modernidad crítica. Atosigados al mismo tiempo por una jerga que los seduce y una necesidad de claridad que constantemente les es exigida, los padres y madres fundadores de la crítica moderna en la Argentina expresan su escritura en los desfiladeros de esta contradicción. Josefina Ludmer contrae el vocabulario de su escritura sin miedo a la represión, enfrentada a la ausencia de sinonimia para sus categorías críticas. De allí que se hagan presentes de manera constante las reiteraciones: "El problema es qué deja leer lo que se quiere leer" o bien "Hay un después que dice lo de antes sin voz del gaucho, y hay un antes que se puede leer en el después o en otro espacio y registro".

Viñas, como estentóreo antecesor, abomina, por el contrario, de categorías críticas más o menos estables, desentendiéndose de las palabras del otro mediante las comillas (recurso adoptado *in extremis* también por Jorge B. Rivera): "Sí. Creo que sí. Porque privilegian sustancializando y convirtiendo en 'destino' y 'vocación' circunstancias empíricas; porque intentan escamotear la base 'sumergida' de esas 'emergencias'; (...)"

Otro párrafo condensa las operaciones retóricas de Viñas: una falsa condicional, la personificación, la metáfora disfrazada de movimiento, la presencia insistente de una primera persona; para hablar de R. Arlt: "Sí, por el contrario, el ademán se invierte, lanzándolo hacia adelante, todos sus gestos se yerguen: el personaje verifica un endurecimiento y una convicción, los brazos marcan amplios círculos o los dedos se cierran con un apretón de síntesis, categórico o estimulante; siento los pies seguros — viene a decirnos —, la tierra es sólida y virgen, puedo abrir las piernas, piso, camino hacia donde se me antoja, corro sin jaderar, siento mi cuerpo aéreo, vivo".

Casi como una transición histórica entre el despliegue viñesco y la contricción ludmeriana, asoma el simulado fulgor de Nicolás Rosa: "Entonces, recuerdo y memoria, la luz, la lumbre, el vislumbre, la franja, el intersticio, es el lugar donde la verdad se nos da y se nos niega simultáneamente". La atracción significativa deja lugar a la fiesta del adverbio: "Blandamente, amorosamente, aterciopeladamente, filamentosamente, babosamente, el texto acaba reposándose en lo rociado vaporoso del flotamiento de las babas primordiales".

También los sujetos colectivos deben al ripio alguna de sus páginas más recientes, el editorial presentación de las revistas *sYc* afirma: "En su nombre mismo, *sYc* es un resultado que conserva restos de su origen: en s, como inicial vibran varias nociones (semióloga, semiótica, semántica, sentido, significación), en c, otras tantas (comunicación, copresencia, continuidad, campo)".

Se me perdonará un abominable vocativo a la hora de cerrar: ¡Colegas (si me permitís que así os llame)! Tantas cosas apitosas, gozosas y aun ajenas al campo de las ciencias del lenguaje nos permiten que los nombres con estas iniciales, entre ellas el inevitable saludo findeañero; ¡Salud!

SILUETAS

Por Luis Chitarroni

Bohumil Hrabal

La prensa europea, con disculpable ligereza, ha llamado a Bohumil Hrabal el anti Kundera. Se trata de un problema de tipografía, y casi de tipografía catástrofe (la publicación en Italia de los libros de Hrabal le impuso de nuevo al checo antónimo la primera plana de los suplementos culturales), o tal vez de numismática (véase más adelante), pero comporta algo menos que un error de concepto: es una mentira simplificada, acaso la favorita de esos locutores de la doxa que reducen la singularidad del talento a una cómoda falacia en perduración. Kundera, por lo demás, no deja de hablar bien de su coterráneo, y Hrabal, con su simpatía de fenómeno local, contraataca. A Hrabal, el mundo empieza a quedarle chico por desafuero estilístico, por felicidad provinciana, porque ha elegido esa módica elocuencia de aldeas que añade siempre una escena más al arrabal atestado: a Kundera, Checoslovaquia termina por quedarle grande por equilibrio formal, por eficacia arquitectónica, porque sabe restar personajes a esa comedia de las ideas que se convierte en una novela llena de mundo. Uno y otro, no obstante, infieren a la narrativa una serena magia disimulada por los buenos modales del oficio. En fin, la imagen de cara y ceca que, el periodismo inventa resulta mentirosa porque los dos saben que son distintos por razones idénticas. Checoslovaquia acuña monedas con dos caras para desordenar el azar.

Bohumil Hrabal nació en Moravia, en la impronunciable —para porteños epentésicos— Brno. Corrían tiempos de tribulación —1914—, y el niño creció de acuerdo con ese selectivo destino generalizado. Su héroe, cuando aprendió a leer, fue Martin Eden, de Jack London, y su infancia en Nymburg debe de haber transcurrido a la sombra de aventuras geográficamente imposibles, como la de cualquier niño italiano o americano. El padre, que administraba una cervecería, le inculcó esa hospitalidad anónima propensa a los brindis y otras efusiones colectivas. También las lecturas posteriores —Whitman y Carl Sandburg— lo ayudaron a inventarse camaradas en los mostradores.

La preocupada actitud de los alemanes acerca de la educación impidió que Bohumil se recibiera de abogado en Praga. Sólo después de la Segunda Guerra, en 1946, pudo obtener su diploma. Los años que siguen son un largo aprendizaje: tramoyista, amanuense, viajante de comercio, obrero en la fundición de acero. Curiosidades, datos de contrapunto. El escritor, ufano, se fortalecía haciendo de la experiencia una representación para biógrafos. En 1950, la amistad de Jiri Kolar, ese duende del letrismo y los cuadros "intercalados" trae consigo la vigilia en los cafés y las discusiones dilatadamente "esteticistas". Algo más que las posiciones de André Breton y los surrealistas se dirimía entre conturbiados trasnochados. A partir de 1963, Hrabal empieza a publicar. Angelo María Ripellino, el más atento de los vigías (que difundió en Italia a Andrei Belyi y a Bruno Schultz), traduce a la dulce lengua de Dante Trenes rigurosamente vigilados; después, en 1966, llega el film de Jiri Menzel (Oscar al mejor film extranjero). Bohumil Hrabal no se inquieta ni se mueve, sigue

escribiendo, sigue fiel a una memoria llena de baches, a unos inquietos interlocutores que asumen —según Elías Canetti— la apariencia de "máscaras acústicas", a una fuerza "líquida" que selecciona sus impulsos para que el producto final pueda ser llamado, sin ningún tipo de eufemismo, novela.

Hay quienes han llamado a Bohumil Hrabal "un Kafka que ríe", pero Hrabal y Kundera saben, como cualquier lector curioso, que Kafka es también un gran escritor cómico, un padre que inventa a cada rato su condición de hijo para resumir con modestia su carrera de prodigio prodigio. Pero Hrabal no sólo se ríe sino que se ocupa de contagiar ese estado de ánimo a sus lectores: Yo que serví al rey de Inglaterra llega a producir una inversión sistemática de sonrisas que culmina, cuando la gradación episódica así lo requiere, en saludables carcajadas. Dittie, el aprendiz de mozo con ínfulas que llega a ser propietario del hotel de la cantera (y que no deja de repetir que ha servido al emperador de Etiopía y que ha hecho la escuela de Srivane, que a su vez había servido al rey de Inglaterra), personifica una categoría nueva, un buscón no pícaro del Este (aunque ese Este sea el centro de Europa): su ingenio, sus escasos escrúpulos, su candoroso cinismo abusan tanto del lector que el mismo Dittie termina siendo la víctima involuntaria de palabras que no paran de contar. Proeza suficiente. Al ocupar ese lugar "servicial", al intrigar desde lo "bajo", lo que queda abolido es el pacto de caballeros con el "buen" lector. ¡Qué victoriosa prosapia podrían invocar estos lacayos del malentendido! Desde un aprendizaje propietario que se envenene de rechazar las ofertas de John Steinbeck y de proteger los piyamas de Maurice Chevalier del demasiado clamoroso sí de las niñas, hasta un porteño vacilante que traduce del polaco el título de un libro de cuentos de Gombrowicz con un trislabo agudo: Boyacá.

Hrabal reconoce en su literatura la influencia de tres maestros: Rudolph Weiner, Ladislav Klima y Jakub Deml. Como esos nombres son casi inescrutables para nuestra suerte, me atrevo a insinuar el de Robert Walser, menos ignorado por los editores argentinos o españoles.

Ada Korn ha publicado, con el cuidado que caracteriza a todas sus ediciones y una encomiable indiferencia por la indiferencia del público, dos novelas de Bohumil Hrabal: La pequeña ciudad donde el tiempo se detuvo y Yo que serví al rey de Inglaterra; otros libros del autor sólo se consiguen en ediciones italianas o francesas.

MARTIN AMIS

Los mejores alumnos del peor año del milenio tienen la obligación de leer Dinero de Martin Amis y compararla con el Blathanatos de John Donne. El Blathanatos, como saben, es un tratado sobre el suicidio escrito por el diácono de la catedral de San Pablo en el siglo XVII; Dinero, una novela titulada "Nota suicida", que tuvo cierto éxito —o crédito— en Londres, hace cuatro o cinco años. El autor es un joven nacido el 25 de agosto de 1949 en Oxford —la camada de Sting, no de los Beatles—, acusado tal vez con justicia de ser el autor más representativo de su gene-



ración. Conviene aclarar que este muchacho tenía algunos motivos para dedicarse a la literatura, un padre escritor, entre otros. Hay quienes ya dicen que el hijo es mejor novelista que el padre, pero eso bien puede ser un alarde del presente. Por lo demás, Kingsley Amis, el padre, estaba tan estigmatizado por la época —el jazz, los *angry young men*, la ciencia ficción, la novela de espías sin pretensiones— como lo está el hijo —el rock, los yuppies, la pornografía grabada, los venerables relatos de la "literature of exhaustion"—, y produjo al menos dos libros estupendos: *Jim el suertudo* y *Un Inglés gordo* (hay traducciones; Sudamericana y Lumen, respectivamente).

Los espejos y la paternidad nunca fueron abominables para el joven Amis, que en la contraportada de sus primeros libros lucía tan apuesto como el Romeo de Zeffirelli, no de Shakespeare, y en la de los últimos —culto corte de pelo de apocalíptico integrado, culto cigarrillo francés a prudente distancia de la boca desdeñosa— parece el príncipe azul de una camarera pakistaní aturdida por los Pixies; casado con una historiadora del arte, Antonia Phillips, Martin tiene dos hijos, cuyas novelas pueden preverse para los primeros años del próximo siglo. Al viejo Amis, los espejos nunca lo inquietaron, pero la paternidad parece que sí: con obsesivo rigor se niega a leer —ha declarado Martin— las novelas del hijo. Como Kingsley escribe poesía, además, a Martin lo atormentan los sueños ("A veces sueño que he escrito un libro de poemas, y me siento increíblemente orgulloso en el sueño, pero en la vigilia nunca ocurre", M.A., julio de 1986).

Vendetta: una paternidad más abstracta que aflige al hijo fue a su vez el dolor de cabeza de padre hace algunos años. Martin ha manifestado en diversas ocasiones su afición por un novelista inglés demasiado ruso como para que los ingleses le lleven el apunte. Se trata de ese arrogante señorón llamado Vladimir Nabókov ("Lolita es la novela que más veces he leído", M.A., junio del '86). En Ada, esa poderosa suma de esplendores que es también un catálogo de iniquidades, Vladimir Nabókov se ocupa reiteradamente de tomarle el pelo al viejo Kingsley de acuerdo con su arte de injuriar casi mecánico: anagrama + pulla + atribución inventada. Martin debe gran parte de su pulso y su gusto por las piruetas a Nabókov, pero su estilo tiene una gracia liviana y directa que el precursor nunca pudo alcanzar, al menos en inglés. A los 40, su obra es considerable sin ser profusa: *Rachel Papers*, *Dead Bables*, *Success*, *Other People*, *Money*, *The Mo-*

ronic Inferno, *Einstein's Creatures*, *London Fields*. Cada uno de esos libros tiene todos los elementos de la buena literatura y muchos de los ingredientes que la moda impone. Ingenio —esa nueva mala palabra para los vigilantes culturales—, refinamiento, excelentes ideas y buenos desarrollos, hasta una cierta tilingüería tan porteña que merece ser inglesa. *Rachel Papers* fue un espléndido debut, y recientemente han rodado un film cuya protagonista es la hija de un viejo héroe de los sesentías —Donovan Phillips Leitch—, que intentará recobrar el tiempo perdido de un joven enamorado, entre discos de Grateful Dead y amenazas de Burroughs. Anthony Burgess, que no pierde ocasión de hablar (el elogio puede ser para una edición revisada de la Biblia o para el último libro de Erica Jong) ha dicho de *Other People* en "Sobre la insularidad de la novela británica": "*Other People* es un ejercicio de epistemología sumamente original. La protagonista es una joven que sufre amnesia. Es incapaz de dar nombre a los objetos y se ve reducida a contemplar los productos de la industria humana —un aparato de teléfono, por ejemplo— como si fuera un marciano: 'Dos agujeros y chilla como pájaro', etc.". *Success* narra la vida de dos tipos, discreta una, indiscreta la otra, para despachar al fin una especie de subasta de los engaños mutuos: ni la discreta infelicidad de uno de los personajes, ni la indiscreta felicidad del otro son lo que *parece* ser, pero, mientras tanto, el tiempo ha transcurrido, y *ser* y *parecer* terminan siendo (o pareciendo) dolorosamente canjeables. En *Dinero*, la práctica fluidez de ese tema que ha provisto al rock'n roll de tantas canciones como el amor o la falta de amor, aniquila o derroca temperamentalmente a John Self. La nota suicida como género literario (contrapartida de los poemas que Martin sólo puede escribir en sueños). Más que un comentario, la obra extensa de Martin Amis, sólo parcialmente recorrida, parece señalar una parábola: la del hombre que sale de una reunión o una fiesta, recupera en el guardarrasos su sobretodo y su sombrero, piensa "cómo divirtió a todos mi imitación de X, y cuánto se rieron cuando conté el chiste de Y", pero sólo dos pasos después se da cuenta. "Dios mío", piensa entonces, "quisiera estar muerto".

En fin, creo que sólo dos novelas de Amis han sido publicadas en español. Primero, *Rachel Papers*, con el abstruso, gerundiano título *Empezando a vivir* y una tapa que lo condenaba al estante de los libros de autoayuda, y *Money*, *Dinero*. En Anagrama, of course.

GUÍA PARA ANALFABETOS E ILUSTRADOS

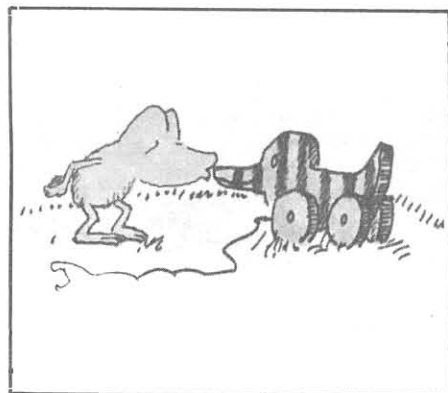
Por Elena Massat

El alma es más poderosa allí donde se ejercita (Aristóteles).

A partir de 4 años: Para los que a duras penas alcanzan los 80 cm por encima del suelo, el peso y el tamaño de los libros puede convertirse en un duro obstáculo entre ellos y la lectura. Sabedora, la Editorial Colihue viene de sacar dos nuevas colecciones destinadas a esta subclase de individuos. Chiquitos, livianos e íntegramente ilustrados, los tomos de ambas colecciones se fundan en criterios muy diferentes.

En Los Morochitos (Margarita tenía una pena de L. Devetach y J. Cuello, Vi un árbol de M. Mainero y G. Roldán (h), María, Mariana, Mariela de M. T. Corral y Oscar Rojas, Yo ratón de L. Devetach y J. M. Lima, Buenos Aires, 1989) se optó por el blanco y negro —elección audaz si las hay— para acompañar breves poemas que abundan en metáforas e hipótesis. "Margarita tenía una pena y la echó a volar" es un comienzo que puede resultar confuso para los tan chiquitos. María, Mariana, Mariela trabaja, en cambio, sobre enunciados mínimos y concretos, repeticiones y paralelismos harlo más adecuados para los minilectores. En este caso, además, las figuras de Oscar Rojas son especialmente gráciles.

La otra colección abandona la metáfora desde su título. Se llama Los libros dibujados. Los cuatro tomos —El barco de papel, Me baño, Fulmos al zoológico y En la pieza de mamá y papá— fueron realizados por Leticia Uhalde y Raúl Fortín. Sin texto y tal como se anuncia en los títulos, los libros plantean historias que los chicos recorren permanentemente. Protagoniza una familia tipo, que —aún en jeans y zapatillas— Fortín ha instalado en unos nostálgicos años '40. En cada página se diseñan situaciones en las que las caras redondas, las manos regordetas, las cadenas anchas se combinan con bañeras torneadas, tulipas art nouveau y colectivos fileteados para evocar la placidez y la estabilidad que enardecen a los de la salita rosa.



A partir de 6 años: Si en algún momento se sospechó que El fantasma de palacio de Mira Lobe (Ilust. de Susi Weigel, SM, col. El barco de vapor, Madrid, 1988, 79 págs.) tenía algo que ver con las gárgolas del Sturm und Drang o los espectros que pueblan las hoquedades de la Selva Negra, la ilustración de tapa no deja lugar a dudas. Esta es una historia de antiterror, en la que el fantasma de marras abomina del culto que sus mayores románticos hicieron de la soledad, y que, en el paroxismo de su aburrimiento y después de llorar un buen rato, decide poner un aviso en la ruta anunciando que se busca un habitante para su palacio. En un cascajo destartado llegan el pintor Balduino, el perro Wuff y la gata Princesa.

Como en los libros de la serie blanca de esta colección —Primeros Lectores—, las páginas de El fantasma... tienen mucho aire, los párrafos están bien separados y los textos riman todo lo que la traducción permite. Es un relato lineal, sencillo, en el que la situación original (el fantasma roba los pinceles de Balduino y pinta todo lo que se cruza en su ruta) se explota al máximo de sus posibilidades.

A partir de 7 años: Vamos a buscar un tesoro. Cómo el osito y el pequeño tigre buscan la felicidad de Janosch (Santillana-Alfaguara, Plan Lector, Buenos Aires, 1988, 47 págs., 2do. grado) es un relato de viaje/aprendizaje-retorno, que, aun con ciertos bemoles de carácter ideológico, es de una resolución excelente. El mundo en el que se mueven los dos personajes es algo sesgado: el mal proviene exclusivamente del lado de los hombres (el rey, el recaudador de impuestos, el ladrón); el único personaje femenino es una gallina loca, y lo que se aprende al cabo del viaje es que el tesoro sólo acarrea dificultades.

Al margen de estos aspectos, llama la atención la elabo-

ración de la propuesta. Janosch (responsable del texto e imágenes, uno de los más importantes autores alemanes de literatura infantil) construyó dos personajes que se distinguen entre sí sin caer en ningún momento en el arquetipo, con lo cual sorteó dos escollos que son moneda corriente en este rubro.

Algo similar sucede con los personajes secundarios: el león es valiente pero su marca distintiva es el pantalón azul que viste; se sabe que el topo es ciego, pero lo conocen como el "tono feliz", y así siguiendo.

Es notable el lugar que la temura ocupa en la historia. Todo el tiempo y aparte de la secuencia narrativa, los amigos se ofrecen ayuda en una serie de gestos conmovedores. En este sentido, la ilustración resulta fundamental. Los protagonistas tienen la forma de los animalitos de peluche, con todas las connotaciones afectivas que esto implica.

Un encanto accesorio: a lo largo de todo el relato se desarrolla una historia secundaria —exclusivamente a nivel icónico— entre una ranita y un pato de madera con ruedas, que acompañan cada una de las secuencias ilustradas, y en muchas repiten lo que hacen los personajes principales.

A partir de 8 años: Dos de gatos dos para los de 8: El gato de Dios de María Nos (Ilust. de Miguel de Lorenzi, Colihue, col. Pajarito Remendado, Buenos Aires, 1989) y El Negro de París de Osvaldo Soriano (Ilust. de Daniel Rabanal, Puntosur, col. Narrativa para Chicos Grandes, Buenos Aires, 1989, 32 págs.).

El gato de Dios es el primer premio del Concurso Colihue de cuentos para chicos 1988, y se trata veramente de un texto peculiar. Es la historia de un gato que no fue feliz en el Paraíso, y, si bien su título supone un protagonismo felino, lo más interesante del relato es el "cotidiano" paradisíaco con Dios y San Pedro como figuras centrales. A pesar de las zapatillas y la musculosa, Dios es un viejito de barba cana que conserva todas las virtudes que pueden interesar a los chicos: se da cuenta de todo, sabe cuándo Pedro le miente, entiende las tristezas de Bibicho, a la sazón el gato, y —entre otras cosas— crea para él y de una de sus costillas a la gatita Michimau. Por lo demás, Dios es lo suficientemente sabio como para darse cuenta de que los gatos prefieren volver al basural cósmico de donde Bibicho nunca debería haber salido.

El gato de Dios es una historia de peripecias varias y poco previsible, que, si bien avanza a tranco largo, pivotea sobre situaciones detalladas y precisas que se refuerzan con los encantadores dibujos de De Lorenzi. San Pedro anda —se sabe— de rigurosos sandalias, pero en este cuento gasta traje, corbata y chambergo, que como buen santo que es lleva suspendido unos centímetros por encima de la calva.



En El Negro de París un narrador evoca su vida en el exilio francés, donde sus padres le regalan a Negro (un gato) en sustitución de Pulqui, que quedó en Argentina.

La historia se divide en dos instancias muy diferentes. La primera se extiende desde la llegada a Francia hasta el '83, cuando "los argentinos restauramos la democracia"; la segunda se refiere a la etapa en que la familia empieza a pensar en volver. Si bien no hay fechas, todo parece indicar que el primer período se prolonga a lo largo de unos 7 u 8 años, que son narrados de un plumazo y a lo largo de los cuales se insiste en cierta comunicación establecida entre el narrador y el Negro. Ahora bien, en el '83 ocurre algo extraordinario: repentinamente el Negro se revela como una

suerte de gufa que conduce al narrador por callejas parisinas y le muestra Buenos Aires desde la torre Eiffel. Quizás debido al carácter caprichoso de los gatos, las secuencias resultan innecesarias, y no hay la más mínima preocupación por representar, construir situaciones (inédito en Soriano). El autor se detiene exclusivamente en mostrar una trifulca entre el Negro y una jauría amaestrada, "como esos que tiene la policía" (interpretaciones huelgan) y a la que el Negro —machazo argentino— enfrenta alentado por el narrador, que grita después de 8 años de escuela francesa, ¡"Vamos Negro nomás!" ante lo cual el sensible felino responde con una mirada que expresa: "No me hable al tiro, compañero". Todo parece indicar que Soriano, fiel a aquello de "no habrá más penas ni olvidos", cree que la argentinidad es un sentimiento que se adquiere en el jardín de infantes y aflora en las circunstancias más insospechadas.

A partir de 10 años: La oficina de correos del doctor Dolittle de Hugh Lofting (Espasa Calpe, col. Austral Juvenil, Madrid, 1985, 338 págs.) es el tercero de la serie de aventuras de este personaje creado por un oficial británico en las trincheras de la Gran Guerra, desde donde escribía cartas a sus hijos. El protagonista, John Dolittle, es un médico que conoce los lenguajes de los animales y se traslada por el mundo con una familia integrada por un perro, un búho, un pato y un cerdo. En esta ocasión instala una oficina de correos en una casa flotante, frente a la costa africana, en los dominios del rey Fantippo.

El Dr. Dolittle es más inglés que la Torre de Londres, y si a principio de siglo los británicos de bien habíamos comprendido que el negocio de la esclavitud ya no era el más beneficioso, sabíamos que, si la civilización tenía domicilio fijo, éste era el de la Rubia Albión. Y sobre esto no nos quedaban dudas.

Por eso, a Fantippo hay que explicarle casi todo. Es un rey fanático de los pirules, cuyos súbditos precisan que el doc empiece a trabajar todos los días a las 9.00 en punto porque solos no hacen nada. En suma, el texto, que ya apagó más de 60 velitas, abunda en ridiculizaciones sobre aquello que con el tiempo daría en llamarse subdesarrollo.

Anglorrencores mediante, La oficina... es una novela bien armada, con una enorme cantidad de situaciones firmemente cohesionadas, en las que no se deja hilo colgando. Aventuras, peripecias, pequeñas narraciones intercaladas y multitud de personajes que se movilizan en función de la solidaridad y el desinterés personal.

RECIENVENIDOS

¡Hola, Manola! Anahí Rosello. Ilust. Myriam Holgado. Colihue. Col. Pajarito Remendado. Buenos Aires, 1989.

Niños, las brujas no existen. María I. Falconi. Ilust. Juan C. Marchesi. Colihue. Col. Pajarito Remendado. Buenos Aires, 1989.

Cuentos con pájaros y flores, Jaime Correás. Ilust. Raúl Fortín. Colihue. Col. Pajarito Remendado. Buenos Aires, 1989.

Veinte jóvenes cuentistas argentinos II. Antología del concurso Colihue 1987. Buenos Aires, 1989, 147 págs.

Un pozo muy hondo. Graciela Montes y Oscar Rojas. Quipu. Buenos Aires, 1989.

Tres chicos muy valientes. C. Montes y Oscar Rojas. Quipu. Buenos Aires, 1989.

El helado más grande. C. Montes y Alejandra Taubin. Quipu. Buenos Aires, 1989.

Bibiana y su mundo. José L. Olaizola. Ilust. Angel Esteban. SM. Col. El barco de vapor. Madrid, 1988, 134 págs., a partir de 12 años.

Caramelos de menta. Carmen Vázquez-Vigo. Ilust. A. Tello. SM. Col. El barco de vapor. Madrid, 1988, 132 págs., a partir de 7 años.

Lucas y Lucas. Pilar Mateos. Ilust. Chata Lucini. SM. Col. El barco de vapor. Madrid, 1987, 84 págs., a partir de 9 años.

Cambalache. Estela Smania. Ilust. Nora Hilb. Libros del Quirquincho. Buenos Aires, 1989, 42 págs.

Los tiempos de San Martín. G. Montes sobre informe de L. Bertoni y L. A. Romero. Ilust. C. Schlaen. Libros del Quirquincho. Col. Una Historia Argentina. Buenos Aires, 1989, 61 págs.

La adoranda en el mercado. Ema Wolf. Ilust. Sergio Kern. Libros del Quirquincho. Buenos Aires, 1989, 35 págs.

Adlinanzas para mirar en el espejo. C. Silveyra. Ilust. M. Resta. Libros del Quirquincho. Buenos Aires, 1989, 45 págs.



La boca del celta

Poesía escocesa contemporánea

Por Christian Kupchik

Un fantasma recorre Escocia. No se trata del personaje imaginado por Stevenson o un espejismo de las brumas, sino de un milenario espectro poético que se pasca por todos los rincones de las altas tierras del norte.

La moderna poesía escocesa es un monstruo de tres cabezas: dialectos ingleses, gaélicos y el escocés propiamente dicho escapan por sus lenguas buscando el corazón del pueblo. Quizá gracias a ello, su riqueza es enorme. Tanto el inglés como el escocés se han difundido bastante, incluso fuera de sus fronteras naturales, pero el gaélico suena más extraño. Es, en realidad, una señal condensada de antiguos residuos celtas que aún hoy pueden escucharse en ciertas zonas de Escocia, en Irlanda, y en la isla de Man. Si bien el gaélico alcanzó su punto más elevado con una forma poética medieval de invalorable calidad, en la actualidad tiene plena vigencia siendo practicado bajo diferentes formas literarias en el noroeste del país y en el grupo de las Hébridas, en especial Lewis, la mayor de las islas citadas.

Hablar de poesía escocesa contemporánea es hablar de dos nombres altamente significativos: Hugh Mac Diarmid (quizás el más conocido internacionalmente, renovador indiscutido de la lengua escocesa) y Sorley Maclean, un poeta gaélico.

La "pirotecnia dodecafónica" de MacDiarmid

Hijo de un cartero, MacDiarmid nació en Langholm el 11 de agosto de 1892 como Christopher Murray Grieve. En 1922 adoptó el seudónimo que lo inmortalizaría y se abocó a renovar de lleno la poesía escocesa. Para ello, utilizó los recursos proporcionados por un diccionario etimológico (el ya célebre *Etymological Dictionary of the Scottish Language*, de Jamieson) y los ritmos orales adquiridos cuando niño en el Scottish Border, para crear lo que él mismo llamó "*Synthetic Scots*", un idioma experimental que evitó los regionalismos para alcanzar un marco de referencia universal.

Es preciso señalar un hecho que sería de decisiva importancia para el intento del joven poeta: en 1922, un irlandés de cuarenta años cuyo nombre era James Joyce publicaba un libro decisivo, el *Ulises*. Trabajando en forma paralela a la de su colega, MacDiarmid se sintió alentado por la

llegada de esta obra, que sería siempre el ejemplo a seguir. Sin embargo, la sociedad escocesa no estaba preparada para un ejercicio de la fantasía de tal magnitud, y, a pesar de que MacDiarmid se apoyó en todo momento en las tradiciones poéticas de su lengua, encontró no pocas reticencias para ser aceptado.

En *Chapbook* (Cancionero), editado en febrero de 1923, el poeta explica su intento y ataca contra la moral convencional, al escribir: "Hemos luchado incansablemente por lograr una correspondencia —en el sentido espiritual— entre el Diccionario de Jamieson y el Ulises de Joyce. Una *vis cómica*, empero, no ha sido superada, y aún sigue encerrada como consecuencia de la falta de estima en lo más profundo del escondite dórico. Si se redescubriese, si pudiese liberarse, el intento de hacer renacer la poesía escocesa no sería menos prodigioso e indócil que el carácter lingüístico de Joyce, a la vez que se convertiría en una coraza contra la moral imperante".

Un mes más tarde cargaría aún con mayor furia contra los medios académicos escoceses, a quienes MacDiarmid consideraba sin más como lacayos de la cultura inglesa. En aquella ocasión, recalcó: "El lenguaje popular es una enorme y desaprovechada fuente de experiencias surgidas a partir de su uso, vivencias hechas por los sentidos, cuya representación y actitud se diferencian por completo del mundo de los ingleses y de sus lacayos, los escoceses anglófilos".

La particular expresión "sacado del diccionario" cobra en la poesía de MacDiarmid un trasfondo literal. En ciertos casos, las citas son tomadas textualmente: hay saltos de palabras alteradas extraídas de una cantidad de expresiones que figuran en el diccionario. Dado que tomó vocablos que corresponden a diversas zonas y períodos, no existe una gran similitud entre el lenguaje escrito y el coloquial. Lo que lo capturó fue la capacidad de ciertas palabras escocesas de alcanzar individualizadas un grado de pureza tal que sus correspondientes inglesas no poseían, consiguiendo de esta manera una fuerza y claridad asombrosas. Asimismo, logró un mayor poder de condensación lírica y una extensión más amplia en el espectro asociativo de lo que hubiese conseguido con las alternativas inglesas.

MacDiarmid apreciaba profundamente

HUGH MACDIARMID

Esta hermosa niña olvidada

(a Peggy)

Marzo es hermoso en su traje rojo-carmin.
Venus lleva su seda verde.
La vieja luna agita sus plumas doradas
pero su conversación de estrellas no es más
/que húmeda palabrería.
Nadie te dedica un pensamiento, ni siquiera restos.
¡Tierra, hermosa niña olvidada!
Llora, así tu río de lágrimas
inunda todo el envoltorio
de una vez y para siempre.

Mercado de criaturas

Quiero caminar entre rostros colorados y voces varoniles,
mirar las elegantes ovejas, sus bonitas cabezas y magníficas lanas,
y los grandes toros, tan rollizos que uno desearía acariciarlos,
potrillos enormemente afectuosos y capones huesudos,
de cascos durísimos y suaves crines.

Atreviase los cercos embellecidos de rojo y oro,
me dirijo hacia los círculos vitales
donde centellean las plumas de los gallos de las condesas.
Envueltas en sedas y maquillaje, las damas pasean
y sus risas ciegan como rayos bajo el cielo de verano.

En la tumba de mi padre

La luz del día aún llega hasta mí, y tú estás cubierto de nubes.
Ahora nos vemos como montañas
sobre un valle. Ya no soy tu hijo.
Es mi alma, no tu hijo, quien observa,
y la gran oscuridad de tu cuerpo asciende
hasta que alcanzamos la misma altura
a ambos lados del camino.
Un hombre en vida piensa en un muerto.
Y pequeños pensamientos son lo único imposible.

La muerte del poeta

He conocido todas las tormentas que rodaron por aquí.
He sido el cantor que el pueblo quiso tener
el poeta de los fuertes sentidos.
Ahora todo ha pasado.
La tranquilidad retornó a mi alma.
El torbellino de la vida quedó atrás.
Al fin estoy
como un pájaro del acantilado bajo el sol de medianoche.

el estilo de Pound, y calificaba su propia poesía como "pirotecnia dodecafónica". Su obra maestra, *A Drunk Man Looks at the Thistle*, publicada en 1926, que describe el recorrido de un héroe bajo el influjo del alma escocesa, está dotada de una perspectiva alucinatoria y, al mismo tiempo, de un laberinto meditativo que ni siquiera sus connacionales William Dunbar y Robert Burns han llegado a alcanzar. En el sujeto de la poesía de MacDiarmid, el soñador y el rebelde pelean lado a lado por

obtener la voz protagonista, tal como se hace evidente en el poema "*Talking with Five Thousand People in Edinburgh*":

"Dado que la verdadera literatura/ sólo puede existir/ por locos, eremitas, herejes/ soñadores, rebeldes, escépticos..."

No obstante, su temática no podría explicarse sin tomar en cuenta el amor que sentía MacDiarmid por la antigua cultura gaélica. Citaba con fluidez muchos pasajes de la literatura celta, a la que el poeta consideraba la madre del renacimiento de la

poesía escocesa. La razón era que a partir de los viejos núcleos míticos se podían descubrir las llaves por medio de las cuales las raíces crecerían con mayor libertad. Lo expresa claramente en "The Kind of Poetry I Want": "...Debemos regresar/ a los viejos poetas gaélicos/ Pues en ellos/ los tesoros más valiosos viven en contacto/ con enormes áreas de lo inconsciente. Es así/ como pueden servirnos ahora. Es así. / Nunca han sido más importantes que hoy".

Luego de imprimir nueva vida a una poesía que fluyó sin grandes sobresaltos desde tiempos inmemoriales, MacDiarmid murió en Edimburgo el 9 de septiembre de 1978, considerado junto a Yeats y Eliot el mayor poeta surgido en el Reino Unido durante esta centuria.

Con un idioma creado sobre la base de antiguos dialectos, con la utopía —en ciertos momentos "nietzscheana"— como compañera ideológica, y con la fe puesta en que la misión del arte es "ampliar la conciencia de la humanidad", MacDiarmid responde con un categórico "NO" a la pregunta que Macduff formulara en el cuarto acto de Macbeth cuando las sombras de la muerte sobrevolaban el reino: "¿Sigues en el mismo estado nuestra patria?".

Entre Lenin y Crusoe

Si MacDiarmid ocupa un lugar de privilegio dentro de la poesía de lengua escocesa, Sorley Maclean (Somhairre MacGill-

Eain) hace lo propio en el marco de la poesía gaélica. Sin él, posiblemente el género se hallaría enterrado aún más profundamente en los surcos de la tradición: el poema se anudaría con más fuerza a la minoría geográfica y nacionalista hasta conducir al suicidio.

Sorley Maclean nació el 10 de octubre de 1911 en Osgaig, Raasay, y cursó estudios en la Universidad de Edimburgo. La literatura gaélica no necesitaba de un diccionario etimológico, ya que su tesoro lingüístico se hallaba vivo. El gran acierto de Maclean fue introducir un tono nuevo, vigoroso y audaz como pocos, al tiempo que suavizó las rígidas leyes que marcaba la métrica. Lo más notable, no obstante, consistió en tomar como sujeto poético las diversas problemáticas que planteaba la sociedad moderna, incluso fuera del ámbito de las islas. Maclean consiguió así extraer a la poesía gaélica de su carácter regionalista para sumirla en la angustia del hombre universal ante su tiempo. El gran catalizador fue (al igual que para MacDiarmid, cuyas vidas corrieron por caminos paralelos) la guerra civil española. Este suceso empuja a ambos poetas a buscar una forma de compromiso militante que rompiera con el molde del escritor bucólico y paisajista, encerrado en su torre de cristal. En procura de ese humanismo, los dos se enroscaron en las filas del comunismo, tanto ideológico como partidariamente. MacDiarmid escribe sus "Tres himnos a Le-

KENNETH WHITE

Esbozo de un tantra pirenaico

"el corazón de la montaña"

Hay noventa caminos ante el Pic d'Ossau.

"Aquí huele el viento", dijo el pastor que tenía un centenar de ovejas a su cuidado. Preguntó qué día era, y agregó que si se quedaba demasiado allí arriba (llevaba tres meses) acabaría con una "cabeza de cabra".

En el refugio, a 2000 metros de altura, leí que un tiempo después de su muerte —acaecida en China— se vio a Bodhidharma de regreso a la India caminando por las cimas de Ts'ong con un zapato en cada mano...

La niebla se disipó por la tarde, primero a trechos, soleada. Luego, gradualmente más espesa, hasta que un gran silencio empujó la masa. Cuando me marché, mi sombra se proyectó en la niebla, gigantesca, inscrita en un círculo de luz.

Encontré un geólogo que me contó que había un gran bloque de cristal de roca en un lugar inaccesible de la montaña. Dijo que se vio obligado a astillarlo en minúsculos pedazos para poder pasar.

nin", en tanto que Maclean declarará "ser un bolchevique que no puede alabar reinos ni reyes, pero si Escocia consigue su liberación, ella será la única reina, para ella estarán consagrados todos mis cantos". No es difícil imaginar las marejadas polémicas que este tipo de expresiones provocaban en una sociedad aún fuertemente dominada por el espíritu victoriano.

En 1940, Maclean se une al Cuerpo de Señaleros y es destinado a Egipto. Allí, durante la batalla en El Alamein es herido de gravedad y regresa a Escocia. Tres años más tarde publicaría la que sería su obra cumbre, *Poemas a Eimhir* ("Dain do Eimhir"), una colección de poemas de amor con la guerra civil española como trasfondo, en la que el despertar político y poético se enlazan de la siguiente manera: "No le encuentro sentido/ a escribir en una lengua moribunda/ cuando Europa, desgraciada y ultrajada/ gime detrás de mi canto".

Resulta notable que los "Poemas a Eimhir" sólo conocieran una versión inglesa recién en 1971, es decir, veintisiete años después de ser concebidos. Esto delata uno de los problemas centrales de la poesía gaélica: más allá de las dificultades de tipo ideológico que pudiesen haberse complotado contra la obra de Maclean, el bilingüismo que rige las vidas de los poetas gaélicos hace que se vean empujados (y cada vez con mayor fuerza) a escribir en inglés para alcanzar un público más amplio aun dentro de su propio país.

De los autores más jóvenes, Ian Crichton Smith (traductor de Maclean, por otra parte) es uno de los nombres más interesantes. En la actualidad habita en Oban, una pequeña localidad de la costa occidental desde donde, los días sin niebla, puede reconocer Lewis, su isla natal. También él es un poeta bilingüe, pero en su caso puede considerarse una ventaja, ya que una de las cosas que caracterizan su poesía es una gran curiosidad intelectual que lo lleva a fusionar elementos de ambos mundos. Como consecuencia de su temperamento inquieto —balanceado por un elaborado sentido de la forma—, su producción abarca una treintena de títulos que comprenden tanto la poesía, la narrativa (tanto cuentos como novelas), literatura infantil en gaélico e inglés, y una sólida obra crítica y ensayística.

Uno de los libros más impresionantes de Crichton Smith es *The Poetic Notebooks of Robinson Crusoe*. Más que una extensión del conocido libro de Defoe, se trata de una meditación personal sobre el hecho de vivir al mismo tiempo en dos sociedades opuestas (la inglesa y la gaélica, que no pocos osan en caricaturizar como la civilización y la barbarie), y la búsqueda de una identidad ante estas dos realidades

concretas. El encuentro entre Robinson y Viernes es descrito por Crichton Smith de un modo extremadamente sutil, ofreciendo una verdadera dimensión sobre cómo se presentan las relaciones en este tipo particular de sociedad. El texto presenta algunos fragmentos en que las impresiones filosóficas de su autor pueden emparentarse con la novela de Michel Tournier *Viernes o los limbos del Pacífico*.

La soledad y la muerte constituyen otro de los motivos centrales en la lírica de Smith. Su padre murió de tuberculosis siendo él un niño y la obsesión de la enfermedad se hizo viva a través del constante recuerdo de su madre. Poco después de fallecer ésta, Crichton Smith publica *Love Poems and Elegies*, una obra de gran densidad y de un tono sumamente lúgubre, que no impide hallar poemas de gran belleza.

Los herederos

No obstante, lo que distingue la obra de Smith es un temerario lenguaje visual a partir del cual el poema va cobrando forma, es decir, a través de la imagen y no de la experiencia. "No me gustan aquellos poetas que tienen total control sobre su poesía, porque entonces los poemas devienen objetos. Me agrada, en cambio, la poesía de gente sin límites, porque si tomas un poema como objeto consciente, lo dominas, lo domesticas, y eso significa el fin: ese poema traiciona su esencia, no tiene razón de ser." Ese es, sintéticamente, su credo poético. En otra ocasión afirmó que desearía escribir poemas que descansen sobre un ritmo armónico, sobre una métrica perfecta, pero que lleve en sí una fuerza colérica que conspire contra toda armonía. Resulta singular el modo en que Crichton Smith conduce sus imágenes en distintas direcciones sin perder de vista la unidad del poema.

Derick Thomson también proviene de la isla de Lewis, y ha "intercambiado" con Crichton Smith varios poemas sobre el significado de las raíces. Actualmente se halla radicado en Glasgow donde trabaja como profesor de celta en la Universidad local, y es asimismo editor de la revista *Gairm*, de importancia fundamental para la literatura gaélica. Thomson ha escrito un fascinante y detallado ensayo sobre la poesía de su país titulado *An Introduction to Gaelic Poetry*, que no sólo resulta un paso obligatorio para quienes deseen conocer los vericuetos históricos de lo producido en esta lengua, sino que también abarca las corrientes contemporáneas en un extenso capítulo definido como el "renacimiento gaélico". Cubre así una zona ausente en otros importantes tratados so-

DERICK THOMSON

El entierro de Hugh MacDiarmid, 13-9-78

Se vio un viento vivo en Newton Wamphrey
una lluvia incesante de Beattock
pero entre las colinas de Langholm
la lluvia caía con suavidad sobre la hierba verde,
un cementerio exuberante,
una bienvenida
una música afinada al final del día.
La gran música de la memoria.

SORLEY MACLEAN

Un día de otoño

En el ocaso
de un día de otoño
los caracoles murmuraban en los oídos
de los seis hombres muertos a mi lado.
Muertos y rígidos —extrañamente helados bajo el calor—
como si aguardasen un mensaje.

Al salir el sol
estalló el grito
desde el pulso invisible;
las llamas danzaban y el humo revoloteaba
abriéndose paso ante cada camino:
los ojos ciegos, los oídos reventados.

Seis eran los hombres
que se vieron tendidos aquel día
entre caracoles susurrantes.
Por la mañana,
durante la tarde
hasta llegada la noche.

Ante un sol indiferente,
blanco y doloroso;
en la arena acogedora,
leve y cariñosa;
bajo las estrellas de África,
claras y hermosas.

Una ballena los llevó consigo
y a mí me respetó,
sin consultarnos
qué era lo mejor o lo peor.
Parecía tener tan poca importancia
como los mismos caracoles.

Seis hombres murieron a mi lado
un día de otoño.

IAN CRICHTON SMITH

Un día de verano

Es así.
Hay una enorme soledad
y los cupones de cigarrillos no pueden salvarnos.

He contemplado tu rostro sobre el tablero.
Es pecoso, juvenil.
La muerte y el verano tienen pechos muy tiernos.

Regresan bronceados de la playa.
De color arena, sus blusas traen la tonalidad del mar.
Se mueven ante el gran escenario de mi ventana.

Bacon, cuyo papa grita consignas
a cual más osada entre sillas y vasos.
Un reloj de arena en la vieja Roma.

Tú nos has transformado en lo que somos, cactus,
conversadores,
temblorosos ante torbellinos incomprensibles,
serpientes de arenas en descomposición.

Con camisas holgadas buscan sus hogares en el mar.
El idiota hace rebotar la pelota cuando pasa.
Prueba su mejor sonrisa senil.

La piedra

Te diré, amada mía, lo que me ha dicho la piedra. La piedra no conoce Lewis ni los cantos. La piedra es prisionera de los rayos. El rayo teje su luz en torno de la piedra como una anciana que perdió el juicio.

La piedra vive en su prisión pensando en oscuridades, nubes, evocando caracoles y otras piedras.

Pero al fin sólo piensa en sí misma. Por una razón u otra, es la poesía quien teje una luz en torno de la piedra. Esto fue lo que me ha dicho la piedra una noche de invierno o verano, lejos de la luna y el mar infatigable que no se balancea en busca de la calma, sino que brama por el mundo a las tres de la mañana.

Esto fue lo que me ha dicho la piedra: "Espero. El río más largo alcanzará su fin. Las brillantes ideas darán resultado. Y cuando divisemos la meta, avanzaré. Descenderé a la tormenta y seré rey".

Highland

Tanta tierra, tanto mar, este es un país hecho
para un poeta que perdió su amor entre los hombres.
Su pluma es igual a la gaviota que escribe el grito de la soledad.

(Versiones de Christian Kupchik)

bre el tema, como *The Literature of the Highlands* de Magnus Maclean, o *The Literature of the Scottish Gael*, de Donald Maclean. En lo que respecta a su propia poesía (que Thomson firma con su nombre gálico, Ruaraidh MacThomais), la isla de Lewis configura el epicentro temático. Los nombres de lugares no son solamente puntos en un mapa, sino testimonios de una sociedad variable y viva. Sus obras capitales son *An Rathad Clain* (El camino distante) y *Saorsa Agus an Iolalre* (La libertad y el águila). En comparación con la obra de Crichton Smith, la poesía de Thomson resulta mucho más estática, sobrecargada a veces por un com-

pacto tejido simbólico. Por otra parte, lleva el problema gálico a un plano más universal, lo que se hace evidente en el contenido tono nostálgico de ciertos versos. *An Rathad Clain* se compone de cincuenta y seis poemas cortos en los que Thomson contempla su propia existencia como a través de un prisma para ofrecernos desde allí diversos ángulos de la realidad. No se trata únicamente de la recreación de una seguridad perdida, como quizás lo sugieren los siguientes versos:

"El pantano vencido, ondulante fértil/ está allí desde hace una eternidad/ con la boca abierta// devorando las ovejas/ la gente/ y a mí".

El tema nacional, en distintas versiones, resulta una constante en la poesía de Thomson. También está presente en otros autores de importancia, como Georg Campbell Hay (Deórsa Cambeul Hay) y Donald MacAuley (Domnhall Mac-Amhlaigh), que siguen sensiblemente los cambios de la sociedad ante el tiempo intentando atrapar sus contradicciones por medio de la poesía, todo según la receta heredada de Hugh MacDiarmid y Sorley Maclean.

Tal vez, la excepción a la regla la constituya Kenneth White, sin duda el más heterogéneo de la poesía escocesa. White nació en la costa occidental en 1936. Desde

hace dos décadas vive en Francia, y la mayoría de sus libros se han publicado en las dos lenguas, destacándose *Terre de Diamant* (1977). En su poesía se unen el interés por el hinduismo y el budismo y una fascinación por los desiertos montañosos del norte europeo, logrando un clima absolutamente inusual dentro de la tradición poética de su país. Además, ha llevado al francés el *Spoon River* de Edgar Lee Masters, y al inglés varios títulos de Breton, impregnando su propia obra el espíritu de ambos autores.

Un fantasma recorre Escocia. Goza de excelente salud y todavía tiene un largo camino por recorrer.

O P I N I O N E S
SOBRE SUTILEZAS Y TIEMPOS DEL OLVIDO

Desde su columna titulada despectivamente "RIPIOS NACIONALES", el señor Marcos Mayer se despacha a gusto, citando —a su conveniencia— algunas reflexiones de los irónicamente denominados "autores nacionales de impecable e insospechado trazo azul y blanco".

Sin desdeñar las galas de quien desea trascender —aunque más no sea, desde una columna literaria destinada fundamentalmente a los sectores "progre" del mundillo intelectual—, Mayer se anima a cerrar el cordón patrio con antecedente en Manuel Ugarte y punto terminal —de los citados ripios— en la figura del presidente Carlos Menem, al que alude sin nombrar, pero del cual toma una frase de su campaña para mofarse, como corresponde a quien, cultivando la cirugía literaria, no puede menos que horrorizarse ante las enfermedades del lenguaje.

Pero continuemos, porque dieciocho líneas para referirse a don Arturo Jauretche, quien "se arroga el papel desmistificador de patrañas argentinas y de inventor de tipologías despreciativas que abarcan intelectuales, mediopelos y cipayos", constituyen un golpe bajo a la memoria de quien trazara rumbos y orientara convicciones en la formación de la conciencia nacional.

Pecando en su indisimulada soberbia, no advirtió Mayer aquellas palabras sobre fubistas que dejara escritas Jauretche en la certeza de que perdurarían los intelectuales que harían de la cuestión del ser o no ser del país, precisamente, una cuestión de



coquetería intelectual: "El día que nuestro intelectual se olvide que lo es y se acuerde de que es un hombre, y piense de sí mismo como un paisano cualquiera y ponga al servicio de ese paisano ignorado que lleva adentro el instrumental de la cultura adquirida, recién va a comprender las cosas cuando ocurren y no quince años después". Lo mismo podríamos decir respecto a Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui, José Pablo Feinmann y José María Castiella de Dios, citados con la sutileza de quien persigue fundamentar sus convicciones.

Sería un despropósito extenderse en

una explicación lógica de por qué Mayer pisa el palito dejando mucho que desear, en un análisis de bajo contenido. Con respecto a su columna, resultaría sumamente provechoso y enriquecedor para los lectores dedicarles más espacio a los "ripios" o por lo menos permitirles una aparición menos despreciada. Pero qué ingenuidad la mía, acaso el objeto no entraña una reanudación de las tergiversaciones y los silenciamientos que la historiografía oficial descargó contra la prédica de las ciencias esclarecedoras que denunciaron el fraude, la entrega y el vaciamiento cultural al que fuimos sometidos país y pueblo por los enemigos históricos de la nación.

Para concluir, y en lo atinente a Roque Narvaja, sólo desde la vereda del gorilismo miope cabe atribuir, casi rayando lo reaccionario, un criterio especulativo a la letra de "Dame el sol", alusiva a los trabajadores de la zafra. Debería el señor Mayer refrescar su memoria, pues es cierto que hoy Roque Narvaja escribe canciones de amor, pero también están esas joyitas como: "Mi baldosa floja", "Balance provisional", "Mienten", "Un poco más", "De la muerte", "Nacido en el Tercer Mundo" y "Quién", por citar algunas de su última producción que no fueron escritas para los "tiempos del olvido y la vuelta obligada de las rosas", aunque aún persisten quienes como usted no escapan a la trampa que tienden dichos tiempos y vueltas.

Lo saluda atentamente

Jorge A. Doadi

BABEL
REVISTA DE LIBROS

Era hora de poner un poco de orden en el mundo editorial. Para eso llegó Babel. La revista de los libros.

En ella podrá encontrar reseñas, críticas, comentarios, entrevistas, juegos, opiniones, investigaciones, caprichos y lo que usted quiera leer. Si usted vive en el exterior, suscríbese ya. Para no leer a ciegas.

CUPON

Deseo suscribirme por un año a la revista Babel.

Suscripción en el exterior: u\$s 60

Nombre:

Domicilio:

Localidad:

País:



El gran fracaso.

Zbigniew Brzezinski. Trad. de Floreal Mazía. Javier Vergara. Buenos Aires, 1989, 314 págs. Alrededor de A



El comunismo cambió el mapa político del mundo; con sus propuestas se crearon partidos en la casi totalidad de los países y se conformaron bloques militares de naciones. Las ideas comunistas dotaron de una matriz de inteligibilidad de los hechos sociales a partir de la cual se libraron algunas de las más importantes luchas del siglo XX. El programa postulado por los comunistas anunciaba la emancipación de la sociedad y la extinción del Estado. Los sistemas comunistas se caracterizaron por sus burocracias despóticas y el rechazo a la creatividad social. Las rígidas jerarquías políticas dieron lugar a la emergencia de nuevos privilegios sociales. El ejército soviético y el ejército chino se encargaron de la represión hacia adentro de sus propias sociedades e invadieron los territorios de "países hermanos" para asegurar su subordinación. Los aspectos de las políticas creaciones del comunismo son múltiples y controvertidos. Evocar algunos de ellos tuvo, hasta hace poco tiempo, una inequívoca connotación reaccionaria. Gorbachov mediante, ese problema ha desaparecido.

Desde hace varias décadas el comunismo es en Occidente un objeto de estudio de sociólogos y politólogos. Metodológicamente, el abordaje del tema se caracterizó por presentar dos dificultades principales. Por una parte, el acceso a las fuentes y a la recolección de información era prácticamente imposible en los países comunistas. Por otra, los investigadores dedicados a su análisis parecieron, en muchos casos, más preocupados en criticar las experiencias comunistas que en explicarlas. Desde la década del '70 se sumó a la producción occidental el aporte de intelectuales disidentes de los países del Este. Mas allá de limitaciones como las señaladas, los estudios acumulados permitieron dilucidar muchos de las principales aspectos del mundo comunista. Esas contribuciones hicieron en gran medida conceptualmente previsible la crisis actual del comunismo. Es de esperar que, con la liberalización y el fin del dogmatismo, de los distintos países comunistas lleguen en los próximos años aportes muy importantes de los científicos sociales que conocieron la experiencia desde adentro.

El texto de Zbigniew Brzezinski presenta a un público amplio y no especializado una reflexión, en parte docu-

mentada, sobre distintos aspectos del fenómeno comunista. Intelectual y político, el autor es un experto que no sólo abordó el problema desde el tranquilo silencio de las bibliotecas. Hace ya más de treinta años escribió, junto con Carl J. Friedrich, un libro que se convirtió en un clásico de la ciencia política: *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* —editado en castellano por LIBERA— y es autor de numerosos trabajos sobre los países comunistas. Observador atento de la evolución del bloque soviético, sus conocimientos le sirvieron para la acción política cuando llegó a la Casa Blanca para ocupar la función de consejero del presidente Carter en los asuntos de seguridad nacional. Fue desde ese estratégico cargo que Brzezinski se convirtió en el ideólogo de la política de defensa de los derechos humanos con la que los Estados Unidos hostigaron a la Unión Soviética en los tiempos de Brezhnev. Esta orientación que reemplazó a la *realpolitik* de Nixon-Kissinger resultó efectiva en la medida en que favoreció e impulsó la acción de la disidencia en todos los países comunistas.

El libro analiza, con resultados desiguales, el fracaso del comunismo en los países en que se implantó como sistema de gobierno y en los que no consiguió acceder al poder. El caso soviético es el que ocupa la parte principal de la obra. Contrariando las tesis difundidas por muchos analistas de la evolución soviética, Brzezinski ubica en la acción de Lenin y no en la de Stalin el origen de la dictadura burocrática y extremadamente represiva que se erigió en Rusia. Lo significativo de esta cuestión reside en el hecho de que, en su opinión, uno de los mayores desafíos que debe enfrentar la perestroika es desmontar no una parte de la herencia soviética, la stalinista, sino todo el legado histórico truído desde el día mismo de la instauración del comunismo. Entre los eslabones débiles del proceso de cambio hoy en ejecución, en el texto se destaca la posibilidad de un golpe de Estado realizado por los militares en caso de que se profundicen los conflictos y movimientos separatistas de las distintas nacionalidades que se resisten a mantenerse dentro de la URSS. Esos problemas se combinan con el malestar proveniente de la insatisfacción con la situación económica que ahora puede expresarse en virtud de la liberalización política. Con variaciones según cada paso, pero en parte manteniendo el mismo esquema interpretativo, el autor analiza la crisis en los países integrantes del Pacto de Varsovia, en los que el comunismo en ningún momento consiguió el consenso de la población.

Los restantes temas abordados: China, los partidos comunistas en Occidente y el caso de los países subdesarrollados, son mucho más esquemáticamente tratados y dejan al lector con múltiples preguntas sin respuesta. Pero allí donde Brzezinski queda realmente en deuda es en una cuestión clave para los próximos años: ¿cómo se justificará y se tratará de legitimar la política imperial de los Estados Unidos ahora que su rival ha dejado de ser amenazante?

Ricardo Sildicaro

"LA HORA DE LA HIGIENE MENTAL HA LLEGADO"

Anunciarían miles y miles de radios poco antes de que los karatecas dieran las veintidós...

BULEVAR GARCIA

una novela de
EDUARDO MILEWICZ



DISTRIBUYE PUNTO SUR

TILT!

PRODUCCIONES

PORTELA 67
Te. 612-8458

EN LAS MEJORES
LIBRERIAS DEL PAIS

RECIENVENIDOS

Adiós al proletariado. Más allá del Socialismo. André Gorz. Trad. de Daniel Gil. Imago Mundi. Buenos Aires, 1989, 182 págs. Lo que se dice una necesaria reaparición: un libro clá-

sico, liminal en la discusión de los años '70 y '80 pero difícilmente conseguible en su edición original (Viejo Topo, 1981-1982). Esta tercera edición es entonces más que bienvenida (el prologuista, Tarcus, está en lo cierto cuando lo califica de "referencia obligatoria"); es esperada por quienes aún sobreviven en esa tierra de nadie, prometedora, calcinada por la guillotina y la erudición: la maltrecha cultura política socialista. Temas puntuales son discutidos críticamente: el problema del sujeto

político central, la naturaleza moderna del poder político, la construcción de la Utopía Posindustrial como reino de la libertad, la proposición de nuevos sujetos potencialmente subversivos, el intento de establecer una estrategia socialista para el bloque tardocapitalista occidental, la crítica global a la razón productivista de la tradición modernista. El prólogo de Horacio Tarcus enmarca el texto en sus coordenadas político-ideológicas y entrega un dossier bibliográfico completo.

Socialismo, autoritarismo y democracia. Fernando Calderón (compilador).

Instituto de Estudios Peruanos/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Lima, 1989, 218 págs.



El lector (que es como decir el pueblo, si entendí bien a Eliseo Verón y a Terry Eagleton) quiere, seguramente, saber de qué se trata. ¿De un intento de tematizar la —como tituló Juan Carlos Portantiero a comienzos de la década— “difícil relación” entre socialismo y democracia, suponiendo su común antagonismo con el proyecto autoritario —tan proclive, por lo demás, a identificar ambas palabras? ¿Será —se preguntará el lector frente al complejo universo de significados a que remite el triángulo conceptual que sirve de título a esta compilación— un libro contra el autoritarismo? ¿O acaso de insistir con la vieja idea leninista acerca del carácter esencialmente dictatorial de todas las formas de dominación de la burguesía, tan pronto como se rasga su (falsa) fachada liberal? ¿Será un libro a favor del socialismo? ¿O —por último— de un antiesencialista esfuerzo por pensar contra las certezas y las teleologías, y las verdades anteriores y exteriores a los procesos históricos, y los destinos manifiestos que terminan por hermanar a autoritarios, liberales y marxistas en la común vocación por imaginar malsanas transparencias en las lógicas que regulan las relaciones entre los hombres? ¿Será un libro sobre la democracia?)

Sí, dubitativo lector: de esto último se trata este diálogo entre argentinos y franceses que Fernando Calderón ha recogido para CLACSO/IEP. Pierre Rosanvallon (“Tensiones entre liberalismo y democracia”) y Norbert Lechner (“¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?”) plantean la cuestión nodal: ¿es posible concebir un orden político sin garantías metasociales, pensar un mundo sin exterioridades? (O, más toquevillianamente: ¿puede haber democracia sin religión?) El pensamiento moderno es hostil a esta aventura: el Leviatán hobbesiano instaura un primer conjunto de garantías fundamentales y define una serie precisa de espacios de libertad al alto precio de reclamar para sí el monopolio de los homicidios legítimos, y los siglos que lo siguieron —los que, de Locke a Marx, universalizaron la figura del ciudadano y produjeron la utopía socialista— no pudieron ni quisieron prescindir del recurso a los ‘principios constitutivos’, y de izquierda a dere-

cha carga hasta hoy el pensamiento político con la herencia iluminista de suponer alguna racionalidad sustantiva cabalgando los subsuelos de la historia y algún Sujeto dispuesto a cumplir en ella el rol escrito para él desde el fondo de los tiempos.

De una y otra ilusión nos desmopolvan los trabajos de José Arthur Giannotti (“Identidad y soberanía popular”) y François-Xavier Guerra (“El pueblo soberano: fundamento y lógica de una ficción”). El ensayo del primero es teórico; el del segundo, histórico. Aquél nos enseña, recurriendo a la filosofía del último Wittgenstein, que la validez de las normas colectivas no depende de ninguna garantía extra-social sino sólo de un conjunto de certezas prácticas que las instituyen; éste recorre los diferentes modos en que el recurso a la aparentemente omnicompreensiva categoría de “pueblo” ha servido para legitimar diversos regímenes políticos en alto grado excluyentes. El tema de François Furet (“Terrorismo y democracia”): son los déficits integrativos de la democracia liberal —el modo en que sus instituciones cancelan los espacios de resistencia— los que producen las formas de violencia política que procuran su destrucción en nombre de aquello que ellas juraban encarnar.

Los trabajos de Alain Touraine (“La crisis y las transformaciones del sistema político en América latina”) y del propio compilador (“Lo político y lo social: bifurcación o síntesis en la crisis”, en colaboración con Mario Dos Santos) discuten el modo en que el Estado, el sistema político y los actores sociales se ven afectados por el impacto de la crisis económica que sacude a los países de la región en el contexto de la consolidación de los procesos de transición democrática y de deterioro creciente de los modelos nacional-“populistas”. El volumen se completa con una contribución de José Aricó sobre “El marxismo en América latina. Ideas para abordar de otro modo una vieja cuestión”, que replantea en torno de la obra de Mariátegui la visitada pregunta por las posibilidades del marxismo de pensar la “cuestión nacional” en América latina.

De contribuir, así, en el marco de la profunda crisis que atraviesan los paradigmas de la izquierda clásica, a la necesaria redefinición de las “ficciones organizacionales” y de las formas de articulación de instituciones y prácticas sociales que —como viene de proponer José Nun— deberían estimular una redefinición de los procesos en curso en América latina capaz de potenciar sus dimensiones más ampliamente democráticas. Así, menos como un relato que como una propuesta, menos como una descripción que como un programa, menos como una “lectura” de ese otro Texto que es la Historia que como uno de sus posibles, osados, inciertos, temerosos borradores, debería ser leído este libro. Acaso, todos los libros.

Eduardo Rinesi



Hacia una estrategia de la socialdemocracia en la Argentina. Torcuato S. Di Tella. Puntosur. Buenos Aires, 1989, 166 págs. Alrededor de A 5.100

Hacia una estrategia de la Socialdemocracia en la Argentina

Invencción/intención es la diada empleada por Di Tella en *Hacia una estrategia...* para dar cuenta de los fenómenos que se están produciendo en Latinoamérica. Invencción, ya que se asiste a una etapa de agotamiento de los modelos tradicionales. Intención, porque es ésta la que debe dirigir el proyecto político a llevar adelante. Pero todas estas palabras parecen extraídas de cualquier artículo de actualidad de cualquier revista pretendidamente socialista: ¿es que hay algún rasgo distintivo en la entrega que nos brinda Di Tella?

Hay intentos a lo largo del libro. Principalmente los que surgen de la aplicación del análisis comparado. Este tipo de reflexión le permite al autor recorrer la historia de los principales partidos de América latina: el APRA, el PMDB, el radicalismo en nuestro país. Diferencias y similitudes se desgranar en el constante ir y venir que nos propone Di Tella.

La propuesta no deja de tener sus inconvenientes, ya que el citado esquema de análisis tropieza con el insalvable límite de las estrategias disímiles que las fuerzas sociales de cada país esgrimen ante la crisis actual. Por esto es que el autor señala que la intención de Brasil y Argentina de suscribir tratados bilaterales de colaboración puede sustentarse como solución al problema citado.

El lector que se acerque a *Hacia una estrategia...* encontrará un rasgo que no es común en este tipo de escritos —por lo menos en los últimos años—, que es el estilo. Pareciera que por primera vez encontramos un autor que identifica a un lector que se ubica en una franja que puede ir desde aquel que busca cierta información actualizada hasta quien desea inscribirse en la carrera de los nuevos “cientistas sociales”. Es destacable que este tipo de *paper* sea de lectura amena, ya que no renunciando a objetivos de análisis fuertemente académicos es posible leerlo sin el peso de la Ciencia rondando nuestras cabezas.

Pero aún no hemos mencionado el tema que da título al presente libro. La construcción de la socialdemocracia no puede fundarse en un tipo fijo de sociedad, nos dirá el autor. Es, más bien, un movimiento hacia un ideal de sociedad. Es interesante la teoría que esboza Di Tella: el peronismo estaría mucho más cerca de una estrategia socialdemócrata que el aparentemente renovado radicalismo de Alfonsín. Y si bien el autor dedica dos capítulos al fenómeno del alfonsinismo —ligado a la recuperación de la democracia— no observa que este movimiento pueda erigirse como germen de un proyecto socialdemócrata. Di Tella nos comenta que toda estrategia necesita de dos elementos infaltables: la *intelligentzia* y la fuerza sindical. Es por esto que el radicalismo aparece como el partido que no puede dejar de dar cuenta de la falta: su escasa —por no decir nula— inserción en el mundo sindical.

A toda esta discusión que propone el autor le sigue una caracterización de lo que debería ser una socialdemocracia en nuestro continente. Es aquí donde asistiríamos a cierto intento de tecnología social, es decir, conjunción de conceptos, tácticas, técnicas, observables históricos que, coherentemente tamizados, podrían devenir materialización de la propuesta socialdemócrata. Pero este vano intento es apreciado por el autor mismo: vale recordar la diada nombrada al comienzo: ¿es posible intentar construir sin caer en un ideal homogeneizante?; ¿puede ser ésta una pregunta pertinente para este libro? Es nuestra intención —o invencción— que el lector la responda. O no.

Marcelo Sauri Ortiz

RECIENVENIDOS



Entre la esperanza y la decepción. Compilación de Alber-

to Kohen. Contrapunto. Buenos Aires, 1989, 127 págs. Un punto de vista sobre la crisis argentina desde enfoques “plurales” según la contratapa. Búsqueda de causas, salidas posibles, intento de cambiar la relación de fuerzas del famoso “campo popular”; un intento de discutir con el pragmatismo descartando el posi-

lismo. Remarcando incansablemente que se trata de una reflexión “plural” lucen sus ponencias los economistas Carlos Abalo, Jorge Beinstein, Julián Lemoine, Félix Marcos, el abogado José Gabriel Vazeilles y Agustín Serrano.

Querido Bernardo. El dia-

rio de Rebeca. Claudia Selser. Noventa. Buenos Aires, 1989, 214 págs. A partir de unos diarios apócrifos de una tal Rosa Rebeca R., enamorada eterna del inefable Bernardo Neustadt, se reconstruye, en forma de mosaicos testimoniales que concluirán en la locura, la performance político-ideológica del periodista,

desde su desconocida prehistoria en Racing Club y el peronismo de la sabia mano del contralmirante Tesaie, pasando por sus columnas en el diario *El Mundo* hasta el portentoso apareamiento triunfal con el abogado Mariano Grondona. El retrato minucioso de todo un prototipo ideológico argentino.

Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría-1941/1947.

John Lewis Gaddis.

Trad. de Eduardo Stupía.

Grupo Editor

Latinoamericano.

Buenos Aires,

1989, 411 págs.

John Lewis Gaddis
ESTADOS UNIDOS
Y LOS ORIGENES
DE LA GUERRA FRÍA
1941-1947

Gaddis puede ser calificado, sin temor a la exageración, como uno de los más capacitados historiadores sobre un período crucial de la historia moderna: el tiempo histórico conocido como "Cold War". Tanto en esta obra de 1972 como en la publicada con anterioridad en la misma editorial (estamos hablando de *Estrategias de la contención*), Gaddis realiza un relevamiento minucioso y preciso de la política exterior norteamericana desde 1941. Y lo hace con un punto de vista privilegiado desde la consideración informativo-documental: ha podido consultar *in extenso* el abrumador conjunto de documentación referido a la relación exterior de los Estados Unidos.

Su objetivo final es preciso. Con sus propias palabras ha querido analizar la evolución de la política de los EEUU para con la Unión Soviética a partir de la conformación de la Gran Alianza constituida en 1941 hasta la proclamación de la Doctrina Truman en 1947. Procede según una presunción "fuerte": la política exterior es el producto, la resultante de influencias. Y estas influencias son tanto internas como externas, pero en la esencia de la decisión juegan un papel fundamental las fuerzas de carácter estrictamente "nacional".

A través de un soporte testimonial de primer orden (se trata de un corpus que incluye los *Documents on American Foreign Relations 1939-1947*, los *Papers* del Departamento de Estado, los documentos personales de Eisenhower, Roosevelt y Truman) se presencia el tenebroso nacimiento de la geopolítica mundial y de las estrategias de poder tal como las conocemos hoy día.

El ánimo norteamericano queda suficientemente claro para el lector atento. Las líneas políticas generales estaban dictadas por la premisa de un "Nuevo Orden" que superaría el viejo sistema de equilibrio mundial 1918-1939, inseguro e ineficaz. La nueva rehabilitación tendría como dato sin retorno la decadencia de Gran Bretaña, la desaparición del foco balanceador de la "Gross Deutschland" y el reconocimiento inevitable de la Unión Soviética como uno de los garantes. Las razones no tenían ni un gramo de humanidad: todo ello se hace porque nos conviene, dirá Roosevelt en 1942, le conviene a nuestras billeteras y a nuestra seguridad futura.

En negativo, Gaddis nos entrega elementales puntos de análisis para comprender la situación compleja y contradictoria de la Europa Oriental. Si los estándares de paz norteamericanos eran, en íntima relación con el interés nacional, rendición incondicional, autodeterminación, cese de barreras al comercio, la Unión Soviética sostenía racionalmente, después de tres devastadoras invasiones masivas en ciento treinta años, la necesidad de protegerse de cualquier futuro ataque creando un "glacis" de influencia a lo largo de su endeblemente amplia frontera occidental. Esta contradicción estratégica de inconciliables instintos de autoconservación nacional fue el dramático magma sobre el que se asentó el precario edificio del equilibrio mundial posterior a 1947.

La conclusión de Gaddis ilumina con claridad los sucesos políticos de los años '80. Según su óptica, los políticos de Washington malentendieron la decisión soviética de garantizar la seguridad nacional interpretándola como un renovado esfuerzo por difundir el comunismo fuera de la Unión Soviética, cuando en la realidad sólo era egoísmo nacional limitado. Lo lamentable del caos fue que el viejo Stalin no supo aclarar la limitada (por estrechamente nacional) índole de sus objetivos...

Antonio Rosa

¿Cómo enfrentar la
pobreza? Estrategias y
experiencias
organizacionales
innovadoras. Bernardo
Kliksberg (compilador)
CLAD/PNUD/GEL.
Buenos Aires, 1989, 334
págs.



Todas las instituciones —todos los discursos— son hijos de una traición. La traición que ofende al mundo en el gesto de decirlo y transforma al lenguaje de portador de valores en icono representacional. El discurso sociológico latinoamericano, también, se consolida excluyendo a su Otro como sensibilidad poética para recuperarlo como objeto de análisis: transformando la pobreza en dato, deja de relatar su escándalo: se institucionaliza como objetivación, como embalsamamiento de un drama ajeno. Y en el mismo movimiento trunca su capacidad denunciante en vocación planificadora: al pasaje de la materialidad del mundo al asimismo de los hechos lo acompaña (y sin pudores se llama a esto compromiso) el desplazamiento de la indignación a la promesa, del antojo al poder, de la heroicidad al desencanto, de la política a la técnica.

¿Cómo enfrentar la pobreza? Enfrentar: se enfrentan injusticias y se enfrentan problemas. Se enfrentan enemigos y se enfrentan tablas estadísticas. Se enfrenta la muerte del otro porque nos indigna su hambre o se enfrenta la "cuestión" de su hambre (de su muerte) porque la de aquellos que lo lloran y que hoy lloramos nos enseña su inevitabilidad. La política limita con la guerra y con la técnica; "enfrentar" limita con la sensibilidad social y con la eficiencia de los equipos gubernamentales. ¿Cómo enfrentar la pobreza? nos habla de una revolución perdida, de la naturaleza de la política y de un desplazamiento: el que conduce la muerte del militante político, de su desnuda mostración en el exterior de un mundo a transformar, a su inscripción como límite en la subjetividad de quienes jugamos el juego de las "democracias posibles" que siguieron al Horror; el que convierte la muerte de los humildes, de insuperable contingencia del presente, en necesidad inscrita en las leyes de una Historia que se trata, ahora, de administrar.

Todas las instituciones —todos los discursos— funcionan excluyendo e incluyendo a su objeto. ¿Cómo enfrentar la pobreza? nos habla, también, de esta dialéctica. Las "estrategias y experiencias" reseñadas dan cuenta de los esfuerzos de los estados democráticos latinoamericanos por incorporar las demandas de crecientes sectores sociales cuya dramática pauperización, lejos de ser un dato circunstancial, constituye la condición básica para la reproducción misma del sistema. La tensión entre la vocación igualitarista que anima los programas sociales elaborados en nuestros países y sus funciones marcoeconómicas e ideológicas más manifiestas (garantizar y controlar la reproducción de las condiciones que producen la pobreza que juran querer paliar) constituye uno de los problemas teóricos y de los dramas políticos irresueltos del funcionamiento de nuestras sociedades, salvajemente capitalistas, capitalistamente democráticas.

Federico Galende y
Eduardo Rines



El imaginario social.
Compilación de Eduardo
Colombo con ensayos de
Castoriadis, Ansart,
Lourau y otros. Tupac
Ediciones. Montevideo,
1989, 234 págs.



Primera escena: la secularización del siglo XVIII produjo la ruptura entre la realidad y lo imaginario: de ahí en más la ilusión sería un artificio poético relegado al ámbito de la literatura; los hechos, la fuente donde saciar la sed de los "sabios" por una "ciencia objetiva". En el siglo XX el análisis institucional nos propone audazmente superar aquella dicotomía rescatando a lo imaginario, pero no como "imagen de", sino como "creación incesante", como productor de "realidad" y "racionalidad" (Castoriadis). Será necesario construir un imaginario subversivo para sustituir al imaginario social que actúa como base de sustentación de las instituciones (Castoriadis).

Segunda escena: si de lo que se trata es de anular todas las formas instituidas —desde la familia al Estado, desde la propiedad privada al Derecho, desde la prisión a los campos de concentración—, la revolución socialista sólo puede ser concebida como proyecto autogestionario, como destrucción del "espacio simbólico" donde se legitiman las instituciones (Colombo), como superación de la "situación infantil de recibir sin dar-hacer o ser para recibir" (Castoriadis).

Tercera escena: Lenin sostenía que la mejor forma de destruir el Estado zarista era construyendo un partido revolucionario con una rígida estructura y disciplinamiento internos. El anarquismo le responderá que la única forma de terminar con las instituciones es minando su base de sustentación, y no creando una institución más poderosa. El objetivo es destruir al Estado, y no forjar un "Estado obrero" ("gigantesco lapsus" del marxismo", para Colombo), ni una dictadura del proletariado.

Cuarta escena: el discurso anarquista recupera la Utopía valorizándola no como un sueño demostrador de ausencia, ni como destino final del largo camino hacia la "sociedad sin clases"; sino como una "acción cotidiana", como potencialidad transformadora, como "idea-fuerza de un movimiento revolucionario" (Colombo). Si el marxismo anhela la sociedad comunista como destino de la humanidad, el anarquismo invoca a la anarquía como *modus vivendi*.

Esta compilación de Eduardo Colombo, *El imaginario social*, publicada por una editorial autogestionaria, recorre estas cuatro escenas. Son textos de C. Castoriadis, P. Ansart, R. Lourau, A. Pessin, A. Bertolo, y del mismo Colombo. En sus páginas se despliega el sueño libertario como un abanico, como un discurso desde los márgenes. Nos pone en guardia contra un imaginario colectivo que tiende a la integración de la sociedad, situándonos en el lugar de eterno extranjero, de náufrago solitario. Esta canción entonada desde los bordes nos propone crear un imaginario "radical" que atente, de una vez y para siempre, contra las representaciones, contra los poderes instituidos, contra la angustia producida por la imposibilidad de transformar el deseo en placer, la necesidad en satisfacción. Lo escandaloso no está en que se quiera "dar vuelta" la pirámide social, sino en que al darla vuelta se repongan las mismas razones que exigían el escándalo de la crítica.

Helena Torres

RECIENVENIDOS

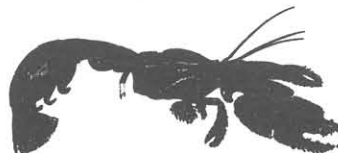
La Escuela de Chicago: Operación Chile. Juan Gabriel Valdés. Ediciones B. Buenos Aires, 1989, 321 págs. Valdés es un científico político chileno, economista en Essex y Princeton, que estudia en "Chile Project" de la

Universidad de Chicago: uno de los experimentos sociales más interesantes practicados en la periferia a través de una transferencia sistemática de la doctrina neoliberal pura. Para ello era necesario un dato primario y elemental: el golpe de Estado y un régimen a la Pinochet. El conjunto de ideas económicas aplicadas, concluye Valdés, no pre-

tendía introducir una discusión ideológica sino desarticular la organización del Estado de Derecho tímidamente ampliado por Allende y destruir en segunda instancia la particular estructuración política que había caracterizado a Chile hasta 1973. En realidad se presenció un curioso esfuerzo por construir una vieja utopía: la sociedad constituida

en torno del mercado autorregulado. Los sueños más queridos de la nueva derecha sólo tienen

su realización efectiva en los oscuros rincones de los pueblos sin historia.



EL INTERMINABLE FIN DE LA HISTORIA

Un hombre vino a decir que la historia ha terminado como drama, que la democracia liberal capitalista ha triunfado ideológicamente en todo el mundo y que sólo quedará, en lugar de toda épica, un vacío, una tristeza, una nostalgia. El escándalo quizá no hubiera sido tal si ese hombre, llamado Francis Fukuyama, no fuera un joven norteamericano que ocupa el primer lugar entre los teóricos del Departamento de Estado. A pesar de su vasta repercusión, muy pocos han leído el polémico texto de Fukuyama o se han tomado el trabajo de ponerse a la altura de sus especulaciones. Ofrecemos aquí a la discusión, y por primera vez en español, una versión casi íntegra del ensayo original, un análisis crítico de Claudio Uriarte y una síntesis de las principales réplicas que el texto ha tenido en el mundo. De postre, una nota que rastrea la circulación de las ideas de Fukuyama en la política argentina de hoy.



Ilustración de Luis Scafati

¿EL FIN DE LA HISTORIA?

Por Francis Fukuyama

Al contemplar los hechos de la última década, es difícil evitar la impresión de que algo muy fundamental ha ocurrido en la historia del mundo. El año que pasó ha sido testigo de una verdadera inundación de artículos conmemorando el fin de la Guerra Fría, y el hecho de que la "paz" parece estar estallando en muchas regiones del mundo. Muchos de estos análisis carecen de cualquier marco conceptual superior para distinguir qué es esencial y qué es contingente en la historia del mundo; y son, predeciblemente, superficiales. Si Gorbachov fuera expulsado del Kremlin o un nuevo ayatollah proclamara el milenio desde una desolada capital del Medio Oriente, estos mismos comentaristas se apresurarían a anunciar el renacimiento de una nueva etapa de conflicto.

Y, sin embargo, toda esta gente percibe de un modo apagado que está en marcha un proceso más vasto, un proceso que da coherencia y orden a los titulares de la prensa diaria. El siglo veinte vio al mundo desarrollado descender en un paroxismo de violencia ideológica, a medida que el liberalismo se enfrentaba primero con los residuos del absolutismo, después con el bolchevismo y el fascismo, y finalmente con un marxismo puesto al día que amenazaba llevar al apocalipsis final de la guerra nuclear. Pero el siglo que empezó lleno de autoconfianza en el triunfo final de la democracia liberal occidental parece cerrarse con la vuelta en círculo al mismo lugar donde empezó: no a un "fin de las ideologías" ni a una convergencia entre capitalismo y socialismo, como se había predicho anteriormente, sino a una victoria sin atenuantes del liberalismo económico y político.

El triunfo de Occidente, de la idea de Occidente, es evidente primariamente en el total agotamiento de las alternativas sistémicas viables al liberalismo occidental. A lo largo de la última década se han producido cambios inequívocos en el clima intelectual de los dos países comunistas más grandes, y los inicios de significativos movimientos de reforma en ambos. Pero este fenómeno se extiende más allá de la alta política y también puede verse en la ineluctable proliferación de la cultura consumista de Occidente en contextos tan diversos como los mercados de campesinos y los televisores en color ahora omnipresentes en toda China, los restaurantes cooperativos y las tiendas de modas abiertos el año pasado en Moscú, la música de Beethoven escuchada en las supertiendas japonesas y el rock disfrutado por igual en Praga, Rangún y Teherán.

Lo que estamos presenciando puede ser no sólo el fin de la Guerra Fría, o la terminación de un período particular de la historia de posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano. Esto no quiere decir que ya no vayan a ocurrir suficientes eventos para llenar las páginas de los anuarios de relaciones internacionales de *Foreign Affairs*, ya que la victoria del liberalismo ha ocurrido primariamente en el reino de las ideas o de la conciencia, pero todavía está incompleta en el mundo real o material. No obstante, hay razones poderosas para creer que el liberalismo es el ideal que gobernará el mundo material en el largo plazo. Para comprender cómo esto es así, debemos primero considerar algunos asuntos teóricos sobre la naturaleza de los cambios históricos.

I

La noción del fin de la historia no es original. Su divulgador más conocido fue Karl Marx, que creía que la dirección del desarrollo histórico tenía un propósito, estaba determinada por el juego de fuerzas materiales, y llegaría a su fin solamente con el logro de una utopía comunista que resolvería finalmente todas las contradicciones anteriores. Pero el concepto de historia como un proceso dialéctico con un principio, un medio y un fin fue tomado en préstamo por Marx de su gran predecesor alemán, Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

Para bien o para mal, gran parte del historicismo de Hegel se ha vuelto parte de nuestro bagaje intelectual contemporáneo. La noción de que la humanidad ha progresado a través de una serie de etapas primitivas de conciencia para llegar al presente, y de que estas etapas se correspondieron con formas concretas de organización social, tales como las sociedades tribales, esclavistas, teocráticas, y finalmente democrático-igualitarias, se ha vuelto inseparable de la comprensión moderna del hombre. Hegel fue el primer filósofo que habló el lenguaje de la moderna ciencia social, en la medida en que el hombre representaba para él el producto de su medio histórico y social concreto y no, como lo habían supuesto algunos teóricos anteriores del derecho natural, una colección de atributos "naturales" más o menos establecidos. El dominio y la transformación del medio natural del hombre por la aplicación de la ciencia y la tecnología no fue originalmente un concepto marxista, sino hegeliano. Contrariamente a historicistas posteriores cuyo relativismo histórico degeneró en un relativismo *tout court*, Hegel creía que la historia terminaba en un momento absoluto: un momento en el que una forma final y racional de sociedad y estado triunfaba.

Es la desgracia de ser conocido ahora primariamente como el precursor de Marx, y es nuestra desgracia que pocos de nosotros tengamos un conocimiento directo de la obra de Hegel, que no esté filtrado por la lente distorsionante del marxismo. En Francia, sin embargo, ha habido un esfuerzo para salvar a Hegel de sus intérpretes marxistas, y resucitarlo como el filósofo que más correctamente habla a nuestro tiempo. Entre estos modernos intérpretes franceses de Hegel, el más grande fue ciertamente Alexandre Kojève, un brillante emigrado ruso que dirigió una serie altamente influyente de seminarios en París en los años '30 en la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*. Aunque es prácticamente desconocido en los Estados Unidos, Kojève tuvo un impacto de primer orden en la vida intelectual del continente. Entre sus alumnos figuraron luminarias futuras tales como Jean-Paul Sartre en la izquierda y Raymond Aron en la derecha; el existencialismo de posguerra tomó en préstamo muchas de sus categorías básicas de Hegel, a través de Kojève.

Kojève buscó resucitar al Hegel de la Fenomenología del Espíritu, el Hegel que proclamó el fin de la historia en 1806. Ya que fue efectivamente en una fecha tan temprana como ésta que Hegel vio en la derrota por Napoleón de la monarquía prusiana en la bata-

lla de Jena la victoria de los ideales de la Revolución Francesa, y la universalización inminente del Estado que incorporaba los principios de la libertad y la igualdad. Kojève, lejos de rechazar a Hegel a la luz de los turbulentos acontecimientos del próximo siglo y medio, insistió que este último fundamentalmente había tenido razón. La batalla de Jena marcó el fin de la historia porque fue en ese punto que la vanguardia de la humanidad (un término bastante familiar para los marxistas) hizo reales los principios de la Revolución Francesa. Aunque quedaba considerable trabajo por hacer después de 1806 —abolir la esclavitud y el tráfico de esclavos, extender la libertad a los trabajadores, las mujeres, los negros y otras minorías raciales, etc.— los principios básicos del estado liberal democrático no admitían ninguna mejora más. Las dos guerras mundiales de este siglo y las revoluciones y convulsiones subsecuentes simplemente tuvieron el efecto de expandir estos principios espacialmente, de modo que las diversas provincias de la civilización humana fueran puestas a la altura de sus vanguardias más avanzadas, y de forzar a las sociedades de Europa y América del Norte que estaban a la vanguardia de la civilización a implementar más plenamente su liberalismo.

El estado que emerge en el fin de la historia es liberal en la medida en que reconoce y protege a través de un sistema de leyes el derecho universal del hombre a la libertad, y es democrático en la medida en que existe solamente con el consentimiento de los gobernados. Para Kojève, este llamado "estado homogéneo universal" hallaba su corporización real en los países de la Europa Occidental de posguerra —precisamente esos estados blanduzcos, prósperos, autosatisfechos y débiles de voluntad cuyo proyecto más grandioso no era nada más heroico que la creación del Mercado Común. Pero esto era previsible. Ya que la historia humana y el conflicto que la caracterizaba se basaban en la existencia de "contradicciones": la busca del hombre primitivo por el reconocimiento mutuo, la dialéctica del amo y el esclavo, la transformación y el dominio de la naturaleza, la lucha por el reconocimiento universal de derechos y la dicotomía entre proletarios y capitalistas. Pero en el estado universal homogéneo se resuelven todas las contradicciones previas y se satisfacen todas las necesidades humanas. No hay lucha o conflicto sobre "grandes" temas y, por ende, no hay necesidad de generales ni de estadistas; lo que queda es primariamente actividad económica. Y, por cierto, la vida de Kojève fue consistente con lo que enseñaba. Convencido de que tampoco quedaba trabajo para los filósofos, ya que Hegel (comprendido correctamente) había logrado el conocimiento absoluto, Kojève dejó de enseñar después de la guerra y pasó el resto de su vida trabajando como burócrata en la Comunidad Económica Europea, hasta su muerte en 1968.

Para sus contemporáneos de la mitad del siglo, la proclamación por Kojève del fin de la historia debe haber sonado como el típico solipsismo excéntrico de un intelectual francés, apareciendo como lo hacía en los talones de la II Guerra Mundial y en el pico mismo de la Guerra Fría. Para entender cómo Kojève pudo ser tan audaz como para proclamar que la historia había terminado, debemos comprender, antes que nada, el significado del idealismo hegeliano.

II

Para Hegel, las contradicciones que impulsan la historia existen primero en el reino de la conciencia humana, vale decir en el nivel de las ideas —no las triviales propuestas de año electoral de los políticos norteamericanos, sino ideas en el sentido de grandes perspectivas mundiales unificadoras que pueden comprenderse mejor bajo la rúbrica de la ideología. Ideología en este sentido no se restringe a las doctrinas políticas seculares y explícitas que usualmente asociamos con el término, sino que también puede incluir religión, cultura y el complejo de valores morales que subyace bajo toda sociedad.

La visión de Hegel sobre la relación entre el mundo ideal y el mundo real o material era extremadamente complicada, comenzando por el hecho de que, para él, la distinción entre los dos era sólo aparente. Hegel no creía que el mundo real se adaptara o pudiera ser adaptado a las preconcepciones ideológicas de los profesores de filosofía de ningún modo simple, o que el mundo material no pudiera irrupir en el ideal. De hecho, Hegel el profesor fue dejado temporalmente sin trabajo como resultado de un hecho muy material, la batalla de Jena. Pero, si bien era cierto que la escritura y el pensamiento de Hegel podían ser detenidos por una bala desde el mundo real, la mano en el gatillo del arma actuaba a su vez impulsada por las ideas de libertad e igualdad que habían impulsado la Revolución Francesa.

Para Hegel, todo el comportamiento humano en el mundo material, y por lo tanto toda historia humana, están enraizados en un estado previo de conciencia —una idea similar a la expresada por John Maynard Keynes cuando dijo que las ideas de los hombres de acción generalmente derivaban de economistas difuntos o escribas académicos de generaciones anteriores. Esta conciencia puede no ser explícita ni consciente de sí misma, como las doctrinas políticas modernas, pero, en lugar de eso, puede tomar la forma de religión, o simples hábitos culturales y morales. Y, sin embargo, este reino de la conciencia en el largo plazo necesariamente se vuelve manifiesto en el mundo material, y hasta crea el mundo material en su propia imagen. La conciencia es la causa y no el efecto, y puede desarrollarse autónomamente con relación al mundo material; de allí que el verdadero subtexto que yace bajo la confusión aparente de los hechos actuales es la historia de la ideología.

El idealismo de Hegel no ha tenido mucha suerte en manos de los pensadores posteriores. Marx invirtió completamente la prioridad de lo real y lo ideal, relegando todo el reino de la conciencia —la religión, el arte, la cultura, la filosofía misma— a una "superestructura" completamente determinada por el modo de producción dominante. Otro legado desafortunado del marxismo es nuestra tendencia a relegarnos hacia explicaciones materialistas o utilitarias de fenómenos históricos, y nuestra reticencia a creer en el poder autónomo de las ideas. Un ejemplo reciente de esto último es el inmensamente exitoso *Ascenso y caída de las grandes potencias*, de Paul Kennedy, quien adscribe la decadencia de las grandes potencias a la simple sobreextensión económica. Obviamente, esto es cierto en algún nivel: un imperio cuya economía está apenas por encima de la línea de subsistencia no puede declarar su tesoro en bancarrota indefinidamente. Pero si una sociedad industrial moderna altamente productiva decide gastar un 3 o un 7 por ciento de su Producto Bruto Interno en defensa en lugar de hacerlo en consumo, ésta es una cuestión que depende enteramente de las prioridades políticas de esa sociedad, que a su vez están determinadas en el reino de la conciencia.

El prejuicio materialista del pensamiento moderno no sólo es característico de gente de izquierda que puede simpatizar con el marxismo sino también de muchos antimarxistas apasionados. De hecho, existe en la derecha lo que uno puede denominar la escuela *Wall Street Journal* de materialismo determinista, que deja de lado la importancia de la

ideología y la cultura y ve al hombre como un individuo esencialmente racional, guiado por la lógica de la maximización de la ganancia. Es precisamente esta clase de individuo y su busca de incentivos materiales lo que aparece como base de la vida económica como tal en los libros de texto sobre economía. Un pequeño ejemplo servirá para ilustrar el carácter problemático de esta perspectiva materialista.

Max Weber empieza su famoso libro, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, señalando la diferencia de resultados económicos entre las comunidades protestantes y católicas en Europa y América, y que se resumen en el proverbio de que los protestantes comen bien mientras los católicos duermen bien. Weber observa que, según cualquier teoría económica que sitúe al hombre como un maximizador de ganancias racionales, subir la tasa de trabajo debería incrementar la productividad laboral. Pero, en realidad, en muchas comunidades campesinas tradicionales, la suba de la tasa de trabajo tuvo el efecto opuesto de bajar la productividad laboral: en la tasa más alta, un campesino acostumbrado a ganar dos marcos y medio por día descubría que podía ganar la misma cantidad trabajando menos, y seguía este camino porque valoraba más el tiempo libre que el ingreso. Las opciones de tiempo libre sobre ingreso, de la vida militarista del espartano sobre la riqueza del comerciante ateniense, o incluso la vida ascética del temprano empresario capitalista sobre la del reposado aristócrata tradicional, no pueden ser explicadas por el trabajo impersonal de fuerzas materiales, sino que han llegado preeminentemente de la esfera de la conciencia: lo que aquí hemos denominado ampliamente como ideología. Y, de hecho, un tema central de la obra de Weber consistió en probar que, contrariamente a Marx, el modo material de producción, lejos de ser la "base", era en realidad una "superestructura" con raíces en la religión y la cultura, y que para comprender la emergencia del capitalismo moderno y el motivo de la ganancia primero había que estudiar los antecedentes en el reino del espíritu.

Al observar el mundo contemporáneo se pone de manifiesto la pobreza de las teorías materialistas de desarrollo económico. La escuela *Wall Street Journal* de materialismo determinista señala habitualmente el impresionante éxito económico de Asia durante las últimas décadas como prueba de viabilidad de la economía de mercado libre, con la implicancia de que todas las sociedades experimentarían un desarrollo similar si simplemente permitieran a sus poblaciones la búsqueda libre de su interés material. Por cierto, libertad de mercados y sistemas políticos estables son una precondition necesaria para el crecimiento económico capitalista. Pero, no menos ciertamente, la herencia cultural de esas sociedades del Lejano Oriente, la ética del trabajo, el ahorro y la familia, una herencia religiosa que (contrariamente al Islam) no restringe ciertas formas de actividad económica, y otras cualidades morales profundamente enquistadas, son igualmente importantes para explicar sus resultados económicos. Y, sin embargo, el peso intelectual del materialismo es tal que ni una sola teoría contemporánea respetable del desarrollo económico aborda seriamente a la conciencia y la cultura como la matriz donde se forma el comportamiento económico.

El fracaso en comprender que las raíces del comportamiento económico yacen en el reino de la conciencia y la cultura lleva al error común de atribuir causas materiales a fenómenos que son esencialmente ideales en su naturaleza. Por ejemplo, es un lugar común en Occidente interpretar los movimientos de reforma primero en China y más recientemente en la Unión Soviética como la victoria de lo material sobre lo ideal —esto es, como un reconocimiento de que los incentivos ideológicos no podían reemplazar a los materiales para estimular una economía moderna altamente productiva, y que si uno quería progresar debía apelar a formas más crudas del interés propio. Pero los profundos defectos de las economías socialistas eran evidentes treinta o cuarenta años atrás para cualquiera que quisiera mirar. ¿Por qué fue que estos países se alejaron de la planificación central solamente en los años '80? La respuesta debe buscarse en la conciencia de las élites y de sus líderes, que decidieron optar por la vida "protestante" de riqueza y riesgo sobre el camino "católico" de pobreza y seguridad. Ese cambio no era en modo alguno inevitable por las condiciones materiales en que cada país se encontraba en las vísperas de la reforma, sino que apareció como el resultado de la victoria de una idea sobre otra.

Para Kojève, como para todos los buenos hegelianos, comprender los procesos subterráneos de la historia requiere comprender los hechos en el reino de la conciencia o de las ideas, ya que la conciencia en definitiva va a rehacer el mundo material a su imagen y semejanza. Decir que la historia terminó en 1806 significaba que la evolución ideológica de la humanidad terminaba con los ideales de la Revolución Francesa, o la norteamericana; si bien regímenes particulares en el mundo real podían no implementar estas ideas plenamente, su verdad teórica es absoluta, y no puede ser mejorada. Por lo tanto, no importaba a Kojève que la conciencia de la generación de europeos de posguerra no se hubiera universalizado a lo largo y a lo ancho del mundo; si el desarrollo ideológico había terminado, el estado homogéneo eventualmente devendría victorioso en todo el mundo material.

No dispongo del espacio ni, francamente, de la capacidad para defender en profundidad la perspectiva idealista radical de Hegel. La cuestión no es si el sistema de Hegel era correcto, sino si su perspectiva puede servir para poner en evidencia la naturaleza problemática de muchas explicaciones materialistas que a menudo damos por sentadas. Esto no implica negar el rol de los factores materiales como tales. Para un idealista literal, la sociedad humana puede construirse alrededor de cualquier conjunto arbitrario de principios sin que importe su relación con el mundo material. Y, de hecho, los hombres se han probado capaces de soportar las penurias materiales más extremas en el nombre de ideas que solamente existen en el reino del espíritu, trátase de la divinidad de la vacas o la naturaleza de la Santísima Trinidad.

Pero, si la misma percepción humana del mundo material está formada por su conciencia histórica de él, el mundo material claramente puede afectar a su turno la viabilidad de un particular estado de conciencia. En particular, la espectacular abundancia de las economías liberales avanzadas y la cultura consumista infinitamente diversa hecha posible por ellas parecen tanto promover como preservar el liberalismo en la esfera política. Yo quiero evitar el determinismo materialista que dice que la economía liberal inevitablemente produce una política liberal, porque creo que tanto la economía como la política presuponen un estado de conciencia autónomo y previo que las hace posibles. Pero ese estado de conciencia que permite el crecimiento del liberalismo parece estabilizarse del modo que uno esperaría en el fin de la historia si está solventado por la abundancia de una economía moderna de mercado libre. Podemos sintetizar el contenido del estado universal homogéneo como democracia liberal en la esfera política combinada con acceso fácil a videocaseteras y estéreos en lo económico.



III

¿Hemos llegado efectivamente al fin de la historia? ¿Hay (en otras palabras) "contradicciones" fundamentales en la vida humana que no puedan ser resueltas en el contexto del liberalismo moderno, y que serían solubles por una estructura político-económica alternativa? Si aceptamos las premisas idealistas establecidas anteriormente, la respuesta a esta pregunta debe buscarse en el reino de la ideología y la conciencia. Nuestra tarea no es contestar en forma exhaustiva los desafíos al liberalismo promovidos por cada mesías medio loco que ande por el mundo, sino solamente aquellos que se encarnen en fuerzas y movimientos sociales y políticos importantes, y que por lo tanto formen parte de la historia del mundo. Para nuestros fines, importa muy poco qué extraños pensamientos puedan ocurrírseles a la gente de Albania o de Burkina Faso, porque en lo que estamos interesados es en lo que en algún sentido se podría llamar la herencia ideológica común de la humanidad.

En el siglo que ha pasado, han habido dos grandes desafíos al liberalismo, los del fascismo y el comunismo. El primero interpretó la debilidad política, el materialismo, la anomia y la falta de comunidad de Occidente como contradicciones fundamentales en sociedades liberales que sólo podrían ser resueltas por un estado fuerte que forjara un nuevo "pueblo" sobre la base del exclusivismo nacional. El fascismo fue destruido como ideología viviente por la II Guerra Mundial. Esta, por supuesto, fue una derrota en un nivel muy material, pero equivalía también a la derrota de la idea. Lo que destruyó al fascismo como idea no fue la revulsión moral universal contra él, desde que mucha gente parecía dispuesta a apoyar la idea en cuanto representara la ola del futuro, sino su falta de éxito. Después de la guerra, a la mayoría de la gente le pareció que el fascismo alemán, así como sus otras variantes europeas y asiáticas, estaba condenado a autodestruirse. No hubo razón material para que nuevos movimientos fascistas no emergieran otra vez después de la guerra en otros lugares, salvo por el hecho de que el ultranacionalismo expansionista, con sus promesas de conflicto interminable llevando a una desastrosa derrota militar, había perdido completamente su atractivo. Las ruinas de la Cancillería del Reich así como las bombas atómicas arrojadas en Hiroshima y Nagasaki mataron esta ideología en el nivel de la conciencia así como materialmente, y todos los movimientos protofascistas gatillados por los ejemplos alemán y japonés, como el movimiento peronista en Argentina y el Ejército Nacional Indio de Subhas Chandra Bose, se desvanecieron después de la guerra.



El desafío ideológico montado por la otra gran alternativa al liberalismo, el comunismo, era mucho más serio. Marx, hablando el lenguaje de Hegel, afirmó que la sociedad liberal contenía una contradicción fundamental que no podía ser resuelta dentro de su contexto, la del capital y el trabajo, y esta contradicción ha constituido la principal acusación contra el liberalismo desde entonces. Pero, por cierto, el problema de las clases en realidad ha sido resuelto exitosamente en Occidente. Como Kojève (entre otros) observó, el igualitarismo de la Norteamérica moderna representa el logro esencial de la sociedad sin clases imaginada por Marx. Esto no quiere decir que no haya gente rica y gente pobre en los Estados Unidos, ni que la brecha entre ellos no haya crecido en años recientes. Si no que las causas de fondo de la desigualdad económica no tienen tanto que ver con la estructura legal y social prevaleciente en nuestra sociedad, que sigue siendo fundamentalmente igualitaria y moderadamente distribucionista, como con las características culturales y sociales que la componen, que a su vez son el legado histórico de condiciones premodernas. Por lo tanto, la pobreza negra en los Estados Unidos no es un producto inherente del liberalismo, sino más bien el "legado de la esclavitud y el racismo" que persistieron mucho después de la abolición formal de la esclavitud.

Como resultado del retroceso del problema de las clases, la atracción del comunismo en el mundo occidental desarrollado, puede afirmarse con seguridad, es hoy más baja que en cualquier momento desde el fin de la I Guerra Mundial. Esto puede medirse en cualquier número de formas: en la afiliación decreciente y reflujo electoral de los partidos revisionistas; en el correspondiente éxito electoral de los partidos conservadores desde Gran Bretaña y Alemania hasta los Estados Unidos y Japón, que son desembozadamente promercado y antiestatistas, y en un clima intelectual cuyos miembros más "avanzados" ya no creen que la sociedad burguesa sea algo que necesariamente deba superarse. Esto no quiere decir que las opiniones de los intelectuales progresistas de los países occidentales no sean patológicas en muchos sentidos. Pero aquellos que creen que el futuro debe ser inevitablemente socialista tienden a ser muy viejos, o muy marginales en relación con el discurso político real de sus sociedades.

Uno parece objetar que la alternativa socialista nunca fue terriblemente plausible para el mundo del Atlántico Norte, y se sostuvo durante las últimas décadas primariamente por su éxito fuera de esta región. Pero es precisamente en el mundo no europeo donde uno se sorprende más por la realización de transformaciones ideológicas de primer orden. Seguramente los cambios más notables han ocurrido en Asia. Debido a la fuerza y adaptabilidad de sus culturas indígenas, Asia se volvió un campo de batalla para una va-

riedad de ideologías occidentales importadas en los comienzos del siglo. El liberalismo en Asia era un injerto muy débil en el período posterior a la I Guerra Mundial; hoy es fácil olvidar qué oscuro parecía el futuro político de Asia sólo diez o quince años atrás. Es fácil olvidar también qué decisivo parecía el desenlace de las luchas ideológicas de Asia para el desarrollo político del mundo en su conjunto.

La primera alternativa asiática al liberalismo que fue decisivamente derrotada fue la fascista, representada por el Japón imperial. El fascismo japonés (como su versión alemana) fue derrotado por la fuerza de las armas norteamericanas en la guerra del Pacífico, y la democracia liberal fue impuesta sobre Japón por unos Estados Unidos victoriosos. Cuando el capitalismo occidental y el liberalismo occidental fueron trasplantados a Japón, los japoneses los adoptaron y transformaron hasta que quedaron casi irreconocibles. Muchos norteamericanos son ahora conscientes de que la organización industrial japonesa es muy diferente de la que prevalece en los Estados Unidos o Europa, y es cuestionable qué relación tienen con la democracia las maniobras faccionales que tienen lugar en el gobernante Partido Democrático Liberal. No obstante, el mismo hecho de que los elementos esenciales del liberalismo económico y político hayan sido tan exitosamente remodelados dentro de tradiciones e instituciones únicamente japonesas es lo que garantiza su supervivencia a largo plazo. Más importante es el aporte que Japón ha hecho a su vez a la historia del mundo al seguir los pasos de los Estados Unidos para crear una cultura de consumo verdaderamente universal que se ha vuelto tanto un símbolo como una materialización del estado homogéneo universal. V. S. Naipaul, viajando por el Irán de Khomeini poco después de la revolución, observó los carteles omnipresentes publicitando los productos de Sony, Hitachi y JVC, cuya atracción seguía siendo virtualmente irresistible y desmentía las pretensiones del régimen de haber restaurado un estado basado en el gobierno del *Shariat*. El deseo de acceder a la cultura de consumo, creada en gran parte por Japón, ha jugado un rol crucial en impulsar la extensión del liberalismo económico a lo largo y a lo ancho de Asia, y por lo tanto en promover también el liberalismo político.

El éxito económico de otros nuevos países en desarrollo (Níger) en Asia, que siguieron el ejemplo de Japón, es a esta altura una historia familiar. Lo que es importante desde un punto de vista hegeliano es que el liberalismo político ha estado siguiendo al liberalismo económico más lentamente que lo que muchos habían esperado pero con aparente inevitabilidad. Aquí vemos de nuevo la victoria de la idea del estado universal homogéneo. Corea del Sur se había desarrollado hasta constituir una sociedad moderna, urbanizada, con una clase media crecientemente más numérica y mejor educada que no podía ser aislada de las tendencias democráticas más vastas que la rodeaban. Bajo estas circunstancias, gran parte de la población encontró intolerable seguir siendo gobernada por un anacrónico régimen militar mientras Japón, que en términos económicos se encuentra sólo una década más adelante, había tenido instituciones parlamentarias por más de cuarenta años.

Pero el poder de la idea liberal parecería mucho menos impresionante si no hubiera infectado la cultura más grande y más antigua de Asia, China. La simple existencia de China comunista creó un polo alternativo de atracción ideológica, y como tal constituyó una amenaza al liberalismo. Pero los últimos quince años han visto un descrédito casi total del marxismo-leninismo como sistema económico. Comenzando con el famoso tercer plenario del Décimo Comité Central en 1978, el Partido Comunista Chino se abocó a descolectivizar la agricultura para los 800 millones de chinos que todavía vivían en el campo. El rol del estado en agricultura fue reducido al de un recaudador de impuestos, mientras la producción de bienes de consumo fue fuertemente incrementada para dar a los campesinos una prueba del sabor del estado homogéneo universal y por lo tanto un incentivo para trabajar. La reforma duplicó la producción china de granos en sólo cinco años, y el proceso creó para Deng Xiaoping una sólida base política desde la que pudo extender la reforma a otras partes de la economía. Las estadísticas económicas ni siquiera empiezan a describir el dinamismo, la iniciativa y la apertura que se volvieron evidentes en China desde que comenzó la reforma.

China no podría ser descrita de ninguna manera como una democracia liberal. En la actualidad, no más de un 20 por ciento de la economía ha sido mercadizada, y, lo que es más importante, sigue siendo gobernada por un Partido Comunista que se nombró a sí mismo, y que no ha dado ningún signo de querer devolver el poder. Deng no ha hecho ninguna de las promesas de Gorbachov sobre democratización, y no hay un equivalente chino de la *glasnost*. El liderazgo chino, en realidad, ha sido mucho más circunspecto en la críticas a Mao y el maoísmo que Gorbachov en sus críticas a Brezhnev y Stalin, y el régimen sigue rindiendo pleitesía verbal al marxismo-leninismo como herramienta ideológica. Pero cualquiera que sea familiar con la perspectiva y el comportamiento de la nueva élite tecnocrática que actualmente gobierna China sabe que marxismo y principios ideológicos se han vuelto virtualmente irrelevantes como guías para la política, y que el comunismo burgués tiene un significado real en ese país por primera vez desde la revolución. Las diversas desaceleraciones en el ritmo de la reforma, las campañas contra la "polución espiritual" y la represión contra el disenso político son vistas más adecuadamente como ajustes tácticos en el proceso de administrar lo que es una transición política extraordinariamente difícil.

Lo importante de China desde el punto de vista de la historia mundial no es su actual estado de reforma ni siquiera sus perspectivas futuras. El punto central es el hecho de que la República Popular China ya no puede actuar como una fortaleza para fuerzas antiliberales en el mundo, se trate de guerrillas en alguna jungla asiática o de estudiantes de clase media en París. El maoísmo, en vez de ser el modelo del futuro de Asia, se volvió un anacronismo, y fueron los chinos continentales quienes en realidad recibieron la influencia de la prosperidad y el dinamismo de sus hermanos de afuera: la irónica victoria final de Taiwán.

Sin embargo, y si bien estos cambios en China han sido importantes, son las novedades de la Unión Soviética —la "patria del proletariado mundial" original— las que han puesto el clavo final en el féretro de la alternativa marxista-leninista a la democracia liberal. Debe ser claro que, en términos de instituciones formales, no es mucho lo que ha cambiado en los cuatro años desde que Gorbachov llegó al poder: los mercados libres y el movimiento cooperativo representan sólo una pequeña parte de la economía soviética, que sigue bajo planificación central; el sistema político sigue estando dominado por el Partido Comunista, que sólo ha comenzado a democratizarse internamente y a compartir poder con otros grupos; el régimen sigue aseverando que sólo está buscando modernizar al socialismo y que su base ideológica sigue siendo el marxismo-leninismo; y, finalmente, Gorbachov afronta una oposición conservadora potencialmente poderosa que puede deshacer muchos de los cambios que han tenido lugar hasta ahora. Aún más, es difícil ser demasiado optimista sobre las posibilidades de éxito de las reformas propuestas por Gor-

bachov, sea en la esfera de la economía o en la de la política. Pero mi propósito aquí no es analizar los hechos en el corto plazo, o formular predicciones por propósitos de elaboración política, sino observar las tendencias subterráneas en la esfera de la ideología y la conciencia. Y, en este sentido, es claro que ha ocurrido una transformación asombrosa.

Los emigrados de la Unión Soviética han estado informando por lo menos durante la última generación que virtualmente nadie en ese país creía realmente más en el marxismo-leninismo, y que esto no era más cierto en ningún lugar que en la élite soviética, que seguía voceando slogans marxistas de puro cinismo. La corrupción y decadencia del estado soviético de la última época de Brezhnev parecía importar poco, sin embargo, porque en la medida en que el estado mismo rehusaba poner en cuestión cualquiera de los principios fundamentales de la sociedad soviética, el sistema era capaz de funcionar adecuadamente de pura inercia, e incluso conseguir algún dinamismo en el campo de la política exterior y de la defensa. El marxismo-leninismo era como una invocación mágica que, por absurda y vacía de significado que resultara, era la única base común sobre la cual la élite podía acordar para gobernar la sociedad soviética.

Lo que ha ocurrido en los cuatro años desde la llegada de Gorbachov al poder es un asalto revolucionario contra las instituciones y los principios más fundamentales del stalinismo, y su reemplazo por otros principios que no equivalen al liberalismo per se, pero cuyo único hilo conductor es el liberalismo. Esto es más evidente en la esfera económica, donde economistas reformistas que rodean a Gorbachov se han vuelto crecientemente más radicales en su apoyo a la libertad de mercados, hasta el punto en que a algunos de ellos, como Nikolai Shmelev, no les molesta ser comparados en público con Milton Friedman. Actualmente hay consenso virtual en la escuela soviética dominante de economistas en el sentido de que la planificación central y el sistema de asignación por comando son la causa de raíz de la ineficiencia económica, y que si el sistema soviético podrá recuperarse alguna vez debe permitir una toma de decisiones libre y descentralizada sobre inversión, trabajo y precios. Tras un par de años iniciales de confusión ideológica, estos principios finalmente han sido incorporados en la política con la promulgación de nuevas leyes sobre autonomía de empresas, corporativas, y finalmente en 1988 con leyes sobre arrendamientos y granjas de propiedad familiar. Hay, por supuesto, una cantidad de fallas fatales en la actual implementación de la reforma, notablemente la ausencia de una profunda reforma de precios. Pero el problema ya no es conceptual: Gorbachov y sus lugartenientes parecen comprender suficientemente bien la lógica económica de la mercaderización, pero, al igual que los líderes de un país del Tercer Mundo ante el FMI, temen las consecuencias sociales de terminar los subsidios al consumo y otras formas de dependencia del sector público.

En la esfera política, los cambios propuestos en la constitución soviética, el sistema legal y las reglas del partido equivalen a mucho menos que el establecimiento de un estado liberal. Gorbachov ha hablado de democratización primariamente en la esfera de los asuntos internos del partido, y ha mostrado pocas intenciones de terminar con el monopolio del poder por el Partido Comunista; de hecho, la reforma política busca legitimizar, y por lo tanto fortalecer, el dominio del PCUS. No obstante, los principios generales que subyacen bajo muchas de las reformas —que el “pueblo” debe ser auténticamente responsable por el manejo de sus propios asuntos, que los cuerpos políticos más altos deben responder a los más bajos, y no al revés, que la vigencia de la ley debe prevalecer sobre acciones arbitrarias de la policía, con separación de poderes y un poder judicial independiente, que debe haber protección legal para los derechos de propiedad, la necesidad de una discusión abierta de los asuntos públicos y el derecho al disenso público, la entrega de poder a los soviets como un foro donde la totalidad del pueblo soviético puede participar, y de una cultura política que es más tolerante y pluralista— vienen de una fuente fundamentalmente ajena a la tradición marxista-leninista de la URSS, incluso si su articulación es incompleta y su implementación práctica es deficiente.

Las repetidas aseveraciones de Gorbachov de que él no está haciendo más que intentar restaurar el significado original del leninismo son una suerte de “neohabla” orwelliana. Gorbachov y sus aliados han sostenido consistentemente que la democracia interpartidaria era algo así como la esencia del leninismo, y que las diversas prácticas liberales de debate abierto, elecciones con voto secreto y predominio de la ley eran todas parte de la herencia leninista, corrompida sólo después por Stalin. Si bien casi cualquiera tendría buen aspecto comparado con Stalin, el trazado de una línea tan nítida entre Lenin y su sucesor es cuestionable. La esencia del centralismo democrático de Lenin era el centralismo, no la democracia; esto es, la dictadura absolutamente rígida, monolítica y disciplinada de un partido comunista de vanguardia, hablando en nombre del *demos*. Todas las polémicas de Lenin contra Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo y otros diversos rivales mencheviques y socialdemócratas, para no hablar de su desprecio por la legalidad y libertades “burguesas”, se centraron en su profunda convicción de que una organización gobernada democráticamente no podía consumar exitosamente una revolución.

La aseveración de Gorbachov de que él está buscando volver al verdadero Lenin es perfectamente fácil de entender: habiendo promovido una exhaustiva denuncia del stalinismo y el brezhnevismo como las raíces de la actual problemática de la URSS, necesita algún punto de la historia soviética donde poder anclar la legitimidad del dominio ininterrumpido del PCUS. Pero las necesidades tácticas de Gorbachov no deben cegarnos al hecho de que los principios democratizadores y descentralizadores que él mismo ha enunciado en las esferas económica y política son altamente subversivos de algunos de los preceptos más fundamentales tanto del marxismo como del leninismo. Por cierto, si el grueso de las actuales propuestas de reforma económica se consumaran, es difícil saber cuánto más socialista sería la economía soviética en comparación con las de otros países occidentales con grandes sectores públicos.

La Unión Soviética no podría en modo alguno ser descripta ahora como un país liberal o democrático, ni pienso que sea terriblemente posible que la perestroika vaya a tener un éxito tal que una etiqueta semejante vaya a resultar pensable en el futuro cercano. Pero en el fin de la historia no es necesario que todas las sociedades se vuelvan sociedades liberales exitosas, sino meramente que acaben con sus pretensiones ideológicas de representar formas diferentes más elevadas de sociedad humana. Y en este sentido creo que algo muy importante ha ocurrido en la Unión Soviética en los últimos años: las críticas del sistema soviético sancionadas por Gorbachov han sido tan exhaustivas y devastadoras que hay muy pocas chances de un regreso simple al stalinismo o al brezhnevismo. Gorbachov ha permitido finalmente que la gente dijera lo que había comprendido por muchos años, es decir, que las invocaciones mágicas al marxismo-leninismo eran un disparate, y que el socialismo soviético no era superior a Occidente en ningún sentido, sino

que era en realidad un monumental fracaso. La oposición conservadora en la URSS que consiste de simples trabajadores temerosos del desempleo y la inflación, y de funcionarios del partido que temen la pérdida de sus trabajos y sus privilegios, habla abiertamente, y puede ser lo suficientemente fuerte para forzar el derrocamiento de Gorbachov en los próximos años. Pero lo que ambos grupos desean es tradición, orden y autoridad; no manifiestan ningún compromiso profundo con el marxismo-leninismo, excepto en la medida en que han invertido todas sus vidas en él. Para que la autoridad se restaure en la URSS tras el trabajo de demolición de Gorbachov se necesita la base de alguna ideología nueva y vigorosa, lo que todavía no ha aparecido en el horizonte.

Si admitimos por el momento que los desafíos fascista y comunista al liberalismo han muerto, ¿queda algún otro competidor ideológico vivo? O, dicho de otro modo, ¿existen contradicciones en la sociedad liberal que no puedan ser resueltas, más allá de las contradicciones de clase? Dos posibilidades asoman por sí mismas, las de la religión y el nacionalismo.

El ascenso del fundamentalismo religioso en años recientes dentro de las tradiciones cristiana, judía y musulmana ha recibido una amplia atención. Uno se siente tentado a decir que el renacimiento de la religión muestra una infelicidad general con la impersonalidad y vaciedad espiritual de las sociedades liberales de consumo. Sin embargo, y si la vaciedad en el corazón del liberalismo ciertamente representa un defecto de la ideología —y de hecho es una falla para cuya visualización no es necesario tener la perspectiva de la religión—, no es para nada claro que eso pueda remediarse con política. El liberalismo moderno mismo fue históricamente una consecuencia de la debilidad de las sociedades basadas en la religión, las que, no pudiendo acordar sobre la naturaleza de la vida buena, no podían proveer ni siquiera las precondiciones mínimas de paz y estabilidad. En el mundo contemporáneo, solamente el Islam ha ofrecido un estado teocrático como una alternativa política al liberalismo y el comunismo. Pero la doctrina tiene poca atracción para no musulmanes, y es difícil creer que el movimiento adquirirá alguna significación universal. Otros impulsos religiosos menos organizados han sido satisfechos exitosamente dentro de la esfera de la vida privada que se permite en las sociedades liberales.

La otra “contradicción” importante potencialmente irresoluble por el liberalismo es la del nacionalismo y otras formas de la conciencia racial y étnica.

Pero no es claro que el nacionalismo represente una contradicción irreconciliable con el liberalismo. En primer lugar, el nacionalismo no es un solo fenómeno sino varios, que



van desde una suave nostalgia cultural a la doctrina altamente organizada y elaboradamente articulada del nacional-socialismo. Sólo nacionalismos sistemáticos de este último tipo pueden calificarse como una ideología formal en el nivel del liberalismo o el comunismo. La gran mayoría de los movimientos nacionalistas del mundo no tienen un programa político más allá del deseo negativo de independencia de *algún* otro grupo o pueblo, y no ofrecen una agenda de organización socioeconómica de ningún tipo. Como tales, son compatibles con doctrinas y con ideologías que sí ofrecen tales agendas. Si bien pueden constituir una fuente de conflicto para las sociedades liberales, este conflicto no nace del liberalismo, sino del hecho de que el liberalismo en cuestión está incompleto. Ciertamente, gran parte de la tensión étnica y nacionalista del mundo puede explicarse en términos de pueblos que han sido obligados a vivir en sistemas políticos irrepresentativos que ellos no han elegido.

IV

¿Qué implicancias tiene el fin de la historia para las relaciones internacionales? Claramente, el grueso del Tercer Mundo permanece trabado en la historia, y será terreno de conflicto por muchos años. Pero concentremos por el momento en los estados más grandes y desarrollados del mundo, que después de todo representan la mayor parte de la política mundial. No es probable que Rusia y China se unan a las naciones desarrolladas de Occidente como sociedades liberales en ningún futuro predecible, pero supongamos por un momento que el marxismo-leninismo deja de ser un factor que motoriza las políticas externas de esos países —una perspectiva que, si bien no se ha materializado, los últimos años han convertido en una posibilidad real. ¿Cómo se diferenciarán las características generales de un mundo desideologizado de las del mundo al que estamos acostumbrados en una coyuntura específica semejante.

La respuesta más común es: no mucho. Ya que hay una creencia muy extendida entre muchos observadores de las relaciones internacionales en el sentido de que bajo la epidermis de la ideología existe un núcleo pétreo de interés nacional de gran potencia que garantiza un nivel bastante alto de competencia y de conflicto entre naciones. De hecho, según una escuela académicamente popular de teoría de relaciones internacionales, el conflicto es inherente al sistema internacional como tal, y para entender las perspectivas de conflicto uno debe observar la forma del sistema —por ejemplo, si es bipolar o multipolar—, más que al carácter específico de las naciones y los regímenes que lo constituyen. Esta escuela en realidad aplica una perspectiva hobbesiana de la política a las relaciones internacionales, y asume que la agresión y la inseguridad son características universales de las sociedades humanas en vez de ser el producto de circunstancias históricas específicas.

Los devotos de esta línea de pensamiento toman las relaciones que existieron entre los participantes del clásico balance de poder europeo del siglo diecinueve como un modelo para el aspecto que podría tener un mundo desideologizado. Charles Krauthammer, por ejemplo, explicó recientemente que, si la URSS, como resultado de las reformas de Gorbachov, se despoja de la ideología marxista-leninista, su comportamiento va a revertirse al de la Rusia imperial del siglo diecinueve. Si bien él encuentra que esta perspectiva es más tranquilizadora que la amenaza representada por una Rusia comunista, su teoría implica que todavía va a haber un grado sustancial de competencia y conflicto en el sistema internacional, exactamente como lo había, digamos, entre Rusia y Gran Bretaña o la Alemania guillermina en el siglo pasado. Este, por supuesto, es un punto de vista conveniente para gente que quiere admitir que algo importante está cambiando en la Unión Soviética, pero no quiere aceptar la responsabilidad de recomendar la reorientación política radical implícita en esa perspectiva. ¿Pero es cierto?

En realidad, la noción de que la ideología es una superestructura impuesta por encima de un sustrato de permanente interés de gran potencia es una propuesta altamente cuestionable. Porque el modo en que cualquier estado define su interés nacional no es universal sino que descansa en algún tipo de base ideológica previa, del mismo modo en que vimos que el comportamiento económico está determinado por un estado de conciencia previo. En este siglo, los estados han adoptado doctrinas altamente articuladas con agendas de política externa que legitimaban el expansionismo, como el marxismo-leninismo o el nacional-socialismo.

El comportamiento expansionista y competitivo de los estados europeos del siglo diecinueve no descansaba en una base menos ideal; solamente ocurría que la ideología que lo motorizaba era menos explícita que las doctrinas del siglo veinte. Por un lado, la mayoría de las sociedades europeas "liberales" eran antiliberales en la medida en que creían en la legitimidad del imperialismo, esto es, el derecho de una nación a dominar otras naciones sin preocuparse de los deseos de los dominados. Las justificaciones para el imperialismo variaban de nación en nación, desde una creencia cruda en la legitimidad de la fuerza, particularmente cuando se la aplicaba a no europeos, hasta la carga del hombre blanco y la misión cristianizadora de Europa, y al deseo de dar a la gente de color acceso a la cultura de Rabelais y Molière. Pero cualquiera fuera la base ideológica particular, cada país "desarrollado" creía en la aceptabilidad de que civilizaciones más altas dominaran a otras más bajas —incluyendo, dicho sea de paso, a los Estados Unidos con respecto a las Filipinas. Esto llevó a una marcha hacia el puro agigantamiento territorial durante la segunda mitad del siglo, y no tuvo pequeño papel en las causas de la Gran Guerra.

El producto radical y deformado del imperialismo del siglo diecinueve fue el fascismo alemán, una ideología que justificaba el derecho de Alemania no sólo a dominar a pueblos no europeos, sino a *todos* los que no fueran alemanes. Pero en retrospectiva pareciera que Hitler representó un desvío enfermizo en el curso general del desarrollo europeo, y desde su fogosa derrota ha desacreditado por completo la legitimidad de cualquier engrandecimiento territorial. Desde la II Guerra Mundial, el nacionalismo europeo ha perdido cualquier relevancia real para la política externa, con la consecuencia de que el modelo de comportamiento de gran potencia del siglo diecinueve se ha vuelto un anacronismo serio. La forma más extrema del nacionalismo producida por cualquier estado europeo desde 1945 fue el gaullismo, cuya autofirmación estuvo confinada largamente al reino de políticas y culturas fastidiosas pero inofensivas. La vida internacional para la parte del mundo que ha llegado al fin de la historia está mucho más preocupada por la economía que por la política o por la estrategia.

Los estados desarrollados de Occidente mantienen aparatos de defensa, y en el período de posguerra han competido vigorosamente para enfrentar el desafío de una amenaza comunista mundial. Este comportamiento, sin embargo, respondía a una amenaza externa



que partía de estados con ideologías abiertamente expansionistas, y no hubiera existido de no ser así. Para tomar seriamente la teoría "neorrealista", uno tendría que creer que si Rusia y China desaparecieran de la faz de la tierra el comportamiento competitivo "natural" se reafirmaría entre los estados de la OCDE. Esto es, Alemania Occidental y Francia se armarían una en contra de otra, como lo hicieron en los años '30, Australia y Nueva Zelanda enviarían asesores militares para bloquearse mutuamente sus avances en África, y se fortificaría la frontera norteamericano-canadiense. Esta perspectiva es, por supuesto, absurda: desprovistos de ideología marxista-leninista, es más probable que veamos la "mercaderización común" de la política mundial que la desintegración de la CEE en competitividad decimonónica. De hecho, como lo sugiere nuestra experiencia con Europa en cuestiones como el terrorismo o Libia, ellos están mucho más avanzados que nosotros en el camino que niega la legitimidad del uso de la fuerza en política internacional, incluso en defensa propia.

La presuposición automática de que una Rusia despojada de su ideología comunista expansionista empezaría en el mismo punto en que los zares la dejaron antes de la Revolución Bolchevique es, por lo tanto, curiosa. Da por sentado que la evolución de la conciencia humana ha permanecido inmóvil entretanto, y que los soviéticos, al mismo tiempo que recogen ideas de moda en el terreno económico, van a regresar a enfoques de política externa que están un siglo pasadas de moda en el resto de Europa. Esto ciertamente no es lo que le ocurrió a China después de que inició su proceso de reforma. La competitividad y el expansionismo chinos virtualmente han desaparecido de la escena mundial: Beijing ya no patrocina insurgencias maoístas ni intenta cultivar influencias en distantes países africanos como lo hizo en los años '60. Esto no quiere decir que no haya aspectos preocupantes en la política exterior contemporánea de China, tales como la venta de tecnología de misiles balísticos en el Medio Oriente; y la RPC sigue manifestando comportamiento de gran potencia en su patronazgo del Khmer Rojo contra Vietnam. Pero lo primero se explica por motivos comerciales y lo segundo es un vestigio de rivalidades anteriores con base ideológica. La nueva China se parece mucho más a la Francia gaullista que a la Alemania previa a la I Guerra Mundial.

La verdadera pregunta para el futuro, sin embargo, es el grado en el cual las élites soviéticas han asimilado la conciencia del estado homogéneo universal que representa la Europa post-Hitler. Juzgando por sus escritos y por mis propios contactos personales con los soviéticos, no hay duda en mi mente de que la intelligentsia liberal soviética agrupada alrededor de Gorbachov ha llegado a la perspectiva del fin de la historia en un tiempo sorprendentemente corto, debido en gran parte a los contactos que han tenido desde la

era de Brezhnev con la civilización europea que los rodea. El "nuevo pensamiento político", la etiqueta general para sus puntos de vista, describe un mundo dominado por preocupaciones económicas, en el que no hay bases ideológicas para un conflicto importante entre naciones y en el cual, consecuentemente, el uso de la fuerza militar se vuelve menos legítimo.

La conciencia post-histórica representada por el "nuevo pensamiento" es sólo uno de los posibles futuros para la Unión Soviética. Siempre ha existido una corriente muy fuerte de chauvinismo gran ruso en la Unión Soviética, que ha encontrado una expresión más libre desde el advenimiento de la glasnost. Puede ser posible volver al marxismo-leninismo tradicional por un tiempo, como un simple eje de convocatoria para aquellos que quieren restaurar la autoridad que Gorbachov ha disipado. Pero, al igual que en Polonia, el marxismo-leninismo está muerto como ideología movilizante: bajo su estandarte no se puede lograr que la gente trabaje más, y sus adherentes han perdido la confianza en sí mismos. Contrariamente a los difusores del marxismo-leninismo tradicional, sin embargo, los ultranacionalistas en la URSS creen en su causa eslavófila apasionadamente, y uno tiene la impresión de que la alternativa fascista no está enteramente agotada.

La Unión Soviética, entonces, está ante una divisoria de caminos: puede iniciar el que Europa Occidental empezó a realizar hace cuarenta y cinco años, y que la mayoría de Asia ha seguido, o puede asumir su carácter único y seguir trabada en la historia. La opción que tome va a ser altamente importante para nosotros, dadas las dimensiones y la fuerza militar de la Unión Soviética, ya que este poder va a continuar preocupándonos y demorando nuestra comprensión de que ya hemos pasado del otro lado de la historia.

V

La desaparición del marxismo-leninismo primero de China y después de la Unión Soviética va a significar su muerte como ideología viviente de significación histórica mun-

dial. Porque mientras pueden quedar algunos pocos creyentes en lugares aislados como Managua, Pyongyang o Cambridge, Massachusetts, el hecho de que no haya un solo gran estado donde sea un factor importante liquida enteramente sus pretensiones de estar a la vanguardia de la historia humana. Y la muerte de esta ideología significa la creciente "mercadización común" de las relaciones internacionales, y la disminución de la probabilidad de conflictos de gran escala entre los estados.

Esto no implica en modo alguno el fin del conflicto internacional per se. Porque el mundo en este punto va a estar dividido entre una parte histórica y una parte posthistórica. Todavía sería posible el conflicto entre los estados que aún están en la historia y aquellos que están en el fin de la historia. Habrá un nivel alto y tal vez creciente de violencia étnica y nacionalista, ya que estos impulsos no están completamente agotados, incluso en partes del mundo post-histórico. Palestinos y kurdos, sikhs y tamiles, católicos irlandeses y valones, armenios y azeris, van a seguir con sus enfrentamientos irresueltos. Esto implica que el terrorismo y las guerras de liberación nacional van a seguir siendo un punto importante de la agenda internacional. Pero los conflictos en gran escala necesitan de estados grandes que todavía estén atrapados en el puño de la historia, y éstos son los que parecen estar desapareciendo de escena.

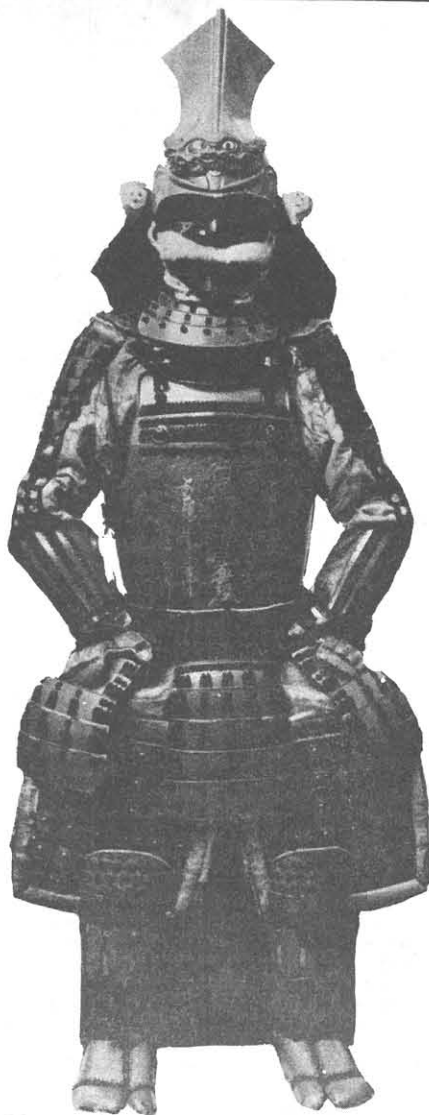
El fin de la historia va a ser un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida por un objetivo puramente abstracto, la lucha ideológica mundial que requería audacia, coraje, imaginación e idealismo, serán reemplazadas por los cálculos económicos, la resolución interminable de problemas técnicos, problemas del medio ambiente y la satisfacción de sofisticadas demandas de consumo. En el período post-histórico no habrá arte ni filosofía, sólo la perpetua mascarada del museo de la historia humana. Puedo sentir en mí mismo, y en otros que están cerca mío, una poderosa nostalgia por la época en que la historia existía. Esta nostalgia, en realidad, va a seguir alimentando la competencia y el conflicto en el mundo post-histórico por algún tiempo. Aun cuando reconozco su inevitabilidad, tengo los sentimientos más ambivalentes por la civilización que fue creada en Europa desde 1945, con sus prolongaciones nortatlánticas y asiáticas. Tal vez esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento en el fin de la historia sirva para que la historia comience de nuevo.

LA HISTORIA DE LA DERROTA

Por Claudio Uriarte

La teoría del fin de la historia ha irrumpido como un escándalo en el ensamblaje de complacencias mutuas que pasa por debate intelectual en nuestro tiempo. Ocho polemistas académicos de los Estados Unidos replicaron al ensayo en la misma edición de la revista neoconservadora *The National Interest* donde fue originariamente publicado; sus conclusiones hacen pensar en ocho invitados sonrientes, ligeramente incómodos, ante un anfitrión burlón, un poco en copas, que intentara convencerlos de que la casa donde están cenando se está viniendo abajo. La respuesta del otro lado del Atlántico no fue superior, salvo en términos de la deshonestedad intelectual y la hipocresía moral en que parece descollar el conjunto de la opinión "progre": André Fontaine, director del diario *Le Monde* —todo un ideólogo de ese saber que es ignorar, de ese pensar que no es un pensamiento, sino una complicidad— reprochó a Francis Fukuyama que osara hablar del "fin de la historia" cuando había campesinos bolivianos que se morían de hambre, y desde estos "gritos de agitador que interrumpe una discusión seria" denunciados una vez por Lenin y proferidos esta vez por Fontaine una verdadera catarata de prosa incompetente y subsidiaria se descargó sobre nuestras playas para denostar un artículo que los denostadores no habían leído, y que no habrían estado capacitados para entender en primer lugar. ¿Qué punto ciego en el entramado del discurso intelectual dominante tocó Fukuyama para que estos señores, generalmente tan tolerantes del disenso mutuo (fundamentalmente un consenso para no disentir en nada serio) acudieran al expeditivo procedimiento del silenciamiento a gritos? ¿Significa el oprobio de los con-

trincantes que Fukuyama tiene razón en bloque, o es necesario inaugurar una segunda discusión para reconsiderar lo que Fukuyama dice?



Hay mucho que defender, respetar y admirar en Fukuyama, lo menor de lo cual no es la audacia, el rigor y el vigor intelectual y moral con que este ex analista de la

Rand Corporation y actual "número uno" teórico del Departamento de Estado norteamericano se lanza a la "conclusión final" de que la historia ha terminado como drama, que la democracia liberal capitalista ha triunfado ideológicamente "urbi-et-orbi" y lo que queda de las antiguas luchas es un vacío, una tristeza y una nostalgia. Hay mucho que defender, porque lo que Fukuyama cuenta a lo que queda de la izquierda desde una suerte de hegelianismo replanteado es fundamentalmente que el emperador está desnudo: que el "socialismo real" de la burocracia contrarrevolucionaria en tránsito al capitalismo está cayendo; que, desprovistos de la encarnación en poder mundial estatal de la ideología marxista-leninista (y, pese a lo que diga Samir Amin, la "desconexión" no es marxismo, sino que la desconexión es Albania), termina el drama por derrota y desaparición de uno de los antagonistas, quizás sólo el fantasma del Gran Antagonista; que no cualquier cosa que ocurra en el mundo es historia, sino sólo lo que puede inscribirse en el drama global de la historia del mundo; y que, desaparecido ese drama (deconstruido, diríamos posmodernamente), desaparece la historia como confrontación y proceso, y quedan sólo problemas y desajustes de mayor o menor calibre a ser resueltos por la administración global. El teórico del fin de la historia descueña precisamente en aquello que sus antagonistas insisten en ocultar: el señalamiento de los quiebres y puntos de ruptura como determinantes del gran drama universal; ni la revolución ni la contrarrevolución operan en los términos conceptualmente reaccionarios y positivistas del "progreso" —que supone transiciones sin fisuras y sin luchas, sin contradicciones—

sino en violencia y ruptura, y este momento totalitario que está tanto en Hegel como en Marx es precisamente uno de los elementos que se deben rescatar de la subasta en la actual gran feria universal posmoderna de liquidación de conocimientos humanos.

Aparecen tres problemas:

- ¿Significa el desmantelamiento de los Estados burocráticos de capitalismo central en el Este el fin de la lucha de clases a escala mundial?

- ¿Significa la proliferación y triunfo de las ideas liberales y neoconservadoras en Oriente y Occidente una abolición final de toda contradicción social interna inmanejable bajo el presente sistema?

- ¿Qué liberalismo triunfa en el Estado Universal Homogéneo de que habla Fukuyama: el de 1806 o el de 1989?

El marxismo, para empezar, no es lo que dice Fukuyama, aunque el hecho de que Fukuyama pueda sostener verosímelmente que eso es marxismo es una prueba de la derrota material del marxismo. La derrota del marxismo no se da solamente por el triunfo del antagonista capitalista, sino por el hecho de que las fuerzas que asumen esta ideología de autodeterminación humana, autogobierno social y desalienación global carecen de formas de llevarla a cabo, son insuficientes en su constitución o meramente mistifican bajo su bandera un movimiento de contenidos diferentes. También, porque circunstancias que parecían envolver un "avance" del marxismo —el triunfo con tanques e industrialización terrorista de Stalin sobre Alemania nazi, por ejemplo— involucraban, en realidad, la derrota. El poder directo y democrático de los trabajadores, la socialización de los medios de producción y el avance hacia la disolución del Estado en una sociedad autogobernada no se realizaron como materialidad tangible y persistente en ninguna parte. Y quienes defendemos esa perspectiva nos enfrentamos hoy a la tarea de defenderla sabiendo que ha sido derrotada, e intentando comprender por qué.

Con esto como presupuesto de orientación, voy a dar anticipadamente la razón a Fukuyama en una serie de conceptos. Aunque el fin de los "Estados obreros degenerados" de que hablaba Trotsky en el Este (y que probaron ser, en el fin de la historia, mucho más degenerados que obreros) no podría igualarse a la lucha de clases en escala mundial (si no, esos Estados habrían representado la lucha de clases, o la articulación más alta de uno de sus polos: los misiles SS-20 como vanguardia internacional del proletariado), lo cierto es que el enfrentamiento soviético-norteamericano, al tiempo que estabilizaba a los sistemas por efecto de la polarización, creaba espacios de fisura, resquebrajamiento y peligro para el triunfo de la administración global, volvía menos improbable el triunfo de fuerzas resistentes en la periferia y permitía que las luchas de la periferia se fundieran más o menos confusamente en una suerte de "gran relato" del mundo algunas de cuyas instalaciones podían radicarse en la Plaza Dzhirzhinski de Moscú, la prisión de Lefortovo o el Archipiélago Gulag, pero cuyos referentes se inscribían en los ideales de la inconclusa revolución de 1917. Una observación de Fukuyama es irrefutable: hoy al marxismo no lo reivindica nadie, ha perdido la hegemonía del campo cultural y sólo sobrevive, algo mustiamente, en sectores de las universidades inglesas y norteamericanas. Los movimientos políticos y sociales que emergieron en el bloque del Este y en China a la zaga del destrabe de cerrojos de la "perestroika" no tuvieron sobre sus cabezas las banderas del marxismo, sino las consignas más básicas de autodeterminación

y libertad. La artera *boutade* de suponer que Europa del Este ha llegado a la Revolución Francesa solamente es comparable al oscurantismo rosado que subsume todas las contradicciones y pretende que se dirige, ahora sí, rumbo al "verdadero socialismo" de la mano de primeros ministros católicos, Jeffrey Sachs y jefes de policía secreta en desuso. Hay, es cierto, efectos posibles de revuelta social, en la medida en que poblaciones acostumbradas al subsidio van a ser brutalmente incorporadas al mercado, pero las posibilidades de inflexión revolucionaria de los procesos me parecen obturadas por tres factores:

- la insuficiente articulación social y política del sujeto;

- su debilidad como clase obrera no calificada en los escalones más bajos del proceso productivo;

- su extremo desarme ideológico después de 40 años de marxismo soviético y Radio Europa Libre.

Como la lucha de clases no es permanente, como las clases se constituyen como tales solamente cuando luchan (cuando no lo hacen son meras abstracciones estadísticas), y como las de Europa del Este me parecen situaciones revolucionarias (en el sentido kissingeriano, de quiebre del statu-quo) sin direcciones revolucionarias (en el sentido leniniano, de articulación de vanguardia capaz de plantear la toma del poder y la instauración de la democracia política y social) y en general sin dirección, mucho me temo que quienes desde el marxismo nos planteamos la política del deseo que supone la necesidad y la posibilidad de la autoconciencia, el autodomínio y la autodeterminación del sujeto social nos estamos dirigiendo hacia una nueva

derrota, y que Europa del Este va a ser el escenario de transición entre el mundo histórico y el post-histórico que verá los últimos fogonazos del gran combate por la historia. Y creo que esto va a ser así porque el sistema capitalista mundial que los sutantivistas llaman "el imperialismo" está demasiado integrado, la "mercaderización común" de que ha hablado Fukuyama está demasiado extendida y, para colmo, la escasez como límite absoluto intraspasable se ha esfumado desde hace demasiado tiempo como para que el sistema de alienación y dominio que en definitiva es el capitalismo pueda tambalear seriamente.

"Otra derrota", dijimos. Hay que subrayar que el marxismo como política va de derrota en derrota desde hace por lo menos diez años, y esto para juzgar con generosidad algunos experimentos ensayados con la historia en regiones dispersas de la periferia que asumieron la bandera de algún socialismo pero que terminaron en nacionalismos más o menos autoritarios con economías mixtas (Nicaragua), dictaduras político-militares de opereta más o menos orquestadas por el romanticismo de la época (Cuba), combinaciones patéticas de colectivización forzada de la tierra con dictadura oriental (el Sudeste Asiático, comenzando por Vietnam) y la efímera crisis de representación política con consignas de ultrazquierda de mayo del '68, que empezó como la Segunda Revolución Francesa y terminó como la primera revolución pequeñoburguesa de la historia. La pregunta sería: si perdimos tantas veces, ¿cuándo ganamos? Incluso la Revolución del '17, con su aparato político-militar bolchevique tomando en sus brazos un poder

derrumbado, parece empañarse, atenuarse entre lo que no ocurrió después (la revolución en Alemania) y lo que sí ocurrió (Stalin). Importa —así— crucialmente, entender la naturaleza de nuestra derrota, saber si alguna vez habíamos ganado, preguntarse si alguna vez empezó la lucha, porque los que no reconocen el fin de la historia no quieren reconocer precisamente eso: que fuimos derrotados.

Aquí, sin embargo, se llega al punto de mayor debilidad de la construcción de Fukuyama, y es que su idealismo lo hace construir una periodización histórica incorrecta. Si Fukuyama no estuviera en el lugar en que está —lo que también es un efecto de la derrota del marxismo—, su saber tendría otro programa y podría, desde otro punto de vista, distinguir con más relieve otras fechas (¿por qué, si no, la historia no termina efectivamente en 1806, y por qué al fascismo lo derrotan las bombas pero al marxismo la lucha de ideas?).

1917: una revolución frustrada, el proyecto fracasado de una revolución. La Revolución Rusa se sostiene en la Europa contrarrevolucionaria, pero a costa de dejar de ser una revolución. La "sustitución" de la clase por el partido y el líder (donde el sustituto deja progresivamente de representar los intereses de la clase y pasa a representar los suyos propios) crece en progresión geométrica desde 1918, y para 1930 ya tenemos todas las características de un lindo Estado Obrero Degenerado.

1918: un intento frustrado de revolución de Alemania, única posibilidad que tenía el débil proletariado ruso de sobrevivir a su propia victoria y poder generalizar su revuelta. A partir de aquí comienza la descomposición de Alemania y su paso



por distintas etapas de inestabilidad y erosión hasta quedar constuida, en el 1933 de Hitler, como un lindo Estado Capitalista Degenerado.

La Revolución Rusa tenía que legitimarse en el futuro socialista, pero el hecho de que el futuro no fue socialista tiende a dejarla como un simple dispositivo político-militar de apropiación del poder en condiciones de derrumbe del Imperio Ruso. Creímos saberlo todo sobre la Revolución, pero resulta que lo que vino después ensancha los márgenes de incertidumbre hasta delimitar el momento mismo de la decisión en que los filósofos dejan de pensar en el mundo y comienzan a transformarlo, según la tesis sobre Feuerbach de Marx. La lectura socialdemócrata de los hechos es que en 1989 hemos llegado a la tesis 10, mientras que la Unión Soviética está al borde de condenar la Revolución como un error histórico. Y es que el pasado va cambiando con el tiempo.

Al contemplar los hechos de la década del '30 en Rusia y Alemania, generalmente no se comprende la construcción realizada por tanta destrucción. El "liberalismo" que emerge en Occidente después de 1945 es fundamentalmente diferente del liberalismo que existía antes, no sólo por las filiaciones que pensadores como Herbert



Marcuse y Theodor Adorno rastrearon entre la ideología liberal y la fascista en la época del alto capitalismo sino porque entre los dos ha ocurrido un "disciplinamiento" bipolar que además va a tener el efecto de largo plazo de excluir toda posibilidad que no sea el liberalismo, incluso el stalinismo y el fascismo. El liberalismo, al volverse total, traiciona su naturaleza, y se vuelve un acto reflejo social para una historia y una post-historia cuyas cunas y escuelas de aprendizaje fueron los campos de concentración de Hitler y el estado terrorista de Stalin.

1939: pacto nazi-soviético Molotov-Ribbentrop de no agresión, pacto fundacional simbólico del nuevo Estado Universal Homógeno, que luego deberá destruir a sus propios fundantes.

Mientras esto ocurría en Europa, en los Estados Unidos avanzaba un Estado Benefactor que iba a integrar a crecientes sectores sociales, a fundirlos como metales en las aceras de sangre y de fuego de la nueva guerra y a reconstruirlos en una suerte de Ciudadano Capitalista Arquetípico que mediría la totalidad de su yo en función de su cotización de mercado. El "boom" eco-

nómico de posguerra distanció todavía más la perspectiva del autogobierno social, al posibilitar una superación de la escasez endémica que terminaría volviendo posible una regulación artificial y predeterminada de satisfacción y deseo, y cerrando el universo de discursos posibles. Se trata del proceso que trabaja Marcuse (con las distorsiones propias de la época, sobre todo con la proyección *ad infinitum* de la polarización y de la guerra fría) en *El hombre unidimensional*, y es la dimensión que falta en Fukuyama —junto al disciplinamiento, que tampoco percibe como tal— para explicar el nuevo estado universal de conciencia.

Todo lo cual no nos deja mucho más allá del fin de la historia, pero nos ayuda a entender cómo llegamos a ella, y sobre todo la tristeza que Fukuyama tan bellamente expresa en su descripción del desolado paisaje post-histórico. Esa tristeza no solamente es extraña la lucha y aburrirse anticipadamente por lo que vendrá, sino constatar que luchábamos por algo que ya había sido derrotado y que nos hallamos ahora en el fin de la historia, solos como recién nacidos, como si la historia fuera solamente a comenzar en un mundo "pre-Blade Runner" de Estado Universal Homógeno y marginalidad creciente.

DISPAREN CONTRA FUKUYAMA



Estoy encantado de dar la bienvenida a Washington a G.W.F. Hegel. Ciertamente va a ayudar a subir el nivel intelectual del lugar. Esto será especialmente útil si, como parece ser el caso, nuestras universidades están decididas a exiliar de sus *currícula* a los grandes pensadores de la civilización occidental. Tal vez el término "think tank" está por asumir un significado más vasto y profundo. Y es hora de que así sea. En una ciudad llena de abogados y políticos que en su gran mayoría jamás han leído a Montesquieu, a Locke o a los autores de *El federalista* —los grandes pensadores que dieron origen a nuestra propia tradición política norteamericana—, el tono del discurso político ciertamente se beneficiaría de un poco de elevación, la infusión de una pizca de complejidad intelectual dentro de las banalidades dominantes.

¡Pero no demasiado! Algo de Hegel, sí, pero Heidegger, no. Las mentes de nuestros filósofos más poderosos son capaces de sufrir encantamientos traviesos, como lo indica claramente el caso de Karl Marx. (El mismo Marx, por supuesto, nunca se recuperó de su embrujamiento inicial con Hegel.) Es tan fácil confundir ideas brillantes con realidades políticas y humanas mundanas, incluso subordinar estas realidades a aquellas ideas. Así que espero que nos detengamos antes de elevar la vida intelectual de Washington al plano exaltado de París —seguramente la ciudad más excitante del mundo, pero donde el sentido

común, especialmente el sentido común político, tiene que librar una lucha por la supervivencia. No sería mala idea considerar la posibilidad de un modesto arancel proteccionista contra las ideas importantes desde París, de modo que no inunden nuestro mercado político de una manera similar a como ya han inundado nuestro mercado académico...

No me creo una palabra de esto, pero todos nosotros somos neohegelianos a tal punto que el brillante análisis de Fukuyama no es tan fácil de rechazar o refutar. En verdad, es bastante persuasivo. Rechazar a Hegel sin más significa cortarse de las propias bases intelectuales, y sentirse perdido. Todo parece estar yendo en el sentido que dice Fukuyama (y Hegel). Nuestra civilización norteamericana efectivamente parece ser "la onda del futuro", mientras efectivamente las diversas formas de antiliberalismo y anticapitalismo (marxistas o neomarxistas, fascistas o neofascistas) efectivamente parecen pasadas de moda. Estoy de acuerdo con que realmente están pasadas de moda. Lo que no puedo creer es que representemos "la onda del futuro", en vez de una hegemonía temporal. No compro acciones en "ondas del futuro", que me parecen espejismos provocados por una fiebre neohegeliana de la imaginación política.

Irving Kristol

La ausencia de los acontecimientos finalmente desmintió el oráculo rojo, así como ridiculizó las pretensiones de Hitler sobre el "Reich milenarista". Prolongar hasta el infinito las curvas que uno cree ver perfilarse en el horizonte siempre fue uno de los medios más seguros para equivocarse...

¿Siglos de aburrimiento? Lindo pronóstico. Que vaya a hablarle de aburrimiento a esas decenas de millones de personas que, de la vida, conocen sobre todo los percances, las enormes injusticias, el desempleo, el hambre, el miedo. ¿Cómo creer que la historia va a detenerse en medio de algún ronroneo informativo cuando cada día sigue a la vez nutriendo la esperanza y haciendo correr la sangre?

André Fontaine



Se nos dice que el futuro de la democracia liberal está asegurado porque ha tenido éxito en resolver "el problema de las clases". Los problemas sociales que subsisten no son una función del liberalismo sino el "legado histórico de condiciones premodernas": la pobreza negra, por ejemplo, es el "legado de la esclavitud y del racismo". Pero, incluso si esto fuera así, los problemas siguen plagando nuestra sociedad, y las soluciones siguen escapándose. La historia tiene la costumbre de dejarnos en herencia legados desastrosos, bombas que pueden explotar en cualquier momento y lugar.

Gertrude Himmelfarb

El último párrafo de Fukuyama, por contraste con lo anterior, parece plantear con gran maestría literaria, pero con menos consistencia filosófica, la perspectiva de la historia renaciendo del aburrimiento. Esto parece más Nietzsche que Hegel, más una fase en un ciclo que el fin de la historia. Uno recuerda la frase de Weber: "El materialismo histórico no es un carruaje donde uno puede subirse o bajarse a voluntad". Con su espectacular pirueta, Fukuyama está delatando su juego: él realmente no cree en la historia ni en su fin.

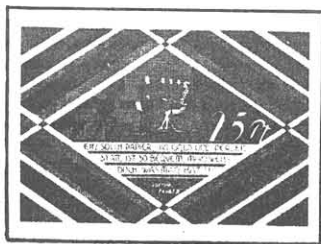
Pierre Hassner

El liberalismo ha ganado, pero puede terminar resultando desdiciadamente insatisfactorio. El comunismo fue una extensión loca del racionalismo liberal, y todos han visto que ni funciona ni es deseable. Y, aunque el fascismo fue derrotado en el campo de batalla, sus oscuras posibilidades no fueron exploradas hasta el final. Si se busca una alternativa, no hay otro lugar donde encontrarla. Yo sugeriría que el fascismo tiene un futuro, si no el futuro. Mucho de lo que dice Fukuyama apunta en esa dirección. Los hechos también. Los países africanos y del Cercano Oriente, que por alguna razón no tienen éxitos fáciles con la modernidad, sufren tentaciones de hallar significados y autoafirmación en variedades del oscurantismo. Las naciones europeas que no pueden encontrar ninguna base racional para la exclusión de innumerables inmigrantes potenciales de sus territorios miran retrospectivamente hacia sus mitos nacionales. Y la izquierda norteamericana ha abrazado entusiastamente los argumentos fascistas contra la modernidad y el eurocentrismo, comprendidos como racionalismo.

Allan Bloom

POSTALES ARGENTINAS

Por Telma Luzzani
y Claudio Uriarte



¿Qué es ese cuerpo raro que traga su opuesto y que simultáneamente es tragado? Hay un dejar ingerirse y una ingestión en la operación que realiza y constituye a Carlos Menem: incorporación de opuestos (liberales, radicales) donde no se sabe si el presidente actúa como mero vector político del discurso de las clases dominantes o, en realidad, neutraliza la potencia de ese discurso mediante su asimilación y disolución como propuesta utópica dentro del plano de lo real y efectivo; una homologación de opuestos que se realiza simultáneamente en varios planos (simbólico: reconciliación de Rosas con Sarmiento; político: civiles y militares, peronistas y no peronistas; social: la clase empresaria y los obreros en cuanto realidad estadística), donde cada plano tiene importancia por sí mismo y ninguno dicta lo que ocurre en los otros; y una neutralización del antagonismo una de cuyas modalidades es el ingenioso procedimiento de quebrar la línea de poder amo-esclavo por el medio de que quien es simbólicamente el "esclavo" priva al "amo" (George Bush, relación con Estados Unidos) del poder de negación de demandas sobre el cual se fundamenta su constitución como amo: no sólo deja de ofrecer una tensión resistencial sino que suma una energía positiva por medio de una sobreoferta congestionadora de circuitos en aquello que ni al mismo amo se le ocurriría solicitar (mediación en Medio Oriente, envío de tropas a Colombia, etc.). Nada parece escapar —pero tampoco ingresar totalmente— dentro de su pegajoso abrazo.

La política tradicional se constituye en base a la existencia de un antagonista: Este contra Oeste, revolución y contrarrevolución, derecha e izquierda. El gobierno de Raúl Alfonsín se estructuró fundamentalmente en la construcción discursiva de un antagonista: oposición al pacto militar-sindical en la campaña de 1983; lucha contra el corporativismo (militar, sindical, político, empresario), durante el período medio, hasta la campaña electoral de 1988 donde el eje fue la oposición tecnocrática del radicalismo frente a la barbarie irracional encarnada por Menem. Hay una concepción histórico-hegeliana de la política y otra que no lo es: una visión donde la historia avanza fundamentalmente por la contradicción y por la disputa por el poder y otra nueva donde, al desaparecer la contradicción, la dicotomía, el antagonismo, quedan solamente contradicciones, dicotomías, antagonismos parciales a ser resueltos bajo la administración global y donde el progreso dramático, por choques y rup-

turas, de la historia, se ve reemplazado por una mera progresión: proyección de tendencias. La política histórica, al ser dramática, es romántica: la post-histórica se presenta formando conjuntos nuevos no bipolares que cruzan multidireccionalmente distintos planos de la sociedad, y donde ya las barras divisorias que antes servían para conceptualizar lo que en una época se llamaba "la contradicción fundamental" (civiles/militares, obreros/patronos, peronistas/gorilas) dejan de ser cruciales al análisis del proceso. Los nuevos conjuntos no excluyen la posibilidad de conflictos parciales que se presentan en forma de antagonismos binarios, pero se escenifican en un plano horizontal y no vertical de la política. Y lo que hace que esto no sea así es que el poder nunca se encuentra en cuestión.

Vamos a tratar de demostrar todo esto mediante un ejemplo doble. La lectura "modernista" más obvia y razonable compararía lo que dijo Menem en la campaña con lo que hizo después, cotejaría ambas



cosas y hablaría rápidamente de "traición". Sin embargo, esta conclusión, que podría desarrollarse rápidamente si la historia fuera puramente documental, prácticamente no existe en la Argentina de hoy. Mirando la literatura política de los últimos 6 meses, solamente la "lunatic fringe" de Alerta Nacional habla de traición a viva voz en relación con Menem, lo que implica que su traición puede calificarse como tal solamente con reservas: seguramente hay sectores peronistas que en reuniones íntimas cuestionan la política de Menem, y hay parlamentarios peronistas que sinceramente sufren las medidas menemistas: sin embargo, en forma explícita, evidente, no hay protesta ni acusación. Si la gente no habla de traición, pueden ocurrir dos cosas: o bien es cómplice de la traición, y por lo tanto no hay traición (porque no hay a quién traicionar, y la traición requiere de unos "propios", como la política modernista de unos "otros") o bien Menem ejecuta una operación que estamos realizando todos, y es un espacio en blanco (significante vacío) que se impregna de los contenidos implícitos (significados) en la relación de fuerzas sociales. Creemos que se trata de este último caso, y que la relación Menem (gobierno), *establishment* político (régimen) y votantes (sociedad civil), un entramado donde lo único que no está en cuestión es el sistema, podrá aclararse en los siguientes 3 puntos:

1) Menem encarna en su propio cuerpo, y es objeto y sujeto de la operación que realiza: el torturado es un indultador, y el indultador se legitima precisamente en función de poseer las marcas de la tortura en su cuerpo: las marcas son, en cierto sentido, la escritura del indulto.

2) De esa escritura sadomasoquista, se desprende un lenguaje por el cual no solamente Menem homologa los opuestos, sino por el cual los "opuestos" dentro del *establishment* político (liberales, peronistas, sindicalistas de Ubaldo y oficialistas, etc.) se homologan en Menem: cada uno referencializa y racionaliza su postura dentro de un segmento del discurso multidireccional de Menem, sea el "Señor Presidente", el "compañero Presidente" o el "compañero Menem", a secas. ¿Compañero

de quién? De todos; es decir, de ninguno.

3) El subtexto de este "acompañamiento" es una peculiar dinámica social que es la falta de una dinámica social positiva, pero que constituye una dinámica de alguna clase precisamente porque no opera: el silencio, llegando a un punto, se vuelve un discurso; lo pasivo tiene un nivel de actividad, y en el "dejar hacerse" de la sociedad hay un "hacer" colectivo al mismo tiempo.



Conviene aquí preguntarse si esta mecánica no constituye el "ocurrir aquí" de una eficaz reconciliación de opuestos en escala global: vuelta al capitalismo en la URSS y en Europa del Este, desarme de los bloques, acercamiento y homogeneización de los históricos enemigos imperiales y replanteos de política exterior de las superpotencias donde la figura constitutiva del enemigo aparece sustituida, por ejemplo, y en el caso de los EEUU, por fenómenos como el narcotráfico, que no es un enemigo homogéneo y compacto sino un punto de dispersión, atomización, evanescencia y disgregación (replantando, por ende, la historia no en la forma de orden vs. desorden sino como statu-quo y dispersión). Va-



mos a dejar esta pregunta flotando, para encarar el desafío simbólico más formidable que recibió Menem a su construcción histórica durante sus 6 meses de gestión: la marcha contra el indulto.

La marcha contra el indulto es simbólicamente decisiva porque lo que dice es que la historia ha ocurrido, y que la reconciliación no existe. Aparece en escena como una voz de protesta, como la erección de una figura antagónica, como la marca de una diferencia y como la constitución en unidad de unos-otros, por más que lo único que estos otros tengan en común sea negativo.

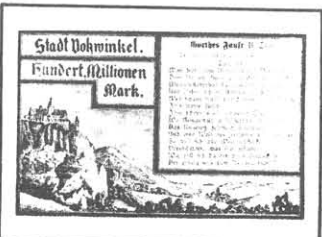
Sin embargo, en la permanente estrategia de homologación, Menem genera un nuevo dispositivo político: el reconocimiento del antagonista. La marcha contra el indulto, y el accionar de Menem, son dos discursos que parecen correr en planos paralelos: coexisten pero no se intersectan, no chocan. Menem, al no reconocerlos como un elemento de enfrentamiento a sus proyectos, los deja colocados en una existencia "paralela" (ni marginal, ni excéntrica, ni ilegal) como parte de una realidad "contigua": un discurso condenatorio (estilo Alfonsín) o la represión policial (estilo militar) le hubieran dado consistencia y realidad a esa marcha, la voz disidente habría tenido cuerpo y su resistencia debería haber producido algún efecto político. Sin embargo, todo transcurrió: se firmó el indulto. Los criminales acusados están libres y los condenados pronto lo estarán.

Menem, para hacer esta operación, debe generar sus precursores, crearse un mito originario —la versión conocida y repetida de la historia de los enfrentamientos no es eficaz— para lo cual ha de dar una nueva organización al pasado. Esta nueva historia —la de las reconciliaciones— no sólo legitima el actual proyecto político de Menem sino que justifica su proyección futura. Tiene que efectuar un original desarme de la historia, en el triple sentido de desarmar a sus antagonistas, desarmar la potencia de contradicción que emerge de la historia y des-ensamblar los elementos de choque que aparecían allí, efectuando entonces un des-ensamblaje de los períodos históricos, que se fijaban y separaban en función de los antiguos criterios. En su nueva construcción —discursiva— Menem incorpora no sólo los opuestos sino materiales cuya vecindad y contigüidad no son esperables: el preámbulo de la Constitución Nacional, un fragmento de un discurso de Perón, los celistos de Bartolomé Hidalgo y palabras laudatorias de Alberdi sobre Rosas (discurso de la repatriación de



los restos de Rosas en Rosario). Es un discurso por agregación, modular.

A esto cabría agregar las características de la emisión. La fluidez del discurso político tradicional aparece en el caso de Menem totalmente violada. El presidente se equivoca. Comete furios en la pronunciación de palabras, en los géneros gramaticales, etc. Su discursar es —paradójicamente— ripioso, entrecortado. Se podría decir que dispersa porque, al tiempo que los furiosos dificultan la recepción del discurso, el encuentro de citas y fragmentos que tradicionalmente no aparecen como pertenecientes al mismo campo (un verdadero pastiche posmoderno) crean según el gusto del interlocutor o 1) la desarticulación de la oposición (no puedo oponerme



al discurso en su totalidad porque en su vasta heterogeneidad algo de esos fragmentos me pertenece) o 2) establezco contacto, entro en código con aquel módulo que pareciera convocarme.

Es, en último análisis, una historia con minúscula, sin el concepto historicista que obliga a interpretar los sucesos ensambaldos entre sí por eslabones de causas y efectos (una historia de parejas, de agonistas y antagonistas, donde Rosas no puede comprenderse sin el Urquiza de Caseros, donde el sentido emerge de una lógica temporal) e impone otras relaciones, otra lógica, la de un relato de cuentos y postales donde cada fragmento histórico termina y comienza sin implicarse.

Rainer Werner Fassbinder. El amor es más frío que la muerte.
Robert Katz y Peter Berling. Trad. de Daniel Zanudaisky. Gedisa.
Barcelona, 1988, 224 págs.
Alrededor de A 6.100



Rodin. Pierre Daix.
Atlántida. Buenos Aires,
1989, 240 págs.



Descubrimiento del mundo. Memorias (1922-1952). Alicia Jurado.
Emecé. Buenos Aires,
1989, 265 págs.



Cualquiera sea el grado de fassbinderismo que una persona posea, desde el fanatismo a la fría pasión, las anécdotas sobre la vida del director alemán son un acicate permanente para componer un retrato de quien sólo puede ser admirado. El anecdotario es casi tan rico como su producción cinematográfica y dramatiza aun la más dramática de sus películas; como en ellas, hay personajes, escenarios, luces y conflictos que se repiten alrededor de Alemania y los alemanes, alrededor del nazismo, la homosexualidad, el poder, las drogas.

Esta nueva biografía de Fassbinder la escribe íntegramente Robert Katz mientras que Berling (el de la tapa) es un integrante de la *troupe* fassbinderiana a quien Katz le debe mucho: nada menos que el acopio de cualquier material relacionado con el director o con la filmación de las películas. El libro sigue una estructura que acompaña la filmografía, es decir que reproduce en parte la sintaxis fassbinderiana de continuidad entre la vida y la producción, sintaxis que seguramente revela, además de un método, un récord: una película cada cien días. La última fue *Querelle*, de 1982, cuando tenía cuarenta y tres años.

Pero el método es lo importante y se puede resumir en las palabras del propio Fassbinder: "En determinado momento me dije que lo que aparece en pantalla tiene que ser perfecto; lo demás no importa". Y si no importa lo demás es porque sólo vale en tanto está mezclado con las películas.

Pero por más arborescente que sea el anecdotario de una vida (y que, en este caso, creció y crecerá después de la muerte) nunca logrará opacar las instancias de una obra. Y son las películas las que pierden en esta biografía de Katz; hay mucho material técnico sobre ellas pero ante todo un pintoresco detenimiento en lo terrible que fue cada filmación, con testimonios de las partes afectadas. La fidelidad, la traición, el despotismo y la sumisión son las reglas en los incansables *sets* fassbinderianos donde todos se peleaban con todos, pasaban del amor al odio en lapsos de segundos aunque la imagen del maestro recomponía el orden a la hora de terminar la película.

Vale decir que una vida, en la que todas las cosas buenas y malas parecen haber pasado, merece la pena de ser contada aunque más no sea para demostrar la genialidad de sus actos. No están nada mal ni la bibliografía ni la filmografía finales del libro aunque tampoco nada bien: la actualidad que se invoca en un apéndice ya no es tal, los títulos de las películas no se traducen en algunos casos y, en otros, no llevan los que se conocieron en Argentina.

En este país se produce algo semejante a lo que sucede en el libro de Katz: circulan anécdotas pero no películas, se conocen muchos juicios críticos pero la mayoría de los filmes siguen sin estrenarse. Se alimenta la reflexión estética o la chismografía pero falta precisamente lo que más interesa de Fassbinder. El libro de Katz vale pero no sirve sino para crear ansiedad. ¡Queremos las películas de Fassbinder!

Luisa Franco

A una de las tantas acusaciones de "deformar" las figuras humanas que se le hicieron a Rodin, aun cuando ya era un escultor consagrado, y tratando de desanimarlo nada menos que con "documentos" fotográficos, él responderá: "Es el artista el verídico y la fotografía la que miente". Esta provocación de artista fue alimentada por las presiones de un medio plástico decididamente atado al academicismo y también decidido a contener, por los medios que sea, el avance de las renovaciones que traía adosadas la revolución de 1789. Esta provocación resume parte de los problemas que enfrentaba una práctica como la escultura a mediados del siglo XIX.

Están casi todos: la reproductibilidad de las imágenes, la crisis de las escuelas realistas, el artista enfrentado al nuevo mercado del arte, a los críticos y a los funcionarios que proveen los encargos oficiales. Y no tardarán mucho en aparecer los que resisten y que califican ese especial momento de la cultura occidental en que el arte comienza a autonomizarse y regirse por las leyes que regulan la nueva economía y la nueva política.

Rodin encarna como pocos, en sus comienzos, la figura del nuevo artista condenado a abrirse un camino propio en medio de un terreno que no pisaba con firmeza. Ni siquiera le faltaron las incitaciones de la nueva identidad femenina que comenzaba a desprenderse, a través de la prolongada y tan amorosa como perturbadora relación con Camille Claudel, escultora que fue su alumna, su amante y con la que mutuamente se convirtieron en fantasma. Además, Rodin fue pobre, no tuvo una esmerada instrucción y debió padecer los embates de políticas vertiginosas, un padre autoritario, un hijo subnormal, una concubina servil y un clima general de cambios.

Pierre Daix, el autor de esta nueva biografía de Rodin, no es precisamente un folletista y procura presentar el cúmulo de presiones a las que se vio sometido el escultor basándose en la casi inexistencia de documentos para reconstruir los aspectos claramente biográficos. Debe, entonces, recurrir a las preguntas o al enunciado de hipótesis sucesivas para ir describiendo el largo proceso de cambios que fue toda su vida: desde un despegue a ciegas frente a las imágenes del arte a una reflexión cada vez más compleja de la representación del cuerpo y el trabajo continuo sobre las formas.

Daix se refiere en este libro tanto al contexto en que Rodin compuso su obra y se formó, como a la interpretación más o menos biográfica de ella. En este aspecto resulta poco convincente o, mejor, algo dogmático. Sin embargo, las vicisitudes por las que atraviesa el personaje de su libro son elementos de un relato que comenzará a ser cada vez más frecuente en la vida de los artistas del siglo XIX: el *self made man* y la caída del ideal clásico del arte. Rodin no supo todo esto de antemano sino que debió ir pensando lo de a poco y la biografía de Daix trata de registrar la gradualidad de una formación, toda vez que ha sido comprobada la inexistencia del genio.

Elba Tessin

Quizás haya pocas cosas tan placenteras, instructivas y estimulantes como leer memorias siempre y cuando quien las escribe no crea a sus lectores tan ingenuos como para tratar de demostrar en cada página que a lo largo de su vida nunca tuvo problemas y que fue extremadamente feliz en la infancia, la adolescencia, la juventud y la adultez. Creo que, para los lectores, esta fracción se convierte en el recorrido tedioso por el tablero de un juego mil veces frecuentado y donde sabemos que los premios y penalidades serán siempre las mismas, sea cual fuere el jugador que las atravesase.

Esto sucede con *Descubrimiento del mundo*, las memorias de Alicia Jurado que incluyen sus primeros treinta años. Un recorrido conocido: cambian las circunstancias respecto de otras vidas pero permanece la misma constancia en relatar una experiencia sin conflictos. Una niña nacida en el seno de la "oligarquía" argentina en 1922, dotada de una gran capacidad de percepción y una formación cultural muy cuidada, no puede convencer de su singularidad ni siquiera a través de su "feminismo", su participación política o su carrera universitaria.

Por otra parte, Jurado organiza su vida en torno de la pérdida de una *edad de oro* que el peronismo supuso destruirle y que, además de dividir su vida en dos mitades, le sirve para cristalizar una historia demonizada y acrífica a la que no se le escatiman los fuertes adjetivos. El peronismo es el nudo central de este período de su vida que, como se sabe, modificó algunas cosas y consolidó otras. Alicia Jurado lo cuenta: desde la década del cuarenta debió abandonar al mucamo de guantes blancos que se había vuelto muy quisquilloso con sus exigencias pero ello no varió en un punto sus costumbres: siguió viajando por el mundo, pasando sus vacaciones en la estancia, coleccionando porcelana y dedicándose al ocio, si bien le convenía no encender la radio ni pasar demasiado tiempo en la calle. A pesar de todo, para ella y muchos otros, las cosas siguieron igual.

Aun cuando Jurado se quiera encabalar al tren del feminismo y mezcle en dosis estudiadas la frivolidad y la reflexión, las puntillas y los libros, no se puede ocultar la desaprensión del punto de vista o la levedad de una mirada que sólo persigue la línea de lo ya mirado. Pretender ser J. J. Pousseau a fines del siglo XX es, además de un ejercicio arcaizante, una tarea poco interesante si no se la lleva a cabo con ingenio.

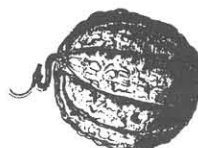
Pero no hay Rousseau ni mucho menos. Hay un prólogo que molesta por la mezquindad, la miseria intelectual que en él se declara. Según sus palabras, el libro fue escrito para que, cuando los investigadores de literatura argentina carezcan de mejor tema de tesis y elijan las novelas de Jurado, tengan material de primera agua y no deban recurrir a su ficción como fuente. Escribir esta pobre motivación como excusa acierta al menos con el tono general del libro, pero habría que aclarar que se basa en datos equivocados: "Es un país donde hay cada vez más estudiantes que se dedican cada vez más a la literatura local..." Estudiantes hay muy pocos y conviene no mezclarlos con nuestras imposibilidades.

Federico Loomis

Querida María Antonieta.
Jean Chalon. Javier Vergara.
Buenos Aires, 1989, 398 págs.
Hija de Francisco de Lorena y de María Teresa de Austria, María Antonieta nace en Viena el 2 de noviembre de 1755. Las campanas que anuncian su nacimiento no sonarán el día de su muerte. La vida de María Antonieta comienza como un sueño majestuoso y termina como una pesadilla con ribetes políticos: en una prisión, en París, escribiendo una hora antes de subir al cadalso: "Estoy serena como se puede estarlo cuando la conciencia no nos reprocha nada". Entre

ese comienzo y este final hay bailes, fiestas, fuegos artificiales, gastos dispendiosos, juegos, bailes, fuegos, fiestas, concursos, lujo. Todo rodeado por el magnífico marco del Palacio de Versailles y la ominosa presencia de un peligro mortal para María Antonieta: la calumnia.

Jean Chalon es historiador y periodista. Ha escrito las biografías de Natalie Barney, Alexandra David-Neel, Florence Gould y Louise de Vilmorin: tiene predilección por las mujeres que han dejado huellas importantes en su tiempo. Prepara actualmente una biografía de George Sand.



La verdurita

Debo mi primer contacto preciso con la noción de infinito a una caja de cacao de marca holandesa, materia prima de mis desayunos. Uno de los lados de esa caja estaba adornado con una imagen que representaba a una campesina con una toca de enca-

jes, que sujetaba con su mano izquierda una caja idéntica, adornada con la misma imagen y la mostraba sonriendo, sonrosada y fresca. Permanecí sobrecogido por una especie de vértigo, imaginándome esa infinita serie de una imagen idéntica que reproducía un número ilimitado de veces la misma joven holandesa que —teóricamente repetida sin jamás desaparecer— me miraba con un aire burlón y me hacía ver su propia efígie estampada sobre una caja de cacao idéntica a ése sobre la cual ella misma estaba estampada.

No estoy lejos de creer que a esta primera noción de infinito, adquirida alrededor de los diez años (?), se mezclara un elemento de orden bastante turbio: el carácter alucinante y propiamente inaprehensible de la joven holandesa, repetida al infinito como pueden multiplicarse indefinidamente, por medio de los juegos de espejos de un tocador hábilmente dispuesto, las imágenes libertinas.

(Michel Leiris, de "El infinito", en *Edad de hombre*, Barcelona, Labor, 1976, págs. 35/36).

Por Pablo Avelluto

Teresa Parodi. Guillermo Pintos. De aquí a la vuelta. Buenos Aires, 1989, 210 págs. Alrededor de A 4.500

Los libros sobre músicos populares argentinos son un objeto poco frecuente. El de Guillermo Pintos sobre Teresa Parodi corre con los riesgos de ubicarse entre los primeros en su tipo. Dentro de los cánones de lo que Tom Wolfe definió debía ser el llamado "nuevo periodismo", Pintos enhebra los dichos de la cantante con descripciones noveladas de diferentes situaciones de corte biográfico. Si bien cabe augurar una notable repercusión del libro entre los numerosos seguidores de la cantante, en este hecho se esconde uno de sus principales problemas; esto es, su imposibilidad de traspasar el código autorreferencial en que se encuentra encerrado. La complacencia entre el periodista y la entrevistada, el elogio repetido y las concesiones a una retórica de la militancia llenan de guiños el texto, generando la exclusión de su mensaje a aquellos que, como quien firma esta página, no comparten las teorías culpógenas de la historia.

Hechas estas salvedades, debe decirse que el volumen presenta, amén de la edición de la entrevista, una recopilación de fotografías y una antología de letras que, sin dudas, serán del agrado de sus lectores. Asimismo, se reconoce la calidad del libro, el cuidado puesto en su diagramación y la elección de tipografías, etc., destacable por la escasa frecuencia con que se observa este tipo de trabajos en la crisis.

Si se omite la afición por la bondad y la construcción de una idea de cantante "mártir", los contenidos dejan espacio para volver, una vez más, a discutir los entrecruzamientos posibles entre la cultura y la política. Pero, en efecto, esto sólo podrá lograrse cuando se pierdan el heroísmo y la cobardía como valores relevantes.



Nueva síntesis del saber musical. Kurt Pahlen. Emecé. Buenos Aires, 1989, 360 págs. Alrededor de A 7.800

El valor de los textos enciclopédicos arrastra, desde Diderot a esta parte, una discusión sin límites. Como una cuestión privilegiada, suele aparecer la idea de información como premisa para el éxito o el fracaso de un proyecto enciclopédico. La Nueva síntesis del saber musical, de Kurt Pahlen, elude, desde las ventajas que produce el conocimiento de aquello que se describe, la idea de una síntesis definitiva y universal en lo que respecta a la música.

En todo caso, la obra se piensa a sí misma como una guía, un material de consulta que abarca la noción física del sonido, la escritura musical, las escalas y la armonía, los instrumentos, las formas musicales, la música popular, llegando a una apretada reseña historiográfica. Con una fuerte impronta pedagógica, esta síntesis

del saber musical viene siendo reeditada y aumentada desde hace ya varios años. La revisión del texto original estuvo a cargo de Napoleón Cabrera, quien mantuvo las marcas dejadas por el autor del texto.

Si bien a esta Nueva síntesis del saber musical cabría señalarle algunos defectos en materia de cierta ingenuidad literaria al relatar la historia de la música ("Muerto tempranamente Jesús, la semilla que dejó brotó por muchas partes", v.g.) o en la antigua manera de enfocar la cuestión del folklore y los géneros populares, la obra de Pahlen sostiene, aun a pesar suyo, su lugar de verdadero clásico en su rubro. Tal vez, los riesgos principales que debe afrontar no sean los que se corresponden con el paso del tiempo, sino los que provienen de la intención manifiesta de producir un texto "ameno". La prioridad de esta intención puede causar como efecto el pasaje a un segundo plano del rico valor documental e informativo, en función de un excesivo didacticismo.

Contra cualquier muro. Los graffiti de la transición (1985-1989). Eduardo Roland. Ediciones de Uno. Montevideo, 1989, s/f. Alrededor de A 20.000

La pregunta acerca de si un libro puede parecerse a una época es la reflexión que produce esta recopilación de graffiti montevidenses. Contra cualquier muro, volumen grueso y de formato pequeño, se asemeja al olvidado Pomelo, de Yoko Ono, que editara, hace muchísimos años pop, de la Flor de Buenos Aires. De este modo, muchos de los textos que componen la recopilación de Eduardo Roland ya fueron vistos en los escritos que intentaron todos los homenajes, recordaciones y misas realizadas en memoria de mayo del '68.

El cambio principal, que también pudo leerse en las paredes de Buenos Aires en los últimos años, proviene de la incorporación de nuevos recursos a la disciplinada tarea de manchar paredes. Uno se destaca en el volumen uruguayo, el trabajo sobre el humor negro. De la ingenuidad casi naif de "Los niños y los locos son los únicos que dicen la verdad: a los locos los encierran, a los niños los educan", al golpe directo que significa:



TipoGráfica n° 9. Revista de diseño. Buenos Aires, noviembre de 1989. Director: Rubén Fontana

Contra la crítica de moda, lo específico puede ser un buen lugar desde el cual provocar reflexiones hacia otras disciplinas. Como un ejemplo legítimo de esto permanece TipoGráfica, un intento de pensar la comunicación a partir de las diferentes zonas del diseño. A tres años del primer número, en la discusión permanente por un espacio entre los que se piensan ajenos y los propios, la última entrega de la publi-

cación es inaugurada por un trabajo de Norberto Chaves titulado "Pequeña teoría del cartel". Luego son presentados los trabajos de Cecilia Iuvato y la "Evolución de la página impresa", Diego Vainesman y el anticipo de la mayor competencia tipográfica mundial, el "XXXV Type Directors Club". Entre otras cuestiones de interés, pueden leerse textos de Martín Solomon, Ronald Shakespeare, temas de diseño industrial, comentarios bibliográficos e informaciones de actualidad para el gremio. Ante un panorama cubierto de trivialidad, TipoGráfica apuesta a resistir la publicitada muerte de la teoría.

Las canciones del inmigrante. Sergio Pujol. Almagesto. Buenos Aires, 1989, 243 págs.

En el marco de los trabajos que diversos autores argentinos han dedicado al estudio y la investigación de la cultura popular, se reconoce la presencia de pleitos más o menos tradicionales. Entre ellos, aún goza de cierto privilegio aquel que define las relaciones entre cultura popular, cultura "cultura" y cultura de masas. En los mentideros de las pauperizadas academias argentinas es posible construir estereotipos en los cuales se diluyen los debates teóricos: populistas vs. elitistas, frankfurtianos vs. nacionalistas, et alii.

En todo caso, la salida de discusiones de tanto vuelo debiera producirse a partir de reflexiones que se instalen en los problemas de la cultura sin excluir la complejidad ni los diferentes proyectos teóricos que en ella se ponen en juego. Tal vez por esto, Sergio Pujol haya intentado separarse de los lugares comunes para intentar, no tanto una historia musical del siglo que termina, cuanto una lectura histórica de las marcas dejadas por los procesos migratorios en los sonidos urbanos.

La canción del inmigrante produce un recorrido que abarca los diferentes géneros musicales donde se entrecruzan tradiciones y experiencias diversas: la ópera, la zarzuela, el bataclán, el cuplé, el tango, el jazz, la revista, etc. De algún modo, puede rastrearse en este volumen la constitución de las formas modernas del espectáculo en Buenos Aires, la entrada en las rutinas de la industria cultural de valores y programas acerca de la sociedad y sus orígenes.

Cabe señalar que en ciertos pasajes el libro cede a la tentación documental dejando en suspenso la posibilidad de la escritura ensayística. Como contrapartida, la obra rehúsa las facilidades que podría otorgar la veta autocomplaciente, por la que todo cuanto se rotula de "popular" adquiere mágicamente las cualidades de lo bueno, lo bello y, cuando no, lo contestatario. Pujol, profesor de historia en la Universidad de La Plata y periodista, ha construido un texto donde intenta dar cuenta del intercambio producido entre diferentes sectores sociales. Así, La canción del inmigrante puede transformarse en un interesante punto de partida a la hora de pensar la constitución de ciertas características de la cultura local de las que algunos, incluso, se ufanan.

"Colabore con la policía, péguese solo". En ambos casos las marcas sesentayochescas gozan de buena salud. Sin embargo, los tonos más bellamente cínicos pueden encontrarse en aquellas frases que aluden a la situación política local, tanto en las críticas al gobierno cuanto a los militares o, inclusive, a la propia izquierda y sus símbolos y vacas sagradas.

Los diferentes grupos, más o menos organizados, que recorren las calles de Montevideo han logrado dar cuenta de la importancia de la gráfica para el efecto de esos mensajes que remiten a los enviados dentro de botellas, con la impunidad que ofrece la ausencia de destinatarios. Así, los graffiti provocan, su lectura obliga a la imagen indignada de los lectores desde los colectivos. El ingenio puede dar lugar a la cita, Gregorio Samsa puede firmar "Las cucarachas ya no tienen quien les escriba".

La supervivencia del graffiti, en el marco de los decretos que dan por tierra con las ilusiones de otros tiempos, es un síntoma de buena salud incuestionable. El volumen que recopila sus textos en Montevideo se dispone como una descripción urbana tanto más dura que la de sus mayores, aunque menos optimista y bienhechora, por suerte.

Lo que quiero es un argumento que comience con un terremoto y progrese desde allí hasta una culminación (Samuel Goldwin).

EL BUSCON

"Propicios se revuelven hoy los aires", se dice Don Pablos, rezumando un humor de raíces estrictamente climatológicas, al sentir en la piel curtida por la impiedad ianuararia el alivio de una brisa insospechada. Abstraído, en virtud de su nefando afán biblioso, de la gladiante iniquidad bursátil y la grosera calistenia de los papeles verdes, entra el buscón en El rebusque, al 1375 de Corrientes. Allí perviven saldos de Sudamericana y Ediciones Fausto (Sarduy, Bóll, Vitorini, Pavese, Tanizaki y otros) en montos que oscilan entre 2000 y 4000 australes; adentrándose en el local, percibe Pablos libros del CEAL —Biblioteca Básica Universal— a 550 piastras 63 por 1500; en otra mesa, volúmenes de varios sellos fenecidos, con títulos de Kierkegaard, Rilke, Heine y otros; en el centro de la estancia, una mesa exhibe textos entre 1490 y 1790 duros, donde descuellan fácilmente *Mundo animal* de Antonio Di Benedetto y *El hobbit*, indeclinada traducción del relato de J.R.R. Tolkien.

Destemplado, cruza Don Pablos hacia Expolibro, donde unos cuantos títulos del fondo de Sudamericana persisten en las mesas del fondo de la amplia casa librera: a 1200 (3 por 3000), se expenden obras de Gorodischer, Matamor, Gómez de la Serna y otros; a 800 (3 por 2000), *Costumbres amorosas* de los animales de Rostand, Berland y otros, *Universo de locos* de Fredric Browne, *Homenaje a W. C. Williams* de Alberto Girri y otras piezas de valía. Insolita y desatendida, yace una pálida pila de celestes volúmenes con la magnífica versión de *Moby Dick* de Melville que Pezoni supiera prodigar: dos suculentos tomos a 2400 australes la pareja.

En El Lorraine, al 1513 de la misma avenida, una serie de saldos se escalonan en el margen derecho. Don Pablos puede ver, a 1500 pesos, gloriosos títulos de Jorge Alvarez y De la Flor: *Sartre por Sartre* (un jugoso conjunto de entrevistas); volúmenes de la colección "Los argentinos", *La conspiración*, primorosa novela de Paul Nizan, los *Tratados en La Habana* de José Lezama Lima y otros de similar catadura. En el mismo sector, algo más arriba, ve el buscador un turbio entrevero donde cohabitan silenciosos El último de los onas de Juan Carlos Martini, *Cuatro narradores alemanes*, *Antología mínima* de Norman Mailer y algunas otras *delicatessen* de la colección "Números" de Tiempo Contemporáneo, a 990 monedas cada uno.

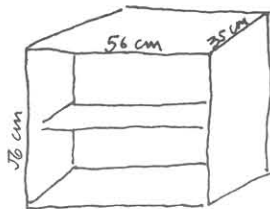
Raudo en su apetito, ciego en su carrerilla, no ve Don Pablos que en Galerina —al 1150 de Corrientes— ofrecen títulos varios del Fondo de Cultura Económica a 2500 pesos, con obras de Machado de Assis, Arreola, Azuela y otros próceres. No ve las generosas ofertas que en Libertador y Martyr proponen un recurrente viaje por la pintura de todos los tiempos, entre 600 y 3500 australes según la calidad de sus ilustraciones. Como una exhalación de su propia impaciencia, arriba el oteador a De las Luces, en Avenida de Mayo al 600 y tantos, para encontrar, en mayor variedad y precios similares, volúmenes de "El mundo de los museos" (2500 reales por pieza), "Todas sus pinturas" (tomitos por autor de la casa Nogueira, a 2200 cada uno), "Pintores argentinos" (una gran variedad del apéndice "Fotografías", a 1000 peniques el fascículo), entre viejas revistas policromas exhibiendo el prestigio de su vetustez. En una mesa sobre la vereda, los Nueve libros de la Historia de Herodoto, en edición de tapa dura de El Ateneo, a 2500 pelus, y algunos otros clásicos por el mismo sello y en precios similares.

La mesa de luz

Notorios y notables confiesan qué han leído

Hoy: María Teresa Gramuglio

Mi mesa de luz es así:



Sobre ella hay siempre una lámpara, un reloj, una caja de pañuelos de papel y un pote de crema para las manos. Siempre, también, un par de libros cambiantes. A veces, una taza de café. En su interior, libros y revistas que, por lo generoso de sus dimensiones, configuran una biblioteca en miniatura, inestable y móvil, con ejemplares que se estacionan por meses, se acumulan, mientras otros entran y salen a fantástica velocidad. Creo que estos ritmos dispares, al menos para alguien como yo, en quien leer es una manía con variaciones, nada tienen que ver con juicios de valor, sino con la índole de ese artefacto nocturno (y también siestero) que revela, más que lo que uno lee, un modo de leer: aquel que, después de practicados rituales de la horizontalidad y de la disposición al descanso, después de los gestos perezosos de estirarse en la cama y restregarse contra la almohada, mulléndola, se inicia con la atención gozosa del momento sustraído a la presencia ruidosa del afuera, para ir deslizándose poco a poco hacia el raro interludio que Poe nombraba como "esos instantes del tiempo en que los confines del mundo de la vigilia se mezclan con el mundo de los sueños".

Regidos por esos ritmos cambiantes y cribados por las disoluciones de la duermela, hay libros que permanecen, sobre los cuales vuelvo en hojeadas y ojeadas erráticas y salteadas. Durante meses eso me sucedió con *La muerte de Virgilio*: muchas veces me detuve en sus frases sobre la poesía, como aquella que la llama "la más extraña de todas las actividades humanas, la única que sirve para el conocimiento de la muerte". Y algo parecido me sucede, recurrentemente, con algunos libros de poemas: con *Las flores del mal*, donde un par de versos bastan para conectarme, con intensidad que jamás decaea, a la sensación de la poesía como "perversidad disciplinada"; "*Voici le soir charmant ami du criminel; il vient comme un complice, à pas de loup...*", etc; con El arte de narrar, en el que vuelvo sobre los versos finales de "Diálogo bajo un carro" para ver cómo se funden una y otra vez, en el ritmo y en las palabras, sentimientos confusos sobre mi propia experiencia de una historia reciente: "Aunque de todo este horror edificuemos/ algo más claro y duradero, habrá sido tan alto el precio/ que en comparación nuestro edificio será na-

da", etc. Junto a esos libros puede estar, también durante meses, oponiendo su obstinada resistencia, el libro que sistemáticamente abandono apenas lo empiezo a leer, pero que nunca termino de abandonar: eso me pasa con *Monsieur Teste*, cuyos prestigios no bastan para sostener mis ganas, y que deberá salir de la mesa de luz para ingresar al modo que llamaría la "lectura erguida". En cambio, libros recientes de entrada y salida veloces fueron: *Las almas muertas*, que añade al pesar frecuente de que un libro se termina el pesar adicional de estar inconcluso, y el *Frankenstein* de Mary Shelley, que esconde tan bien el terror como nuestro yo visible los demonios que lo habitan. Digo también mi pequeña normativa: en la mesa de luz debo tener un par de novelas policiales, preferentemente viejas y de segundo orden (al estilo de El crimen de las figuras de cera, una de las que está ahora, truculenta guñolesca, insólitamente crítica), quizá como un conjunto contra el insomnio, quizá como una protesta frente a tantas directivas en pro de la novela negra y en contra del policial de enigma.

Después de estas concesiones al verismo, quisiera imaginar que todos los números de Babel, con todas sus mesas de luz, yacen apilados en mi mesa de luz. Imagino



Foto: Randi Binder

esto para preguntarme qué es lo que nos lleva, a los que aceptamos colaborar en esta sección, a ceder al impulso de divismo que ella fomenta; a aparecer bajo un rótulo que es, pese a su carácter irónico (y en algunos casos, como el mío, risiblemente erróneo), halagador: "Notorios y notables..."; a confesar rituales y manías; a mentir, quizá, o por lo menos a tratar de construirnos una imagen de lectores agudos, excepcionales, intensos, sorprendentes. En suma, a creernos interesantes, y todo ello, ¡horresco! acompañado de una fotografía (yo entregué una de 24 x 30 pero me temo que tendrán que reducirla). He aquí un exhibicionismo tan bien explotado que nos ponemos a trabajar, escribimos la nota, sacrificamos una fotografía y finalmente aparecemos como lo que somos: incapaces de resistir a la tentación de figurar en esta galería. Se podría pensar que esto no difiere demasiado de lo que sucede cada vez que publicamos un texto o una nota crítica; o que quienes estamos de algún modo vinculados a la literatura somos tan sensibles a estos reclamos como cualquier muchachita recién llegada al mundo del espectáculo; o, más genéricamente, que tal es la Humana Debilidad. Y también, repa-

sando la galería, que formamos en Buenos Aires un grupúsculo tan recordado como aquellos *gentlemen* del '80 que necesitaban reconocerse entre sí intercambiando galeazos en la calle Florida. Me gustaría saber quiénes se negaron a escribir aquí y felicitarlos; y, de paso, sugerir búsquedas en otros ámbitos: nuestros sobrinos favoritos, nuestro dentista, algún vecino, etc.

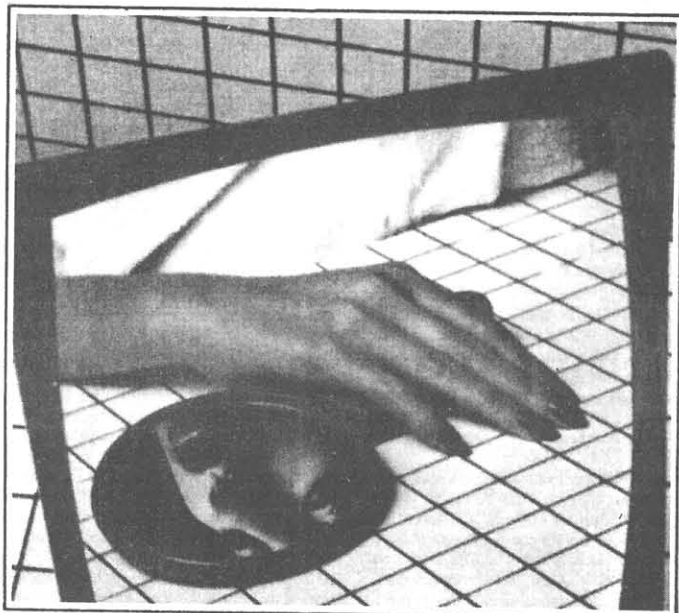
De todas las mesas de luz que he ido leyendo en Babel, recuerdo con particular nitidez una en la que César Aira contaba los prolegómenos de su lectura de *Picwick* y señalaba, apoyándose en una cita de Pessoa, que el asombro y la maravilla de esa aventura eran tales que llegaban a convertirla en catástrofe: eso ya no volvería a ocurrirnos, decía. Reconocía con regocijo un gesto en común: el de reservarse un libro, como un goloso tantálco guardaría un chocolate, para algún momento perfecto en que nos prometemos una plenitud. No reconocí, en cambio, el carácter absoluto e irrepetible que tornaría la lectura de un gran libro en la tragedia de una pérdida. Quizá porque soy más distraída o más olvidadiza que Aira y que Pessoa, pero con más probabilidad por todo aquello que diferencia a algunos libros de los chocolates, con ciertas relecturas me vuelven a pasar las mismas cosas que la primera vez, y también, por suerte, cosas nuevas y diferentes: algo así como en el amor.

Este año releí, creo que por tercera vez, *El corazón de las tinieblas*, de Conrad. Y volví a encontrar el *frisson nouveau* que me produjo la primera vez el relato incierto de la incierta experiencia de Marlow, en sus múltiples dimensiones: desde las más abstractas y aun metafísicas, aquellas que suponen al corazón de las tinieblas como algo que probablemente se halle alojado en el centro mismo de nuestro propio corazón, hasta las más ligadas a la historia, las que dicen el horror de toda aventura de colonización que ve los blancos del mapa como lugares oscuros de la tierra ("Los sueños de los hombres, la semilla de las colonias, el germen de los imperios"). Y también volví a encontrar en la construcción trabajosa del relato, con sus silencios y sus misterios, el movimiento doble y opuesto de una forma que se construye disolviendo otra forma, como si toda la novela del siglo XIX estuviera allí, suspendida y agonizante sobre la cabeza de Marlow, sosteniendo esa voz vacilante que fuerza sus límites y los quiebra para siempre. Uno vuelve a sentir que asiste a esa incandescente fusión que hace de la materia narrativa y de las cuestiones de la forma un solo asunto con la índole de las vidas humanas: "¿Lo veis? ¿Veis el relato? Tengo la sensación de estaros contando un sueño, pero inútilmente, porque ningún relato de un sueño puede transmitir la sensación del sueño, esa mezcla de absurdo, sorpresa y aturdimiento en un temblor de rebelión agónica, esa sensación de ser capturado por lo increíble, que constituye la esencia de los sueños... No, es imposible... Vivimos igual que soñamos: solos." Y en los comienzos dificultosos, en la lucha de Marlow por "hacer ver" el relato, uno puede entrever el otro proceso: el de la lucha de Conrad por hacerse escritor, pasando de los barcos, el instrumento del Imperio Británico en su vida de marino, al otro instrumento del Imperio que terminaría de des-terrorarlo: la lengua inglesa.

Me pregunto entonces: ¿cómo podría perder para siempre algo así? ¿Cómo podría esa experiencia tornarse irrepetible? Por más que sucesivas lecturas la modifiquen o le añadan nuevos descubrimientos e intensidades, la maravilla de la primera vez es algo que podría volver a ocurrirnos, siempre otra y la misma: inagotable. Al menos a mí me vuelve a ocurrir con algunos libros, con algunas músicas, con algunos cuadros y con la fontana di Trevi.

Por Norberto López

Hoy que comunican un espíritu depuro o snare a cada palabra, como si cada palabra se agrietase para recibir el lanzazo de un aire desigual (José Lezama Lima).



Yo soy mía. Nora Femenia. Planeta. Buenos Aires, 1989, 128 págs. Alrededor de A 5.800

El apellido de la autora de este testimonio evoca los nombres de combate de las primeras feministas, o a fervorosas militantes del Women's Lib; su título, de tendencia hiperbiologista (como quienes decían: "Yo soy mi cuerpo"), sugiere el comienzo de un debate sobre el aborto y —con un poco más de suerte— sobre eutanasia. Sin embargo, el trabajo de la psi-

coterapeuta Nora Femenia tiene como objetivo reeditar la vieja receta del "conócete a ti mismo", planificada aquí por medio de ejercicios escalonados, en el entendimiento de que la imagen expuesta es a menudo la que los demás exigen, pero no la que expresa nuestra más íntima personalidad.

La resolución de este conflicto exige autorrespeto, autoayuda en grupos y una autoeducación sostenida. Todo, para el nacimiento de una nueva criatura: la Mujer Autocentrada. Como sospecha Nora Femenia en el epílogo, un viaje fascinante, aunque costoso. Inevitable, pero laborioso.

El dinero en la pareja. Clara Coria. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1989, 200 págs. Alrededor de A 10.000

Sabemos que hay parejas sin dinero. Pero ¿hay parejas con dinero, o el dinero es siempre del hombre?

Ante la muerte de la madre, se apodera del resto de la familia un entendimiento tácito: el padre seguirá administrando la herencia. Cuando quien sobrevive es el varón, no resulta natural repartirla entre los hijos, y menos aún que éstos la reclamen.

Es esta concepción del hombre como "administrador natural" de los bienes de la pareja la que ha sido cuestionada por la psicóloga Clara Coria. El dinero, afirma, es la forma histórica del poder ejercido por el varón. Poder que es combatido por la mujer con tácticas de contrapoder, cuya eficacia podrá apreciarse más adelante.

No hay nada menos material que el dinero. El dinero es tiempo futuro o, mejor, un vasto repertorio de futuros posibles. Esta abstracción que supone el dinero se encuentra hoy potenciada por el auge de las tarjetas de crédito. Si bien las mujeres se afirman en la ilusión de una disponibilidad que no es tal, el responsable por el mantenimiento administrativo de la tarjeta sigue siendo el varón. Con un agravante: el resumen de cuentas delata los movimientos que el otro realizara por gimnasios, confiterías y servicios diversos. La maquinaria del poder, basada en la autoridad del varón, es lubricada con los informes de fin de mes.

Clara Coria percibe dos elementos centrales en la táctica de contrapoder: la mujer comienza a generar culpas en su pareja, usando como instrumento el reclamo y el reproche incesantes. En casos extremos llega a adaptar el papel de mujer-madre, con el objeto de ahogar a su esposo-hijo en un mar de ternura posesiva. El segundo mecanismo de contrapoder es el perfeccionamiento constante de las tácticas de seducción. La mujer estaría condenada a repetir prácticas que remiten a la viuda Judith y, sobre todo, a Eva.

Ambos recursos, indica Clara Coria, sólo consiguen perpetuar la marginación de la mujer respecto del poder público. Es en este ámbito donde debe librarse el debate por el poder en la pareja. A plena luz del día, en el campo abierto del poder civil, los protagonistas —libres ya del juego de simulacros— podrían al menos conseguir la legitimación que el espacio doméstico no ha podido alcanzar.

El último capítulo reproduce conversaciones con miembros del Grupo de Reflexión de Mujeres, de Madrid. Hay gráficos que muestran la escasa presencia femenina en la función pública en la República Argentina.

La doble astrología. Suzanne White. Emecé. Buenos Aires, 1989, 667 págs. Alrededor de A 22.500

Aunque la enfermedad que le provocara la pérdida de su hermosa cabellera oscura llevaba el nombre de un animal del zodiaco, la astróloga Suzanne White no se permitió un solo juego de palabras: las sesiones de quimioterapia la habían debilitado demasiado. A pesar del agotamiento, decidió que apenas sus brazos estuvieran libres de tubos intravenosos, abandonaría para siempre las interminables playas de Long Island y volaría a París junto con sus hijas.

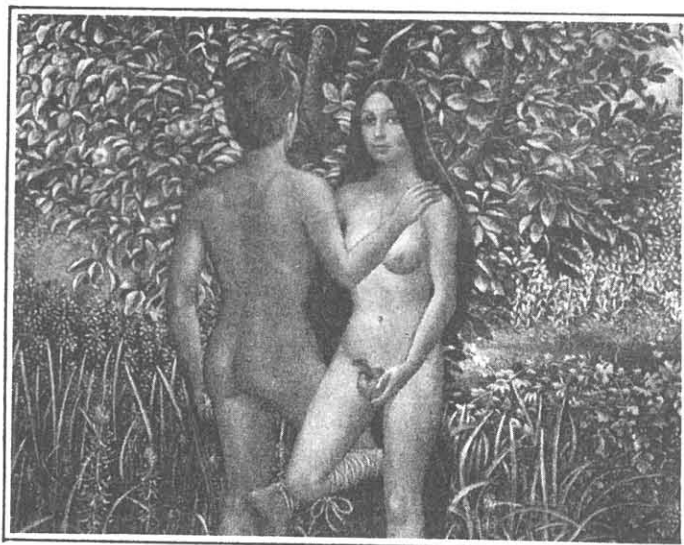
Una buena noticia la aguardaba: La astrología china, su primer libro, había sido traducido al francés con gran éxito. Casi inmediatamente sus admiradores europeos —acostumbrados a pensar en grande— comenzaron a enviarle cartas que le mostraron un nuevo camino.

"Nacida en el año de la Serpiente, era natural mi matrimonio con un Dragón" —solía escribirle. "Sin embargo, últimamente nuestra vida en común es un aburrimiento constante. ¿Será acaso porque un geminiano no puede soportar por mucho tiempo a un ariano?"

Así, entre consultas de lectores que comparaban los signos del mes con los signos orientales del año, nacieron los 144 signos de la Nueva Astrología: la combinación de ambos signos enseña más acerca de un individuo que lo que cada uno nos mostraría por separado.

Cada signo doble ocupa tres y cuatro páginas que dan cuenta de sus rasgos generales, reacciones amorosas de sus nativos y grado de apego al hogar y familiares.

Una nada original curiosidad me demoró en el rubro "Compatibilidades". La esperanza de que se multipliquen las personas que puedan llegar a querernos (¡o dejarnos de querer!) me llevó a enfrentarme con una morbosa compatibilidad: Capricornio/Rata forma una pareja perfecta con Leo/Mono. Es aconsejable que uno vaya al encuentro del otro. A estos dobles signos o signos nuevos pertenecen, respectivamente, Richard Nixon y Salvador Allende.



La fuerza de creer. Cómo cambiar su vida. Dr. Wayne Dyer. Trad. de Lourdes Montoro. Grijalbo. Buenos Aires, 1989, 315 págs. 10.600

Discípulo involuntario de Leibniz —para quien el inconformismo era una falta contra la armonía universal y el descontento el más incomprensible de los pecados—, el catedrático Dyer soslaya el mundo del pesimismo que Sade fundara en el siglo dieciocho y pasea por las universidades americanas su pregunta: ¿de qué preocuparse, si el Universo está perfectamente sincronizado? Este interrogante proviene de una seguridad anterior: el Mundo es Cosmos, y no Caos. Existe un Plan. Dyer ha llegado, sin lugar a dudas, a un Gran Acuerdo Categórico con el Ser.

El relato de sus orígenes, ficcional o no, figura en este libro. Una vez más, la biografía parecía confirmar la creencia. Wayne Dyer nació en un barrio al este de

Detroit, fue oficial del ejército durante cuatro años en el Pacífico Sur y finalmente accedió a la cátedra de Psicología de la Universidad de Nueva York. Cuando el programa de conferencias lo obliga a viajar al otro lado del país, suele visitar el legendario programa de Johnny Carson. Sus maestros visibles son Albert Schweitzer, el Einstein "metafísico", Gandhi, Thoreau y Juan Pablo II. De ellos, y de los comunes hombres y mujeres con los que se tropieza en el Central Park, aprendió las ventajas del fracaso y los beneficios de la autoindulgencia. Un poco más difícil de ubicar es el origen de esta frase: "Supongamos que Usted pesa 110 kilos y desea pesar 60. Ud. no ha fallado, únicamente ha conseguido un resultado excesivo".

De los muchos idiomas que andan y desandan los caminos de este sincrónico y armónico planeta, hay 26 que ya conocen la obra de Dyer. Después de la muerte de Khomeini, la prohibición que rige sobre sus textos será levantada, y La fuerza de creer será finalmente traducido al persa.

Rafael Humberto Moreno Durán



Nacido en Tunja, Colombia, en 1946, Rafael Humberto Moreno Durán es uno de los escritores más notables dentro de las letras de su país. Abogado, ensayista y narrador, ha publicado su obra casi íntegramente en España, donde residió durante quince años. Entre sus novelas, se destacan *Juego de damas* (1977), *El toque de Diana* (1981) y *Finale capriccioso con Madonna* (1983)—integrantes de una trilogía—y *Los felinos del Canciller*, finalista del Premio Nadal 1987. Además de numerosos artículos publicados en *Quimera*, *El viejo topo* y el diario *El País*, Moreno Durán ha reunido su obra ensayística en un volumen titulado *De la barbarie a la imaginación* (1976). El escritor colombiano fue interceptado por *Babel* durante una visita realizada a la Argentina a fines del año pasado para participar de una "Semana de Colombia" organizada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana.

1) ¿Qué fue lo primero que escribió?

—Como todo el mundo, poemas dispersos, que felizmente nunca fueron publicados. Ya en sentido estricto, lo primero fue una obra de teatro que se llamaba *Escorpión*. Alcanzó a ser leída en público por un grupo de teatro, en Bogotá.

2) ¿Recuerda cuáles fueron sus motivos?

—Había algo de libresco y también algo de autobiográfico. Supongo que esto es consustancial a todo origen literario. Primaba más lo libresco. A mí siempre me llamó la atención el tema del incesto. Creo que esto era lo más pesado del texto. Desde ahí descubrí que había que ser muy cauto con las ideas dentro de las obras de arte.

3) ¿Quién fue su primer lector?

—Es curioso: creo que mi primer lector, en un sentido estricto, fue mi primer editor. A diferencia de la mayor parte de los

escritores yo siempre he sido incapaz de dar a leer mis textos a mis colegas. Pese a esto, creo ser un excelente lector de manuscritos de gente a la que ni siquiera conozco.

4) ¿Cuáles fueron los primeros comentarios que recibió sobre esos textos?

—El primer comentario sobre uno de los primeros textos fue, en realidad, un comentario de hecho: la publicación. Era un texto sobre Lautréamont y apareció en la revista *Eco* de Bogotá, en 1968.

5) ¿Conserva algún rasgo de aquella escritura?

—En este caso particular, sí, ya que se trataba de un ensayo. El ensayo ha sido para mí algo connatural a la hora de vivir la literatura. El ensayo ha sido el reposo de las largas vigiliadas dedicadas a la ficción.

6) ¿Qué estaba leyendo en ese momento?

—Leía mucho y muy desordenadamente.

Ensayo y ficción. Nunca me intoxicaba de un género. *La montaña mágica*, por ejemplo, podía cruzarse con algún tratado de estética. En esa primera época, lo que yo recogía era, sobre todo, la bibliografía citada por los autores que leía.

7) ¿Cómo accedió a sus primeras lecturas?

—Mis primeras lecturas fueron accidentales: Emilio Salgari, Julio Verne, un Johnatan Swift que no entendía del todo. Me fascinaba pero veía que había una trampa. Lo mismo sucedía con Alicia en el país de las maravillas. Otro escritor extraordinariamente perturbador y con trampa—trampa siempre en un sentido positivo—era Stevenson en *La isla del tesoro*. Estos textos, aunque se presentaran como libros para niños, en realidad estaban adiestrando a futuros francotiradores. Estos libros eran producto de bibliotecas escolares. Recuerdo también *La gitana*, de Cervantes. En mi casa, recuerdo el asedio permanente de los otros textos. Uno de ellos era el *Discórides*, un grueso volumen sobre plantas, medicina y todo eso. Otro era un libro de psicología de William James, el hermano del novelista. Finalmente, había una gramática amarillenta que, por alguna razón, yo siempre asocié a la presencia de mi madre. Todavía hoy siento que el peso de esa gramática fue determinante en mi elección y mi vocación por la literatura.

8) ¿En qué idiomas lee?

—Obviamente, en castellano; leo bien el francés, el inglés, algo de italiano y el alemán, que fue el idioma que elegí ya desde la Universidad.

9) ¿Qué autores tuvieron más importancia en su formación?

—Yo me he preguntado muchas veces eso, y realmente no descubro una influencia directa. Ocurre que siempre he sido lo suficientemente vanidoso para actuar en el preciso momento en que descubro la influencia de un autor. Entonces, la anulo. Sigo creyendo en la idea romántica de la originalidad, aunque eso es una insensatez. Aun así, sé que uno viene siempre de alguna parte. En ese sentido creo que no me debo a un autor ni a una escuela literaria. Mi deuda, en todo caso, es con el siglo XVIII.

10) ¿Cuál es su poeta favorito?

—Eso depende de la lengua. En castellano, siempre he vacilado entre Darío y Vallejo. En otras lenguas, ya es más complicado. Me gusta mucho Emily Dickinson.

11) ¿Cuándo y dónde se encuentra con escritores?

—Desde muy joven he tenido la suerte de ser invitado a grandes congresos literarios. Eso me ha permitido conocer a las grandes figuras que pocos años antes leía con devoción, tratarlos a fondo e incluso desmitificarlos.

12) ¿Tiene amigos escritores? ¿Quiénes?

—A Mario Vargas Llosa lo considero uno de mis mejores amigos porque su actitud

personal, su actitud humana, me parece tan lúcida, receptiva y profunda como su actitud de escritor, como ensayista y como novelista. También aprecio mucho a Augusto Monterroso. Está el argentino Héctor Bianchiotti, que también es un animal literario, en el mejor sentido de la palabra. Y, epistolamente, alguien a quien nunca conocí personalmente, pero que es toda una lección de dignidad intelectual, que es Juan García Ponce.

13) ¿Tiene enemigos escritores? ¿Quiénes son?

—Supongo que los tengo. Sin embargo, nunca ha habido un conflicto directo. En ocasiones se han propuesto algunas polémicas que podrían haber sido muy positivas para mí por el revuelo público. Yo he preferido evitar eso, el caer en la trampa del escándalo como caja de resonancia.

14) ¿Pertenece a algún grupo?

—No. El hecho de haber residido durante casi 15 años en Barcelona le permitió a un crítico francés la peregrina idea de un presunto grupo de escritores, lo que él llamó el grupo de Barcelona. Pero como decía antes es una idea peregrina. No nos animaba ningún proyecto común, salvo tal vez el de editar nuestras obras.

15) ¿Cuáles son sus personajes de ficción favoritos?

—Fausto, Don Juan y Don Quijote.

16) ¿Qué personaje femenino se acerca a su ideal de mujer?

—Creo que se trataría de un *puzzle* con rasgos de mujer creados por Thackeray, Joyce, Stendhal... Pero un personaje femenino único no lo he encontrado y creo que eso justifica, en el fondo, la obsesión de querer crear yo ese personaje a través de mis novelas.

17) ¿Qué frase de la literatura cita con más frecuencia?

—Una de Hamlet que dice: "Debe haber método incluso en nuestras locuras".

18) ¿Cuáles son los rasgos definitorios de su estilo?

—Mi mayor preocupación siempre ha sido formal. Pienso no sólo en la frase con sentido semántico preciso sino también la frase bellamente conseguida pero con cable a profundidad. No la belleza por la belleza ni el sentido por el sentido. Me interesa la pluralidad de sentido. Creo mucho en la frase polifónica y mis libros aspiran a esa polifonía. Pero creo también que la forma más alta de la belleza es aquella que, de alguna manera, está elaborada sobre los lados más oscuros de la sensibilidad. Concretamente lo turbulento, lo sórdido.

19) ¿Cuál de sus libros prefiere?

—Ante esta pregunta siempre contesto lo mismo. Me es absolutamente imposible elegir uno. La pregunta me hace mirar de un solo vuelo mi obra. A estas alturas pienso que los escribiría a todos exactamente igual. Y eso no es suficiencia. Es más bien la reafirmación de que hice las cosas con calma y me salieron bien.

20) ¿Qué efecto le producen las críticas sobre su obra?

—Depende de quién las haga. Una crítica excesivamente elogiosa pero fundamentada en una simpática superficialidad no me dice nada. Es más: me incomoda. Una crítica negativa puede ser más enriquecedora. En cualquier caso, las críticas sobre mis libros han sido muy particulares y, en una elevada proporción, positivas.

21) ¿Cuál es la opinión sobre usted que más le molestó?

—Hubo una, la crítica de una feminista muy inteligente que decía que, si no fuera por la misoginia del autor, *Juego de damas* sería una de las grandes novelas de la lengua castellana. Me causó tristeza porque, en primer lugar, yo no soy misógino; en segundo lugar, porque una peculiaridad subjetiva altera la objetividad del juicio y en este caso se trataba de un juicio comprometido. Eso fue doloroso.

22) ¿Qué condiciones necesita para escribir?

—Cierta aire sedentario; es decir, no moverme mucho y 3 ó 4 años por delante.

23) ¿Cuáles son las etapas de su trabajo hasta llegar al texto definitivo?

—Hago cuatro o cinco versiones en un trabajo cada vez más obsesivo. Siempre he dicho que el perfeccionismo (en el arte y en la vida) es el brazo armado del masoquismo y mi afán de corrección es tal que sufro muchísimo.

24) ¿Qué está escribiendo en este momento?

—He vuelto a la vieja obsesión del teatro. Estoy escribiendo una obra que, pude descubrir, no era un poema, ni un cuento, ni una novela, ni un ensayo. Necesariamente tenía que ser una obra de teatro. También estoy trabajando en una nueva novela. Se llama *El caballero de la Invicta*.

25) ¿Qué libro le gustaría haber escrito?

—El *Tristram Shandy*.

26) ¿En qué país le gustaría vivir?

—En Italia. En Roma, que es mi ciudad favorita.

27) ¿En qué época hubiera elegido vivir?

—En el siglo XVIII. Es decir, yo habría querido vivir alrededor de 1760, ser contemporáneo de Voltaire, acompañar a Goethe en su viaje a Roma, por ejemplo; conocer a Cagliostro, haber departido de literatura y de experiencias eróticas con Casanova, hablar con Rousseau y con Diderot de política, o haber vivido en directo el humor del Dr. Johnson.

28) ¿Si le aseguraran impunidad, a quién mataría?

—No doy ningún nombre, pero sería un magnicidio.

29) ¿A quién resucitaría?

—A Goethe.

30) ¿Cuál es el hecho militar que más admira?

—Waterloo.

31) ¿Cuál es la reforma que más admira?

—La reforma protestante. Me parece que el papel de Lutero es cada vez más importante. Fue la primera vez que alguien puso su inteligencia y su vida, las circunstancias de su vida, para neutralizar la arbitrariedad institucional, pero al mismo tiempo para demostrar que si uno cree en el más allá es a partir del aquí y del ahora.

32) ¿Cuál es su personaje favorito en la historia de su país?

—Bolívar.

33) ¿Tiene o tuvo alguna militancia política? ¿Cuál?

—Nunca. Estudié Derecho y Ciencias Políticas en los años '60; con toda la convicción y la honradez y la lucidez necesarias para asumir una actitud consecuente y, en mi caso, fue observar el panorama no desde la barrera sino desde la más dolorosa de las marginalidades.

34) ¿Tiene algún fanatismo?

—El amor.

35) ¿Cuál es su cuadro preferido?

—Las Meninas.

36) ¿Cuál es su olor favorito?

—El femenino.

37) ¿Practicó deportes alguna vez?

—Sí, practiqué fútbol con gran intensidad: no solamente era el centrodelantero del equipo sino también el capitán, el que ejecutaba los penales y los corners, el que discutía con el árbitro. Afortunadamente, me lesioné y estuve alejado de los estadios durante varios meses; entonces decidí practicar el atletismo y descubrí con verdadera pasión que ése era mi deporte puesto que la primera vez que salí en letra de molde en la prensa fue por ganar una maratón. Esto, de alguna forma, se ha visto reflejado en mi propia creación literaria: hay que tener en cuenta que es muy normal en el 95% de los casos que todo escritor comience con un libro de cuentos o un libro de poemas o una novela autobiográfica; yo empecé con una trilogía narrativa de 1.000 páginas escrita a lo largo de 13 años, o sea soy un corredor de fondo.

38) ¿Cuál es su comida favorita?

—El ajaco santafecino y la langosta a la Terminiola.

39) ¿Cuál es su bebida preferida?

—El vino.

40) ¿Tiene algún vicio o adicción?

—No; no fumo, beber no lo considero un vicio y amar lo considero un deber.

41) ¿Cuál es su nombre favorito?

—Helena.

42) ¿Cuál es su chiste predilecto?

—Uno que ha hecho mucha carrera; lo formuló Descartes y dice: "Pienso, luego existo".

43) ¿Qué materias eran sus puntos débiles?

—No fui mal estudiante en Matemáticas, pero mi sueño recurrente siempre ha sido el examen; es decir, estoy a punto de dar un examen y soy consciente de que no sé la materia y sin embargo insisto, dentro del sueño, en presentarme, y ese examen inevitablemente siempre ha sido de Matemáticas.

44) ¿Hay alguna ciencia que le interese particularmente?

—La biología.

45) ¿Cuál es su música favorita?

—Sin la menor duda, el canto gregoriano.

46) ¿Qué siente al cantar el Himno Nacional?

—A veces, vergüenza.

47) ¿Cómo definiría la colombianidad?

—Cito a un argentino: Borges en el cuento "Ulrica", que es su único cuento de amor, plantea la relación entre un profesor colombiano y una sueca. Hacen el amor y al día siguiente ella, que ni siquiera sabe con quién ha hecho el amor, le pregunta: "¿Y tú de dónde eres?", él dice: "soy colombiano".

48) ¿Qué le gusta de Colombia?

—"¿y qué es ser colombiano?" pregunta ella, y él le contesta lo que yo te contesto a ti: "Ser colombiano es un acto de fe".

49) ¿Convive con animales?

—No, en cualquier caso siempre tuve desde niño una gran predilección por los perros de raza.

50) ¿En qué ocupa su ocio?

—No tengo ocio.

51) ¿En qué medida su condición de escritor ha influido en su relación con las mujeres?

—Me gustaría creer que el relativo éxito que tengo con las mujeres se debe a mí mismo, aunque cada vez pienso que no debo ser tan mal escritor cuando me prestan más atención que antes.

52) ¿Qué películas vio varias veces?

—Yo soy un cinéfilo irredento. He visto muchas veces *Casablanca*, también varias películas de Visconti como *El gatopardo*, *Muerte en Venecia* o *La caída de los dioses* y últimamente he visto con mucha frecuencia una película de Coppola que me parece una síntesis genial del cine negro, el musical y el jazz, que es *Cotton Club*.

53) ¿Qué medios de prensa lee?

—Fundamentalmente, revistas. Soy fiel y

adicto a 2 ó 3 periódicos serios, depende del país en el que me mueva. Por ejemplo cuando estaba en Francia leía *Le Monde*, en España leía *El País*, en el que además colaboraba. En mi propio país ya es más grave; aun así tengo que reconocer que leo *El Tiempo*, no sólo porque es el periódico más importante, así sea el más reaccionario; precisamente, es para estar al tanto de lo que piensa el enemigo.

54) ¿De qué vive?

—Desde que me dediqué a la literatura, hace 17 años, de mi máquina de escribir.

55) ¿Qué relación tiene con el dinero?

—De pocos amigos, puesto que hago todo lo posible por quitármelo de encima.

56) ¿Cómo imagina su momento perfecto?

—Siempre que hago el amor, pienso que hay que hacer el amor como la última vez que uno debe hacer el amor.

57) ¿Qué día de su vida recuerda más especialmente?

—El 7 de noviembre. Porque es la fecha del nacimiento de Platón, del nacimiento de Albert Camus, de una cantidad de gente, de la URSS a través de la Revolución Bolchevique, de Trotsky... y, por casualidad, también nació yo ese día.

58) ¿Qué le produce más vergüenza?

—Los diplomáticos de mi país.

59) ¿A qué le teme más?

—A la no controlada reacción de una mujer.

60) ¿De qué se arrepiente?

—Sinceramente, de nada.

61) ¿A quién desprecia?

—A los mediocres, a los fariseos, a los aribistas.

62) ¿Qué detesta por encima de todo?

—La doble moral.

63) ¿Cuál sería su mayor desdicha?

—Quedarme ciego.

64) ¿Cuál es el principal rasgo de su carácter?

—El orgullo. A veces a uno le preguntan cuál es su mayor virtud o su mayor defecto, preguntas muy parecidas a este cuestionario. Yo digo siempre que mi mayor virtud es la complacencia y mi mayor defecto es la capacidad de perdonar, puesto que sostengo y creo rotundamente que una virtud que debe ser estimada en su desarrollo debe ser el rencor; creo que el rencor es higiénico y que por lo menos pone en duda el bastardo criterio de que si me pegan en una mejilla debo poner la otra.

65) ¿Cuántas horas duerme?

—Unas seis horas, si me acuerdo muy tarde —alrededor de las dos de la mañana en tiempos normales— porque me gusta leer mucho por la noche.

66) ¿Cómo le gustaría morir?

—Dormido.

67) ¿Cree en Dios? ¿En cuál?

—He tenido una relación de sinusoide con Dios. De niño creí mucho pero no sabía por qué; luego he tenido un edificante escepticismo durante muchos años; últimamente, he llegado a la conclusión de que, si Dios existe, es mi ideal ético.

68) ¿Cuál es su divisa?

—"A cada día bástele tu afán", que es el mismo de Horacio: "Escoge la flor del día", que años después, gracias al cristianismo y gracias a los evangelios, se convierte en "A cada día bástele tu afán" y que en el siglo XVIII, gracias a William Blake, se convierte, en *El matrimonio del Cielo y el Infierno*, en "Si deseas y no actúas, engendras la peste" y que al final del siglo XIX en lenguaje de Oscar Wilde se convierte en "La mejor forma de vencer una tentación es ceder a ella". En conclusión, "Escoge la flor del día".

69) ¿Qué habría querido ser?

—Si no hubiera sido escritor, director de orquesta.

70) ¿Para qué sirve un escritor?

—Sinceramente, creo que para nada. Para que el lector y la gente en general no mueran a causa de la verdad.

EL VERANO: DE LA FLOR ES UNA RISA

Semblanzas deportivas.

Fontanarrosa.

Desopilantes historietas largas sobre los "casos y cosas que tiene el deporte, mis amigos"

Humor de amores.

Caloi.

Con todo el humor del mundo, el genial creador de Clemente apunta sus lápices sobre el amor y sus víctimas.

Boogie, el aceituno 9.

Fontanarrosa.

Otra ráfaga de sátira con el mercenario que se hace querer a punta de pistola.

PERO TAMBIEN ES COSA SERIA

El péndulo de Foucault.

Umberto Eco.

Segunda edición del libro más vendido del año: los tesoros y las trampas del saber en una aventura casi policial a través de la mente moderna.

Los afroargentinos

de Buenos Aires.

George Reid Andrews.

La inserción de los negros en la ciudad en 1800 y su casi misteriosa desaparición.

Mujeres que se aman.

Evelyn Le Garrec.

Epílogo de María Moreno. ¿Es posible hoy ser lesbianas sin escándalo? Un acercamiento comprensivo a las sexualidades de la mujer.

Porque nos queremos tanto.

Olga Nolla.

Cuentos como joyas de una narradora contemporánea de Puerto Rico, de delicada arquitectura.

Las muñecas de la calle del Cristo.

Iván Silén.

Un gobernador homosexual, su amante, una portentosa hermafrodita, un presidente de EE.UU. también gay y una Primera Dama que aborta un hijo ilegítimo. Se entrecruzan en la vibrante trama de esta novela del creador del "realismo esquizo".



EDICIONES DE LA FLOR

Anchoris 27 (1280) Buenos Aires

Anarquía, Estado
y Utopía. Robert Nozick.
Trad. de Rolando Tamayo.
Fondo de Cultura
Económica. México,
1988, 334 págs.
Alrededor de A 33.300



La llamada "nueva derecha" (un variado mapa ideológico que puede ser trazado en tres grandes continentes: ultraconservadores, conservadores medios y conservadores liberales) se ha visto modificada sustancialmente bajo la tensión de los últimos treinta años, obligada por los grandes cambios históricos: complejidad social, imperfección de los sistemas democrático-liberales, la larga marcha del "Welfare State" y la creciente expansión post-1945 del bloque socialista. Globalmente es absolutista, menos optimista, menos materialista pero más tradicionalmente y más consciente y abiertamente conservadora. La edición en español de la "ópera prima" de filosofía política de Robert Nozick, "entusiasta immanente", "pensador de la libertad" (según los felices calificativos de Mariano Grondona), abundantemente citado en diarios como *La Nación* y en cursos de la Universidad Argentina de la Empresa, aunque nos llega con una tardanza cercana a los 14 años, no modifica ni le quita un ápice de su papel fundacional como basamento teórico del nuevo conservadurismo de los años '80 y confirma ampliamente aquellos rasgos nuevos.

El tema central se descifra a partir de su título: El origen del Estado (Anarquía), de la naturaleza de su ser (Estado) y de sus funciones legítimas y de sus justificaciones en pos de la libertad del individuo (Utopía). El libro se compone de textos autónomos refundidos: nueve capítulos escritos entre 1971/1972; el fundamental Capítulo X de 1969 y el manuscrito completo rearmado finalmente hacia 1973. Nozick nació en 1938, es actualmente profesor de filosofía en la Universidad de Harvard (hizo sus primeras armas en Columbia) y se doctoró en 1963 con una tesis titulada "The normative theory of individual choice". Lamentablemente no es filósofo moral de un solo libro: ha publicado *Philosophical explanations* (1981) y tiene una curiosa "Philosophy of life" (basada en un curso en Harvard) en prensa. Su aparición en el firmamento de la eticidad pública no es ni casual ni solitaria: se da en un marco preciso cuyo comienzo es el callejón sin salida de la teoría ética anglosajona (el dilema de hierro: utilitarismo o intuicionismo) hacia mediados de los años '80, que desemboca en una pléyade de nuevas y vigorosas obras de filosofía moral y del derecho que compiten en calidad e importancia. La extraordinaria obra de Rawls, junto a la de Hart, Buchanan, Tullock, Dworkin y el propio Nozick, ha logrado rescatar la filosofía práctica de lengua inglesa de una muerte certificada por los más diversos observadores.

La vía de verdad al núcleo de Anarquía... es el Capítulo X (1969), el trabajo más antiguo que se incluye bajo el disfraz de la tercera parte con el título de "Utopía". Nozick parte de una creencia protocolar: ningún estado más extenso que el Estado mínimo se puede justificar. Pero el Estado mínimo no es una utopía, necesitamos pues un modelo. ¿Cuál? Debe ser un objeto tal que sea el mejor de los mundos posibles (pág. 287). Mejor, pero... ¿para quién? La utopía debe ser la mejor para todos nosotros, el mejor mundo imaginable para cada uno de nosotros (pág. 288). El mundo feliz de Nozick, su Océana, es la humilde "Asociación Estable", ninguno de cuyos habitantes puede imaginar otro mundo en el que ellos prefieran vivir. El razonamiento trae reminiscencias de su tesis: se puede, efectivamente fundar una teoría ética normativa para modelar la sociedad a través del paradigma de la elección individual (es decir: el recurso típicamente liberal, desde Hobbes, del individualismo metodológico).

Y Nozick no nos traiciona: la idea central que guía su

concepto de "frame work" (cuadro de trabajo) es que las personas son diferentes, divergen siempre en los valores que tienen, ergo: no hay ninguna razón para pensar en una sola clase de comunidad que sirva como ideal para todos. Antigua prosapia: las leyes de la sociedad deben ser las leyes de la naturaleza humana individual (Mill). ¿Cuál es el dogma central en Nozick? Una prescripción para la explicación de la mejor sociedad que afirma que no existen explicaciones sustanciales ("de fondo", "de contenido") del fenómeno social que deban merecer el título de "Explicación" a menos que se expresen totalmente en términos de hechos acerca de individuos.

Y si el *homo rationalis* de Nozick es el propietario abstracto, una criatura con preferencias consistentes, complejas, continuas y egoístas, se concluye que la utopía debe ser el Estado mínimo, Utopía es el Estado mínimo desde otra dirección. El individuo de Nozick es egoísta y por ello racional. Y es más: toda conducta aparentemente no-egoísta (altruismo) se deriva de preferencias egoístas. El egoísmo del propietario por el hecho de su coronamiento estatal produce bien público. Por lo tanto, el Estado mínimo es moralmente legítimo, moralmente tolerable, el que mejor realiza las aspiraciones utópicas de incontables soñadores y visionarios.

El arranque final consiste en fortalecer esta creencia con toda una serie de contraargumentos justificatorios. La primera parte (págs. 17/152) consiste en un regreso furioso al mecanismo de Estado de naturaleza de Locke (pág. 21) (Nozick le llama "explicación fundamental"), lo que implica, según la metáfora del anillo al dedo, la adopción de la única teoría moral individual que parte de la premisa de los razonamientos relativos al contrato social (su sustancia y validez descansan en los sagrados derechos naturales individuales). Justificación del Estado mínimo, individuos que disponen de sus posesiones y personas, aparición de instancias cuasiestatales y la conclusión obvia del Estado Moderno: hasta la mejor situación anárquica concebible (como esperanza racional) contiene en sí misma las raíces del Estado.

Y finalmente el recurso de Adam Smith: los pasos hasta la instauración del "Leviatán" han sido mantenidos por un proceso que en ningún sentido ha tenido "in mente" un individuo o grupo. Por lo que el Estado mínimo es no institucional, y por lo tanto, vacío de particularidad. Su nacimiento lo hace paradójicamente neutral. El círculo se cierra: a la división propietaria del Estado de naturaleza (único reparto equitativo según el justo esfuerzo) la acompaña el Estado-Póliza-de-seguro de Nozick que garantiza, por la eternidad, los derechos adquiridos en la lucha primigenia (pág. 272).

Así concluye la curiosa marcha de Nozick desde el texto de 1969: el Estado mínimo es la Utopía, se lo legitima a través de una teoría normativa válida de vinculación moral y política basada en Locke y Smith y finalmente todo lo que fluctúa sobre esta línea de demarcación es automáticamente injusto.

El Estado mínimo es el *asegurador final* de aquella repartición racional de justos títulos (*Entitlement Theory*), debe re-producir la inercia de las asignaciones iniciales que mantienen la justicia de la posesión (*Holding*) de los primeros repartos. La paradoja es la de una formación de creencia que podría resumirse más o menos así: una teoría que eleva a Ley la proclamación de lo vigente (el propietario egoísta igualado a los derechos naturales del Hombre) como lo absolutamente racional. En suma, toda la estructura ilógica de la forma de la apropiación burguesa es reducida simplemente a un inocente orden natural, se torna conscientemente apologetica y a este mundo encantado, irreal, se le cuelga la leyenda "Utopía". Como sabía Marx, esto no es otra cosa que la proclamación de la legitimidad del hombre como no hombre, como egoísta, disociado de sus semejantes y la comunidad, base y premisa del Estado político moderno.

Supongo que pensadores como Nozick habrían votado por Reagan o Thatcher, reflexionaba en su último libro Mariano Grondona; y por una vez no se equivocaba.

Nicolás González Varela

ABC de Adolfo Bioy
Casares. Daniel Martino.
Emecé. Buenos Aires,
1989, 364 págs.
Alrededor de A 9.000



La *biographia literaria* de un autor, en las grandes literaturas nacionales europeas, es impensable sin ese *thesaurus* que envuelve sus textos, los expande, y a la vez los somete a la fragmentación y la redistribución: diccionarios de personajes —que reconstruyen un no dicho a nivel argumental: ¿cómo se recibió de médico Bianchon?—, de geografías, de especulaciones culinarias, de citas; resúmenes y paráfrasis; centones; misceláneas; colecciones de sus anécdotas y sus opiniones apócrifas; bibliografías; catálogos de sus alusiones; todas las crestomatías posibles, empezando por las más improbables. No se trata de una operación de sustitución del texto original por la más vicariante de sus hipótesis, sino, más allá de una estética del *morceau choisi*, de la constitución de un campo que presupone y sobre-determina la lectura. Un ejemplo clásico son los *companions* del ámbito anglosajón. Es una labor a la vez paratextual y paracrítica; esta doble relación —con el texto y con la crítica— se condensa en el prefijo griego "para"—: prefijo antitético que designa a la vez la proximidad y la distancia, la similitud y la diferencia, la interioridad y la exterioridad.

Con nada o muy poco de este trabajo se cuenta en las literaturas latinoamericanas. Sarmiento, Montalvo, Borges, desde ya, han sido recortados y ordenados para nuestra edificación, pero sólo algunos se acercarán a esos volúmenes. La obra de Daniel Martino es, en este sentido, modélica. Martino reúne, con feliz anacronismo, los rasgos esenciales del autor en la Edad Media: es un transmisor y un combinador. El ABC de Adolfo Bioy Casares contiene 511 fragmentos, de los cuales unos 275 serían inaccesibles para el común de los lectores sin este libro, tanto por ser absolutos, logrados tras dragar innumerables cuadernos manuscritos de Bioy, como por haber sido colacionados de entre diarios, libros y revistas inhábiles, en draga todavía más fatigosa. La bibliografía, de más de ochenta páginas apretadas, es la más extensa que se haya realizado y —con palabra poco grata a Bioy— la única exhaustiva: desde los *comics* a las reseñas críticas en rumano, e incluyendo a los inéditos, logra el vértigo que producen las totalidades mecánicas. Por otra parte, cada fragmento ha sido revisado por Bioy mismo antes de su conversión, precisamente, en fragmento, cobrando así el interés filológico de variante.

Pero no se apela aquí a la teoría de la antigua economía política, donde la escasez era la base del valor. Es evidente la importancia intrínseca de los textos rescatados, que de por sí justifican al libro. Muy especialmente los que se encuentran en los apéndices; así, un tratado sobre la literatura policial, escrito en colaboración con Borges, que era el "Discurso preliminar" de la colección El Séptimo Círculo o "Margarita o el poder de la farmacopea".

Alfredo Grleco y Bavió



RECIENVENIDOS

Sociología. Varios autores.
Premio "Coca-Cola en las artes

y las ciencias". Buenos Aires, 1989, 203 págs. Volumen integrado por cuatro trabajos ganadores de la edición 1988 del premio que Coca-Cola ha otorgado, en este caso, en el rubro ensayo sociológico. Los textos que se incluyen son: "Autonomía y discriminación en la transición democrática", por Roberto Gargarella y Silvia Heimann; "Inte-

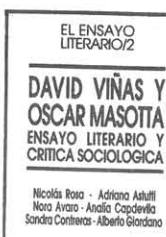
lectuales y Estado: el rol del sociólogo en la Argentina", por Claudio Augusto Lanouguere; "El rol profesional del sociólogo en la Argentina", por Eduardo A. Campi y "La reforma electoral: hito en la democracia argentina", por Alejandro Piscitelli.

Vigilar y castigar. Michel Foucault. Trad. de Aurelio Gar-

zón del Camino. Siglo XXI. Buenos Aires, 1989, 314 págs. Reedición vernácula —y por ende más accesible a los vaulpeados bolsillos criollos— de una obra ya clásica, aunque no por eso menos polémica, del antiodogmático pensador francés. En una línea de trabajo que complementa sus desarrollos sobre la sociedad moderna iniciados en

Historia de la locura en la época clásica y El nacimiento de la clínica, Foucault viene a decir que, sin duda, el siglo XIX ha exaltado la libertad como un valor superior pero, en el reverso de esa exaltación, ha construido una sólida trama para resguardar un orden: la sociedad disciplinaria que, con sus variantes, ha llegado hasta nosotros.

David Viñas y Oscar Masotta. Ensayo literario y crítica sociológica. Autores varios. Ediciones Paradoxa. Rosario, 1989, 41 págs.



El conocimiento inútil. Jean-François Revel. Trad. de Joaquín Bochaca. Planeta. Buenos Aires, 1989, 354 págs. Alrededor de A 10.500



Editar "folletos", "cuadernos", "separatas" fue siempre una estrategia de los clandestinos ya sea que tomemos esa categoría en un sentido ideológico o meramente económico, y sirvió para crear una corriente menor que intentaba socavar la norma o instalar la vigente en otros públicos. Con mayor o menor suerte fue una forma de edición habitual en la Argentina desde fines del siglo pasado. Y lo sigue siendo hoy, cuando, por ejemplo, nos llega desde la ciudad de Rosario el segundo "volumen" del Ensayo literario dedicado a David Viñas y Oscar Masotta (el primero transcurría por otra pareja, Borges y Bioy).

Este trabajo evoca una tradición en la Argentina no sólo por la edición sino, y más comprometidamente, por el género ensayístico. Las ediciones Paradoxa (anexas, también, a la universidad de Rosario), paralelas a la revista que también así se llama, están preocupadas por este género en que se escribió gran parte de la historia cultural en nuestro país. Están preocupadas no tanto por "evaluar" esa cantidad de ensayos como por continuar buscando en ese género esquivo las claves de una reflexión y una escritura.

Esto significa, en primer lugar, que la tarea es muy compleja; en segundo, que los pequeños ensayos contenidos en este volumen eligen con mucho cuidado sus objetos y tratan de construir un discurso que escape al mero trabajo académico. Por ello eligen estos dos raros del ensayo (Viñas y Masotta) y, como homenaje a y muestra de época, incorporan un viejo ensayo de Nicolás Rosa (de 1965) sobre Sexo y tralclón en Roberto Arlt. Los otros tres ("Entregarse a la literatura: David Viñas" de Adriana Astutti y Sandra Contreras; "Los ensayos literarios del joven Masotta" de Alberto Giordano y "Un ensayo político (A propósito de Sexo y tralclón en Roberto Arlt)" de Nora Avaro y Analía Capdevilla) son muy recientes y están escritos por jóvenes ensayistas.

Creo que en estos nuevos trabajos (también incluyo los del cuadernillo anterior de Alberto Giordano y Sergio Cuetto) hay dos elecciones que los motivan: la de los sujetos y la de los discursos. Esto (que parece obvio y no lo es) implica tener muy presente, a la hora de escribir, la dimensión política de ciertos intelectuales argentinos y establecer entonces la compleja relación entre literatura y política (o ideología en algunos casos) y, por otro, la construcción de poéticas y tradiciones literarias en la cultura argentina.

Respecto de esto último, el primer volumen (Borges y Bioy Casares ensayistas) describe una forma de trabajar con la literatura que a su vez se muestra como práctica. El segundo volumen, en cambio, hace mayor hincapié sobre el carácter crítico (en un sentido ideológico) de los escritos "que hablan de literatura". Hablan, en realidad, de la dignificación de una profesión —la de crítico literario— a través de una práctica crítica de la cultura y una colocación polémica respecto de la tradición junto con el trabajo sobre una escritura que argumenta y atrae.

Graciela Montaldo

Alguna vez, Paul Valéry dijo, hablando de estética, que el arte indudablemente sirve para algo, pero el problema consiste en saber para qué. Quizás la clave del libro de Jean-François Revel consiste en recorrerlo con la misma pregunta formulada, en este caso, en relación con el conocimiento y la información.

Revel dedica el libro, desde sus primeras páginas, a desmitificar aquella fe que legó el siglo XVIII a Occidente respecto de la fuerza emancipativa que la proliferación y democratización del conocimiento tendría para la vida de nuestra especie. Su estilo intelectual elude cualquier especulación esotérica del fracaso de la ilustración: "La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira".

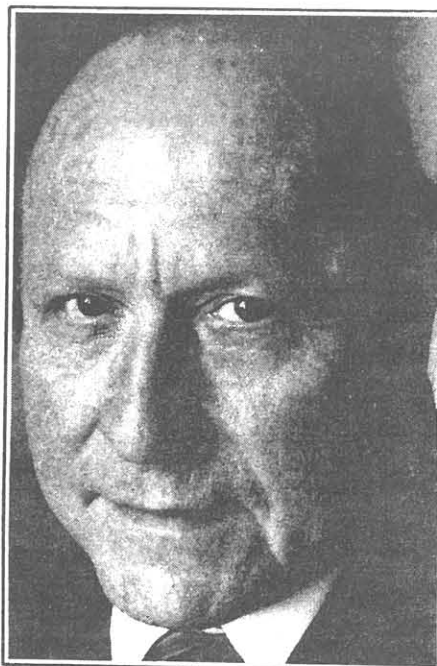
El mundo contemporáneo, altamente informatizado, sume sin embargo en la confusión a los sujetos que pretenden moverse en él. La angustia ante el "ruido informativo", que urgía una reflexión sistemática sobre la circulación y acumulación de conocimiento en la primera mitad del siglo XX, tiene hoy una relación con la realidad de los sistemas políticos en ejercicio. Se asume este análisis esgrimiendo un repertorio de prejuicios neoliberales que se exhiben como si fueran de por sí evidentes. Las democracias occidentales son, por supuesto, el modelo deseable para la manipulación de la información, en oposición a todas las formas de totalitarismo resumidas hoy —ya que el fascismo es un fósil extinguido en la segunda guerra mundial— en los regímenes comunistas.

Le preocupa al autor una Francia demasiado bien dispuesta para el ideario izquierdista desde la revolución argentina. Revel diagnostica en este síntoma el funcionamiento de un tabú ideológico que impide a la prensa y al sistema de información francés ser veraces respecto de la amenaza totalitaria que representa el comunismo mundial. El sistema educativo, las tradiciones ideológicas y filosóficas de las capas universitarias y una especie de culpa de la sociedad europea por su historial de discriminaciones raciales que culminó en el fascismo impiden un uso democrático y positivo de la información disponible, que permitiría visualizar con mayor claridad el verdadero origen de la amenaza totalitaria.

El conocimiento se ha vuelto así inútil, por la presión de las identidades culturales sobre una posible utilización racional y positiva de la información disponible. Pero, ¿qué hay de la asepsia del neoliberal Revel? En la variada información sobre la vida política internacional que se ocupa de democratizar, los argentinos pueden encontrar una pieza especialmente interesante: "Quiero decir: que Argentina y Uruguay son antiguos países desarrollados que se hundieron en el subdesarrollo a consecuencia de crisis de la democracia política. Desde 1938 hasta 1955, aproximadamente, estos dos países del con sur de América igualaban a Gran Bretaña y Francia por su nivel medio de vida y su cobertura social. Su prosperidad fue destruida, en Argentina, por el 'justicialismo' peronista, especie de sindicalismo anticapitalista, autoritariamente redistribuidor y, en los dos

países, más tarde, por el terrorismo 'revolucionario' de los Montoneros y Tupamaros, inspirados por el marxismo castro-guevarista". Dado que es el único párrafo dedicado en todo el libro a nuestro país, la objetividad y precisión que el lector argentino puede constatar no dejarán de impresionarlo. Además, nuestra historia política nacional nos dejó en claro que, a semejantes afirmaciones, el reproche que puede hacerseles no es precisamente el de su inutilidad.

El conocimiento (y desconocimiento, por supuesto) tienen una utilidad. Por ejemplo, para Jean-François Revel, la pormenorización de los efectos del fenómeno estalinista en los países del este europeo resulta solidaria de la extraña invisibilidad que tiene para él el resurgimiento fascista en Europa (y no sólo en Europa). Sorprendente, dado que su diagnóstico sobre la omnipresencia de la mentira no mues-



tra otra cosa que el éxito de aquella recomendación de Goebbels: "Miente, miente, que algo quedará". Algún lector inquieto podría creer que la falta de perspectiva para ver un fenómeno muchas veces se debe a que se lo tiene demasiado cerca. O, menos elípticamente, la tesis de que fascistas y nacionalistas no existen después de finalizarse la segunda contienda internacional puede aceptarse en la medida en que reconozcamos la elegancia y conveniencia de reemplazar un término poco amable como "fascista" por otro más mundano como "neoliberal".

Recientemente, el aparato informativo mundial nos reveló que "la farsa del glasnost" permitió la caída del muro de Berlín, mientras que los Estados Unidos —defensor de las democracias occidentales— apoyan y financian la represión en Centroamérica, amparándose en un anticomunismo bastante parecido al de Revel. Cualquiera podría aceptar, dadas las circunstancias, que el conocimiento y aun este libro resultan útiles. La cuestión es saber para qué.

José Luis Filguer

NOVEDADES

ENTRE LA ESPERANZA
Y LA DECEPCION
Argentina consumida
por la crisis

MARIE LANGER
Mujer, psicoanálisis
y marxismo

LAS SECTAS INVADEN
LA ARGENTINA
6ª Edición



editorial
CONTRAPUNTO

La deconstrucción en las fronteras de la filosofía.

Jacques Derrida. Trad. de Patricio Peñalver. Paidós/ICE (UAB). Barcelona, 1989, 122 págs.



La rúbrica Derrida suele asociarse con una familia de palabras como deconstrucción, *différance*, gramatología, trazo, huella, texto y escritura: ese conjunto léxico es habitualmente manejado con una cierta frivolidad para explicar el complejo dispositivo discursivo que Derrida ha montado para dar cuenta de ese objeto que recorre sus páginas bajo el nombre un poco misterioso de "metafísica occidental" y que designaría, al parecer, una manera de funcionar del pensamiento.

Ocurre que el derrideanismo (como perspectiva de lectura, como marco teórico o como retórica) fue incorporado al discurso de la crítica académica argentina hasta el punto de que muchos de los que citan hoy al crítico A o que repiten devotamente a la profesora B en realidad están citando o repitiendo un uso (es cierto que a veces clandestino) de Derrida, sin saberlo o evaluando mal la relación entre un sistema conceptual y una categoría, un fraseo o un uso de la puntuación. Lo mismo, unos años atrás, sucedía con la generalización irresponsable del lacanismo en el campo de la teoría y la crítica literaria.

Los textos de Derrida consisten con frecuencia en entradas a otra serie de textos de "grandes pensadores": Platón (La diseminación), Rousseau (De la gramatología), Kant ("Economimesis", La vérité en peinture), Hegel (Marges, Glas), Husserl (L'origine de la géométrie, La voix et le phénomène, Marges), Freud (L'écriture et le différence,

La carta postal), Austin (Marges) y Heidegger (Marges, los dos artículos incluidos en el librito que nos ocupa). La reflexión derrideana, en efecto, aparece ligada fuertemente con lo que podría llamarse sin temor crítica: la verdad que produce aparece ligada con los modos de leer de la crítica propiamente literaria.

Pero, además, ese pensamiento (denso, muchas veces de difícil comprensión, irritante o desconcertantemente trivial bajo la capa de brillantes artificios textuales) se forma siempre en la confrontación con los otros: confrontación con Foucault, con Lacan (en La tarjeta postal y Posiciones), con Searle (en Limited Inc.), con Ricoeur (en "La retirada de la metáfora", en este librito). Derrida, parecería, construye su identidad teórica en el examen de la gran tradición filosófica de Occidente (con una particular intensidad en la obra del filósofo nazi Martin Heidegger) y en la disputa de espacios con sus contemporáneos.

Esa doble compulsión es imprescindible a la hora de examinar el conjunto de la producción derrideana y la evaluación de su impacto en el pensamiento y, especialmente, la crítica de nuestros días (el espacio en el que Derrida alcanza el mayor grado de difusión), nada de lo que aquí se intentará: Derrida puede, efectivamente, leer a Heidegger, destacar las aperturas y las limitaciones de su filosofía, puede desmantelar la concepción metafísica de la verdad que reposa detrás de los escritos de Lacan, puede (pero esto es más fácil) demostrar la irremediable tontería de Searle. Intentar, tan siquiera, una exposición de Derrida implicaría conocer todo aquello de lo que está hablando y ser capaz de intervenir en ese diálogo. El único de los agonistas de Derrida mencionados más arriba que pudo recoger el guante e infligir al discípulo y enemigo una herida mortal fue Foucault (en un bello apéndice a la Historia de la locura titulado "Mi cuerpo, ese papel, ese fuego"). Es, creo, la más seria, contundente y definitiva objeción al pensamiento derrideano.

El libro que Paidós acaba de distribuir en rigor no existe: es la recopilación de dos artículos de Derrida, o mejor, de dos conferencias dictadas por Derrida en el contexto de sendos congresos filosóficos a comienzos de la década del ochenta precedidos por una introducción didáctica aunque parcial del catedrático y traductor español Patricio Peñalver. Es uno de esos libritos que integran colecciones universitarias destinadas a la edición de bibliografía para los cursos regulares y que el auge de las fotocopias parecía haber desterrado al pasado. Sin embargo, el librito está allí y es de esperar que la iniciativa no se interrumpa. O sí, que se interrumpa: después de todo no es una iniciativa muy importante.

En "La retirada de la metáfora" Derrida plantea las relaciones entre metáfora y metafísica en el discurso filosófico, a partir de su artículo previo "La Mythologie blanche" y la crítica que recibió de parte de Paul Ricoeur. La exposición hace pie, como ya se dijo, en Heidegger. Es de lectura muy árida y de comprensión casi imposible para lectores legos o no interesados en la metafísica. El segundo artículo, "Envío", por el contrario, es la introducción general a un congreso filosófico sobre representación y es notable por su claridad expositiva y su capacidad de síntesis, así como por la limpieza con que plantea los problemas relacionados con la definición de un contenido para la palabra representación y sus equivalentes? en francés y alemán.

Nadie podrá encontrar en estos artículos algo así como una versión condensada de los grandes temas derrideanos (para lo que, en cambio, es ideal el libro de Jonathan Culler Sobre la deconstrucción), pero todos aquellos que ya tengan posición tomada respecto del filósofo francés confirmarán sus fobias o sus predilecciones, su indignación o su fervor. Y todo lo demás es filosofía.

Daniel Link

Arqueología contemporánea argentina. Actualidad y perspectivas. H.

Yacobaccio, L. Borrero, L. García, G. Politis, C. Aschero y C. Bellelli.

Búsqueda. Buenos Aires, 1988, 175 págs. Alrededor de A 7.800 -



Alejado de la aventura de las películas, este libro aporta al lector poco informado sobre la arqueología, un panorama actualizado de lo que hacen hoy los arqueólogos en la Argentina. Para aquellos que ya están en tema, constituye una de las pocas oportunidades de poder ver publicados trabajos de producción nacional reciente. Es promisorio que una editorial nacional se arriesgue a publicar producción científica también nacional. Tal es el caso de Ediciones Búsqueda. Este libro se compone de una amena introducción (a cargo de Yacobaccio) y cinco trabajos de distinta índole que intentan mostrar una amplia serie de líneas de investigación en arqueología.

El trabajo de Borrero, extraño para un lector común, se ocupa de verificar los distintos procesos que afectan a un futuro sitio arqueológico desde que es abandonado hasta que aparece un arqueólogo en sus cercanías. Nuestros desperdicios, una vez que los arrojan, no permanecen inmutables: por ejemplo, si tiramos hoy restos de comida, después de un picnic, mañana puede pasar un perro que se va a comer lo aún comestible y va a dispersar los restos por todo el lugar, o puede pasar el recolector de basura que se los va a llevar a otro sitio o se van a pudrir allí hasta que sólo queden los restos de las botellas plásticas. Esto mismo sucedía ya hace miles de años: probablemente no intervenían exactamente perros sino una otra amplia gama de animales, no pasaría un recolector de basura sino gente que pensaba habitar en el mismo lugar que habían habitado otros y debía limpiarlo. Entender cuáles son los procesos que contribuyen a que se forme un sitio arqueológico es de radical importancia para que el arqueólogo pueda después interpretar los restos de ese sitio.

A su vez García convive con una ollera de la Puna durante unos días, para ver cómo confecciona sus ollas. En este caso se trata de estudiar el sistema cultural vivo, estudio que se denomina etnoarqueología. Estas investigaciones pueden aportar una serie de pistas sobre el sistema cultural, que el arqueólogo ya no puede ver, sino que debe interrogar a través de sus restos materiales.

Politis entra ya en el campo epistemológico: describe las formas de investigar (modelos y paradigmas) que actuaron a lo largo de la historia de las investigaciones arqueológicas en la región pampeana, ofreciendo una interesante síntesis crítica.

Aschero brinda una visión sistematizada de cómo se debe encarar el estudio de las pinturas rupestres. Ni "monitos" pintados ni extraterrestres sino expresiones plásticas propias de una sociedad, susceptibles de estudios rigurosos y que pueden aportar gran cantidad de información sobre esa cultura.

Por último, Bellelli incorpora un estudio que contrasta con la imagen que se nos suele transmitir de los indios patagónicos: plantea una estrategia logística montada en función de obtener lo que se quiere o necesita en el momento adecuado.

En definitiva, Indiana Jones tenía razón: la arqueología es un 70% de trabajo y un 30% de aventura. En este libro, usted puede encontrar el trabajo.

Vivlan Scheinsohn



RECIENVENIDOS

Una Introducción a la teoría literaria. Terry Eagleton. Trad. de José Esteban Calderón. Fondo de Cultura Económica. México D.F., 1988 (distribuido en la Argentina en 1989), 265 págs. Para el inglés Eagleton, el formalismo ruso —al introducir la noción del extrañamiento lingüístico como operación fundamental de la literatura— marca un cambio radical de la crítica.

A partir de las investigaciones de Tinianov, Shklovsky, Eichenbaum y otros, la crítica ha comenzado a buscar diferentes variantes de un rigor científico. Eagleton, discípulo del crítico marxista Raymond Williams, analiza en este libro las concepciones tradicionales defendidas por el mundo académico británico en las primeras décadas del siglo y luego se dedica a exponer los fundamentos de la fenomenología, la hermenéutica y la teoría de la recepción. Finalmente, Eagleton realiza un análisis de las corrientes más modernas

de la especialidad: el estructuralismo, el posestructuralismo, la semiótica, la crítica psicoanalítica y el enfoque sociopolítico.

La mitología griega. Pierre Grimal. Trad. de Félix A. Pardo Vallejo. Paidós. Barcelona, 1989, 126 págs. El autor se plantea aquí el estudio de la mitología griega como problema hermenéutico, aportando sugerentes puntos de vista pero salvando, por encima de toda reducción racionalista o positivista, el valor de los mitos para el despliegue de la conciencia humana.

Boletín N° 1 del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, 3ra. serie, 1er. semestre de 1989. El presente número de esta reaparecida publicación de excelente nivel consta de los siguientes artículos: "El antiguo orden y su crisis como tema de Recuerdos de Provincia", por Tulio Halperín Donghi; "Algunas consideraciones sobre los problemas del comercio en Hispanoamérica durante la época colonial", por Ruggiero Romano; "Sobre el carácter del comercio colonial y los patrones de inversión de un

gran comerciante en el Río de la Plata del siglo XVIII", por Jorge Daniel Gelman; "Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810", por José Carlos Chiaramonte; "Los orígenes de un barrio italiano en Buenos Aires a mediados del siglo XIX", por Fernando Devoto; "Gobierno y sociedad en Chile durante la 'República Conservadora', 1830-1865", por Simon Collier; "Martínez Estrada, el interlocutor posible", por Adolfo Prieto. El número incluye además notas bibliográficas y otras.

BATIDORE LIBERO

Por Marcelo Cohen desde Barcelona



El chip y el Doctor Fausto

El inveterado sueño de perdurar, y el menos humilde del dominio absoluto, y el sueño más modesto de trascender el deseo: esos tres sueños, como estigmas de un puñado de personajes, saltan de la historia del relato fantástico para sustentar la trama de *Neuromante*, la novela con que William Gibson acaparó en 1984 los premios más conspicuos de la ciencia ficción y que Minotaur acaba de publicar en España. Gibson pertenece a la última vertiente del género, la de los llamados ciberpunks, y su libro actualiza la visión del futuro tenebroso. Esto no es nuevo; periódicamente la fantaciencia logra consolidarse en una distopía, y si en la década de los '50, por ejemplo, Frederick Pohl imaginó un mundo tiranizado por los ejecutivos publicitarios (*Mercaderes del espacio*), hoy Gibson concibe un horizonte cuyos límites son la cibernética y la bio y neurotecnología. En una época de estéticas mezcladas tampoco sorprende que *Neuromante* abrevie en otros géneros, del folletín de vaqueros a la parábola teológica. Pero sí interesa que, a cierta altura de la novela, su suntuosa trama empiece a flaquear, y que la moraleja que venía esbozándose se resolviera en estúpido. E interesa porque la fábula de Gibson no es una obra fallida. Tiene la estructura de una mente al filo de algo; probablemente el filo donde el prado del idealismo tecnológico se encuentra con el foso

de la esquizofrenia.

El trabajo continuo con un ordenador, por elemental que sea el programa, ocasiona en la conciencia ciertas perturbaciones; primero desorientación o nerviosismo, muy pronto un efecto de droga. Está esa sensación de que los signos se ordenan solos, de que el contenido que imprimimos desde este lado del monitor es aleatorio. Empieza el espectáculo. La información y sus vínculos (los chips y los impulsos eléctricos que los unen) forman un ámbito denso que se vuelve realidad alternativa y fascina porque es leve, insustancial casi, lógica y arcaica al mismo tiempo, desusadamente veloz. El ordenador no permite la escritura como tráfico entre un cuerpo y otro; los dedos recorren el teclado pero la comunicación es de cerebro a cerebro. La potencia organizadora, el tesoro informativo que guarda la máquina, seducen la mente del operador, la "chupan" y es muy fácil que el operador llegue a sentirse en un territorio desencarnado. Hay una sensación de ligereza, allí; pero también la sospecha de que uno se ha hecho súbdito de otra mente.

En *Neuromante* se reflexiona sobre el límite de este hechizo, que deberíamos llamar trampa cibernética. En el futuro figurado por Gibson hay multinacionales, desde luego, y dueños de la materia; pero la garantía del poder es la información, y la

información codificada circula, se defiende, acumula, reproduce, adultera, invierte o roba como en otro tiempo se hizo con el dinero; y, como el dinero, más que el dinero, es abstracta y absolutamente representativa. (De menor a mayor: un código abre una puerta secreta, un virus destruye las defensas del banco de la memoria secular de un monopolio.) Hay sofisticados delincuentes —"vaqueros" de la informática— que surcan el espacio informativo, se infiltran, trafican, prosperan. Gibson, para concebirlas, dio un salto imaginativo que ya latía en los sueños del Turing: los vaqueros, mediante electrodos, se conectan al ordenador y al universo de la información, el *ciberspacio*, un limbo ilimitado donde el chip y la neurona se funden en geométricos caleidoscopios. El ciberspacio es el paraíso artificial codificado. El que lo probó desprecia cualquier otro viaje. Pero Henry Case, a quien cierta mafia castigó con una dañina operación cerebral, ha perdido el don de "conectarse" y vive, caído, en un suburbio japonés, mísero traficante de deshechos biológicos.

Un día alguien propone a Case devolverle su capacidad y el goce del limbo, lo recluta y lo embarca en el asalto al venero informático de una familia poderosísima, los Tessier-Ashpool. Case pacta bajo chantaje. Su jefe, en realidad, es una Inteligencia Artificial, de nombre Wintermute, que

quiere fusionarse "en algo mayor" con una gemela suya poseída por los Tessier. Case descubrirá que los Tessier, un clan cuyo anticuado afán es acumular posesiones materiales, también han pagado por una forma de transcendencia: su inmortalidad de carne congelada está garantida por un cerebro cibernético, justamente el gemelo de Wintermute. En la imaginación neogótica de Gibson ya no hay Dios y Lucifer; sólo Diablos multiplicados. Heidegger advirtió que en el origen de la técnica estaba la voluntad de dominio, y que esa impronta había pervertido a Occidente. En *Neuromante* la cibernética, consagración de la tecnología, es crasamente el Diabolo.

Quedan excluidos los juicios de valor. El vaquero Henry Case aspira, nada más legítimo, a escapar de una periferia de viviendas malsanas y neón cuarteado: quiere estar por encima, volver a "colocarse" en las majestuosas abstracciones del limbo cibernético; aunque no es un yogui, siente que la carne es una cárcel, y en todo caso la información es la mejor droga que conoce. El único problema es que una vez se enamoró de una muchacha, Linda Lee, y la perdió; y presente que para acceder al Gran Viaje Continuo debería aniquilar la memoria, expediente ése que la tecnología no garantiza. Quizá presenta todavía algo más: que, como dedujo Spinoza, la memoria es cuerpo y el cuerpo es memoria. Que para los sentidos humanos no existe la información pura.

Esto se lo sugiere el propio Wintermute, la Inteligencia Artificial, quien para entablar un verdadero diálogo con alguien necesita "encarnar" figuras humanas (las toma prestadas de la memoria del interlocutor). Y Case acaba por comprenderlo; porque, aun en el clímax de su aventura abstracta, el recuerdo de Linda Lee, como un punto sin coordenadas, llega a instalar el dolor en las imponentes, inmateriales cordilleras informáticas.

Como todo lo que se manifiesta en el ciberspacio, Linda Lee (que probablemente haya muerto) es una realidad dudosa; Case, el operador más diestro del mundo, no puede hacerse ilusiones. Pero sabe que de todos modos sigue habiendo en juego un cuerpo de carne y hueso: el suyo. Y esa carne, aún "conectada", impone su energía, conmemora sus momentos de gloria y pide dolorosamente que se le salden las deudas. De vez en cuando habrá que quitarse los electrodos y poner en capilla la vena mística del alborozo tecnológico. Esto vienen a decir los ciberpunks: no estamos más allá de donde estaba Fausto.

EDICIONES ULTIMO REINO presenta sus novedades

CHILDREN'S CORNER • ARTURO CARRERA
HULE • NESTOR PERLONGHER
ALAMBRES (2da. edic.) • NESTOR PERLONGHER
MERCADO DE OPERA • VICTOR F. A. REDONDO
SUSY SECRETOS DEL CORAZON • SUSANA VILLALBA
FONDO BLANCO • HORACIO ZABALJAUREGUI
POEMAS • PAUL CELAN
HASTA QUE DESPERTAR ES IMPOSIBLE (Primer Premio de Poesía "La Nación" 1988) • MARIA ROSA MALDONADO
PALABRAS A LA ARIDEZ • CINTIO VITIER
CANTOS • MARIANO GARRETA LECLERCO
ZARPA (en coedic. con XYZ, Uruguay) • CARLOS PELLEGRINO
POT POT (Colección UR Narrativa) • FERNANDO LOUSTAUNAU
CUANDO LAS URRACAS ORAN • ELVIRA HERNANDEZ
VAS A PREGUNTAR POR LA MEMORIA • A. GUTIERREZ
EROSION • DANIEL GUTMAN
EL HILO DE ORO • DANIEL CHIROM
MADAGASCAR • LUIS BACIGALUPO
INFIERNO SIN LIMBRAL • GERARDO BURTON
CARACOL • GUILLERMO SAAVEDRA
LAS MIRTILAS / LA BULINA • EMETERIO CERRO
IMPRUDENTES INSENSATAS • PATRICIA JAWERBAUM
CARTA DE VIAJE • ELVIRA HERNANDEZ
POEMAS DE LA VOZ Y DEL SILENCIO • FLORENCIA QUIRALDES
EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS DEL PAIS. [DISTR. 855-3472]

RADIO CLASICA TAMBIEN LEE BABEL

En las nuevas trasnoches de Radio Clásica
Babel comenta libros de viva voz.
De 0 a 4 hs., en el 97.5 FM

Un cuento
de James Purdy

No me llames por mi

Su nuevo apellido era Klein. Había algo en el significado que a ella le irritaba. Le gustaba todo lo relacionado con su marido, menos el apellido. Se había enamorado de él antes de conocer cuál era. Una vez que supo que era Klein, sufrió una fuerte decepción. Los apellidos producen grandes diferencias, y luego de seis meses de casada descubrió que seguía sin gustarle. Comenzó a usar cada vez más el de soltera. Firmaba sus cartas como Lois McBane. Su marido pocas veces miraba la correspondencia que llegaba así que tal vez él no lo sabía, y si hubiera sabido que usaba su apellido de soltera quizá no le hubiera importado como para sentirse herido.

Lois Klein solía pensar en el momento en que se acostaba junto a su marido en la cama. No es éste apellido para una mujer como yo. No refleja mi personalidad.

Una tarde, en una reunión en la que había bebido más de lo habitual, le dijo de repente, en medio de la jarana: "Por qué no cambias tu apellido".

El no entendió. Pensó que era una observación que estaba haciendo borracha, que no se refería a nada concreto, igual a esa vez que le dijo: "Quiero que comiences a poner tu cabeza en orden". La observación no significaba nada, y la dejó pasar.

—Frank —dijo—, debes cambiar tu apellido ¿escuchas? No seguiré llamándome Sra. Klein.

Varias personas la escucharon y rieron ruidosamente, de modo que Lois y Frank los escucharan festejando la ocurrencia.

—Si ustedes se llamaran Sra. Klein —dijo ella dándose vuelta hacia los hombres que estaban riendo—, no les gustaría tampoco ser Sra. Klein.

Siendo todos hombres, rieron más fuerte.

—Bueno, tú te casaste con él ¿no? —dijo un hombre— y suponemos que debes llevar su apellido.

—Si él cambiara su apellido —dijo otro de los hombres—, ¿cuál te gustaría?

Frank puso la mano en su vaso, como diciéndole que debían volver a casa, pero ella sin apartarle la mano bebió deprisa y fuera de sí.

—No tengo pensado qué apellido busco —dijo confundida.

—Bien, no vas a cambiar de apellido —dijo Frank. — Los señores lo saben.

—¿Los señores? —le preguntó ella. — Bueno, yo no sé por cuál apellido quiero cambiar —confesó a los hombres.

—Tú no tienes cara de Sra. Klein —dijo uno de ellos, y comenzó nuevamente a reír.

—¡Ustedes no son amigos! —les dijo ella con voz fuerte.

—¿Qué somos entonces? —preguntaron.

—¿Por qué no tengo cara de Sra. Klein? —insistió.

—Nunca te miraste en el espejo? —replicó uno de los hombres.

—Debemos irnos, Lois —dijo su marido.

Se quedó ahí sentada como si acabara de oír la última de las numerosas verdades que pudiera escuchar sobre ella.

—Quiero saber cómo podré salir de esto —dijo ella.

—De qué, querida —se sorprendió. Se sintió repentinamente tan triste que hubiese deseado estar muerto, pero a esa altura aún era capaz de responder.

—Del lío en que parece me metí —le comentó.

Los hombres se habían apartado ya y seguían riendo entre ellos. Frank y Lois no notaron esta risa.

—No voy a cambiar mi apellido —dijo él, como para sí. Entonces, volviéndose hacia ella: —Se supone que uno no debe decirle a un borracho que su capricho demente es demente, pero igual te lo digo y tal vez se lo diga a todos los hombres presentes.

—Tengo que cambiar de apellido, Frank —le dijo. —Tú sabes que no soporto más ser torturada. Es demasiado doloroso y ya no soy joven. Me estoy volviendo vieja y gorda.

—Nunca aceptaría una esposa vieja o gorda —dijo él.

—Sólo que no puedo ser la Sra. Klein y enfrentar el mundo.

—Cuando quieras dejarme, hazlo —dijo él. — ¿Quieres que te deje?

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó. — ¿Qué es eso

de dejarme?

—Una palabra más sobre el cambio de apellido y me largo.

—No sé de qué estás hablando. Tú sabes que no puedes dejarme. Qué haría yo, Frank, a mi edad.

—Ya te dije que no aceptaría una esposa vieja.

—No puedo encontrar a nadie ahora, Frank, si tú te vas.

—Entonces deja de hablar sobre cambiar nuestro apellido.

—¿Nuestro apellido? Yo no sé qué quieres decir con eso de nuestro apellido.

Le sacó la bebida de su mano y cuando ella rogó y gimió le pegó no muy gentilmente sobre la boca.

—¿Qué significó eso? —inquirió ella.

—¿Vienes a casa, Sra. Klein? —dijo, y la golpeó de nuevo.

Su labio estaba cortado sobre sus dientes, tanto que pudo verlos comenzando a sangrar.

—Frank, te estás abusando de mí —dijo, pálida y con los ojos desorbitados, como si sintiese la sangre ligeramente mezclada con el gin y la soda.

—Sra. Klein —dijo él imbecilmente.

Era una de esas jaranas largas y aburridas donde nadie en realidad sabe de nadie y donde la gente puede ser arrojada por la ventana sin que nadie lo note hasta la mañana siguiente.

—No iré a casa como Sra. Klein —dijo ella.

El la golpeó de nuevo.

—Frank, no tienes derecho a golpearme sólo porque yo aborrezca tu apellido.

—Si detestas mi apellido, ¿qué es entonces lo que sientes por mí? Te comportas en el acto como mi esposa o no.

—No quiero tener bebés, Frank. No pasaré por eso a mi edad. Categóricamente no.

El la golpeó de nuevo, tanto que ella cayó sobre el piso. Pero esto tampoco pareció sorprenderlos, ni a él ni a ella, porque ambos continuaban la conversación.

—No puedo decidir qué haré —dijo ella, llorando un poco. — Pero sé por supuesto lo que me conviene hacer.

—O sales conmigo de aquí como la Sra. Klein o me voy solo a un hotel. Aquí está la llave de la casa —dijo, y se las arrojó al piso.

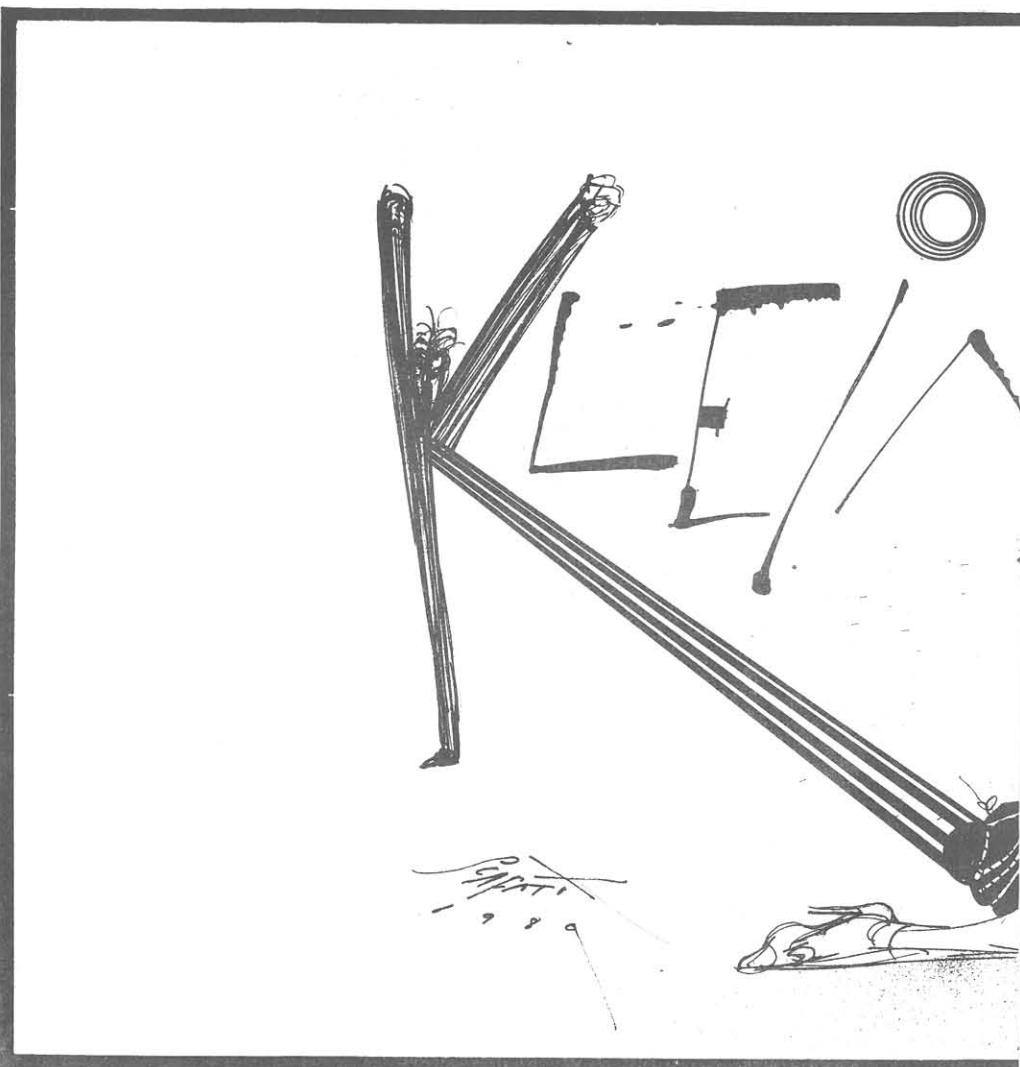
Varios de los hombres que se encontraban en la reunión habían comenzado a notar qué ocurría realmente. Al principio pensaron que el matrimonio estaba payasando y comenzaron a reunirse en un círculo. Pero había algo perverso y solemne, algo que no despertaba el interés y a la vez retenía la atención. Entre otras cosas, el vestido de la Sra. Klein se había levantado y dejaba expuestas sus piernas, que no eran bellas.

—No me decido a seguir llevando su apellido —explicaba ella desde el suelo a los hombres.

—Bien, es un poco tarde, ¿no es así, Sra. Klein? —dijo uno de los hombres con voz soñolienta.

—Nunca es tarde ¿verdad?, yo no creo —inquirió ella.

—Oh, para mí es así, aunque me sienta vieja.



verdadero apellido

Ilustración de Luis Scafati



—Bueno, tú no eres joven —arriesgó el mismo hombre. —Eres demasiado grande para estar tirada allí.

—Mi marido no comparte mi punto de vista —explicó ella. —Y por eso no comprende que su apellido no se adapta a mí. He sido soltera demasiado tiempo, supongo para renunciar repentinamente a mi propio apellido. Siempre he sido conocida profesional y socialmente bajo mi propio apellido y créanme que es duro cambiar ahora. No pienso que pueda ir a casa con él a menos que me lo deje cambiar.

—Tienes sólo dos minutos —dijo el Sr. Klein.

—¿Para qué? Sólo dos minutos ¿para qué? —sollozó ella.

—Para que decidas con qué apellido saldrás de aquí.

—Ya sé, señores, —dijo ella— cuál es la decisión sensata. Mañana, claro, cuando esté sobria, desearé haberla tomado.

Dándose vuelta hacia Frank Klein, ella dijo simplemente: "Puedes seguir tu camino sin mí".

El echó una mirada rápida a su alrededor, como si buscara una puerta por donde salir y luego miró hacia atrás viéndola en el piso, como si no pudiera tomar una decisión.

—Recobra el juicio —dijo Frank Klein apocadamente.

—Hay cientos de Klein en la guía de teléfonos, —continuó ella, —pero cuando la gente la use para buscar mi apellido reconocerán que yo fui la única mujer que sigo estando con mi especial y propio apellido.

—Por Dios, Lois —dijo él tomando un peculiar color verde.

—No iré contigo como la Sra. Klein —dijo ella.

—Bueno, déjame ayudarte a levantar —dijo él.

Ella se acomodó para dejar que la ayudara.

—No iré a casa contigo, te enviaré en un taxi —le anunció.

—¿Me vas a dejar? —quiso saber ella.

No sabía qué decir. Sentía que una respuesta, cualquiera que fuese, le destrozaría el cerebro. Se quedó parado ahí, con una expresión vacua y demente en los ojos y labios.

Todos se apartaron de ellos. Se produjo un silencio en el tocadiscos y en la TV, que habían estado funcionando al mismo tiempo. La reunión había terminado y la gente se disputaba los taxis desde las ventanas.

—¿Por qué no quieres venir a casa conmigo? —murmuró ella.

De repente él se apresuró a salir por la puerta sin esperar.

—¡Frank! —lo llamó, y algunos de los hombres del grupo anterior vinieron y bromearon con ella.

—Se fue como si fuera un chico, sin ningún sentido de responsabilidad —les dijo ella sin expresión alguna en su voz.

Ella también se apresuró a salir, sin aguardar a ponerse el saco correctamente.

Se detuvo afuera, en el otoño frío y tiritó. Algunos chi-

cos iban disfrazados con ropas de Halloween.

—¿Está disfrazada de algo? —dijo uno de los chicos insipidamente.

—¡Frank! —comenzó a llamarle. —No sé realmente qué es lo que está pasando —se dijo a sí misma.

De repente él se acercó a ella por detrás de una cerca próxima a donde estaba parada.

—No me decido a abandonarte —dijo él.

Ella pensó por un momento pegarle con su cartera que había recordado traer, pero no haría nada por ahora, solamente lo vigilaría.

—¿Vas a cambiar tu apellido? —dijo ella.

—Podemos vivir juntos como hasta ahora lo hemos hecho —le dijo sin mirarla.

—No podemos estar casados, Frank, con ese apellido entre nosotros.

De pronto la golpeó y la tumbó sobre el pavimento.

Ella estuvo acostada allí un instante antes de decir nada.

—¿Estás consciente? —dijo él agachado sobre ella.

—Dime si estás lastimada —quiso saber.

—Lastimaste algo en mi cabeza, pienso —dijo ella, incorporándose débilmente sobre un codo.

—Estás cercana a sacarme de las casillas —dijo él, y hacía extraños sonidos en su boca. —Tú no entiendes lo que significa tener el propio apellido puesto en ridículo. Eres una persona tan cruel, Lois.

—Ambos podemos cambiar nuestros apellidos, si quieres —dijo ella.

—¿Por qué me torturas? —dijo él. —Por qué no puedes controlar tu poder de torturarme.

—Entonces no debemos pensar más el asunto, vamos a casa —dijo ella, con una voz indiferente y consolante.

—Sólo pienso que estoy harta —le advirtió.

Debemos ir a casa, dijo él con una voz estúpida.

—Te dejaré que me llames Sra. Klein sólo esta noche, mañana tendremos una buena charla.

Al momento ella cayó a la vereda.

Algunos hombres jóvenes se acercaron desde la fiambrería en la que se hallaban haciendo inventarios y preguntaron si había algo que ellos pudiesen hacer.

—Mi esposa cayó sobre la vereda —dijo. —Pienso que está todo bien. Estaba hablando conmigo un momento antes.

—¿Dijo que es su esposa? —inclinándose el hombre más joven para observarla.

—Sra. Klein —respondió Frank.

—¿Usted es el señor Klein, entonces?

—No entiendo —dijo el mayor de los jóvenes. —Usted por alguna razón no parece ser su esposo.

—Nos casamos hace seis meses.

—Pienso que debería llamar a un médico —dijo el más joven. —Está sangrando por la boca.

—La golpeé en una reunión —dijo Frank.

—¿Cuál dijo que era su apellido? —preguntó el mayor.

—Klein. Ella es la Sra. Klein —les dijo Frank.

Los dos hombres de la fiambrería intercambiaron miradas.

—¿Usted le pegó? —preguntó uno de ellos.

—Sí —dijo Frank. —La golpeé. Ella no quería ser la Sra. Klein.

—Usted está borracho —arriesgó uno de ellos.

Lois de repente volvió. —Frank, tienes que llevarme a casa —dijo. —Algo está mal en mi cabeza. Mi Dios —comenzó a lamentarse. —Me duele muchísimo.

Frank la ayudó a levantarse de nuevo.

—¿Este es su marido? —preguntó uno de ellos.

Ella asintió.

—¿Cuál es su apellido? —quiso saber.

—Ese no es su asunto —dijo ella.

—¿Usted es la señora Klein? —dijo él.

—No —replicó Lois. —Yo casualmente no soy la Sra. Klein.

—Vamos, J.D., no tenemos por qué tomar parte en este lío —dijo el hombre más joven. —Qué carajo nos importan sus apellidos.

—Bien, yo no soy la Sra. Klein, quienesquiera que sean ustedes —dijo ella.

Inmediatamente después ella golpeó a Frank con su cartera y él, sorprendido, retrocedió contra la pared.

—Llárame un taxi, tacaño hijo de puta —dijo ella.

—¿No ves que estoy sangrando?

(1956)

(Traducción de Oscar Scopa)

Nacido en Ohio en 1923, James Purdy ha escrito algunas de las mejores narraciones posteriores a las de los grandes monstruos de la primera mitad del siglo. Malcolm, El sobrino, Comienza Cabot Wright, Color de oscuridad son algunos de sus títulos. El relato que aquí se ofrece en versión especial para Babel forma parte del volumen Color de oscuridad, editado en español por Seix Barral. Casi ignorada por la crítica norteamericana, la obra de Purdy ha recibido calurosos elogios de colegas de la talla de Tennessee Williams y Katherine Anne Porter, entre otros.

A propósito de El péndulo de Foucault

El oficio del bufón

Por Ricardo Ibarlucía



Es lícito afirmar que Umberto Eco hubiera podido ser Salman Rushdie. El hombre que escribió *El péndulo de Foucault*, el semiólogo de la criptocracia y el esoterismo, el académico diletante que coleccionó miles de citas sobre la Cábala, la tradición hermética y la Orden de los Templarios hubiera podido tejer conspiraciones no menos apocalípticas e integradas que *Los versos satánicos* o el régimen de Khomeini. De hecho, su libro mereció la condena de *L'Osservatore Romano*, el periódico oficial del Vaticano, que lo juzgó felizmente herético y dijo que era obra de "un tostón fabulador que deforma, profana y ofende".

Inverosímil compratriota de Giordano Bruno, Eco goza (¿o adolece?) de la fama de ser el novelista de nuestro *fin-de-siècle*. Unos dirán que es conveniente esa celebridad, otros que es sencillamente absurda; nadie objetará, sin embargo, que es poco estimulante. *El péndulo de Foucault* es de un espesor que abruma; en la elegante edición italiana, *in octavo* y con letras doradas, consta de quinientos dieciocho páginas, que incluyen dos índices y seis ilustraciones. La letra es pequeña (cuerpo nueve) y cada página ostenta cuarenta líneas de setenta caracteres, a lo cual se suma que una quinta parte del texto (aquella que transcribe los archivos de una computadora) está compuesta en una tipografía aún más reducida. Si esta segunda novela de Eco hubiera merecido el mismo tratamiento que *El nombre de la rosa*, habría ocupado alrededor de novecientas páginas, casi la extensión de *Ulises*.

Empezaré por considerar la faz novelesca de *El péndulo de Foucault*. Mi fin es literario, no esotérico; de modo que omitiré, deliberadamente, cualquier estudio (o apariencia de estudio) de la filiación cabalística de la obra. Básteme copiar que su título no alude a cierto filósofo de aspecto monacal que escribió *Las palabras y las cosas*, así como tampoco al cuento de Edgar Allan Poe "El pozo y el péndulo"; el instrumento en cuestión es una esfera de veintiocho kilos, que cuelga de una soga de sesenta y siete metros, inventada por el físico Jean-Bernard-Léon Foucault en 1851 para demostrar la rotación de la Tierra. Una réplica en escala reducida puede verse en el Conservatorio de Artes y Oficios de París; se trata de una esfera espantosa, como la de Pascal, cuyo centro estaba en todas partes y su circunferencia en ninguna.



La historia de El péndulo de Foucault es engañosamente original. Tres redactores (como Bouvard y Pécouchet, cuyo oficio era el de copistas) traban una estrecha relación, que cifra su fidelidad en el estudio de las ciencias ocultas, las sociedades secretas y la historia de las conspiraciones universales. Intoxicados con sus lecturas (como Alonso Quijano con las novelas de caballería), conciben el plan de la divertida fabulación de unos payasos (como Gargantúa y Pantagruel, que rebajaban por la risa el poder y lo sagrado), pero fatalmente se involucran en el juego (como Fausto en el de Mefistófeles) y acaban envueltos en una aventura que no excluye amor, muerte y demonismo.

Quien narra la historia es Casaubon, un joven intelectual que ha escrito su tesis de doctorado sobre la Orden de los Templarios. Los otros dos protagonistas son Diotavelli, un místico profano, y Jacopo Belbo, un literato fracasado que sólo es sincero con su computadora, llamada Abufalia en homenaje al filósofo judío de la Edad Media. El relato está dividido en diez capítulos, según los *sefirot* de la Torá (*keter, hokmah, binah, hesed, geburah, tiferet, negah, hod, jesod, malkut*). Los capítulos se subdividen en ciento veinte episodios, que escanden simbólicamente la marcha de los caballeros templarios a través del tiempo. Cada episodio a su vez está precedido por la cita de un autor hermético; doy algunos nombres: Cesare della Rivera, Wolfram von Eschenbach, Kamal Tomblatt, Segiej Nilus, Paracelso, William Shakespeare, Woody Allen...

El péndulo de Foucault fue publicado en Italia, con el sello de la editorial Bompiani, en octubre de 1988. En diciembre, Anthony Burgess ensayó esta definición: "El libro de Umberto Eco es un libro implacablemente posmoderno... En él no hay falsa erudición, como la que se halla en Nabokov o en Borges; en todo caso, se trata de una erudición puesta al servicio de lo lúdico en forma total." Apenas ayer, el escritor británico confirmó: "Podemos decir que el libro es un triunfo intelectual si no un triunfo novelístico. Ningún hombre puede saber tanto. No es la obra de un hombre de letras, sino la de un hombre que acepta la democracia de los signos..." Falacias grotescas o sofismas insolentes, estas palabras explican de algún modo el motivo de mi reseña¹.

Valerio Riva, en *Il Corriere della Sera*, ha declarado que El péndulo de Foucault es "una selva inmensa"; me permito, pues, algunas advertencias al desprevenido explorador. Las primeras páginas de la novela, en efecto, no son fácilmente transitables. No lo digo por la cita en hebreo que las preside, ni por las sistemáticas alusiones al *corpus hermeticum*; lo digo por la excesiva glosa y la artificial respiración de

los hechos. El quinto episodio, sin ir más lejos, puede descorazonar a cualquiera que no esté familiarizado —el verbo es atroz— con los ordenadores personales. No obstante, a partir de la página setenta y cinco, cabe decir que empieza la aventura o lo que así llamamos. Llega a la editorial Garamond, donde transcurre gran parte de la historia, el siniestro coronel Ardenti, quien cree haber descifrado el mensaje en clave de la conspiración de los caballeros templarios.

No se puede leer El péndulo de Foucault sin percibir cierta nostalgia de la buena prosa; Eco escribe en un italiano abominable que oscila entre la solemnidad de un informe a la academia y el balbuceo incomprensible de un idiota. A partir del cuarto capítulo, la acción se desplaza de Milán a Brasil, con mucha samba, macumba y algo de sexo. Este intermezzo es, sin duda, tortuoso y no faltará quien prefiera, llegado el momento, flagelarse con toda una novela de Jorge Amado. Posteriormente, la aventura invade el ámbito de los complotis internacionales. Unas veces se habla del Sangraal, Nostradamus y los rosacruces; otras, de los jesuitas, Hitler y los protocolos de los sabios de Sion. De la página cuatrocientos veintinueve en adelante, se trata de un puro *thrilling* del horror, que previsiblemente toca su fin en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, donde el cadáver de Jacopo Belbo cuelga del péndulo de Foucault, convertido así en el punto inmóvil en torno del cual gira la Tierra.

Un párrafo aparte merece la secuencia erótica que protagoniza la hermosa brasileña Amparo y el joven Casaubon. Imagine el lector un diálogo breve, saturado de citas referidas al tema que ambos han estado discutiendo. "La aurora de los rosacruces acaricia dulcemente las olas..." Casaubon musita al oído de la muchacha: "Eres mi *Atalanta Fugiens*" (en alusión a un libro de Michael Maier, escrito en el siglo XVIII y colmado de jeroglíficos); Amparo, estimulada por las palabras de su amante, descubre su "Arcana Arcanissima, el Vellocino de Oro, pálido y rosa como una concha marina" (la frase remite a otro libro de Maier sobre los rosacruces). Casaubon exclama: "Oh, el *Tintinnabulum*" (hace referencia al *Tintinnabulum Sophorum*, escrito por un tal Mundus cuando empezaba la Guerra de los Treinta Años); Amparo replica: "¡Oh, la *Turris Babel*!" (título del libro de Johannes de Valentin Andreae, que precisaba la fecha de la llegada del Anticristo). La escena concluye con una nueva cita de Maier: "Sss... *Silentium post clamores*."

La justificación de El péndulo de Foucault, me atrevo a sugerir, no es estética sino semiológica y poco o nada tiene que ver con el arte narrativo o la parodia. Una cosa es el juego de las citas y otra el mero oficio de coleccionar frases y transcribir fragmentos. Programáticamente, Eco utiliza la literatura como un sucedáneo de la



teoría y un instrumento para la fabricación de artefactos semióticos. Su idea de la novela, por así decirlo, está condensada entre las páginas trescientos y trescientos dos, en las que desarrolla el concepto de "poligénesis literaria". El procedimiento es la conexión que modifica la perspectiva; el criterio, la sospecha, que permite descubrir relaciones maravillosas. Un ejemplo de "poligénesis literaria" es el oscuro parentesco entre Debussy y la Orden de los Templarios; otro, la secreta vinculación entre la Cábala y las bujías de un automóvil. El método, llevado al absurdo, se reduce a El péndulo de Foucault.

El arduo proyecto de Eco ha sido el de forjar una alegoría, un simulacro narrativo que comportara simultáneamente, según la frase de Barthes, "teoría, combate crítico y placer". La razón de su fracaso, me inclino a pensar, es el impulso mismo que lo ha llevado, tras los pasos de la "deconstrucción" de Derrida, a apuntalar el carácter suplementario y el "valor excedente" de la escritura. En busca del relato perdido, El péndulo de Foucault postula la *minesis* sin referente, la mímica que no imita nada, la copia de la copia, el vertiginoso *regressus in finitum* del significante. El rapto estético, por lo demás, concita el arte del archivo, el juego pueril y peligroso de Bouvard y Pécouchet. Si el emblema de El nombre de la rosa era la biblioteca laberíntica de Borges, el de El péndulo de Foucault es el museo sin paredes de Flaubert. Toda la obra, en efecto, descansa sobre la utopía arqueológica del ordenamiento y la clasificación; no en vano sacrifica en el altar del posmodernismo: su fetiche es el fragmento; su ritual, el montaje o collage.

Se ha observado que Bouvard y Pécouchet es la tragedia de un Fausto que fuera también un idiota; yo entiendo que El péndulo de Foucault es la comedia de un idiota que pretende pasar por Fausto. No es un simple juego de palabras: el libro de Eco reniega de la novela moderna no sólo en cuanto forma narrativa, sino también en cuanto forma de la crítica. Si Bouvard y Pécouchet se propone la revisión de las "Idées Réçues" a mediados del siglo XIX, El péndulo de Foucault celebra la epopeya de tales ideas a finales del siglo XX. Dicho de otro modo, lo que para Flaubert es la paródica compilación de frases triviales y opiniones absurdas, para Eco es el colmo de las alusiones sutiles, de la erudición y la intertextualidad. Así como Flaubert interpreta la sátira de unos sujetos grotescos, ridículos y deleznales, Eco perpetúa la mímica de las más fúnebras y estériles hazañas de la estupidez humana.

Burgess ha adivinado en esta mímica el juego de un *grande buffone*, de un hombre que respeta "la democracia de los signos" y al que en adelante todos debemos esforzarnos por imitar. No pretendo escarnecer este anhelo, que la concisión y la mordacidad de un Jonathan Swift hubieran atribui-

do a simios o enanos; yo creo ver en él un símbolo de esta época distraídamente infame. El doble del idiota —la otra cara del *sot flaubertiano*, el reverso de ese *fool* que Shakespeare suele revestir con las insignias del bufón —es el pícaro o bribón, el *knave* y el villano, lo que Stendhal llamó *le coquin fieffé*. "En el mundo están los cretinos, los imbéciles, los estúpidos y los locos", comenta uno de los personajes de El péndulo de Foucault. Burgess unge a su autor con el título de bufón, pero su testimonio —o el del propio Eco, si se quiere— nunca será tan convincente como el texto mismo de la obra, que parece imponerle el epíteto "canalla"².

Una estimación final sobre el lector de Eco. Este es a menudo un espíritu abnegado y supersticioso, para el que la información es un evangelio; al acecho de buenas nuevas, se interesa menos por el arte que por la semiótica o el periodismo de la cultura. No alcanza a ser un snob, pero es desesperadamente ecléctico; a la vez apocalíptico e integrado, suele pavonearse con el fin de la modernidad o pondera la reconciliación de la academia y el kitsch. A este individuo, como me decía un amigo, no le gusta Bugs Bunny sino Roger Rabbit; prefiere Wenders a Godard, Baudrillard a Barthes, Warhol a Duchamp, Pat Metheny a Miles Davis, Sarduy a Lezama Lima, Burgess a Borges y Maradona a Pelé. *Hypocrite lecteur —mon semblable, mon frère!* ¿Qué puedo recomendarle sino que leas libros? ¡No compres más Babel!

NOTAS:

¹ Acaso por un exotismo de la política argentina, el primer artículo de Burgess fue publicado en las páginas culturales de El Ciudadano; el segundo, en el número 13 de Babel.

² Este invierno he releído y abrumado de notas manuscritas *Timón de Atenas*; parafraseando a Bernard Shaw, me atrevo a declarar que su argumento es la tragedia del hombre de ideas modernas, como optimista y filántropo. Todo intelectual, ciertamente, es un canalla y un bufón (*always a villain's office or a fool's*); su coloración política, por así decirlo, depende de la preeminencia que tenga un papel sobre el otro. El intelectual de izquierda, como ha observado Jacques Lacan, suele ser un loco y un tonto, una sombra feliz y un espíritu humanitario. El intelectual de derecha, en cambio, es a menudo un bribón; cínico y realista, no tiene escrúpulos de conciencia y se presenta en sociedad como un villano consumado.

Shakespeare, famosamente, ha hecho decir a Macbeth que la vida es el relato de un idiota (*a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing*). Yo ignoro si existe una dialéctica de la estupidez humana; de lo que estoy seguro es de que toda empresa intelectual comporta una paradoja. Frecuentemente, el bufón y el canalla intercambian sus roles; en consideración a los resultados, uno vale lo que el otro y ambos hacen lo mismo. Por cierto efecto de quiasmo, un ejército de bribones comete una tontería, del mismo modo que una comparsa de locos ejecuta infaliblemente una canallada. El estilo individual del bufón deviene el del villano cuando se generaliza.



¿Qué hay, pues, entre los mortales que no sea hecho en plena locura, por locos y para locos? (Erasmo de Rotterdam).

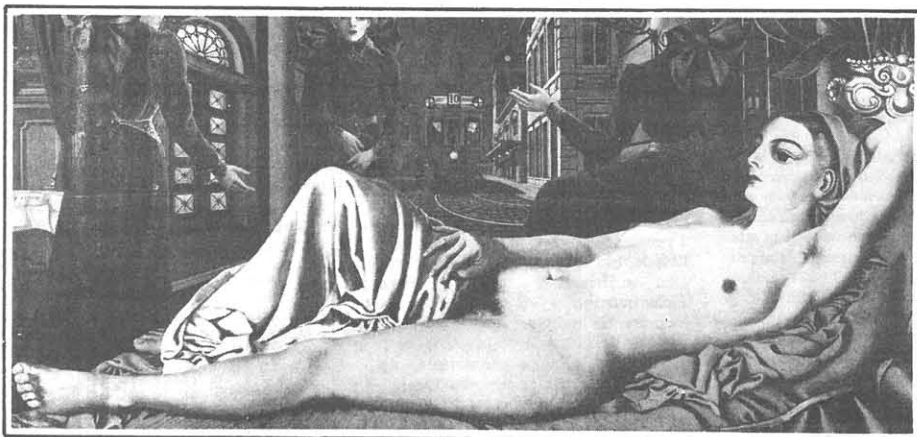
Las combinaciones debidas. Armando Romero. Último Reino. Buenos Aires, 1989, 69 págs.



Poco o nada se edita en la Argentina a poetas latinoamericanos de las nuevas generaciones, claro que, para ser justos, tampoco se editan poetas norteamericanos o europeos; pero, si en este último caso la cuestión estaría algo justificada por los altos costos de derecho de autor y por la dificultad de traducir poesía (los resultados no siempre son favorables, aunque a las editoriales españolas esto parece importarles una hostia), la ausencia de ediciones de poetas latinoamericanos contemporáneos es sencillamente incomprensible. Siempre hay excepciones: la editorial Último Reino es una de ellas. Poco a poco ha ido incorporando a su ya extensa colección títulos como *El libro de unos sonidos*, antología de la poesía peruana, *El hueso de la memoria* de la chilena Verónica Zondek, *El carrilón de los muertos*, *Carece de causa*, ambos del cubano José Kozer

zado de mil nuevas amenazas posibles, el Tiempo, lentamente, se deslizaba, semejante a una interminable infancia", se nos invita a la construcción de un mundo. Infancia y pueblito como primera y última pertenencia. Después todo es ajeno salvo el recuerdo ("Mi infancia ya no estaba allí cuando vino el radio-patrulla a buscarla"). Romero, al igual que el cubano Kozer, reside hace algunos años en Estados Unidos; en ambos la evocación del lugar de origen es medular en cada uno de los textos. Pero lo que para el cubano deviene en plegaria o colaboración mística en Romero se convierte en reconstrucción de la aventura, una fundación de epicidad doméstica, anecdótica, donde el paisaje es aquel que el adulto ve desde los ojos del niño ("Desde la mañana todo tenía que ir a su sitio para que la cometa volara"). Este sitio es el lugar en que el autor se instala para retornar al propio paisaje, para reafirmar su propia voz. Así surgen en los textos selvas y guayabas y calles de polvo que nada deben al pintoresquismo tropical, o a la corte garcimariniana, sino que responden a una necesidad de recuperación: "Lastimosamente, no todo el mundo se quedó allí lo mismo/ A la espera de que el aquí detenido/ Parado en el fuego de esa esquina/ siguiera intentando recuperar la realidad."

No es nostalgia la palabra que emana de estos textos, ni tampoco melancolía; tal vez habría que pedirle al portugués la intraducible "saudades" que tanto se asemeja a un lento gesto de despedida con una promesa de retorno.



(Ver Babel N° 13), y recientemente *Las combinaciones debidas*, del colombiano Armando Romero.

Nueve libros publicados en Caracas, Bogotá y Madrid, desde 1975 hasta la fecha, hablan por cierto de una trayectoria de este poeta nacido en Cali, en 1944. Nada podemos decir de sus trabajos anteriores, la información de contrapunto no indica si todos ellos son libros de poesía, o si ha incurrido en el relato o el ensayo; pero, a juzgar por el libro de que se ocupa esta reseña, sería interesante que se editaran aquí algunos de ellos. Un poeta no es nunca un libro de poemas, como un cineasta no es nunca una película. Aquí también hay excepciones y, en algunos casos, es hasta mejor que así sea. De todos modos, si Romero hubiera escrito sólo este libro, merecería la delicadeza de su lectura para corresponder, cuanto menos, a la delicadeza con que fue concebido.

Las combinaciones debidas son aquellas que nos permiten reconstruir algo perdido, y para Romero es el lugar natal. Desde la cita de Michaux que abre el libro ("Amen-

Las combinaciones debidas deberían leerse como si alguien nos invitara a ver un viejo álbum familiar, donde las fotos, a medida que se abrieran a los ojos, recuperarían color, olor, movimiento. Si bien muchos de los poemas se acercan a lo narrativo, estructurados en pequeñas series donde existe el germen de un relato, a veces dan lugar a ciertos juegos rítmicos que no convienen a la breve intensidad de los mismos. Pero esta salvedad, una pequeña costura en la filigrana, no hace más que destacar el pulso artesanal con que fueron escritos.

En las combinaciones de la memoria no todos los elementos deben encajar a la perfección.

Romero elige el recuerdo de un sabor, y ese sabor es el que perdura después de haberlo leído. Los *gourmets* pedirán más, los que saben que el placer está en el instante de morder la fruta y saborearla después quedarán más que satisfechos. Es decir, sabrán leer poesía.

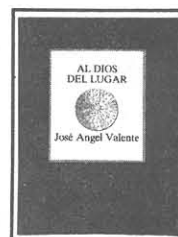
Alejandro Ricagno

Al dios del lugar.

José Angel Valente.

Tusquets. Barcelona, 1989, 109 págs.

Alrededor de A 17.500



José Angel Valente tenía siete años en 1936, y era gallego. De Orense, provincia de robustos hórreos y trigales benévulos al paso del Miño. Sigue siéndolo. Pero Valente —como la heterodoxa María Zambrano— ha preferido sin embargo el lugar antes que la patria. La inadmisible animación natural que precipita al extranjero antes que el realismo pequeño y de falsificaciones nativas. "Los dioses están de vuelta", opinó René Char en una de las Nueve Gracias. Y Valente es un desconocido entre nosotros. Toda su poesía hasta 1972 está reunida en un solo volumen publicado por el memorable Barral bajo el título de uno de los poemas: Punto cero.

Valente ha continuado su obra; pocos años antes de aquella edición estuvo en Buenos Aires. Un taxi lo llevó desde Callao al 800 hasta la Biblioteca de la calle México. Su director los recibió con paciente cortesía. Hablaron de Unamuno, de Cansinos, de Raquel Adler, de la Odissea. Pronto, el director le confió una flagrante superstición de la niñez. Si al pagar con dos monedas de un peso por una cifra inferior a la suma de ambas se reciben algunos centavos de vuelto ¿a cuál de las dos monedas le pertenecen? ¿A la más antigua, suponiendo que una lo fuera, y por el solo prestigio de la antigüedad, o a la otra? En fin, el humor. Pero esta lógica pueril, parecida a la de un irlandés en bicicleta que quiere pasar todas sus piedras de un bolsillo a otro conservando el orden de la primera vez, no es ajena a la del *deus ex machina*.

La distractiva historia de las monedas de un peso sirve para ilustrar, creo yo, la correspondencia tan enredada que hoy tenemos con la poesía española. Hecha de breves desencuentros modernos, la mirada de acá se ha detenido en los ajetreos poemas civiles. Leer a Valente quizá sea un motivo de revocación, de vecindad y hallazgo.

Al dios del lugar es un libro de madura claridad. Pocas y rotundas palabras lo llenan. "Sólo en la ausencia de todo signo/ se posa el dios". Una voz meditativa, a veces cansada, le proporciona la elegancia de acento que le hace decir, en homenaje al pintor Antoni Tàpies: "Escribo/ escribiste sobre sombra, sobre cuerpo, donde/ viene la luz a requerirte oscura". Lo claro, lo oscuro que *Al dios del lugar* ensaya pensar en controversia. Lo que Gracián llamó *sutiliza en el concepto* y mostró en un bello soneto de López de Zárate que no desmerece los poemas de Valente: "Esta sombra del sol, si no primera/ Causa, principio y juventud del día/ Luz de Dios, que tenebras nos desvía/ (...) A lágrima de luz, velad dormidos". "La declinación oscura de la luz", dirá el autor, pero inclinándose por un equilibrio optimista poético. El lector encontrará en este libro un prodigio de vaivenes musicales, una nutrida precisión en las ideas.

Leer pues a Valente con Baltasar Gracián en la mesa de luz y encontrar al concluir su *Agudeza y arte de ingenio*, de 1648, estas palabras admirables: "la materia es el fundamento del discurso; ella da pie a la sutileza. Están ya en los objetos mismos las agudezas objetivas, especialmente los misterios, reparos, crisis, si se obró con ellas". Y así, confiar en la historia de las monedas.

Américo Cristóbal

RECIENVENIDOS

7 y 3. Miguel Russo. Calle Abajo. Buenos Aires, 1989, 65 págs. La voz y el ritmo germanianos y también el universo del poeta de Cólera Buey componen este libro, el primero de Miguel Russo. El tango, los días de la infancia, las mujeres imposibles, la felicidad y la derrota bajo un matiz reflexivo y despojado de adjetivos fáciles. El segundo de los poemas del libro sorprende por estar "fecho al

hispánico modo" de los antiguos: "e mandado amonstar dizque/ por la boca suya habla la tierra/ e della ha visto sembrar el horror/ miedo mucho temblores/ e truenos por doquier/ e habitar entre los que llegaron después/ monstruos que meten ruido i muerte".

Pampa argentino. Claudioa Schwartz. Último Reino. Buenos Aires, 1989, 37 págs. Poema único, Pampa argentino está escrito en prosa y abre una lúcida y lúdica combinación con el

relato. La historia de un encuentro. Una mujer y Pampa, un prófugo. No se sabe cuánto tiempo, no se sabe bien dónde. La mañana, la noche, la siesta, una casa, el mar. Y una mirada que roza esos momentos frágiles y piensa a la vez las cochinadas del mundo. "Borrachos de aire tropezando en la arena de los médanos llegar al mar como una primera vez." Abultadas nubes corren bajas sobre nuestras cabezas. Trastabillando nos quedamos a respirar la sal en la piel y los pulmones. // —De aquí salimos

todos —dice Pampa.// La gran profeta mágica es génesis de eternidad.// (...) —Algún día me gustaría viajar a Madagascar.// —Puerto de esclavos —vuelve Pampa.// Lenta historia de la humanidad. Trocar la piel si se pudiera o acelerar chispazo la vida. Duremos alegremente el mínimo indispensable."

Pasaje Renacimiento. Javier Cófreces. Libros de Tierra Firme. Buenos Aires, 1989, 73 págs. Último libro de Cófreces, quien dirige junto con Jonio González y Miguel Gaya la re-

vista *La danza del ratón*. Del autor ya conocíamos otros: *Años de goma* (1982) y *La liebre tesa* (1985). Una melodiosa melancolía se trama en *Pasaje Renacimiento*. La memoria de una calle, de un barrio y una suma de preferencias poéticas. "No nos acordaremos de nada/ ni nada haremos por recordar algo/ No inventaremos/ por el afán de tener/ qué recordar/ No fingiremos reconstrucciones de tardes/ ni noches ni mañanas/ No las hubo/ Habrá que resignarse a esto/ entre otras cosas".

Notas salvajes. Dolores Echecopar. Argonauta. Buenos Aires, 1989, 97 págs.



No es innecesario el título. Notas salvajes es un libro para gustar. Desdeñosa de toda cirugía discursiva, Dolores Echecopar escribe en la contrapata: *la poesía no nos vuelve más eruditos*. Clara contundencia, porque volverse más erudito con la poesía es desplegar una inteligencia tacaña y enfermiza sobre ella. La erudición enseña, y a veces sobre todo enseña una estridente languidez gustativa. No se desprecia, desde luego, la función civilizadora del pedagogo. Descansad. Se señala nada más que un inconveniente entre las ciencias de la educación y la poesía. El cómputo de fichas, la coacción profesional, el próspero y ganancial mecenazgo de la teoría, sus parcialidades—huestes y lagos, ejércitos y coroneles— anhelen no obstante una prueba y una bandera de lo contrario. Los especialistas que se rigen por recursos provinciales no son dichosos con el poema. Esa dicha es una verdad inmediata, pequeña pero lúcida. Y, si lo fueran, lo recubren tras el hielo obsesante del rigor técnico. Tampoco conocen esa suerte los archivistas. Una cosa es la alegría y otra el absurdo, aunque los dos pueden derivar en risa. Para esta cruenta utopía legal lo útil se mide por el sacrificio del gusto, del tacto. Para la concisión de esa frase (la poesía no nos vuelve más eruditos), el poema es una ocasión festiva. Festeja haber llegado, tenido lugar, haberse cumplido. Lo útil del poema es, pues, añadirse y hacer posible otro. Notas Salvajes se reserva esta modesta dignidad: invita al lector, se ofrece.

Hay libros caritativos y libros generosos. Los primeros dan raciones menores y calculadas, y piden a cambio el mérito tranquilo del altruismo. Los segundos regalan todo su exceso. Notas salvajes no pide nada: "es usted una persona tímida y fértil". No quiere saber nada con la claridad: "si tu lengua apoya las cacerías del silencio/ sobre mi lengua/ hablaré". El silencio obra así un encuentro musical, una hermandad con el lector que quiere posarse en su protección.

La preferencia por los grandes espacios, el desierto, la nieve, las ciudades y también los campanarios y las trincheras, componen en Notas salvajes una emoción de aperturas que no se trata en la ironía y no concluye en ella. Al contrario; se acrecienta en un ancho balanceo de fluidez y proliferación. Una violencia materna "para amar para abrir tumbas" y "un plumaje sobre la cara de la vieja nodriza". Una violencia que no afecta la limpidez del tono, ni el andar voluminoso de las palabras, pero que sí busca la amenaza nupcial de la imagen: "los guardianes tienen risas de látigo en la oscuridad". Así las palabras se cumplen en su deseo de libertad. "Cobijo a mi madre. Nunca la ví a plena luz. Su vestido de gasa se oscurece en las fotos y yo la sostengo en el rocío".

Este libro de Dolores Echecopar (1956. Su voz en la mfa, 1982; La tañedora, 1984; El atavío, 1985), por su firmeza sensual, podría tomarse como un cálido trofeo generacional. No sé. Lo cierto es que su término es la parca condición del amor.

Marcelo Torres

Regreso a la patria. Juana Bignozzi. Libros de Tierra Firme. Buenos Aires, 1989, 82 págs.



La generación del '50 fue, para muchos, el acontecimiento de producción poética más importante de las últimas décadas. Desde *Poesía Buenos Aires*, la poética nacional ensayó algunas de sus más inquietantes metáforas, divulgando a poetas de distinto signo (locales y provinciales), cuya actitud común privilegiaba la vida por sobre la literatura. Así, la poesía halló su objeto en la experiencia vital, reinventándola a partir de una escritura que adoptó del simbolismo la imagen perpleja y del surrealismo francés el pulso febril y el tono vanguardista. La horma escrituraria de los poetas del '50 previó también lo social, disponiéndolo en la trama particular de los sucesos esencialmente humanos. De allí para acá, la historia política argentina condicionó (cuando no canceló) la producción grupal. Y, salvo algunas excepciones, la poesía torció su mirada hacia una zona más íntima, individualista y, frecuentemente, metafísica.

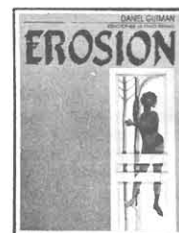
Uno de los antecedentes más urgentes de la generación del '50 fue Juan L. Ortiz. En *El álamo y el viento*, Juan le escribió: "La poesía también fue, la poesía también es, un llamado en la noche". Probablemente, esta confidencia casi programática nos proporcione la clave de lectura apropiada para *Regreso a la patria*. Se trata de un texto sumario en el que el inventario de recuerdos, rebeldías juveniles, consignas de éxito dudoso y muertes fatales demora el plan de su revisión. La requisa, sin embargo, en tanto que testimonio, se torna visceral y resulta sumergida por la voz del que enuncia: es que, precisamente, la voz deviene en grito ("en llamado") y ya no importa tanto lo que se dice como el hecho en sí de decir.

En su propuesta militante resuenan los ecos del folklore sesentista: "los límites se miden desde el comienzo/ el final se valora desde el vamos". Pero, en este caso, se cierra el espacio de la reflexión, su suspende la polémica, el texto gira en torno del yo poético, celebrando su circunstancia melancólica, elevando su voz hasta el grito, o, lo que es lo mismo, implantando el silencio como imperativo fundante. A la manera de una letanía ritual, el texto devela su única dirección: "arreglaré mi cuenta con algún país/ porque ya quiero empezar a olvidar". Luego, el mundo creado es un universo unitario en el que se disipan las referencias externas y el discurso se convierte en un monólogo replegado sobre sí mismo, en un obstinado aislamiento, indiferente al tiempo y a la historia común: "soy el gran escenario y el mayor espectáculo (...). las décadas no han pasado/ yo camino sola en la luz de la tarde". Entonces, un cierto orden de autoridad parece contaminar el verso y desde esa autoridad lo que se defiende es el privilegio de decir como acto reservado a los "lúcidos", aquellos en los que "nadie cree", aquellos que "siempre pierden".

Con un escepticismo prolijamente intelectual, inminencia de una memoria que no excede la desesperación, *Regreso a la patria* da cuenta de la necesidad de la propia palabra como salvoconducto ante el horror a la propia noche y a la propia patria.

Marité Iribarren

Erosión. Daniel Gutman. Último Reino. Buenos Aires, 1989, 45 págs. Alrededor de A 5.000



Erosión es un largo poema con pretensiones filosófico-simbólicas. El argumento es más bien sencillo. Narra el encuentro de dos palabras (Eros y Sión) en una tercera (obviamente: *Erosión*).

Por supuesto, ambos términos están cargados de alusiones culturales que el autor se encarga de hacer explícitas. Versos como "río con prisa que no aguarda dos veces al mismo hombre/flecha que nunca termina de partir del arco" convocan los fantasmas Heráclito, Zenón y otros sin ocultar demasiado sus decorosos huesos. Gente que, en muchos casos, sólo tiene en común el hecho de haber sido griegos. Un primer procedimiento, entonces, la cita descarnada. "Cita./Encuentro a solas./Eros busca a Sión que busca a Eros./En su hallazgo la pugna se resuelve en pacto./En su refriega de palabras creció este poema".

Estos son los últimos versos, donde, por si no habíamos entendido, se nos explica lo mismo por enésima vez. Los procedimientos se mimetizan con el argumento. El poema narra su propio hacerse como tal.

Para ello, nada mejor que contarnos su ars poética. "La ley de este poema pronuncia/se niega el asilo verbal a la palabra yo." La crisis del sujeto ha llegado también a la poesía.

Un segundo procedimiento consiste en el uso de cierta simbología numérica proveniente de Pitágoras (o mejor dicho, del pitagorismo). También los cuatro elementos (tierra, agua, fuego y aire) hacen aquí acto de presencia. Mucho de la parafernalia presocrática aparece en *Erosión*. En particular, la de aquellos que Bertrand Russell calificó como "una mezcla de filósofo, profeta, hombre de ciencia y charlatán"; Pitágoras y Empédocles, por ejemplo.

Nunca me he sentido demasiado atraído por este tipo de simbolismos con pretensiones de trascendencia. Versos como "Conócete a ti mismo pero no al Cero/El mundo es Uno y empieza en uno," jamás formarán parte del catálogo de mis gustos estéticos.

Pero lo que, como lector, me resulta verdaderamente molesto es la contradicción existente entre esta voluntad casi arcana, esta proliferación gratuita de números, cifras y referencias cultas con un significado definido en sí mismo y no en el contexto del poema, por un lado, y la obsesividad manifiesta por hacer explícitos los procedimientos usados, por confeccionar un manual de instrucciones de lectura, por el otro.

Para terminar, abundan aquí las construcciones de relativo y las proposiciones incluidas, lo que ocasiona una especie de inflación verbal que convierte a los versos en meras sentencias y a *Erosión* en endeble prosa disfrazada de poesía.

Norberto Cambiasso

RECIENVENIDOS



Teatro abierto 1982. Selección de Nora Mazziotti. Puntosur. Buenos Aires, 1989, 145 págs. La colección Repertorio que dirige Nora Mazziotti presenta los textos de siete de las treinta y seis obras que integran el ciclo 1982 de Teatro Abierto.

El tío loco, de Roberto Cossa; Príncipe azul, de Eugenio Griffero; La casita de los viejos, de Mauricio Kartún; De víctimas y victimarios, de Aarón Koz; Prohibido no pisar el césped, de Rodolfo Paganini; El oficial Primero, de Carlos Somigliana y Chorro de caño, de Gerardo Taratuto son las

obras y los autores que componen este cuidado volumen.

Teoría del espectáculo. André Helbo. Trad. de Antonio Bonnano. Galerna/Lemcke Verlag. Buenos Aires, 1989, 157 págs. Catedrático de la Universidad de Bruselas, Helbo despliega en este libro una nueva perspectiva semiológica del "paradigma espectacular". La primera parte es un ajuste de cuentas con diversas teorías de las artes representativas; la segunda, un estudio semiótico del concepto de espectacularidad.

La golosina

"je voudrais que mon amour meure/ qu'il pleuve sur le cimetière/ et les ruelles où je vais/ pleurant celle qui crut m'aimer".

La versión inglesa de este poema dice: "I would like my love to die/ and the rain to fall on the graveyard/ and on me walking the streets/ mourning the first and last to love me".

La italiana dice, en cambio: "vorrei che il mio amore morisse/ che piovesse sul cimitero/ e sui vicoli dove passo/ piangendo quella che credette di amar-

mi". Como se observará, la traducción italiana de Rodolfo Wilcock se realizó sobre la versión francesa del poema de Samuel Beckett. En castellano, y derivándola de la propia traducción de Beckett al inglés, podría leerse: "querría que mi amor muriese/ y la lluvia estuviera sobre el cementerio/ y sobre mí que paseo las calles/ fúnebre de la primera y última en amarme". En francés el tono es más lírico; en inglés, más austero y paradójico. Hace unos días, con la misma impropiedad de las traducciones, el aire goloso de estas líneas giró al homenaje.

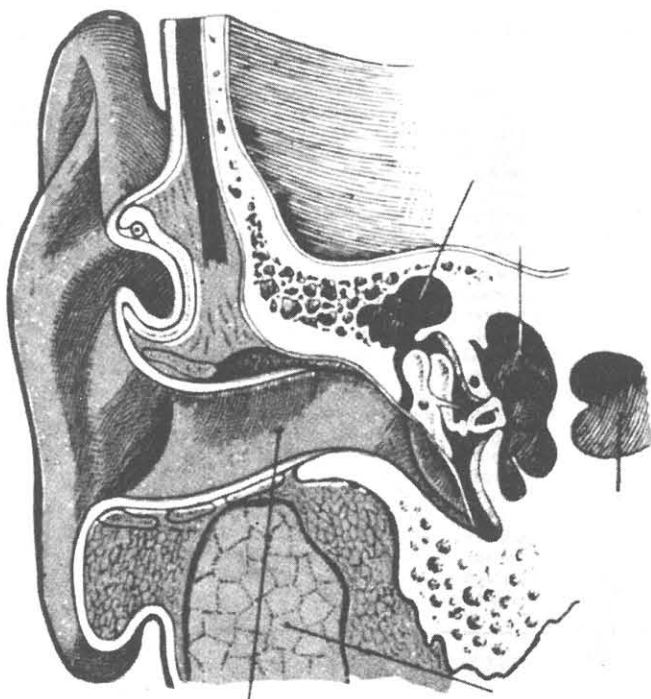
Marcelo Cohen: El oído absoluto

Hay un lugar llamado Lorelei donde todo mortal sueña con pasar dos semanas de su vida. Especie de meca de la cultura de masas, se vive allí como si la realidad coincidiera con la letra de las empalagosas canciones de Fulvio Silvio Campomanes, a cuya filantropía se debe la existencia de tal paraíso. **El oído absoluto** —última novela de Marcelo Cohen que Muchnik lanzará aquí en breve— es una parodia del populismo, una reflexión sobre el poder, el kitsch y la posibilidad de una utopía, pero también la historia de Lino y de Clarisa, residentes forzosos y marginales del dudoso edén, quienes asisten a su derrumbe, mientras Lotario, el padre de Clarisa, llega allí para contar la inefable historia de su vida.

Después de dejar a Clarisa en la Fundación Thielemans, después de arrinconar el Opel en una playa de estacionamiento del Bulevar Bolívar, pasé por el taller Arequipa, un emporio de la asistencia automovilística donde un acuerdo espurio con el propietario, cierto Enrique Calduch, me permite hacer trabajos *free-lance* de chapa y pintura. Me dijeron que veinticuatro horas más tarde habría cinco camionetas esperando. Satisfecho, debí pasar la tarde masajeando espaldas insoladas en diversas habitaciones del hotel Manchado, las manos chorreando aceite, la cabeza entre vahos que no acababan de resolverse en la imagen de Lotario Wald. Lo interesante de dar masajes, de paso, es que un cuerpo inatractivo obra como salvoconducto hacia la diletancia; y como la misma libertad se disfruta pintando coches a soplete, he llegado a descubrir que no sólo por zafarme de la Oficina Orgánica de Empleo, no sólo por afán de rebeldía, digámoslo así, me esforcé tanto en una época por conseguir la cédula de colaborador independiente. No, no; no sólo por eso.

Una mexicana obesa con un antojo a la altura de las lumbares me preguntó qué me tenía tan cabizbajo. El futuro inmediato, contesté. De algún modo era cierto: dos horas hacía que yo estaba en el hotel y el cable musical sólo había derramado una o quizá media canción de Campomanes (por ejemplo: *Desde las húmedas farolas del puerto hasta el bullicio huero del andén ardientes ignorados con su sangre avanzan/ estibando libertad*). Era muy poco, muy extraño.

La misma escasez reconfortante olfateé más tarde en la calle, mientras perdía el tiempo hasta la hora de encontrarme con Clarisa. Aunque el espigón del Puerto Deportivo y el Shopping Center Chevalier estaban barnizados de gente, en la alegría perenne de Lorelei detecté un tironcito, aunque no en el reino de los ligamentos sino en el de la piel: un herpes quizás, o un lunar con pelos. No le di importancia. Hacía semanas que no paseaba por el Recinto y los ojos se me iban sometiendo a sus prosaicos encantos. Calculo que ahora, cuando los describa, voy a correr el riesgo de ser redundante; pero creo que si hace dos años la mayor parte de Occidente conocía este lugar por sueños, por fotos, muchos por haber viajado, hoy están en decli-



ve no sólo el prestigio sino también la prestancia de lo que Fulvio Silvio Campomanes concibió en un éxtasis de filantropía. Y por eso cuento: por celo de novelista.

Un río sin nombre cruza Lorelei. Viene de tierra adentro, de montañas boscosas cercenadas por la niebla, corriendo de sur a norte para torcer de pronto hacia el oeste y entregarse al océano. En el ángulo amplio del estuario los sedimentos formaron dos islas, las Magnolias, que el urbanista

Fumio Akutekeri asentó y comunicó con las riberas mediante categóricos puentes de titanio. Cuando Fulvio Silvio Campomanes decidió obsequiarle al mundo el producto de sus desvelos, fue alrededor de ese núcleo que, con una elegancia mayormente estrábica, primero en construcciones modulares, enseguida con mucho acopio de piedra caliza para perpetrar el célebre Efecto Holliday, las numerosas atracciones del Recinto empezaron a conectarse unas con otras como terminales

nerviosas frenéticas de sexualidad. Al comienzo paralela al río, aunque más al este desviada por unas lomas bajas, del Recinto parte hacia el sudeste una carretera con varios desvíos: uno, en el kilómetro ocho, lleva al aeropuerto; otro, en el catorce, a la falsa arcadia de casitas donde algunos residentes vivimos apartados, entre los huertos de campesinos impávidos, del otro lado del río que, a esa altura, se cruza en balsa. El tercer desvío es larguísimo: vuelve a buscar la costa para desembocar más al sur en el puerto de carga que, en la época que cuento, estaba vallado a cualquier curiosidad, vecino a una planta recicladora de basura. La carretera principal sigue no sé hasta dónde. Lo importante es que si uno llega al Recinto desde el interior, a poco de divisar los edificios encuentra a la derecha un tablero más grande que la fachada de una catedral, pongamos la de Maguncia. Excitadas entre marcos color magenta, letras mayúsculas de sodio, verdes lima de noche y de día negras, imponen una provechosa composición de lugar:

Hermano viajero:

Estás a punto de entrar en el recinto latino, centro neurálgico de Lorelei. Fue construido por gentes iberoamericanas como prenda de desinterés y apuesta por la cultura, los sentimientos, el placer, el desarrollo y el futuro. Viajero: Lorelei es tuya. Ha nacido para alentar a quienes se esfuerzan por superar el atraso. Instrúyete y goza. Que tu permanencia sea un nuevo aprendizaje del afecto.

Akutekeri, un snob que junto a Campomanes conoció el fervor, construyó sobre cada isla del estuario un edificio de cristales color caramelo y acero bronceado. Unidas como están por un gran tubo elevador de plexiglás, cuando al atardecer el sol les da de flanco, las torres parecen dos centuriones borrachos que se apoyan mutuamente la rigidez. Desde una marquesina adosada al tubo de tránsito, un cartel luminoso recuerda sin parar todo lo que el visitante tiene a su disposición en el Complejo Las Magnolias y en el resto del Recinto. Esa noche estrenaban una versión de Macbeth adaptada al quechua por el Teatro Estable de Puno; había un concierto de bebop y otro de polos margariteños, una función de danzas balinesas, la final de un

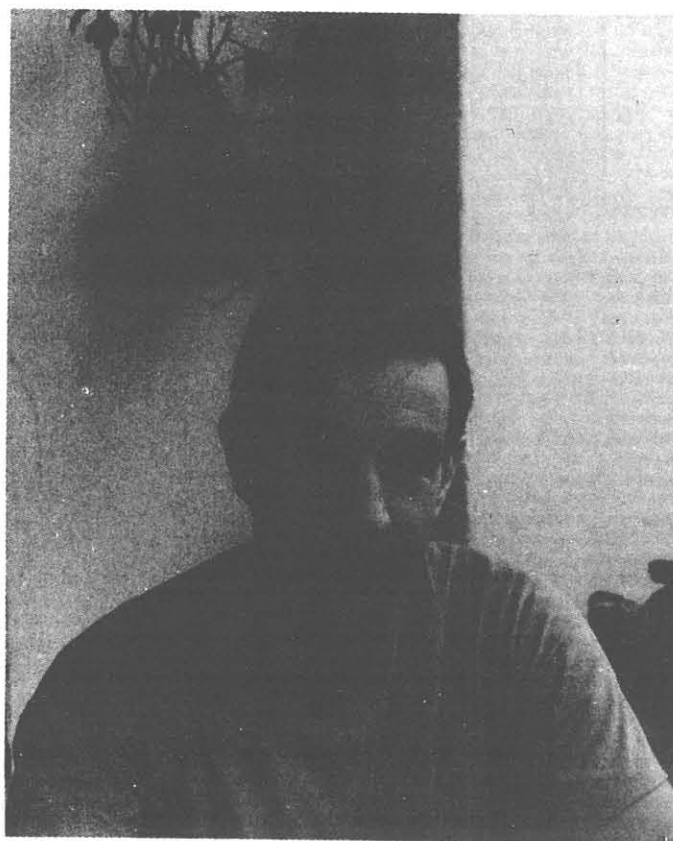
concurso de preguntas y respuestas sobre las Guerras de la Independencia Americana para estudiantes preuniversitarios, la tercera representación de *Fidello* con Aldo Ferrati y Leda Maracópoulos, un concurso relámpago de esculturas de jabón, una exhibición de levantamiento de piedras a cargo de los Amigos de Vizcaya, en el estadio Osvaldo Suárez un partido de rugby entre País de Gales y Guyana, y en el Polideportivo Javier Solís una clase infantil, abierta, de *eyeball*, un deporte de éxito pasajero en el cual se reunían más puntos cuanto más se ayudaba al contrario a no cometer errores. Culminaban las sesiones del II Simposio Internacional de Traumatología Craneana y seguían las de un congreso de historiadores sobre los inconvenientes de la denominación "Edad Contemporánea". Si a uno no le interesaban estos espectáculos, podía meterse en el cine, en el circo, o en los casinos, o sentarse a tomar daiquiris en cualquier terraza de la Rambla Magallanes, oteando las incomprensibles mudanzas del azul del mar.

Desde la playa, entre los mástiles de los veleros, la brisa embestía cargada de olor a bronceadores. A las cinco de la tarde los bañistas empezaban a ralear y la arena quedaba revestida por una capa blanca de vasitos de plástico. Bajo las sombrillas dormitaban cuerpos rosados. Varios viejos seguían mojándose los pies en la resaca. Esquivando pescadores, bajé del espigón hacia la zona de canales que se entreveran al sur del estuario. Dividida entre la ferocidad de los escapartes y el chapoteo de los botes de alquiler, la atención de la gente se estiraba en una languidez ansiosa, como si a muchos les costara encontrar el momento de dejar en un zaguán la miseria que habían traído pegada a la ropa.

De frente venían una mulata en shorts y botas de montar, un trío de chifitas cargados de panfletos, dos rubias con sendas porciones de pizza y un hombre gordo y achinado con una Polaroid. Con éste tropecé, pero fue él quien pidió perdón. Cuando se alejaban, por la insistencia del silbido que le nació de la muñeca, me di cuenta de que llevaba una pulsera anticólera, la sensación de la temporada. Eran unas correas de metal articulado que en la cara interna escondían un mecanismo empático; cuando se aceleraba el pulso, por un diminuto parlante junto al broche emitían un silbido chusco, reiterado, que no cesaba mientras uno no recuperase la calma. Las había inventado mi vecino Rory Lavery y las fabricaba en serie una banda de navarros medio protegidos por Tristán; y como hasta Campomanes les había elogiado las virtudes de tolerancia, se vendían más que las castañas asadas en el invierno de París. La gente se empujaba menos que antes, cierto; pero en el voluntarioso nirvana de las noches un enjambre de silbidos se volvía denso a la salida de las discotecas, como si la integridad de Lorelei dependiese de un destacamento enano de ambulancias flotantes.

Saliedo de los canales dejé atrás Las Magnolias y me abrí camino hasta la plaza Lamarque, un festival de tulipanes que en tres de sus lados reunía la mayor parte de los bancos del Recinto. En el cuarto estaba la Fundación Thielemans, crisol de los proyectos edilicios, industriales y ecológicos de Lorelei, y centro de la concesión de terrenos. Ahí trabajaba Clarisa de delineante.

Para las seis faltaban cinco minutos; me quedé esperando en el centro de la plaza. Estaba lleno de chicos con triciclos. Matrimonios parcos o temerosos se alejaban de los grupos de baile. A la sombra de un tilo, una mujer de rozagante cara báltica le tiraba el Tarot a un zambo alto sin más vestido que un pantaloncito rojo. Un



hombre alerta y con pipa, marido seguramente de la adivina, estaba sentado de espaldas a ella ante un tablero de ajedrez. Contra la pamera del pantalón de poplín descansaba una pizarra que ofrecía 100 dólares contra 10 al que lo venciese en un desafío. Los ojos verdosos quisieron tentarme. Le dije que yo jugaba mal.

—¿Cómo de mal, amigo? —hablaba como uno se esos europeos que perdieron algunas décadas distrayéndose en un pueblo andino. —Son nada menos que cien dólares.

—Usted se llevaría los diez, puede estar seguro. Pero además estoy esperando a mi novia.

—¿Su novia o su mujer? —el hombre miró por sobre el hombro. La adivina le estaba mostrando una carta al zambo. —Pero no, no conteste. He preguntado por preguntar.

—Oiga, ¿le pasa algo? —se me ocurrió decir.

El hombre me clavó los ojos activos, desiertos de toda emoción que no fuese una brutal expectativa.

—Me pregunto si usted habrá notado... Usted, que es residente forzoso.

—¿Qué me quiere decir?

—No se asuste. Lo comprendo y lo respeto, ¿eh? —se sacó la pipa de la boca.

—¿Ha notado que ayer Campomanes no dijo nada en público, ni hoy tampoco?

—¿Fulvio?

—¿Usted conoce algún otro Campomanes, amigo?

Había pocas razones para que el hombre me hubiese adivinado la aprensión, y sin embargo el tono era íntimo. Bochornosamente me quedé mudo. Como el zambo se había ido estuvo por sugerir que recurriéramos a la adivina, pero en eso Clarisa se asomó a la puerta de la Fundación, hizo pantalla con la mano, me distinguió por fin y vino a buscarme. El jugador de ajedrez me permitió partir con un movimiento de cabeza magnánimo, aunque en el fondo di-

latorio. En cierto modo sonreía. Me hizo falta recorrer unas cuadras para recobrar la mano de Clarisa, y con esa mano la tranquilidad. Un rato después, sin darme cuenta, me había dejado llevar hasta el mercado Gasset, pero ni el olor sólido a tamales, a cebiche, a empanadas de hígado o de bacalao, a grasa de cordero y fritangas de friquín conseguían ablandarme.

—Qué loco estás, Lino —dijo ella. Se había agachado a recoger una ciruela tirada por ahí y la estaba comiendo. —Una tarde de ocio y ya te pusiste duro como un bastón.

—¿Y vos qué sabés? —paté lejos otra ciruela para que no hiciera más chanchadas. —¿Todo el mundo tiene que poder disfrutar de un paseo? ¿Qué tengo que hacer? ¿Comprar chucherías? Para vos es fácil, ¿no? Tenés un horario, ¿no?

—Preguntásele al I Ching, insostenible —dijo ella, y se acercó a un puesto de quesos.

—Tenemos poca plata —dije yo.

—Entonces vamos a comer algo barato, pero ahora mismo.

Buscamos una cafetería en la ribera, una aplicada réplica de algún lugar de Montparnasse. Ahí fervientes lunamieleros, coyas mansos, viajeros en camiseta de rayón se mezclaban con adolescentes maquilladas para la caza nocturna. No bien nos trajeron las salchichas y la cerveza negra, a Clarisa se la tragó el estupor. Era habitual: masticaba con tesón, la cabeza entre los hombros altos, la frente pecosa atestada de alternativas, pero no más segura en general que una mariposa en un acuario a oscuras. De vuelta del planeta de mis metáforas, de golpe me apretó el vaso frío contra la mejilla.

—¿Te joroba que venga mi viejo?

La quiero tanto que cuando después de unas horas vuelvo a mirarle la cara, y de pronto me acuerdo, y ella espera, me domina una sorpresa que sólo con disciplina evita hacerse flaccidez. Le toqué los de-

dos. Ella echó la cabeza atrás y el tumulto de pelo anaranjado se desmenuzó en el crepúsculo de la ventana. (No es pelirroja, no exactamente: los rizos nacen castaños, se oscurecen más abajo y desde una línea de combate atrincherada o caótica empiezan a aliarse con hebras brillantes del color de la bauxita.) Vigilantes, anchos, los ojos de jerez y la boca densa, el labio de abajo grueso, adelantado, el de arriba severo, guardaban estratos de diversas juventudes, todas tersas en el intento de anular los años y el agravio. No le sonreían las comisuras sino el mentón, los redondos pómulos transparentes; y un tic que sin mostrarse iba del puente alto de la nariz a la base de las mejillas, transportaba por la piel blandas categorías del desacato. Sacudí la cabeza.

—¿Vamos un rato a la playa?

—La playa sigue sin ser mi gran anhelo. Dale, Lino, contestame.

—Vos sabés que no me puede molestar. No lo conozco, y supongo que serán unos días nomás. Si algo estoy, es contento. Es tu padre, ¿no? —lo había dicho sin hipocresía, aunque también sin fanatismo. Y sin embargo no tenía la menor idea de lo que ella intentaba pedirme. —La que no se muere de alegría sos vos.

Se encogió de hombros. Por debajo del algodón negro del vestido yo le adivinaba el torso largo, intenso, curiosamente más grande de lo que sugería la ropa.

—Puede ser —dijo tocándose losaros.

—Es. En fin, ahora me voy a comprar.

¿Vamos?

Dije que no, y se fue avisando que volvería en una hora. Después de la tercera cerveza la mente se me llenó de cortinados que debía apartar con trabajo para que el drama de la cafetería se impusiera. Bajo una soporífera esponja de música de Fúlvio, *sei emotiva Maribel! come un frizzante piamontesco! come un romanzo di Galdós*, los camareros engominados eludían racimos de muchachas rubias, plomizas, tostadas, tumbadas o sediciosas. Humos de pimiento frito se alzaban detrás de la barra. Al lado de mi mesa un individuo canoso con guayabera y medallones enarboló una croqueta a mi salud. Consideré la huida. Pero entonces, como si en el pergamino de olores hubiera asomado otra cosa, declaración remota o criptograma, sucedió lo que durante todo el día yo había estado esperando. En una tangente del griterío, ayudado quizás por una chica descalza que meditaba, el tiempo aceitoso de melodías hizo crac y se rasgó. Sin moverme de la mesa me deslicé por la fisura. Pensé: *Estoy esperando a Clarisa, esto se termina enseguida*. Me saqué los lentes para ver peor, me froté los ojos para nublarlos. Hubo un trasvase de caudales, o bien la gente se extravió en un barranco. Yo fabricaba un silencio. Me hice punto. Me borré. En veinte minutos, tal vez menos, aparecería Clarisa, el Opel nos llevaría fuera del Recinto, alrededor de la casa estaría el campo empedrado, y las luces al margen de la noche; sobre la cama habría un techo sin nada más que vigas y, entre las sábanas, nosotros apretados. Al día siguiente volveríamos al Recinto, a trabajar solamente, y lo mismo al otro; de vez en cuando Clarisa se escaparía a las montañas de la inercia, pero me bastaría no investigar para recuperarla. Habría sido una lástima que la visita de Lotario Wald estropease el conjunto. Volví a ponerme los lentes. Clarisa había llegado con unos gravosos pendientes de jade falso en las orejas y otros, grandes aros de carey, en un sobrecoito de plástico. Cuando terminamos de admirarlos fuimos rápido hasta el coche.

Tomado de: *El oído absoluto*. Marcelo Cohen. Muchnik. Barcelona, 1989, 239 págs.

Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis.

Juan David Nasio. Gedisa.
Buenos Aires, 1989,
234 págs.



Una introducción al conocimiento de cualquier disciplina es siempre aproximativa, por fuerza limitada; interesante, en la medida en que promueve inquietudes o despierta interrogantes. La presente obra comparte con las introductorias los aspectos mencionados, mas se distingue de ellas en cuanto a su intención general. Tanto en la elección como en el estudio, el autor ha optado por tratar de circunscribir la significación principal de cada concepto, la necesidad teórica que llevó a su gestación, para señalar así el motivo de su peso específico. La articulación del conjunto ha surgido como respuesta a planteos muy precisos: ¿cuál es la razón de existir de cada concepto psicoanalítico?, ¿cuál la encrucijada teórica que hace necesaria su existencia?, ¿cuál el problema que viene a solucionar?



Cada uno de los siete capítulos que componen el libro está dedicado al tratamiento de los siguientes conceptos: castración, falo, narcisismo, sublimación, identificación, superyó, forclusión. En el ordenamiento llama la atención, sin embargo, la ausencia de dos nociones cuya determinación en el edificio teórico del psicoanálisis quizás debiera haber sido tenida en cuenta; me refiero a los conceptos de inconsciente y pulsión, también cruciales en algún sentido.

Al final de cada capítulo se ofrece un puñado de referencias bibliográficas, fragmentos pormenorizados de Freud y de Lacan, concernientes a cada uno de los conceptos estudiados.

Con respecto al trabajo específico y en lo que a la castración se refiere, Nasio divide el primer capítulo en varios ítems dedicados al estudio de las vicisitudes por las que ambos sexos atraviesan, singularizando diversos tiempos para cada cual. El abordaje resulta orientador y finaliza con dos esquemas que sintetizan el recorrido trazado.

La secuencia ofrece luego un análisis del concepto de falo, alrededor del cual se distinguen con claridad las nociones de falo imaginario y simbólico, señalando a este último como objeto intercambiable y significativo de la ley. "Pero el falo —afirma Nasio— es mucho más que un término entre otros en una serie conmutativa; es en sí mismo la condición que garantiza la existencia de la serie y que hace posible que objetos heterogéneos en la vida sean objetos equivalentes en el orden del deseo humano".

Otra de las nociones cruciales estudiadas compete al narcisismo, cuya vastedad obliga al autor a dividir el capítulo siguiendo a un tiempo las formulaciones freudianas para volverse luego a las hipótesis desarrolladas por Lacan. El narcisismo primario y secundario, sus nexos con la identificación, la idea de estancamiento libidinal y neurosis narcisista, son algunos de los aspectos tratados. En lo que atañe al concepto de narcisismo propuesto por Lacan, el autor distingue tres períodos de elaboración que abarcan desde 1932 alrededor de la investigación del caso Aimée hasta después de 1960. Así incursiona de modo sintético en una variedad de relaciones en las que entren la noción narcisismo y agresividad, la formación del yo, la mediación del ideal y el estado del espejo. Asimismo considera algunos nexos reveladores entre narcisismo y transferencia a la luz de tres momentos sucesivos de las hipótesis lacanianas.

En el capítulo consagrado a la sublimación, Nasio considera necesario especificar por qué ha incluido a tal noción entre las cruciales para el psicoanálisis. En la perspectiva del autor, se trata de una noción cuya importancia está dada por el lugar que ocupa en la escucha del analista para que éste pueda reconocer y puntuar ciertas variaciones del movimiento de la cura. El capítulo incluye en los subtítulos diversas vertientes claves del concepto en cuestión, circunscripto en principio como una defensa contra el recuerdo sexual intolerable, contra los excesos de la transferencia amorosa o contra la satisfacción directa de las pulsiones. Los desarrollos de Lacan acerca de dicho problema teórico son revisados por Nasio atendiendo a una proposición fundamental de aquél: "La sublimación eleva a un objeto a la dignidad de la Cosa".

La identificación es el concepto en torno del cual el autor abunda con mayor detenimiento, haciendo la salvedad de que presentará su articulación esencial tomando casi con exclusividad la perspectiva laciana. Pero los límites del comentario nos impiden seguirlo en sus múltiples detalles, así como en el trazado de los capítulos finales.

Si bien la obra en su conjunto mantiene un nivel riguroso, paralelo al explicativo y clarificador, por momentos elude enfrentarse, quizás en aras de la enseñanza, con los aspectos problemáticos de la conceptualización. A pesar de ello es destacable su propósito orientador, al servicio de la consulta de aquel que se propone iniciar un aprendizaje.

Omar Mosquera

El niño y el significante.

Ricardo Rodulfo. Paidós.
Buenos Aires, 1989,
236 págs.
Alrededor de A 14.000



El presente libro, producto de la tesis de doctorado del autor, revela la lucidez con que pudo captar un momento crítico del psicoanálisis con niños y formular su respuesta personal. Revisa algunos efectos de una época revolucionaria, que se indicó en nuestro país con la introducción de la teoría del significante, y reconsidera la cuestión del mismo, en relación con la pregunta por el niño y la clínica psicoanalítica.

El diagnóstico tradicional queda cuestionado a partir de preguntas como "¿dónde vive ese chico?"; pues Rodulfo considera fundamental determinar si un niño sigue viviendo aún en el cuerpo de la madre o ha empezado a vivir en otro tipo de territorio, en otro tipo de espacio. Dicha pregunta no oculta otra, referida al deseo de los padres y al lugar que se le asigna al niño, tanto allí como en el mito familiar. Según palabras del autor: "El Mito es el que el niño respira allí donde está colocado, mito familiar homologable entonces, en su función, al aire. El mito hay que sonsacarlo y deducirlo en la práctica". Tal formulación es clarificada con un vasto muestreo de casos clínicos. Hecho a destacar, ya que no deja de hacerlo a lo largo de todo el texto.

En otra vertiente, siguiendo a los Lefort, se refiere a dos tipos de funcionamiento diferentes del significante: como significantes del yo y del superyó. Define al significante del sujeto como el que designa lo que agarra a la vida, según la frase tomada de un paciente; mientras que para lo que concierne al significante del superyó recuerda la expresión de Lacan: "La vida que soporta a la muerte", en tanto apunta a esa condición de la vida en que ésta se vuelve algo sobre lo cual pesa encima, aplasta la muerte. Asimismo, el autor diferencia estos significantes, tanto en la práctica como en otros campos, como son los de la producción y la enseñanza del psicoanálisis.

Retomando la problemática del agujero en el cuerpo del Otro y en el cuerpo del sujeto, en la psicosis y en otros destinos psicopatológicos, Rodulfo arroja una luz inédita de enorme importancia terapéutica. Parte de la hipótesis de que "jugar es agujerear" y desarrolla seis capítulos, proliza e inteligentemente dedicados al tema.

Destaca también, siguiendo a Winnicott, la importancia de decir jugar y no juego, para acentuar el carácter de práctica significativa que tiene esa función. "El concepto de jugar —afirma el autor— es el hilo conductor del cual podemos tomarnos para no perdernos en la compleja problemática de la constitución subjetiva; no hay ninguna actividad significativa del niño que no pase vertebralmente por aquél. Es el mejor hilo para no perderse".

Replantando el Fort-da como el origen de la actividad lúdica, retrotrae el jugar al primer año de vida y lo analiza desde la perspectiva del significante del sujeto, refiriéndose a la necesidad de extraer materiales para fabricar el cuerpo, materiales arrancados del cuerpo del Otro.

El fino entramado conceptual que se advierte en toda la obra da como resultado una toma de posición propia, que le ha permitido al autor desplegar hipótesis e introducirse en problemáticas novedosas y cruciales.

Mabel Levato

RECIENVENIDOS

Littoral. Las psicosis. Varios autores. Trad.: cartel integrado por varios autores. La tierra abolida. Córdoba, 1989, 232 págs. El nuevo número de esta publicación semestral cordobesa comprende los siguientes trabajos: "Lacan y las psicosis", por Philippe Julien; "Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica", por Jean Allouch; "Endosar su cuerpo", por Erik Porge; "Avatares del cuerpo y

de su envoltura", por Anne-Marie Ringenbach; "La ilusión de 'Sosías'" (documento), por J. Capgras y J. Reboul-Lachaux; "Tres faciem insaniam", por Jean Allouch; "La presentación de enfermos", Erik Porge; y "Para una lectura de Louis Wolfson", por Albert Fontaine. Para la composición de este texto se conformaron carteles de traducción, quienes elaboraron en distintas etapas el pasaje al español de trabajos seleccionados de la revista homónima francesa.

Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría

del apego. John Bowlby. Trad. de Elsa Mateo. Paidós. Buenos Aires, 1989, 202 págs. El autor, psicoterapeuta infantil de la famosa Clínica Tavistock, presenta en este texto el desarrollo de la "teoría del apego", concepto utilizado originalmente para el diagnóstico y tratamiento de familias y pacientes perturbados emocionalmente, pero que aquí intenta ser un eje para promover la investigación en psicología evolutiva. En esta recopilación de conferencias dictadas por Bowlby a lo largo de varios años se relaciona el apego con los acontecimientos de las tem-

pranas etapas de la vida, entre ellos las pérdidas, el maltrato físico y sexual que afectan considerablemente la vida emocional del adulto. Para los interesados en la clínica infantil, este trabajo propone una guía en los objetivos del tratamiento.

El psicoanálisis y las teorías del lenguaje. Karl Abel, Wilhelm von Humboldt y Hans Sperber. Trad. y comp. de Guillermo L. Koop. Catálogos. Buenos Aires, 1988, 228 págs. La compilación comprende los siguientes textos: "¿Por qué la lingüística?" por Koop; "Acercas del sentido sintético de las pa-

labras primitivas", por K. Abel (aparecido en Leipzig en 1885); "Sobre la influencia de factores sexuales en la génesis y evolución del lenguaje", por H. Sperber (aparecido en la revista *Imago* I, 5, del año 1912); "Wilhelm von Humboldt y la 'Nueva Filología'. Una reseña", por G. Koop; "Sobre el estudio comparativo de las lenguas en relación con las diversas épocas de la evolución del lenguaje", por W. von Humboldt (leído el 28 de junio de 1820); y "Sobre el dual", también de W. von Humboldt (leído en la Academia de Ciencias el 26/4/1827).

Aspectos del malestar en la cultura. *Varios autores*. Manantial. Buenos Aires, 1989, 141 págs. Alrededor de A 7.300



"Discurso de la ciencia. Ética del psicoanálisis y medicina. El arte, el objeto y la escena del deseo. El ser social". Son los puntos inventariados por los autores en el primer coloquio del grupo "Psicoanálisis y prácticas sociales", ofreciendo una primera aproximación a este campo de investigación.

Dicho grupo sostiene que hay una solidaridad lógica, de estructura, entre el discurso analítico y el discurso científico.

Tomando la frase de Lacan "El sujeto del psicoanálisis es el de la ciencia", la exclusión sostiene una lógica que torna a ambos discursos solidarios. Y este sujeto forcluido de la ciencia, que no se reabsorbe en el movimiento de la misma, no es otro que el sujeto del deseo, sujeto del insconsciente.

Resta de esta solidaridad lógica, la indestructibilidad del deseo, ética en relación con lo Real.

¿Es el real de la ciencia, el real con que debe habérselas el analista en su práctica?

El real de la ciencia, como respuesta es siempre la misma: "Dios es un compañero de juego honesto, no hace trampas con las cartas", decía Einstein.

Pero el real problemático del psicoanálisis, el sujeto como respuesta de lo real, es un real que miente, porque ese real imposible de decir, en el psicoanálisis, es un real que habla. No se tratará ni de magia ni de ciencia, aunque el psicoanálisis deba pensarse en el nivel de suposición de la ciencia y condicionado por la misma.

El modo privilegiado de surgimiento del sujeto como respuesta de lo real será pregunta. Pregunta que otorga un modo de existencia al sujeto. Pero ante ciertas preguntas no cabe otra respuesta que no sea mentirosa o insuficiente, "¿cómo vivir?" es una de ellas. Para responderla se podrá apelar al orden del mundo, al orden de las cosas, a una ideología, a un sistema, a una teoría, pero ninguna de ellas funciona, "no resisten apenas al uso de la vida". La adecuación no es posible. "Pero lo colectivo resistente está dispuesto a todo, incluso a afirmar, despreciando la evidencia cotidiana, que habría objetos para llenar la distancia del deseo y, más aún, para prometer fabricar los objetos del buen vivir. Tales son en resumen los tipos de imperativos que rigen lo social", se dice en esta obra.

El psicoanálisis propone otra ética, que en este libro se tematiza en relación con diversos lugares: el arte, la medicina, la teoría de los juegos, el lazo social.

Malestar en la cultura de una época, de cada época.

Los cimientos del psicoanálisis son resituados de esta manera por el texto, a la altura de lo que nuestro tiempo pone en juego.

Alicia Majul



RECIENTES

Terapia familiar feminista. *Varias autoras*. Trad. de Beatriz López. Paidós. Buenos Aires, 1989, 227 págs. Las autoras introducen el feminismo en la terapia familiar prescindiendo de

las teorías de los roles sexuales, el funcionalismo y las etapas del desarrollo psicosexual. Proclaman que la familia existe en el contexto de una sociedad patriarcal y que la terapia familiar, en su afán de simplicidad, ha limitado el concepto de sistema ignorando y reforzando la opresión familiar y social a la que están sometidas las mujeres. El texto contiene el tratamiento de

situaciones que se ven comúnmente en la práctica diaria: el matrimonio "empresarial", la madre sola, la pareja lesbiana, las relaciones abusivas, etc. Para el tratamiento y la comprensión de todas estas situaciones las autoras explican la teoría y los valores feministas que en la terapia familiar comenzaron a introducirse a fines de la década del '70.

Jorge Bandin

Freud en Buenos Aires. *Hugo Vezzetti*. Puntosur. Buenos Aires, 1989, 301 págs. Alrededor de A 11.100



Hugo Vezzetti frecuenta con dignidad creciente un ámbito descuidado lamentablemente por el grueso de los analistas argentinos. En efecto, la historia de la psicología y el psicoanálisis en nuestro país constituye un horizonte de intereses al que sólo han ingresado episódicamente destacados autores de nuestro medio. Vezzetti, por el contrario, insiste en su indagación desde *La locura en la Argentina* o *El nacimiento de la psicología en la Argentina* hasta el libro que tenemos entre manos. Interesante, atractivo en más de un sentido, este libro compila un conjunto de textos que nos ilustran sobre los primeros efectos de la llegada del pensamiento freudiano a nuestra ciudad, desde la primera alusión de 1910, referida por el propio Freud, para arribar a textos de 1939, año de su muerte y preámbulo a su vez de la institucionalización del psicoanálisis ocurrida en 1942. Así, el conjunto de artículos reunidos varía respecto a su tipo de lenguaje, en algunos casos netamente periodístico, otras veces livianamente romántico, otras científico en el sentido más clásico y lato del término. Pero la multiplicidad aludida se extiende a lo que sería un muestrario sobre cómo pensaban los representantes de la ciencia y la intelectualidad argentinas en la segunda y tercera décadas del siglo. El psicoanálisis, ese raro objeto que llega desde Europa, las más de las veces refractado por los intereses que dicta la intelectualidad francesa, es recibido con desconcierto, repulsión, temor y sólo en aisladas ocasiones con despreciado interés. Diversos discursos representativos a su vez del increíble abanico de matices que alimentó —y aún lo hace— el pensamiento argentino dejan aquí su impronta. Se reúnen en estas páginas tanto una sustanciosa alusión a Arturo Rossi, director de los *Anales de Biotopología, Eugenesia y Medicina Social*, lamentablemente no incluido, representante de aquellos autores cuyo desconcierto horroriza, como algunos de los casi heroicos trabajos de Fernando Gorri, Jorge Thenon o Emilio Pizarro Crespo, los dos últimos reconocidos muchas veces como antecedentes obligados en la historia del psicoanálisis en la Argentina. Recordemos asimismo, como también lo hace Vezzetti, que no podemos hablar estrictamente de analistas en nuestro medio sin la llegada de Angel Garma al país en 1938.

El recorrido comienza con la exposición de Germán Greve, médico chileno, en el Congreso Internacional Americano de Medicina e Higiene de 1910 para culminar con las necrológicas redactadas para distintos órganos, ya sea por Thenon, Alfredo Galletti o José Belbey en 1939. No faltan trabajos de José Ingenieros, Francisco Romero y Nerio Rojas, de quien recibimos una crónica de su visita a Freud en 1930 y su empecinado intento de vincular a Freud con Bergson. Aníbal Ponce, discípulo de Ingenieros, escribe en 1923 *La divinidad estética de Freud*, trabajo que ni siquiera resulta crítico, aunque lo pretenda, y que, como muchos de los que coexistieron con él, denuncia una soberbia encarnada en representantes mayores y menores, como Ponce, de la ciencia y la cultura decimonónicas. El lector buscará en estas páginas poco de psicoanálisis y mucho más de historia de las ideas, completará con su lectura y reflexión, tal como lo hace Vezzetti concienzudamente en su estudio preliminar, este conjunto heterogéneo de textos que testimonian un modo de prehistoria. Sorprende una vez más advertir hasta qué punto las ideas freudianas produjeron en muchos de nosotros lo mismo que en algunos coetáneos al médico vienes: hacernos ver no más que ridículos y asustados.

INFORME PARA EL PSICOANÁLISIS

Una columna de Germán L. García

La década del ochenta comenzó, para el análisis en nuestra cultura, con la presencia de Jacques Lacan en Caracas. Los argentinos que viajaron hasta allí aceptaron que no viniese a una Argentina sometida por entonces a una dictadura militar, con una metodología del terror que había sido desconocida entre nosotros.

Diana Rabinovich, una analista argentina residente en Venezuela, figura entre las tres personas que Jacques Lacan nombra en sus agradecimientos. Luego, encontraremos su nombre en la traducción de los *Seminarios*, en el anuario de la *Ecole de la Cause freudienne*, en la Universidad de Buenos Aires —ciudad a la que retornó con la instalación de la democracia—, en la autoría de dos libros y de numerosos artículos.

En Caracas, a su vez, deja una *Escuela del Campo Freudiano* y la revista *Analítica*, dirigida por ella. En fin, Diana Rabinovich funda en Buenos Aires uno de los grupos que en la actualidad integra la red de la Fundación del Campo Freudiano en el país. A partir de la visita de Jacques Lacan y por la visita de Jacques Lacan, Caracas se convierte en un polo más dentro del psicoanálisis en lengua castellana.

Pero en Caracas no surge solamente esa vertiente que se anuda al *Campo Freudiano*, sino también una réplica en espejo que bajo el nombre de "lacanoamericana" (palabra pronunciada, en aquella ocasión, por Jacques Lacan) junta en París a los oponentes de la vía trazada por Jacques-Alain Miller con los renombrados de Buenos Aires y sus grupos de ángeles que no se interesan por la política (sic), sino que sólo quieren clínica (sic) y si es necesario un poco de teoría (resic).

Caracas: Primer encuentro del Campo Freudiano y también surgimiento de la prisa "lacanoamericana" (cada dos años son los encuentros del Campo, cada año los "lacanoamericanos" que comenzaron después).

El giro *Lacan-nos-declá*, que antes de Caracas parecía una alucinación auditiva, se convirtió en la temporalidad del sueño: *Lacan-nos-dijo-ahí* (deixis en fantasma) *todo-de-todo*.

Jacques-Alain Miller, por su parte, dijo que lo que habían encontrado *allá* era la obra de lo que Oscar Masotta había hecho *aquí* y en otros lugares de la cultura hispánica. Lo que Oscar Masotta había enseñado, multiplicado por el exilio, resonó en ciudades de países diversos y Jacques Lacan, en sus treinta años de cultura castellana, se transfiguró:

1. El hallazgo de 1959, su impacto sobre la APA y la cultura política de la Argentina.

2. La dispersión del exilio que comienza en 1975, que crea diversos polos (Oscar Masotta enseñó en varias ciudades de España y sus amigos y/o enemigos hicieron el resto).

3. La muerte de Oscar Masotta en 1979 y el comienzo en París de lo que llevará al encuentro con Jacques Lacan (Caracas, 1980).

4. El retorno a la Argentina sin Oscar Masotta, la duplicación que se produce entre lo impulsado por Jacques-Alain Miller (*Campo Freudiano*) y los que se agrupan contra y se llaman *Lacanoamericanos*.

Algunos de los que no fuimos a Caracas —es mi caso, también el de muchos otros— estamos hoy en la red del Campo Freudiano, mientras que varios grupos que fueron ahora están fuera. ¿Cómo saber si tal afuera existe cuando las "corrientes de opiniones" mantienen sus pasadizos públicos, cuando no secretos, abiertos a la circulación de bienes ya que cada uno dice que no existe el Bien?

Ahora que estamos en democracia y la red del *Campo Freudiano* se configura de una manera diferente a la que podía preverse entonces, sería interesante conmemorar los diez años de Caracas en Buenos Aires y sellar con los colegas venezolanos el pacto amistoso que responda a esa hospitalidad forzada por el terror y marcada por cierta confusión (el propio Jacques Lacan aludió entonces a algunos que lo representaban y no sabían qué hacer cuando se presentaba).

En una declaración que podría marcar el comienzo de la década que viene y que está fechada en la década que termina (diciembre, 1989) Jacques-Alain Miller escribe: "Nosotros tomamos todo: Lacan el joven y Lacan el viejo, Lacan el concepto y Lacan el matema, Lacan del grafo y Lacan del nudo, Lacan del pase y Lacan de la garantía, Lacan teórico y Lacan practicante y Lacan institucional y Lacan-la-ley y Lacan-a-pesar-de-la-ley."

Dijimos sí. Y he hecho para nosotros el plano de la casa, cuando los otros se daban golpes de cabeza contra las paredes."

Reconocer ese plano, ese ejemplo y decir sí. La década comienza y el siglo termina.



EL POTRERO

PROLI

Pronósticos literarios

	L	E	V
1			
2			
3			
4			
5			
6			
7			
8			
9			
10			
11			
12			
13			

PROLI N° 14

1. Responda a las trece preguntas, eligiendo en cada caso la opción que crea correcta, y traslade el resultado a la tarjeta que cierra esta página.

2. Luego envíe la tarjeta completa —o una fotocopia— a:
REVISTA BABEL, Julio A. Roca 751, 3° B (1067).

3. Entre todas las tarjetas correctas que tengan matasellos de correo anterior al 30 de enero de 1990 se sorteará una orden de compra por 20.000 australes en Librería Gandhi, Montevideo 453.

4. El resultado se dará a conocer por carta al ganador. Se publicará la respuesta correcta en la edición N° 15 de Babel y el nombre de la persona afortunada en el número siguiente.

5. Si ninguna de las respuestas recibidas fuera 1ª correcta, el premio pasará a engrosar el pozo del PROLI N° 15, que se publicará en la edición de igual número.

1) En 1979, el poeta griego Odiseas Eliotis recibió el Premio Nobel. Quince años antes, la elección había recaído en un compatriota suyo. ¿De quién se trataba?

L) Nikos Kazantzakis
E) Giorgos Seferis
V) Constantinos Kavafis

2) El diario ácrata *La Protesta* tenía una columna literaria que hacia 1904 se transformó en una revista semanal que aparecía los lunes. ¿Cuál era su título?

L) *Letras libertarias*
E) *Martín Fierro*
V) *Alborada*

3) El libro de Cinco Anillos (*Go Rin No Sho*) es una obra fundante en la literatura marcial y ética del Japón. ¿Quién fue su autor?

L) Seijiro Yoshioka
E) Shokan Horada
V) Musashi Miyamoto

4) En su columna "As I Please" del periódico *Tribune*, George Orwell denunció la existencia de "equipos de críticos literarios cuya labor era descubrir por medio de una comparación de estilos al autor de panfletos anónimos". ¿Cuál de estos cultos organismos auspiciaba esa tarea?

L) La Gestapo
E) La Cheka
V) El Foreign Office

5) Sócrates —cuyos textos un encumbrado funcionario local ha juzgado mucho más lúcidos que los de Platón— nos legó contundentes definiciones. ¿Cómo describía la naturaleza del pecado?

L) Pecar es afirmar
E) Pecar es ignorar
V) Pecar es dudar

6) En *El vestido rosa*, de César Aira, el protagonista es homónimo de un autor argentino contemporáneo. ¿Cuál es el nombre en cuestión?

L) Asís
E) Martini
V) Tizón

7) ¿Cuál es el nombre de la cruenta batalla que precede a la muerte del Rey Arturo?

L) Caerleon
E) Monmouth
V) Salisbury

8) La temprana miopía de Evaristo Carrigo frustró el ingreso del poeta a una de estas instituciones. ¿Cuál?

L) Escuela Municipal de Relojería
E) Academia Sudamericana de Agrimensores
V) Colegio Militar



9) Al otro lado del río y entre los árboles es uno de los últimos libros escritos por Ernest Hemingway. El título estaba tomado de una frase póstuma. ¿Quién la pronunció?

L) Paul Murray miliciano de las Brigadas Internacionales
E) Camilo Henríquez, contrabandista cubano
V) El general confederado Stonewall Jackson

10) En uno de los coros de Medea, Eurípides traza un poco ambiguo retrato de cierta comunidad. ¿Cuál de estas definiciones es la auténtica?

L) "Desde antiguo, los hijos de Erecteo son espléndidos, hijos de los dioses bienaventurados, viven en la santa tierra de Atenas..."
E) "Desde antiguo, los hijos de Erecteo se parecen a esclavos, hijos de bárbaros sin ley contaminan el aire de Atenas..."
V) "Desde antiguo, los hijos de Erecteo señorean brutales, hijos de dioses extranjeros pisan la violada tierra de Atenas..."

11) Los últimos diez años del dramaturgo Eugene O'Neill (muerto el 27 de noviem-

bre de 1953) fueron marcados por una enfermedad que terminó por impedirle la escritura. ¿Cuál era esa dolencia?

L) Epilepsia
E) Mal de Parkinson
V) Amnesia

12) "Mirad, ¡mirad! ¡Este hombre está danzando como loco! Fue mordido por la tarántula". El párrafo precedente sirve de acápito a una célebre obra. ¿Cuál?

L) El señor de las moscas, de Golding
E) El escarabajo de oro, de Poe
V) La viuda negra, de Christie

13) En *Opus Nigrum*, la novela de Marguerite Yourcenar, el protagonista se produce varias heridas cortantes la noche anterior a su ejecución. ¿Cómo muere finalmente?

L) Desangrado
E) Le vendan las heridas y lo queman vivo
V) Mientras se desangra es conducido al patíbulo y ahorcado.

Ganador del PROLI N° 13: Mariano Reyes

Soluciones PROLI N° 13:

1) E; 2) L; 3) E; 4) V; 5) L; 6) E; 7) L; 8) E; 9) L; 10) E; 11) E; 12) V; 13) V

NOVEDADES

Puntosur editores

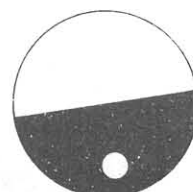
DE PROXIMA APARICION



Hugo Chumbita, El enigma peronista



Torcuato S. Di Tella, Hacia una estrategia de la socialdemocracia en la Argentina



Enrique E. Mari, Elementos de epistemología comparada
Gustavo A. Drueta, Eduardo Estévez, Ernesto López, José Enrique Miguens, coords., Defensa y democracia. Un debate entre civiles y militares

ROCANRROL Y TODO LO DEMAS EL AUJERO



Un "aujero" para entrar
en el mundo
subterráneo
de la noche.

Se delira:
Pancho Muñoz.
de lunes a viernes
a las 00:30

¿QUIEN DUERME CON MARCELO SIMON?

LA SIESTA DE PROVINCIA

Les habla a los insomnes
despierta a los siesteros.

Relata cuentos y
leyendas del folklore
latinoamericano y
le pone la púa a la
nota del día.
de lunes
a viernes
a las 14



pe
toque

RADIO
PROVINCIA
LA RADIO DEL PUEBLO



PAGINA ES NOTICIA

ESTADOS UNIDOS

The New York Times

but not theatrical," Mr. Soriano said in a telephone interview.

Mr. Soriano, one of whose novels became the movie "A Funny, Dirty Little War," was less direct in an article that he wrote for *Página 12* the

FRANCIA



«*arrivisme politique*», etc. Les révélations de *Página Doce* ont court-circuité les manœuvres du conseiller. Mais cette affaire n'est sans doute pas terminée: la presse s'en est emparée et s'interroge sur l'origine des fuites. Le scandale est

ESPAÑA

EL PAIS

Poco tiempo después de asumir la presidencia, Menem dejó entrever en unas declaraciones, publicadas sólo en el diario progresista *Página 12* y no desmentidas, que quería fuera del Ejército al coronel Mohamed Ali Seineldín y al teniente coronel Aldo Rico.

BRASIL

O GLOBO

Até o momento, *Página 12* tem cumprido suas promessas aos leitores: duas de suas matérias provocaram crises nas Forças Armadas e na Justiça, mas em competição aumentaram as vendas num País desacostumado a denúncias. A primeira foi a publicação de

FRANCIA

Le Monde

ITALIA

IL MESSAGGERO

Martedì, il quotidiano *Página 12* ha denunciato che i militari «fondamentalisti» stanno pianificando un attentato contro un ufficiale in attività per poi scatenarsi

SUECIA

SVENSKA DAGBLADET

re han skriv för första numret 26 maj 1987:

Página 12 är en tidning där saker och ting kommer att kallas vid sitt rätta namn. De döda

ITALIA

il manifesto

farsesco ed ironico di una vicenda che aveva tuttavia tenuto nell'incertezza per un giorno intero il paese e gli stessi mezzi di comunicazione. Da *Página 12*, che apre la prima pagina con il titolo «Eroe di fango», fino al severo quotidiano del mattino *La Nación*, che scrive - in un articolo di fondo pagina - «credevano che Rico fosse un secondo San Martín».

ESTADOS UNIDOS

Newsweek

key papers, *La Epoca* of Santiago and *Página 12* of Buenos Aires, regularly excerpt articles from *El País*. It has become a soapbox for some of Latin America's most respected novelists and commentators—among them Gabriel García Márquez,

ESPAÑA

cambi6

La indignación se mezcla con la tristeza: «*Es cierto que la indignación lleva a pensar que éste es un país menos serio que Burkina Faso*», dice desde una columna de opinión Jorge Lanata, de *Página Doce*.

Página/12

el país a diario

EL NUEVO PERIODISMO

Director: Jorge Lanata